Caras y Caretas

1912

Número Almanaque



DE

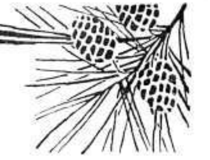
Charles Heidsieck

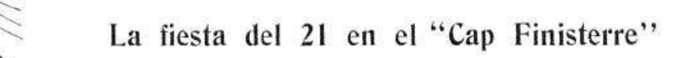
REIMS

ENERO

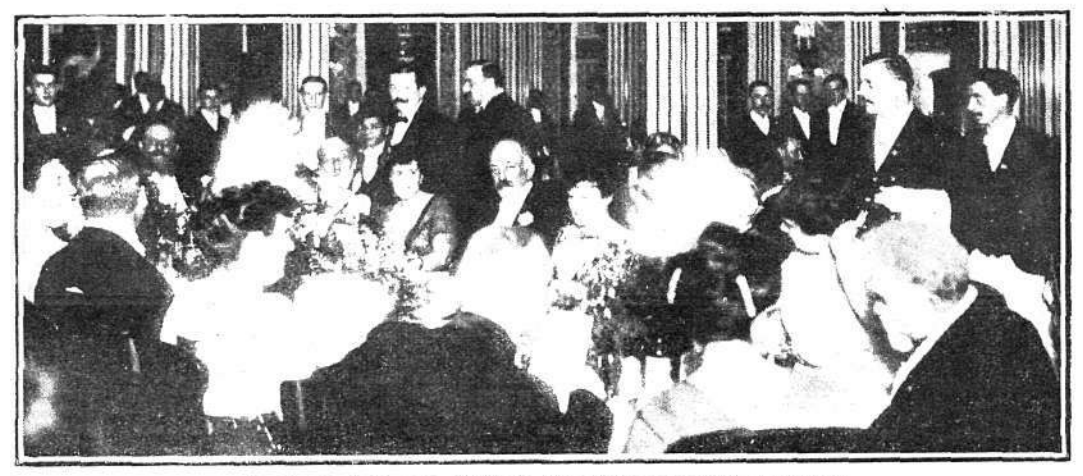
1 L. † **La Circ. de N. S. J. C.**
2 M. s. Isidoro
3 M. s. Florencio
4 J. s. Gregorio
5 V. s. Telesforo
6 S. † **Ador. de los Ss. Reyes**
7 D. s. Félix y Julián
8 L. s. Luciano
9 M. s. Fortunato y Anastas.
10 M. s. Nicanor
11 J. s. Higinio
12 V. s. Benito y Victoriano
13 S. s. Gumersindo
14 D. s. Hilario
15 L. s. Pablo
16 M. s. Marcelo
17 M. s. Antonio
18 J. sta. Liberata
19 V s. Canuto
20 S. s. Sebastián
21 D. s. Fructuoso y Eulogio
22 L. s. Vicente
23 M. s. Ildefonso
24 M. s Timoteo
25 J s. sta. Elvira
26 V. s. Policarpo
27 S. s. Juan Crisóstomo
28 D s. Julián
29 L. s. Francisco de Sales
30 M. s. Hipólito
31 M. s. Pedro Nolasco

Moss & C.ia





La fiesta del 21 en el "Cap Finisterre"



La cabecera de la mesa.—El doctor Sáenz Peña y el ministro del interior



Familias de Calvo, Hue y Panzatti



Señoras Llavallol de Acosta, Elías de Vivot, Lezica Alvear de Uriburu, Cobo de Anchorena; señoritas de Sánchez, Elías y Moreno; comandante del «Finisterre»



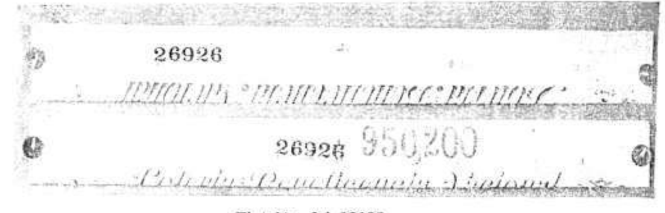
Señoras de Conti, Pillet, Zwanck, Calzada; señorita de Calzada; doctores R. y C. Calzada

26926



Anotándolo en la pizarra.—269.....

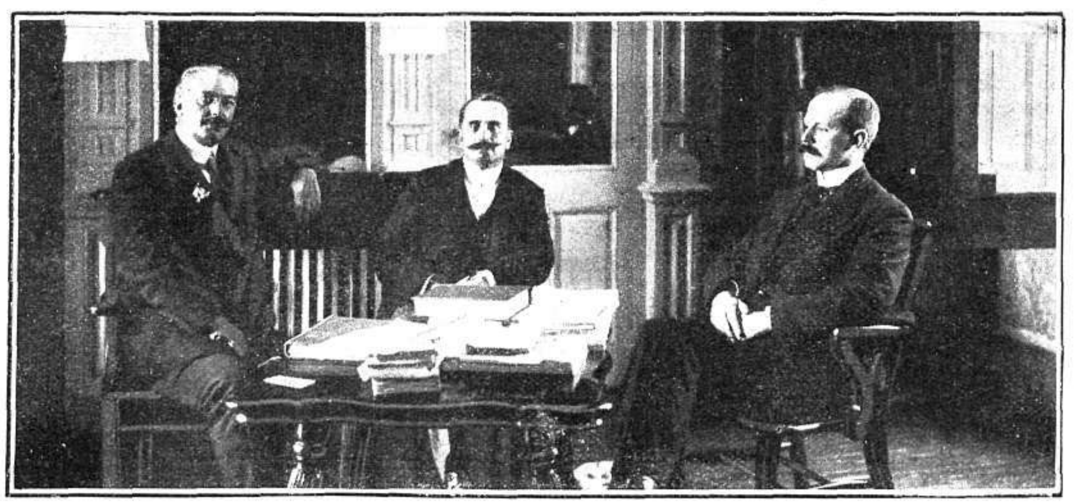
El sábado á las 11 y 15 de la mañana, después de más de dos horas de salir bolillas y cantar premios chicos, (5.000, 10.000, 25.000, y 200.000 pesos), cantaron por fin el millón. El número correspondiente — 26926 — cuyo aspecto cabalístico se nos había escapado hasta entonces, con todo que un nueve entre dos «veintiseises» era cosa que trascendía á plata desde la vereda de enfrente ese número, ¡quién sabe quién lo tenía!... ¡Misterio! De los que estábamos mirando el sorteo como si en realidad tuviésemos siquiera un décimo en el bolsillo, ninguno se dió por aludido. Ni aún el nombre de la agencia, porque tampoco había habido agencia de por medio; lo habían vendido en la misma administración, donde para combatir el agio hicieron una especie de feria franca de la lotería.



El talón del 26926

Los jóvenes ruiseñores Ricardo A. Urieu y Antonio Bobio, que cantaron respectivamente el 26926 y el millón

El nuevo ministro de agricultura



El nuevo ministro de agricultura, señor Adolfo Mugica (en el centro), con los diputados Ernesto Padilla y Ernesto Rodríguez


A LA CIUDAD DE MEXICO
OCASIÓN
EN
Artículos prácticos para Regalos
ESTUCHE fino con juego de abanico de nácar y sombrilla adornada, encaje fino, con pinturas á mano, artículo muy fino . . . . $ 78.00
ESTUCHES finos con surtido completo de perfumería, á $ 27.75, 15.75, 12.65, 9.75, 6.75, 3.90 y $ 1.75
PAÑUELOS finos, bordados, para señora, artículo de reclame. La caja de 6 pañuelos, $ 2.75, 1.95, 1.50 y pesos 1.25
CARTERAS para señora, surtido completo, á $ 45.—, 35.—, 32.—, 27.50, 22.—, 18.—, 15.—, 12.50, 10.50, 9.50, 7.50, 5.90, 4.50 y . . . . $ 2.90
SOMBRILLAS para señora, artículos elegantes y de clase superior, á $ 110.—, 90.—, 75.—, 50.—, 45.—, 30.—, 25.—, 19.50, 15.—, 9.50 y . . . . $ 7.50
SURTIDO completo en abanicos para señora, en varilla hueso ó sándalo, formas modernas, á $ 37.50, 29.50, 22.50, 17.50, 12.50, 8.75, 5.90, 3.50, 2.90 y $ 1.95
BONBONS fins de Jacquin frèrs de Paris, recién recibidos, surtido inmenso, á precios de reclame. La caja á $ 1.75, 1.50, 1.25 y . . . . . . $ 1.00
COSTURERO de felpa, interior raso, con útiles, á $ 50.—, 45.—, 32.—, 21.—, 17.50, 11.50, 8.50, 6.25, 4.75, 3.50, 2.90 y . . . . $ 1.95
Saldo de Juguetes
A LA CIUDAD DE MÉXICO
OLLIVIER Y ALBERT
Florida y Sarmiento · Bs. Aires

Casino. — Nuevos debuts





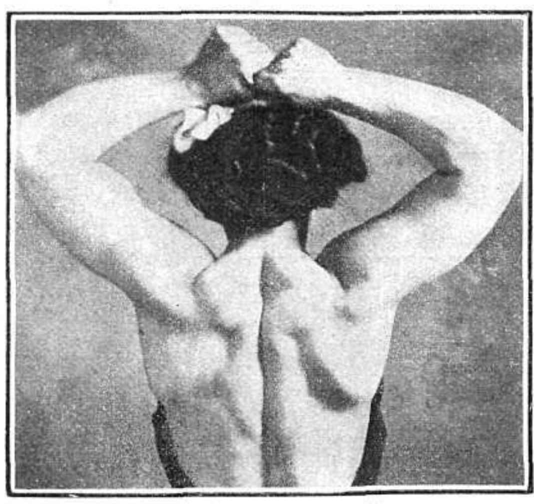
La mujer Athelda, atleta, que ha debutado en el Casino



El teatro Casino ofrece en la actualidad un programa nutrido é interesante. Además del famoso trío Davies que, como se sabe, ejecuta el peligroso y emocionante «círculo de la muerte», y de M. Lavina, que presenta diez monos amaestrados, actúan los aplaudidos equilibristas españoles Rodríguez, los malabaristas rusos Teherans, el dúo Spalding y otros.

En la presente semana han debutado con buen éxito la mujer atleta Athelda y los acróbatas excéntricos O'Broz y Burns.

La terraza del mismo teatro congrega mucho público todas las noches.



Los músculos de la mujer atleta



Los cómicos excéntricos Broz y Burns, del mismo teatro



¡Empezará el año alegre ó triste?

Si la salud propia y la de los suyos no ha flaqueado; si durante el año que termina, la debilidad no ha tomado posesión de su cuerpo, entonces, probablemente, reinará la alegria en su hogar.

IPERBIOTINA
MALESCI

hará que todos los años sean felices, dando salud y fuerza al organismo, curando los padecimientos nerviosos y purificando la sangre.

Preparación patentada del Estab. Químico Dr. MALESCI
Firenze (Italia)

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Rosario

La inauguración de la estatua de Sarmiento



El coronel Goulú, intendente municipal, descubriendo la estatua

Vista del monumento

Los oradores



Doctor Amucháste-gui, presidente de la comisión

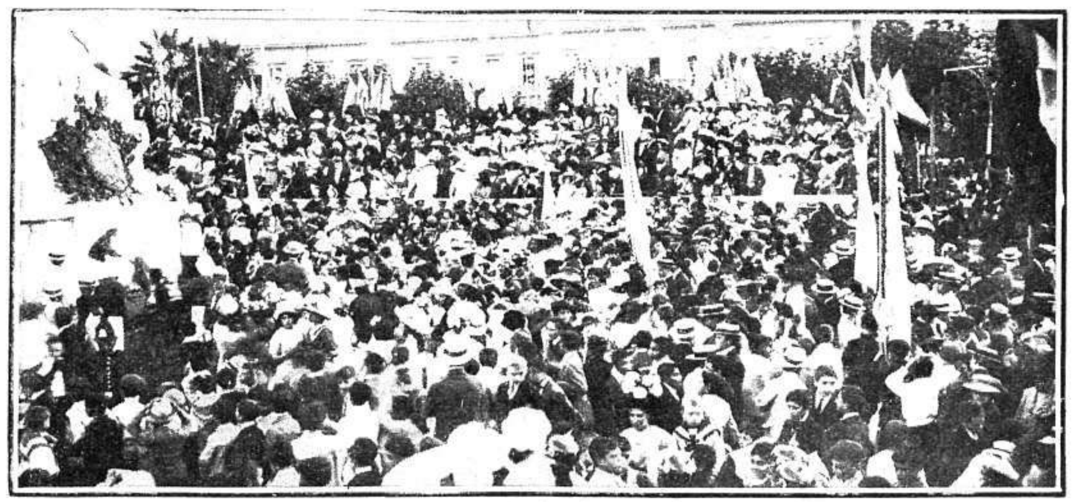
Coronel Goulú

Doctor S. Albarracín, representante de la provincia de San Juan

Doctor Murguiondo

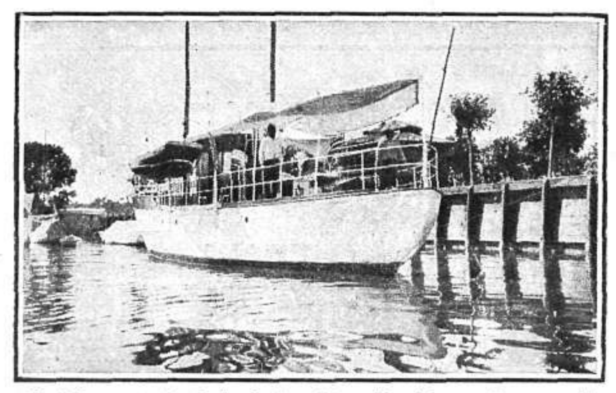
Niña Amelia S. Fiasco, por la Escuela Normal núm. 1

Niño Rodolfo Lúquez

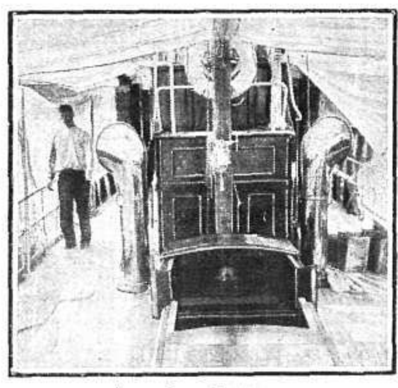


La concurrencia durante el acto

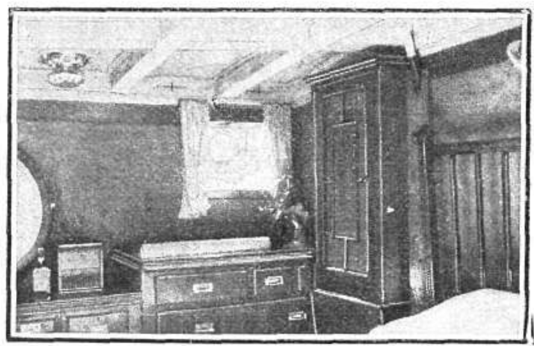
El yacht presidencial



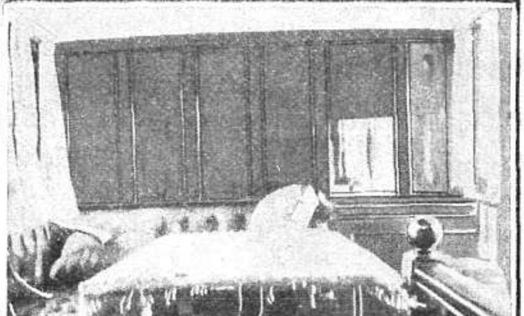
El «Adhara», lancha destinada á yacht presidencial, para la navegación en los ríos



La cubierta



El camarote presidencial



La cámara

REGALOS ÚTILES PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO

SOMBRILLAS pura seda, en colores lisos de alta novedad, con lindos mangos largos, á $ 9.30 y $ **6.50**
ESTUCHES de gran fantasía, conteniendo extractos, loción y polvos, á $ 5.80, 4 y.......... $ **3.00**
ESTUCHES de cepillos de celuloide blanco, clase superior. Con 4 piezas, $ 18.—; con 5 piezas, $ 21.—; y con 6 piezas.............................. $ **25.00**

JUEGO de cubiertos de metal extra blanco, garantido, con cuchillos de acero Solingen, servicio completo para doce personas, compuesto de 85 piezas, á.............................. $ **24.90**

TOALLAS de hilo, bordadas en seda lavable, y vainilladas, á.............................. $ **4.80**
JUEGOS para toilette, compuesto de 1 camino y 3 carpetitas con lindos encajes. El juego á.. $ **1.30**
JUEGOS de mantelería para te, en colores rosa y cielo, vainilladas, en los siguientes tamaños:

1 mantel,	150×150 cms.,	con 6	servilletas ..	$ 4.80
1 »	150×250 »	» 6	»	» 5.80
1 »	150×250 »	» 12	»	» 8.70
1 »	150×300 »	» 12	»	» 9.70

JUEGOS de mantelería para mesa, de uso alemanesco, en los tamaños siguientes:

1 mantel,	160×160 cms.,	con 6	servilletas ..	$ 4.50
1 »	150×200 »	» 6	»	» 5.00
1 »	160×250 »	» 12	»	» 7.50
1 »	160×300 »	» 12	»	» 8.50

JUEGOS de copas de medio cristal, con linda guarda, compuesto de 12 copas agua, 12 copas vino, 12 para Oporto, 12 para licor, un botellón vino y una jarra para agua, total 50 piezas, en $ **13.50**

MEDIAS de algodón francés, calidad superior, artículo muy reforzado, negro inalterable, para señora. La caja de media docena á.......................... $ **3.30**
MEDIAS muselina, para señora, clase muy especial, de hilo de escocia, negras, con pie reforzado. La caja de media docena á.......................... $ **5.70**
CALCETINES para hombre, muy buena clase, en colores lisos, de fantasía y negros. La caja de media docena á.......................... $ **2.40**
CAMISETAS de algodón mercerizado, sin manga, con adornos de crochét y cintas de seda, colores cielo, rosa y crema, para señora. La caja de media docena á.......................... $ **5.10**
PANUELOS de algodón clase fina, con inicial bordada en forma de sello. La caja de media docena, $ **1.25**

JUEGOS para mesa, de semi-porcelana decorada en colores verde, gris y marrón. El juego, compuesto de 83 piezas, á................ $ **29.50**
DE ESTE MODELO SIEMPRE VENDEMOS PIEZAS DE REPUESTO

PANUELOS de clarín, con vainilla y rico bordado de diferentes gustos, para señora. La caja de media docena á.......................... $ **1.95**
CORBATAS para señoras, formas de gran moda, en clarín, con adornos de valencianas, á $ 1.90, 1.50 y.......................... $ **1.20**
CORTES de vestidos en zephires, muselinas y batistas de novedad. El corte de 8 metros, acondicionado en caja, á.......................... $ **3.80**
CORTES de vestidos de géneros de lana en gustos de gran moda. El corte á................ $ **9.00**
BLUSAS de cambray blanco ó de clarín, con adornos de valencianas, á.................... $ **2.80**
CAMISAS madapolán, con puntillas ó bordadas á mano, á.......................... $ **1.10**

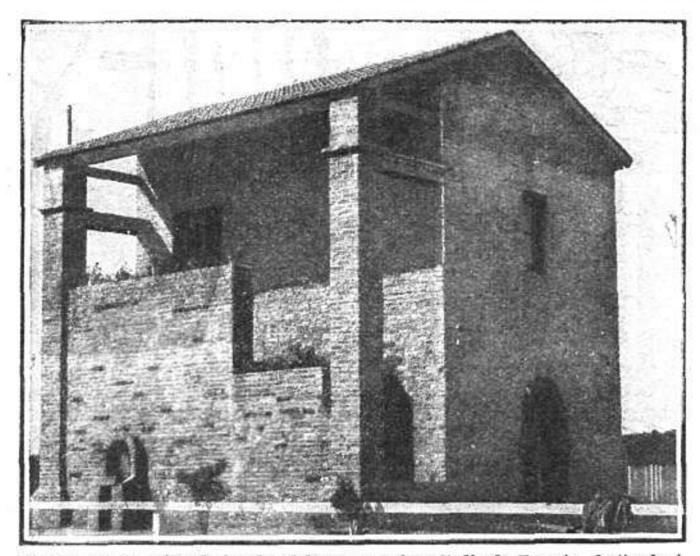
JUEGOS para lavatorios, de semi-porcelana con elegantes decorados, varios colores. El juego de 6 piezas.......................... $ **8.90**

GRAN VARIEDAD EN ARTÍCULOS ARTÍSTICOS DE BRONCE, MARMOL Y METAL BLANCO

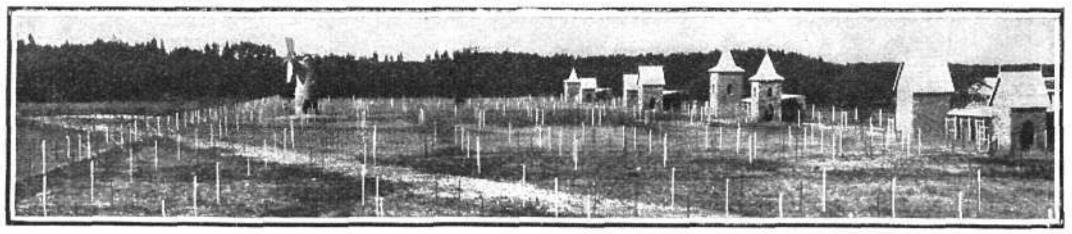
TIENDA SAN JUAN

ALSINA y PIEDRAS  BUENOS AIRES

La instalación avícola municipal


Casa de campo estilo de las del siglo XVII en el mediodía de Francia, destinada á residencia del avicultor y cuarto de incubadora

En el bajo de Belgrano, sobre la calle Blandengues, á continuación del Hipódromo Argentino, ha quedado completamente instalado un criadero avícola municipal. Su objeto es servir de centro de producción y de modelo, para fomentar la avicultura y abaratar, por lo tanto, los artículos de esa industria. La instalación, como dirigida por el señor Onelli, ha sido hecha á la manera de las del Zoo, formando artísticos paisajes y con construcciones de diversos estilos antiguos y modernos, entre las cuales señalamos la casa del avicultor y un molino holandés que se distingue en la vista panorámica. El Presidente de la República visitó el gallinero el martes de la semana pasada, y llevó de él una excelente impresión, juzgándolo adecuado á sus fines, que se tratará de hacer prácticos mediante la propaganda del ministerio de agricultura.


Vista panorámica del gallinero

Montevideo

La fiesta inaugural del Parque Hotel



Durante el diner-concert

Montevideo

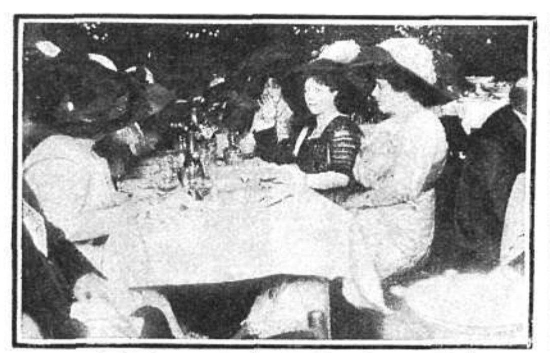
Fiesta inaugural del Parque Hotel



La mesa de la «Entre Nous», patrocinadora de la fiesta



La del ministro de España, marqués de Medina



Señora de Forteza y señoritas de Niu Frías y de Forteza



Durante el baile


AVISO IMPORTANTE
La Gran Tienda "EL PROGRESO",
debiendo instalarse próximamente á su
Nuevo y grandioso local
situado en la calle
Bmé. MITRE esq. ESMERALDA
y habiendo decidido inaugurar sus ventas en el nuevo edificio con artícu'os modernos que expresen la última palabra de la moda, tiene el agrado de comunicar á su distinguida clientela que por este motivo
DESDE HOY EN ADELANTE PROCEDERÁ Á UNA
Liquidación completa
DE TODAS SUS EXISTENCIAS
Por ser tan numerosos los renglones que tenemos que liquidar, no damos detalle de los artículos; asegurando desde ahora que esta liquidación será real, diferenciándose de otras anteriores por la característica del objeto que nos obliga á efectuarla.
GRAN TIENDA
"EL PROGRESO"
PERÚ esq. VICTORIA.

La Elegancia y la Moda



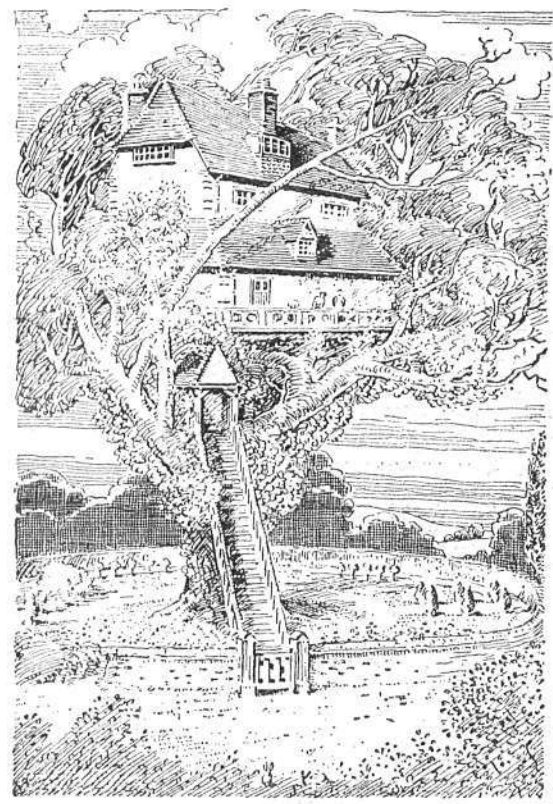
En nuestra última crónica hablábamos de los *vestidos de noche que van á usarse en los balnearios de moda.* Aquí damos dos muy á propósito para comidas de restaurant.

El primero es de velo linón negro sobre liberty *blanco; un fichú de puntilla fina y pequeños moños* de terciopelo negro lo adornan.

El segundo es conveniente para una señora de más edad; el modelo era de raso heliotropo con puntilla *crema arreglada en forma de fichú cayendo detrás.*

Los tapados de noche más nuevos serán en forma de capa ó como grandes echarpes; hay que tener mucha gracia para saber arreglar esos últimos, y si una no *está segura de hacerlo bien, más vale usar un tapado* como el que reproducidos aquí; esto es, de «panne» negra con cuello de «charmeuse» con dibujos orientales.

Viviendas originales



Una vivienda ideal para verano

La mayor parte de las casas de nuestras ciudades no parecen otra cosa que filas de cajas superpuestas, todas semejantes y de una abrumadora monotonía. Las gentes cierran los ojos para no ver sus defectos, porque están acostumbradas á creer que no es posible vivir de otra manera. El día en que abramos los ojos, veremos cambios extraordinarios, en las ciudades lo mismo que en la campaña.

Durante la última década se han formado nuevos arquitectos que están prontos á darnos algo más original y mejor que las casas uniformes de que ya estamos más que hartos.

En las ilustraciones adjuntas, presentamos á nuestros lectores algunos modelos de casas, distintas todas ellas, espaciosas y con todas las comodidades modernas. No es difícil que pronto veamos algo parecido.

El dibujo de la primera casa ha sido indudablemente inspirado por una tetera chinesca. Tiene dos pisos, y el techado, de forma ligeramente oval, está terminado por una claraboya movible. Todas las habitaciones dan al interior sobre un balcón circular; así, el aire y la luz penetran por lo alto de la casa, tanto como por las ventanas exteriores. Esta casa, dibujada con todo cuidado por un arquitecto, nunca ha sido construída, debido á que la innovación ha parecido atrevida en exceso.

El segundo grabado muestra una casa en la que el techado predomina; no obstante esto, es muy cómoda en su interior; las cocinas y las piezas de servicio ocupan la parte más alta, estando separadas de la casa por dobles puertas forradas que alejan todo ruido y toda emanación.

La casa siguiente es una idea original: el techado parece salir de la tierra, su parte media es más ancha que la base y está llena de innovaciones, si bien en estas tiene más parte la originalidad que el espíritu práctico.

Llegamos á otra casa, basada sobre la noción de las pirámides: tiene tres pisos y una cúpula. Cada piso tiene su techado que la defiende del sol y de la lluvia, y permite tomar el aire y hacer ejercicio en todo tiempo. Su único defecto sería el asemejarse demasiado á las cajas que hemos criticado.

¿Por qué el estilo arquitectónico de los castillos medioevales no podría adaptarse á las necesida-



En esta casa los árboles están dentro



Tipo de casa original y agradable

Viviendas originales



Casa en forma de tetera chinesca

Todos los conocedores saben bien que una casa tiene siempre piezas de sobra, faltando, en cambio, y por regla general, armarios y sitio para la colocación de los objetos. Las paredes de la casa ideal deberían estar todas provistas de armarios á ellas adosados, donde para todo habría sitio.

Las paredes habrían de ser dobles, lo que proporcionaría una temperatura igual en todo el año. Todos los ángulos y todos los rincones serían redondeados para evitar la acumulación de polvo en ellos. Las chimeneas serían espaciosas y construídas con ladrillos, que conservan el calor. Todas las ventanas habrían de tener grandes cristaladas y ser salientes, lo que permitiría en ellas la colocación de cómodos sillones, y la escalera tendría doble anchura, por lo menos, de las ordinarias.

La casa ideal, en una palabra, sería la que reuniese todas las comodidades, sin pecar de banal ni de ridícula.

Seguramente la mayor parte de las personas que habitan en casas banales y, en muchos casos, incómodas, no lo hacen porque ello les gusta; viven en ellas sencillamente porque á sus propietarios se les ocurrió edificarlas dándoles tal ó cual forma, y porque el moñto del alquiler ó la conveniencia de la ubicación les vienen bien.

Así es, en definitiva, cómo, á fuerza de vivir en una casa se concluye por aficionarse y como pegarse á ella, á despecho de las incomodidades que presenta, y de su fealdad, que se acaba también por no notar.

Lo verdaderamente digno de ser observado es que aquellas mismas personas que por nada del mundo consentirían en que sus relaciones las viesen llevar vestidos de corte algo incorrecto, pasan la vida en horribles casas pésimamente construídas y llegan hasta á compartirlas con otras personas, cuando el alto precio del alquiler las obliga á ello.

No vaya á suponerse que

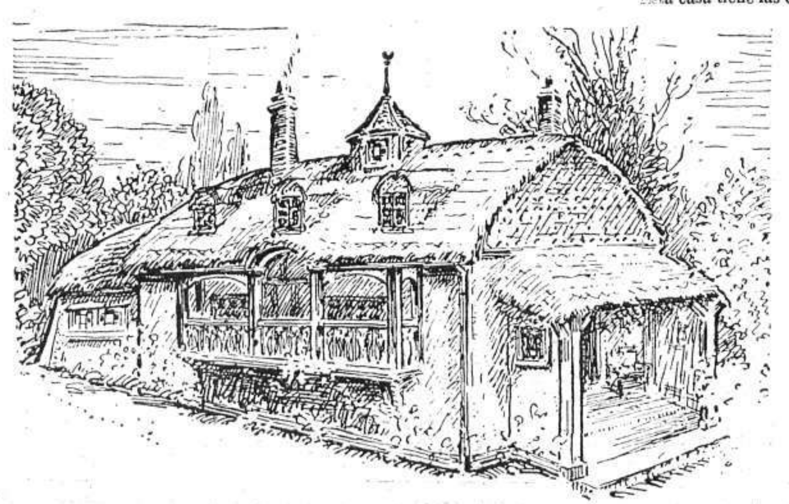


Esta casa tiene las cocinas en las guardillas

des modernas? Ved ahí una casa formada por dos torres gemelas unidas entre sí por galerías encristaladas. Una de éstas se podría reservar para las cocinas y comedor, y la otra para soñar y contemplar el paisaje.

¿Puede imaginarse nada más encantador, durante el estío, que una casa colgada en un árbol, como la que muestra otro grabado? Su defecto único está en la dificultad de construirla. Pero, si no, bien podría construirse la vivienda en mitad de una arboleda sin necesidad de sacrificar árbol ninguno. En caso tal, se hace un lindo chalet rodeando uno ó dos árboles, de suerte que la misma naturaleza venga á formar parte de la casa.

El ideal de la vivienda sería una casa libre de polvo y de ruidos, cuyas ventanas de vidrios transparentes se abriesen y cerrasen por una sencilla presión, protegida contra todo cambio brusco de temperatura, fresca en verano, caliente en invierno, bien ventilada siempre, no grande, agradable y de escaso costo, tanto en su construcción como en su mantenimiento.



Casa de campo con techado de bálago


F. C. C. A.
VERANO 1911-1912
SIERRAS HOTEL
ALTA GRACIA
A una noche de Buenos Aires.
El paraje señalado para adquirir salud.
A una hora de Córdoba.
Sports - Montañas - Fiestas
ECONOMÍA Y CONFORT
AIRE PURO.
Pida Vd. informes al F. C. C. A., 25 de Mayo esq. B. Mitre, y en todas las estaciones de la misma empresa.
ALOJAMIENTOS ESPECIALES PARA FAMILIAS
DEPARTAMENTOS PARA 2 y 3 PERSONAS
BAÑOS FRIOS Y CALIENTES EN TODAS LAS HABITACIONES
FÁBRICA DE HIELO
VENTILACIÓN · LUZ ELÉCTRICA

Viviendas originales



Casa formada por dos torres gemelas

la elección de vivienda sea asunto que no ofrezca dificultades; muy al contrario, las tiene y de muchas clases, y no todos saben sostenerlas llegado el momento. La única forma de conseguir la casa ideal de uno sería hacerla construir de acuerdo exactamente con sus propias indicaciones personales y, aun así, es más que probable que, una vez terminada la construcción de la casa, echásemos de ver en alguna otra parte la que justamente habría sido de nuestro agrado, y sería cosa de volver á empezar. Esto es la tragedia, no ya únicamente de la arquitectura, sino de la misma existencia.

El modo común de amueblar nuestras casas es asimismo otro grave error al que debiéramos tratar de sustraernos. No puede imaginarse cosa más ridícula que esos lavabos movibles, esos cubos para las aguas servidas, etc. Bien es cierto que las casas modernas tienen sus cómodos lavatorios en los cuartos de baño, pero sería indudablemente muchísimo más cómodo y confortable contar, además, con lavatorios como los que tienen los camarotes de los grandes trasatlánticos, en los dormitorios y en otras habitaciones; eso, sin contar con su utilidad que salta á la vista.

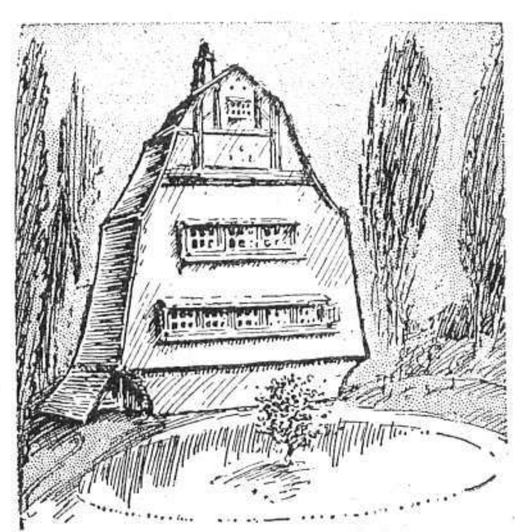


V.vienda en forma de pirámide

Reflexionando bien y recapitulando todo lo dicho sobre este importantísimo tema de la habitación, somos de opinión que la casa preferible sería la que parece salir de la tierra, en forma de montículo y ninguna de cuyas principales líneas fuese vertical, por lo que éstas tienen de antipático.

Una casa así, con su techumbre irregular y puntiaguda, adornada con galerías encristaladas inteligente y graciosamente distribuídas, vendría como á reflejar la individualidad de su propietario. Estaría dotada de todas las comodidades apetecibles y, sobre esta no pequeña ventaja, tendría la no menos grande de no resultar banal y ridícula como las otras.

Los toques finales de una casa son siempre inspirados por la naturaleza, ó si no, el resultado de una observación que se prolonga durante años enteros.



Una casa toda techumbre

Terminaremos con algo referente al capítulo de la casa: las vasijas.

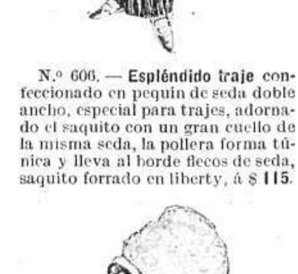
El empleo del papel en la fabricación de vasijas para beber, es una innovación americana muy reciente, mas no por eso deja de tener un gran porvenir en el mundo comercial. A principios del año pasado, la compañía americana «American Water Supply Co. Ltd.» se posesionó de una pequeña fábrica dotándola de algunas máquinas para la fabricación de vasos de papel. Al poco tiempo, no podía satisfacer los numerosos pedidos de su clientela. Para poder elevar la producción, hubo necesidad de instalar nuevas máquinas y aparatos. Quienes sostenían á la nueva empresa eran especialmente las compañías ferroviarias que compraban gran cantidad de vasijas para ponerlas á disposición de los viajeros.

Estamos en plena Liquidación

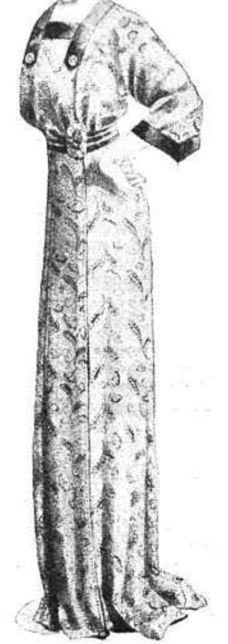
de todos los artículos de Verano

Para MAR DEL PLATA hemos recibido una espléndida Colección de Abrigos Modernos para Señoras, Señoritas y Niñas.

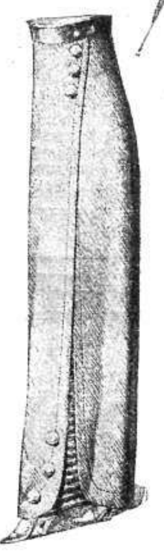
N.º 432. — **Elegante traje** de broderie muy fino, adornada la bata con liberty negro, cintura con cordones; la pollera lleva en el bajo un gran bies de liberty negro ó color, á.................. $ **69.—**



N.º 606. — **Espléndido traje** confeccionado en pequín de seda doble ancho, especial para trajes, adornado el saquito con un gran cuello de la misma seda, la pollera forma túnica y lleva al borde flecos de seda, saquito forrado en liberty, á $ **115.**



Lindo batón en Lainetas estampadas, calidad muy fina, adornado el cuello, mangas y cinturón, de seda, á $ **9.50**



Linda pollera de sargas de lana, gris, marino, negra y blanca, á.......... $ **16.—**
La misma, etamina negra **16.—**
Id. Id., de hilo, blanca, $ **12.—**



Magnífico abrigo de cheviot marino, solapa, cuello y puños de paño liso, exacto al figurín, á.......... $ **55.—**
El mismo, en seda, negro **75.—**

LA IMPERIAL

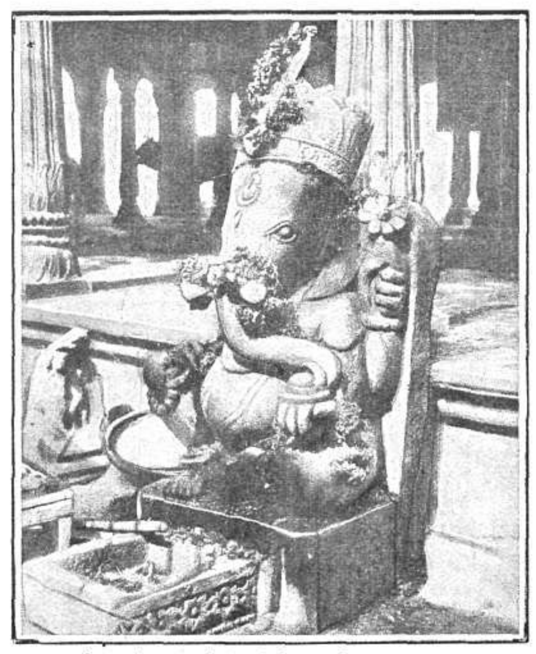
VICTORIA, 802
Esquina PIEDRAS

Hernández & Cía.



ALTA NOVEDAD. — **Vestido** hecho de sedas finas doble ancho, exacto al figurín, á......... $ **65.—**

Los dioses de la India



Ganescha, dios de la sabiduría y de los negocios

La religión de Brahma es, según muchos, una de las religiones más magníficas y elevadas, de acuerdo con las ideas fundamentales sobre que reposa. Una sola falta se le encuentra, y es que nunca ha existido, ni existe, sino en la mente de un filósofo y poeta; pues los 220 millones de hombres que creen en la doctrina de Brahma tienen tan pobre idea de lo que es, como la han tenido sus padres, sus abuelos y aun sus antepasados en la época en que Gantama Buddha y Maharira Jaina, los grandes reformadores, arrojaron la semilla que tan buen resultado diera.

El hecho de que su enseñanza no haya predominado y que hoy día en la India haya apenas unos 10 millones de Jainas y Budhistas es obra exclusivamente de la fuerza de la doctrina pura de Brahma, fundada en la mistificación y facilidad de creencia que poseen los hindús.



Maladoh y Djchaganmaki

Schiwa, el destructor, ha sido el gran vencedor, y no Brahma el creador, como algunos creen.

El Brahmasutram, el libro más antiguo que se conoce, contiene la filosofía de esta religión, así: El Brahma, fuerza eterna é infinita, abarca todo, en él está, y de él deriva el mundo, sin que tenga formas ni cualidades. Además del Brahma, está la Maya, que crea toda diferencia y toda apariencia; ella hace que lo verdadero sea falso y lo falso verdadero.

La verdadera base fundamental ó principio del brahmanismo es perfectamente desconocido para millones y millones de los mismos creyentes; la gran mayoría de éstos, lo único que sabe es que Brahma es el fundador, Wischnú el conservador y Schiwa el destructor. Brahma, en la creencia del pueblo hindú, ha desaparecido ya totalmente; en ningún templo de la India — tan rica en templos — se le rinde culto. Schiwa, que desalojó al budhismo, fué en tiempo de Cristo el único señor y, al mismo tiempo que destructor, era considerado creador. Aun hoy día es el potente Señor, y próximo á él, recién en estos últimos tiempos, se ha comenzado á adorar algo al dios Wischnú.



ANTIGUA CASA

MOREAU



PAJA ITALIA CON ECHARPE, $ 22.—



ELEGANCIA. MAR del PLATA, $ 15.



CAPOTA SEDA............. $ 15.—

SPORT

SPORT

CREACIONES

EXCLUSIVAS

PARA SPORT

PIRINEOS, MUY CHIC....... $ 9.—



CASTOR BLANCO, RECLAME, $ 6.90

SPORT

SPORT



CASTOR BLANCO, CON CUTO, $ 18.



BRIN DE HILO: se transforma, $ 5.50

RIVADAVIA
Y SUIPACHA

No se remite encomienda sin porte pago.



TEJIDO TAGAL............. $ 9.—

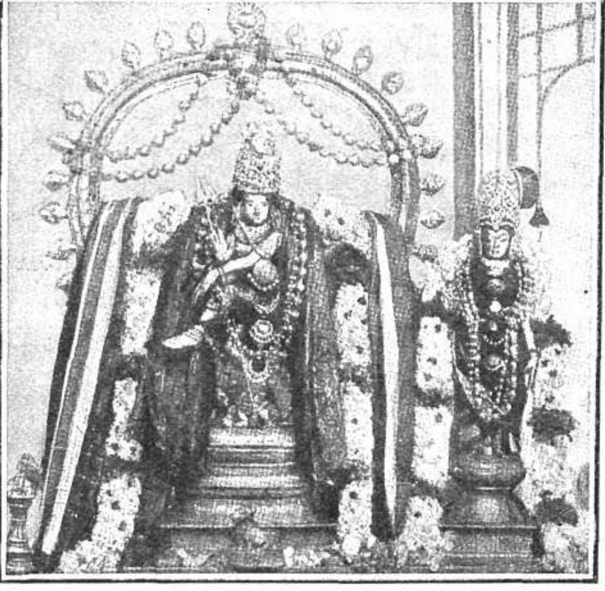
Los dioses de la India

El culto de Schiwa está esparcido por toda la India. muchos miles de templos le sirven de demora y ostentan su figura. Schiwa es «Mahakala», el gran destructor; él es «Bhairawa», el terrible; es «Smasana-Wasin», el que vive en los cementerios; él es «Bhutheswar», dueño de los mundos, é «Iswara», el más grande reinante. El es «Mahayogi», el gran penitente, pero al mismo tiempo «Nateswera», ó sea el dios de los bailarines, y «Kirata», el espíritu que quiere al vino. Todas estas personificaciones de Schiwa, han originado, naturalmente, igual número de dioses; así en Benarés hay templos del Mahadoh, de Schiwa y de Bischeschwar, uno al lado de otro. Según la doctrina de Tantras — estos son los libros sagrados más recientes — cada dios tiene su poder propio; Sakti es del sexo femenino y pasa por consiguiente *como su mujer*, pero solamente á las esposas de Schiwa se adora cocomo á diosas. Ante todo está la terrible Kali (esposa de Mahakala), viene luego Dinga (esposa de Bhairawa). La esposa de Schiwa se llama Minakschi y está al frente de todas como Mahadoh Dehagamnaki, ó la madre de los mundos. La mujer de Mahayogi se llama Jogini, y la de Kirata, Paruati.

Wischnú, el conservador, es representado en formas diversas: como pescado (Matiya), como tortuga (Kurma), como jabalí (Warata), como hombre-león (Nasa-Suiha), como enano (Wamana), como reno salvaje y como reno domesticado; y, finalmente, como Kriselma que es la forma en que más se le adora. Los Sakti del Wischnú, como esposas, ante todo, Lakschum y Saraswati, están cayendo en desuso.

Al lado de las tres diosas de la trinidad, está naturalmente el lindo dios Indra; su culto, sin duda alguna, es el más antiguo, pero ahora se halla casi completamente olvidado. En cambio, se *han creado una cantidad de nuevos dioses*.

Ante todo está Ganescha, el hijo de Schiwa (como Kirata), y la diosa de los montes Parwati. Es este un dios raro, pero es el verdadero ejemplo de lo que en realidad es el brahmanismo.



Shiwa y Minakschi en el templo de Madura

Ganescha es un ser pequeño de color rojo subido, con un enorme vientre y una gran cabeza de elefante; á menudo este enorme ser cabalga sobre un ratón. Esta mistificación es el Palas Athene Hindú, es el dios de la sabiduría, y al mismo tiempo el Hermes, ó sea el dios de los negocios y de la destreza. Su figura se encuentra en todas partes: en las cavernas, en los templos, en las calles y en las casas. Se haría una gran injusticia al escultor si se creyera que ha sido él su creador; no son éstos, sino los sacerdotes quienes crearon estos mascarones.

A los dioses de la trinidad pertenecen, además de otros, Dalb-Kyeswar, el dios de la lluvia; el gigante Bhim, el dios Mono; *Hanuman*, el *Gaurilhankar* y Amapurua, la diosa de la alimentación. Todos tienen sus templos.

Además de los grandes dioses de la trinidad, su personificación, encarnación é hijos, se adoran muchos otros dioses y diosas que nada tienen que ver con el Trimurti, especialmente en los pueblos de Drawida del Sur. Toda ciudad, todo pueblo y casi se puese decir cada casa, tiene su dios especial, como también su demonio especial; á ambos se les erige altar y se les ofrecen sacrificios. Los dioses de protección no son de naturaleza amable, á menudo son muy malos. Su protección, en la mayoría de los casos, se obtiene á costa de ruegos y sacrificios, que los concilia por un rato, y dejan de ejercitar su maldad por un cierto tiempo. Muchos de estos dioses se llaman «Ammen», la madre; «Mariammen», la madre del morir, que al entrar en el hombre le inocula el virus de la viruela. «Tchimsaammen», la pequeña madre, trae al mismo tiempo el sarampión; Sakhi, es la diosa de la enfermedad *de las mujeres. Agemar es el único dios masculino de esta clase* y al mismo tiempo el único bonachón entre esta gran agrupa-

El dios Bhim, en Benarés

¿Quiere Vd. vestir bien y gastar poco? haga sus compras en lo de



Bme MITRE 799 ESQ. ESMERALDA 115 | SUCURSAL AV. DE MAYO 757 Bs As

SASTRERÍA, CONFECCIONES, SOMBREROS Y CALZADOS

CRÉDITOS pagaderos en 10 mensualidades, sin ningún aumento de precios

= Departamento de Confecciones =

TRAJE de saco cruzado, 2 ó 3 botones, en casimir inglés de pura lana, á $ 60, 55, 50, 43, 40, 37, 32, 30 y... $ **27.00**

TRAJE de saco derecho, 2 ó 3 botones, en casimir de pura lana, última creación, á $ 55, 50, 45, 40, 35, 30, 27 y.. $ **25.00**

AMBOS en brin de hilo puro, lavado, en color crudo ó fantasía, de bastones, á $ 35, 30, 25, 22, 20, 18, 15 y.. $ **11.50**

AMBOS en franela especial, decatizada á fondo, confección irreprochable, calidad especial, á $ 55, 50, 45, 40, 35, 30, 25, 22, 20, y........................ $ **15.75**

SACOS de alpaca fantasía ó grano de oro, con medio forro de sarga de lana, á $ 15.50, 14, 12, 11 y.......... $ **9.50**

LOS MISMOS, sin forro, á $ 11, 10, 9.80, 9, 7 y.................. $ **6.80**

= Departamento de Sombreros =

SOMBREROS Canotier, de paja Rustic, desde..................... $ **1.80**

GALERAS "Viena", clase extra, desde.......................... $ **4.90**

= Departamento de Calzado =

BOTINES Box-Calf, norteamericanos, cosidos, desde................ $ **6.90**

ZAPATOS Box-Calf, cosidos, desde $.......................... **6.50**

Soliciten catalogos gratis é informes para creditos

ción de los Grama-Dewatas, que es la divinidad de la protección; él se ocupa en vagar durante la noche por las campiñas para ahuyentar á los demonios. Estos demonios son tan abundantes como la arena en el mar, y son tan adorados como los dioses; tienen templos y altares, reciben sacrificios y hasta hace poco tiempo se sacrificaban hombres en su honor. El sacrificio de hombres está hoy abolido, por lo menos hasta donde llega la influencia del reino inglés, como asimismo el Satti, que es el acto de quemar las viudas.



La diosa Durga

Pero si se recuerda que más ó menos las dos quintas partes de este enorme país son principados propios, que tienen un solo residente británico que vigila el buen comportamiento con respecto al reino, no se equivocará uno al creer, que tanto el sacrificio de vidas como la quema de viudas existen aun allí.

Además de los demonios «elevados», existe una cantidad de espíritus «bajos». Son los Peys, espíritus de los muertos, especialmente de los suicidas y de los ejecutados. El Pey «Maden», que ama las vacas, trae la enfermedad á los animales y á los hombres. «Schuchela-Maden» anda por los cementerios. «Matschandi-Nuppan» vigila y protege al viajero en los caminos. Los Bhutan son pequeños diablos gordos que pelean al hombre y á los Peys; sin embargo, los peores son los Pisatschas. Todos estos demonios tienen sus sitios reservados donde el pueblo les ofrece sus sacrificios.



Wischnú con el dios Hanuman

Los hindús no se hallan satisfechos con la legión de dioses descripta, y adoran también á todo aquello que no puede defenderse. Santa es el agua, especialmente la del Ganges y sus afluentes; santos son muchos árboles, principalmente el Boe. Adoran toda clase de piedras; adorados son los monos, que tienen espléndidos templos en Benares y otros pueblos; las vacas y los toros, que también tienen templos propios. Santos son los cocodrilos y más santas aún las víboras, que en todas partes de la India son adoradas como divinidades.

La Casa de JAMES SMART

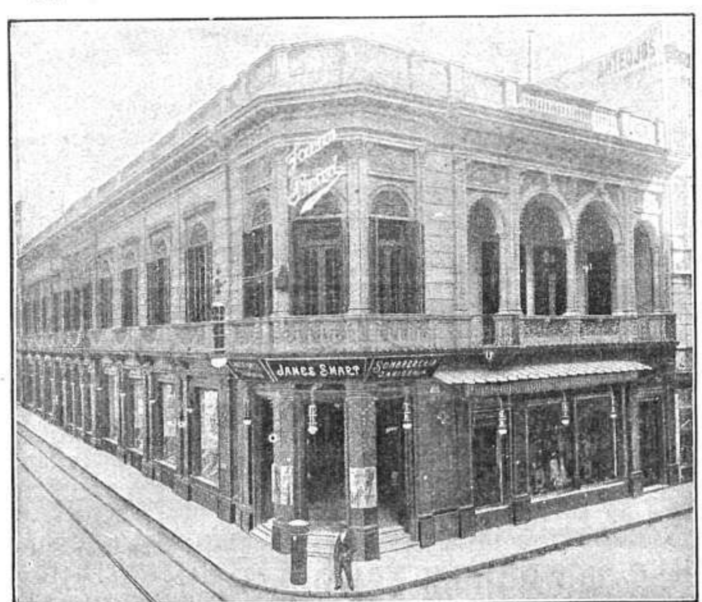
ESTABLECIDA
1851



Departamento de Niños y Niñas



Sección Sombrerería y Artículos en general para Hombres



Casa en Buenos Aires: calle Florida esq. B. Mitre



Seccion de Valijeria y Regalos



Sección Zapatería

Importadores únicamente de calzado y artículos en general de fabricación exclusivamente inglesa, para hombres, niños y niñas.

Remitimos, gratis, nuestro NUEVO CATALOGO á cualquier punto de la República Argentina, franco de porte á quien lo solicita.

Calle FLORIDA esquina B. MITRE - Buenos Aires

Calle SAN MARTÍN esquina CORRIENTES - Mar del Plata

Curioso concurso internacional

Las regatas no son una novedad, pero regatas internacionales y en el río Nilo, son dos novedades.

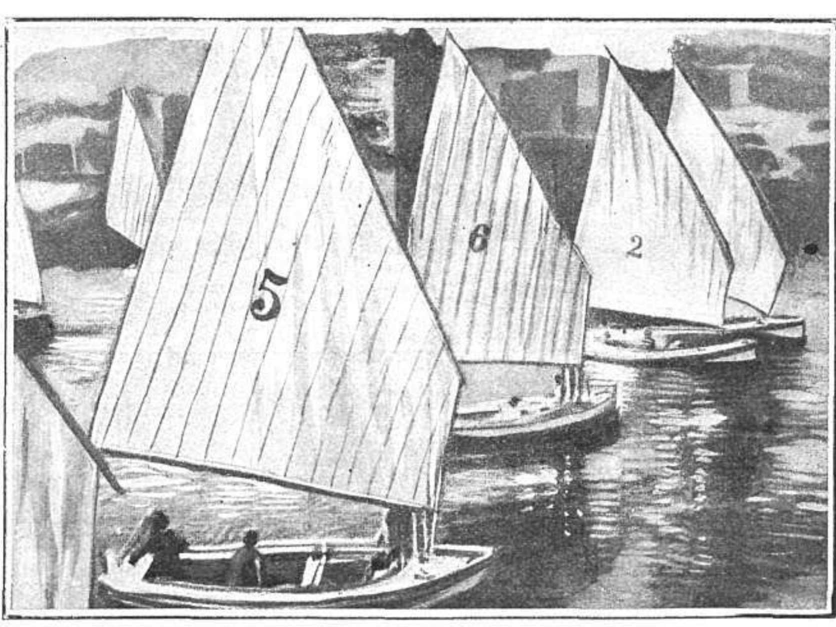
En el Egipto la colonia internacional está «au complet», todas las naciones están representadas, los ingleses en mayoría (los dueños) y los italianos.

La idea de las grandes regatas en el Nilo partió de los ingleses—¡cómo iba á ser de otro modo! — y todos los amantes del sport respondieron al llamamiento. Tanto las lanchas como sus aparejos, de corte modernísimo, fueron trabajados en el país. Entonces el concurso asumió aspecto de orgullo patriótico y el interés resultó enorme.

Fué verdaderamente imponente el espectáculo, en un medio día tranquilo y límpido, sobre el bello y antiguo río sagrado de plomizos reflejos.

Los indígenas, atraidos por la novedad del acontecimiento, acudieron en gran número y se amontonaron en ambas orillas, siguiendo con el más vivo interés aquel hermoso desfile de velas blancas, y expresando su entusiasmo y satisfacción con el centelleo de sus ojos negrísimos y con gritos roncos y extraños.

Nuestra fotografía muestra el desfile de las lanchas en el momento culminante de las regatas.



Una regata á vela en el Nilo, cerca de Assuan



Una positiva economía y una buena elección en estilos y calidades la obtendrá efectuando sus compras en esta casa, donde hallarán **un hermoso surtido de los muebles más modernos,** pudiendo amueblar cualquier casa, desde la más lujosa hasta la más humilde.

Ofrecemos hoy como aguinaldo de Año Nuevo, un espléndido

JUEGO DE COMEDOR

ROBLE MACIZO

Compuesto de un Aparador, un Trinchante, una Mesa para 12 cubiertos, 12 sillas tapizadas, asiento y respaldo. — **PRECIO $ 900.**—

MUEBLES PARA CAMPO, grandes surtidos

Ventas á plazos en condiciones liberales, sin alteración en los precios

Casa Matriz:
CANGALLO, 645

Anexo:
Cangallo, 858

I. RILLO

SECCION ADORNOS
PARA FIESTAS Y CASAMIENTOS

Pídase
Catálogo
"A"

Por tierra otomana.— De Jerusalem á Jericó

La puerta de Jaffa

El camino que de Jerusalem lleva á Jericó no es, en verdad, muy cómodo, pues son frecuentes los encuentros con ladrones; este camino á través del desierto es uno de los más peligrosos de la región oeste del Jordán. Todos los cristianos que hacen ese viaje han de ponerse bajo la protección de un guardián solicitado al «serai» de Jerusalem.

El desierto que se extiende entre esta ciudad y Jericó no es una llanura arenosa como en otros países, sino un amontonamiento de montañas de todas formas y dimensiones, y en la que, de cuando en cuando, se encuentra un valle profundo. El tono dominante es un pardo sucio y, fuera de la maleza de un pardo algo más neto, no se ve ninguna otra vegetación.



Jerusalem, vista desde la puerta de San Estéban



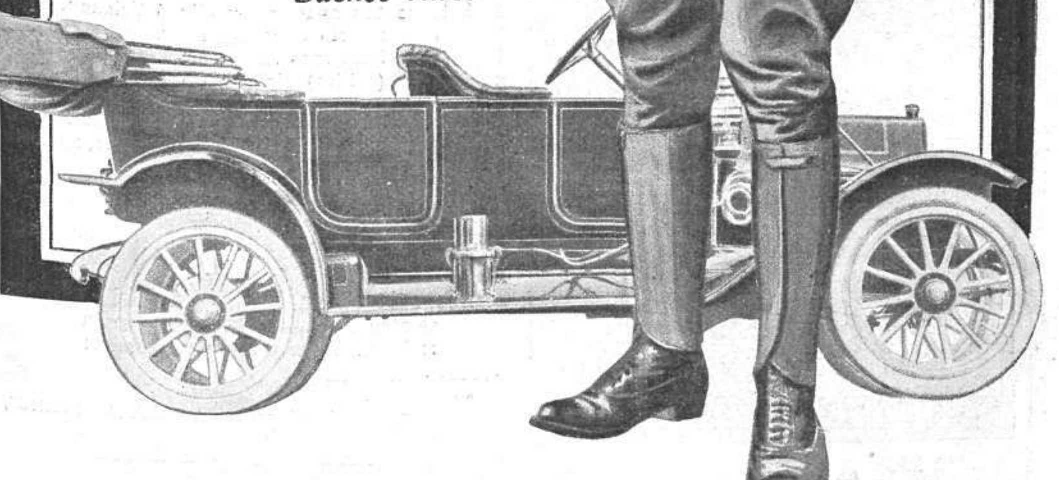
Si Vd. compara la hermosura del diseño y el superior trabajo mecánico de este automóvil de bajo precio, con cualquier otro en plaza, se convencerá Vd. de que adquiere el mejor producto que su precio ofrece.

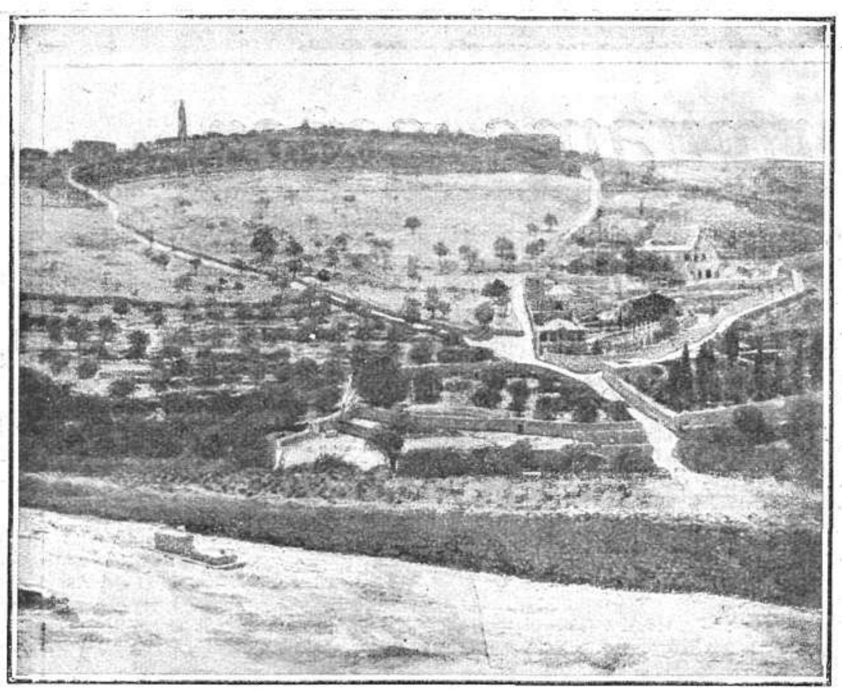


Únicos representantes:

Blanch Hnos

BOLÍVAR, 161
Buenos Aires





El monte de los Olivos, visto desde la puerta de San Estéban

Cuando, fatigado de esta naturaleza monótona, el viajero empieza á salir de ella, lo primero que hiere su mirada es el Mar Muerto, cuya superficie aparece tan dormida y encalmada como los antiguos leviatanes inmóviles en el caos prehistórico.

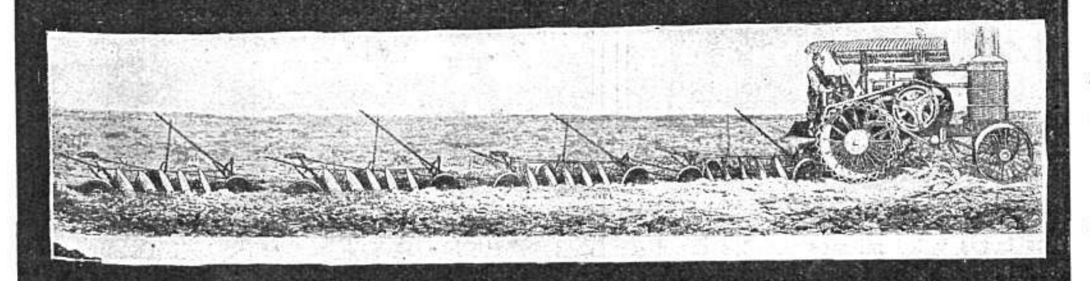
Así y todo, el viaje á través de esta región no es tan triste como pudiera creerse, pues se encuentran con gran frecuencia caravanas de peregrinos abisinios, egipcios, griegos y, sobre todo, rusos. En todos nótase la misma mirada llena de turbación, como si la Palestina fuera demasiado complicada para que ellos puedan comprenderla.

Los pobres rusos, que no hablan otro idioma que el de su país, se extravían continuamente, aunque tratan de seguir de cerca á los sacerdotes que los conducen de una ciudad santa á otra; sonríen con timidez á todo lo que no comprenden y religiosamente asisten á todas las ceremonias del culto. Es seguro que no llevan ro-

MOTOR "HART PARR"

A NAFTA

Cada día se acentúa el triunfo del motor "HART PARR" por ser absolutamente indispensable al agricultor.



Buenos Aires, abril 24 de 1911.

Señores MOLINERO & Cía.

Presentes

Muy señores míos:

Me complazco en manifestarles que el resultado obtenido del motor "HART PARR", en los dos meses que llevamos arando en el establecimiento, ha sido completamente satisfactorio; resultando, de acuerdo con el compromiso que Vdes. adquieren, que el consumo no excede de 20 litros de nafta por hora y que en ese tiempo rotura una hectárea de tierra.

Saluda á Vdes. muy atte. suyo affmo. y S. S.

pp. Bernabé de Carabassa,
José Pando.

Tenemos centenares de testimonios á disposición de las personas interesadas.

ÚNICOS INTRODUCTORES: **MOLINERO & Cía.** Calle ALSINA, 1099 Buenos Aires

Agentes en Montevideo: **EUGENIO BARTH y Cía. - Uruguay, 10**

Por tierra otomana.— De Jerusalem á Jericó



La procesión «Meby Musa», saliendo por la puerta de Jaffa

pas para cambiarse, pues se les ve circular bajo el sol abrasador de Jericó con las mismas botas y los mismos pesados capotes que les protegieron del frío riguroso de su patria. A pesar de todo, se consideran felices estos humildes peregrinos.

Los rusos son, como nosotros, extranjeros en el país, pero no ocurre otro tanto con los árabes, á quienes el desierto pertenece de derecho desde los tiempos de su abuelo Ismael.

El camino de Jericó á Jerusalem ha sido casi completamente reconstruído después de la visita del emperador de Alemania, y es muy hermoso, á pesar de no encontrarse en todo el trayecto más que dos casas que, como es natural, son «khanes».

El «khan» típico es una fortaleza mitad «ecurie», mitad café; fórmale un recinto constituído por cuatro paredones



Muchedumbre de peregrinas en la falda de la colina

REGALOS DE AÑO NUEVO

PERLAS "TALMA" GARANTIZADAS

LA MEJOR IMITACION DE LAS PERLAS LEGÍTIMAS



N.° 11269, $ 8.—
Anillo en doublé, con perla **Talma** y brillantes



Aros perla "Talma", tornillo oro 18 ktes.

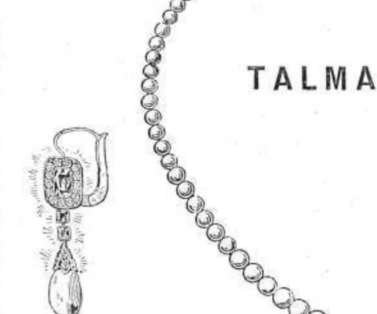
N.° 6868,	Perla	chica	$ 5.—
» **6869,**	»	mediana.........	» 8.—
» **6857,**	»	mediana.........	» 10.—
» **6883,**	»	chata, mediana ..	» 20.—



N.° 11257, $ 12.—
Anillo doublé, con tres perlas **Talma** y numerosos brillantes engarzados en platina

COLLARES

TALMA TALMA



N.° 10321, $ 35.—
Perlas chicas graduadas, cierre de plata dorada

N.° 10412, $ 50.—
» **10413,** » 55.—
» **10422,** » 60.—
» **10411,** » 65.—

Estos cuatro modelos tienen diversos cierres, de oro 18 kilates, con diamantes legítimos

N.° 6862, $ 15.—
Perla **Talma** y brillantes



N.° 6861, $ 15.—
Perla **Talma** y brillantes

OTRAS CALIDADES



Collar de perlas, una hilera, *todas de igual tamaño*

N.° 10248,	Con cierre simple........................	$ 3.—
» **10311,**	» » de fantasía....................	» 5.—



Collar de perlas, de una hilera, graduadas

N.° 10420,	Con cierre mosquetón..................	$ 3.—
» **10394,**	» » de fantasía..................	» 10.—



N.° 6382, $ 3.—
Aros dorados y brillantes con dos perlas



Aros de perlas, tornillo dorado

N.° 12725,	Perla	muy chica	$ 1.—
» **12726,**	»	chica	» 1.—
» **12727,**	»	mediana .	» 1.—
» **12730,**	»	gruesa ...	» 1.50

Aros, perla y brillante

N.° 2734, Tamaño mediano **$ 1.—**

Perla superior

N.° 12720,	Tamaño chico..	**$ 1.50**
» **12722,**	» mediano	» **1.50**



N.° 6378, $ 3.—
Aros enchapados, con brillantes y perla

AVISO IMPORTANTE Los pedidos por carta deben venir acompañados de su importe, y hay que remitir 50 centavos más, para gastos de expedición, para todo pedido que no alcance á $ 5.— c/l.



Casa Matriz: 274, FLORIDA
Sucursal: 339, CARLOS PELLEGRINI
Buenos Aires



La cabeza de la procesión



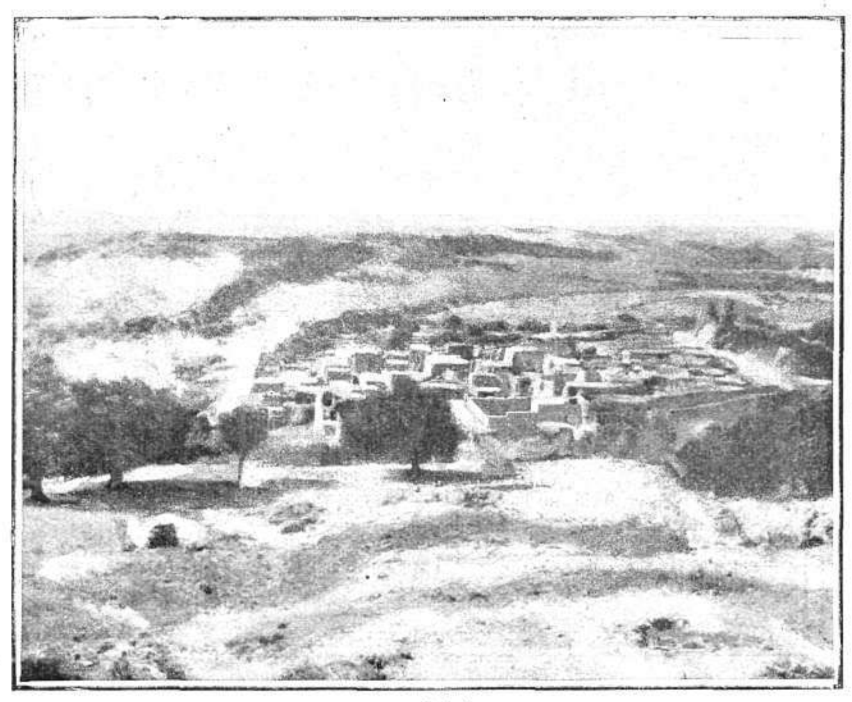
«¡Bien venido!»—Una familia árabe junto á su tienda

de piedra de unos diez ó doce pies de altura y acribillados de saeteras por las que se hace fuego sobre los beduinos en caso de un ataque: no tiene más que una sola puerta de entrada y tres ó cuatro habitacionas para comer y dormir.

Allí pueden los viajeros comprar frutas y escoger entre una veintena de sorbetes diversos ó de manjares sazonados con manteca rancia. En una de las habitaciones se ve ve una colección de antigüedades que se venden á precios que revelan en seguida el origen judío de su propietario.

Todos los que hacen el viaje de Jerusalem á Jericó conservan claramente la visión de altas torres que parecen vigilar todo el paisaje; á cada recodo del camino, en medio de la soledad y de la desolación, sobre las orillas del Mar Asfaltites, cuando el peregrino cree encontrarse aislado del mundo entero, esas torres atrevidas parecen otros tantos faros que indican el puerto de salvación.

Si el gran profeta y jefe Moisés volviese un día á las cumbres de las montañas, de Moab, ya no podría ver la sagrada ciudad: la iglesia alemana, el consulado de los Estados Unidos, el hospital inglés, el asilo de los leprosos, las colonias judías



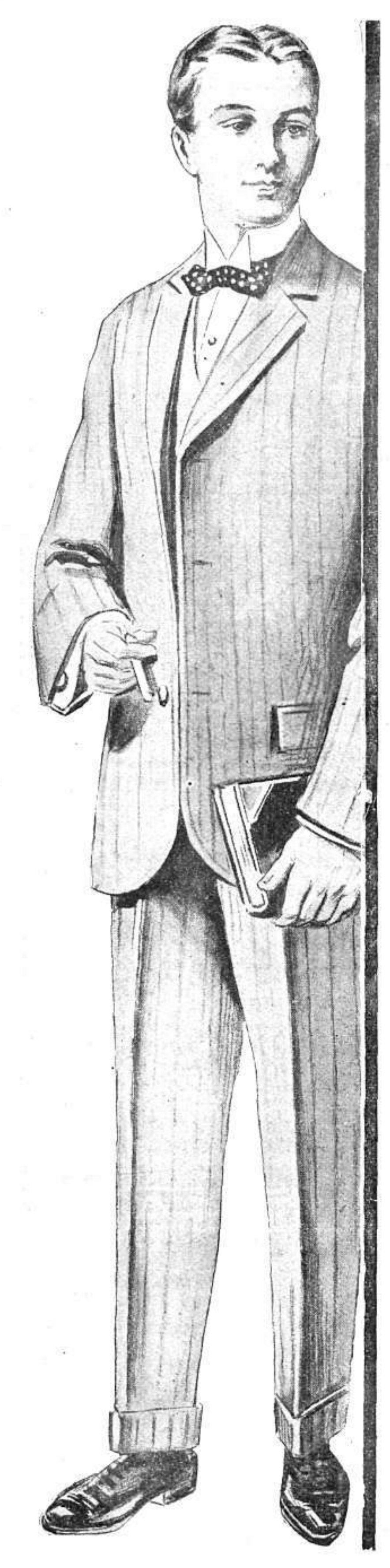
Betania

del barón de Rothschild, todo eso quedaría oculto á la mirada por las colinas circundantes; pero, destacándose netamente contra el cielo intensamente azul, como una invitación ó como un desafío, distinguiría el peregrino las torres del monasterio ruso en lo alto del monte de los Olivos.

Uno de los espectáculos más curiosos é interesantes es la procesión «Neby Musa», cuando Jerusalem se llena de musulmanes que, al honrar al profeta Moisés, tratan de hacer comprender á los dignatarios griegos y latinos que no abdican de sus derechos sobre la Ciudad Santa.

Desde por la mañana llegan las multitudes de peregrinos aldeanos por la puerta de Jaffa: servidores con turbantes verdes, soldados astrosos, esclavos negros y eunucos nubianos; pero los hombres casi se pierden entre el número enorme de mujeres. Pueden verse las «fellah» con su inevitable «jupe» azul.





DOS PALABRAS:

Al terminar el año 1911, no podemos menos de agradecer al público el creciente favor conque ha reconocido y premiado nuestro constante empeño para mejor servirlo.

Los esfuerzos hechos para llenar cumplidamente nuestra misión de elevar el ramo de SASTRERIA y CONFECCIONES al mayor grado de perfección, han sido coronados de un éxito completo, como puede atestiguarlo el aumento progresivo y continuo de nuestra clientela.

Menos preocupados del resultado material de las ventas, que del buen concepto y reputación de nuestra casa, esa constatación halagadora la reputamos como una recompensa por todos estilos superior á cualquier ventaja de otro orden, y reconocidos expresamos á tan distinguida clientela nuestros votos por la felicidad de cada uno en el próximo año.

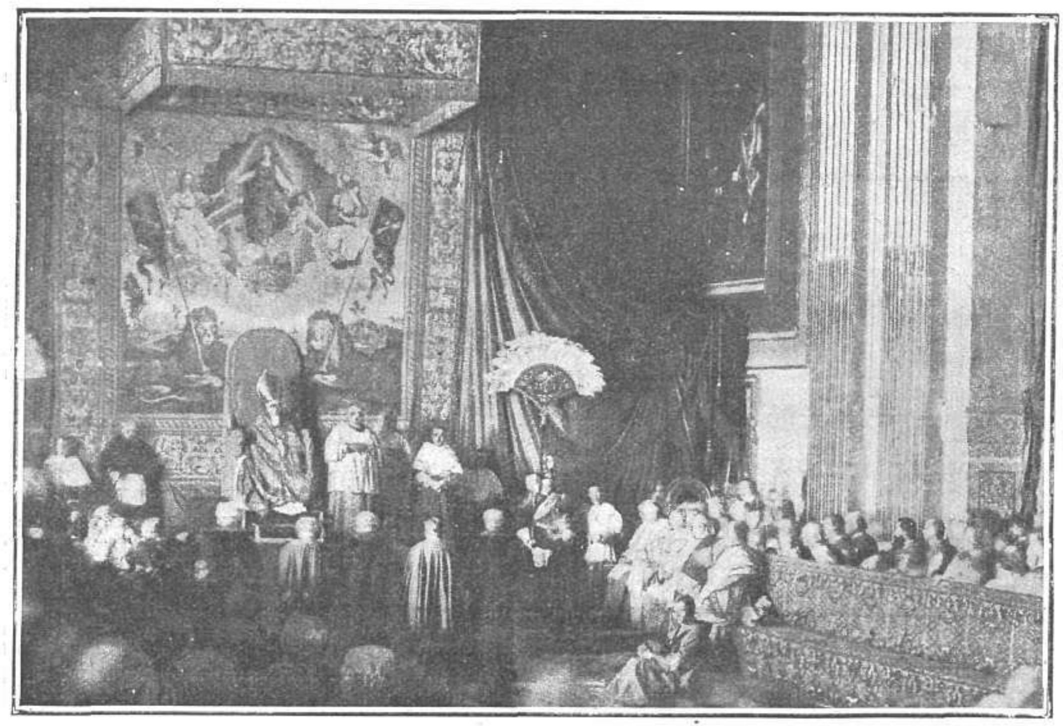
B. MURO & Cía.

B. Mitre, 701/27 esq. á Maipú

Sucursal: Calle Córdoba, 1288/98

Rosario de Santa Fe

Los nuevos cardenales



La ceremonia durante el consistorio público



José María Cos y Macho, arzobispo de Valladolid



P. Ludovico Billot, jesuita



Diomedes Falconio, arzobispo titular de Larissa, legado apostólico en los Estados Unidos



Francisco Dubillard. arzobispo de Chambery



Francisco Nagl, arzobispo de Viena



Francisco Cabriéres, obispo de Montpellier


1912
FELIZ AÑO NUEVO
Desea á todos sus favorecedores la
CASA JUAN B. TAGINI
925 - AVENIDA DE MAYO - 925
Ya hemos recibido y se encuentran en exposición grandes novedades en discos Columbia, Odeón y Fonotipia, así como un extraordinario surtido de Grafófonos, los más perfeccionados y últimos modelos, á precios excepcionales.
Solicitamos una visita de todas las personas que deseen una buena máquina parlante y discos selectos, contando con un repertorio universal.
VENTAS POR MAYOR Y MENOR
Gran taller de composturas
Sección de Créditos, por mensualidades
REPRESENTANTES
En Mendoza: J. FUENTES RODRÍGUEZ, San Martín, 1333.
" San Juan: " " Tucumán, 440.
" Lincoln (F. C. O.) y Casilda (F. C. C. A.) BAZAR MASSANA.
Para Cualquiera Máquina
(FRENTE)

Los nuevos cardenales


Gaetano Bisleti, mayordomo del papa


Juan Farley, arzobispo de Nueva York


Genaro Granito di Belmonte, arzobispo titular de Edesa


Francisco Burne, arzobispo de Westminster


Antonio Vico, arzobispo titular de Filipos, nuncio en España

El sumo pontífice determinó hace poco llenar las numerosas vacantes que existían en el Sacro Colegio, celebrando al efecto el consistorio que es de práctica para proceder al nombramiento de los nuevos cardenales.

El consistorio secreto tuvo lugar el día 27 del mes pasado y el consistorio público el 30.

Los nuevos cardenales



León Adolfo Amette, arzobispo de París



Francisco Bauer, arzobispo de Olmutz



Basilio Pompili, secretario de la Congregación del Concilio



Juan B. Lugari, asesor de la Congregación del Santo Oficio



Guillermo O'Connel, arzobispo de Boston



P. Guillermo Van Rossum, redentorista

Los niños en las playas veraniegas



Concurso de construcciones de arena en Trouville. — El primer premio



Segundo premio



Tercer premio



FEBRERO

1 J. s. Ignacio
2 V. La Purif. de N. Señora
3 S. s. Blas
4 D. s. Andrés Corsino
5 L. s. Albino
6 M. s. Teófilo
7 M. s. Romualdo
8 J. s. Juan de Mata
9 V. s. Cirilo Alejandrino
10 S. s. Ireneo
11 D. s. Félix
12 L. s. Damián
13 M. s. Esteban
14 M. s. Valentín
15 J. s. Faustino Cástulo

SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO

COMPREBA SU VEJEZ :: ::

FEBRERO

16 V. s. Gregorio
17 S. s. Faustino
18 D. s. Simeón. **Carnaval**
19 L. s. Gabino
20 M. s. Eleuterio
21 M. s. Severiano. **Ceniza**
22 J. s. Pascasio
23 V. s. Pedro Damián
24 S. s. Sergio
25 D. s. Sebastián de Aparicio
26 L. s. Alejandro
27 M. s. Leandro
28 M. s. Osvaldo
29 J. s. Agapito

Alimento completo

"GENER"



ESPECIAL PARA:

NIÑOS, MADRES, NODRIZAS, PERSONAS SANAS, DÉBILES Y CONVALECIENTES.

Leche Malteada con Cereales Combinados

Sociedad Argentina de Productos "GENER"

BARRADA H^nos^

Fábrica: SALGUERO, 733-741

BUENOS AIRES



MARZO

1 V. s. Rudecindo
2 S. s. Heraclio
3 D. s. Emeterio
4 L. s. Casimiro
5 M. s. Adrián
6 M. s. Olegario
7 J. sto. Tomás de Aquino
8 V. s. Juan de Dios
9 S. s. Cirilo
10 D. s. Melitón
11 L. s. Eulogio
12 M. s. Gregorio
13 M. s. Nicéforo
14 J. sta. Florentina
15 V. s. Raimundo
16 S. s. Hilario
17 D. s. Patricio
18 L. s. Gabriel Arcángel
19 M. s. Amancio
20 M. s. Ambrosio
21 J. s. Benito
22 V. s. Saturnino
23 S. s. Victoriano
24 D. s. Dionisio
25 L. † **Encarnación del Señor**
26 M. s. Marciano
27 M. s. Ruperto
28 J. s. Sixto
29 V. s. Marcos
30 S. Juan Climaco
31 D. s. Benjamín

Este alimento contiene en debida proporción los elementos más nutritivos, en la forma digestiva más fácil, rápida y completa.

Libre de impurezas.

Perfectamente esterilizado.

No contiene adición de droga alguna.

El alimento **"GENER"** se elabora con productos del suelo ARGENTINO, de acuerdo con los últimos principios de la ciencia.

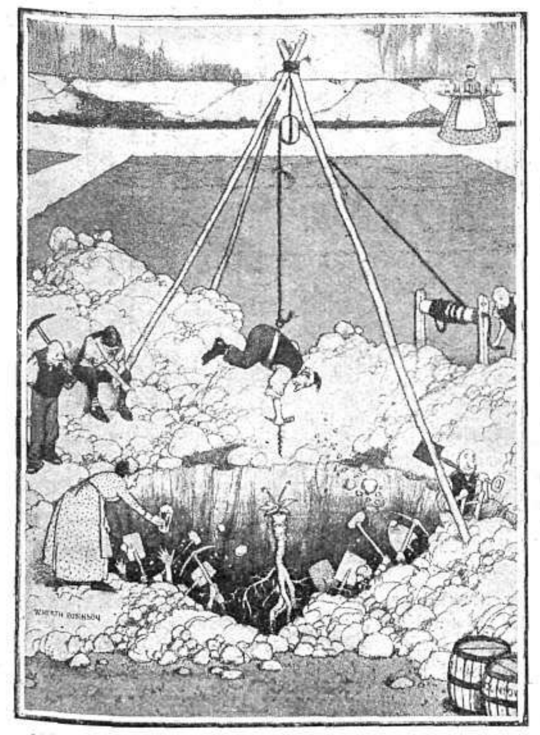
Rico en sales nutritivas naturales, procedentes de los cereales combinados, en el estado de perfecta asimilacicn que los ofrece la naturaleza.

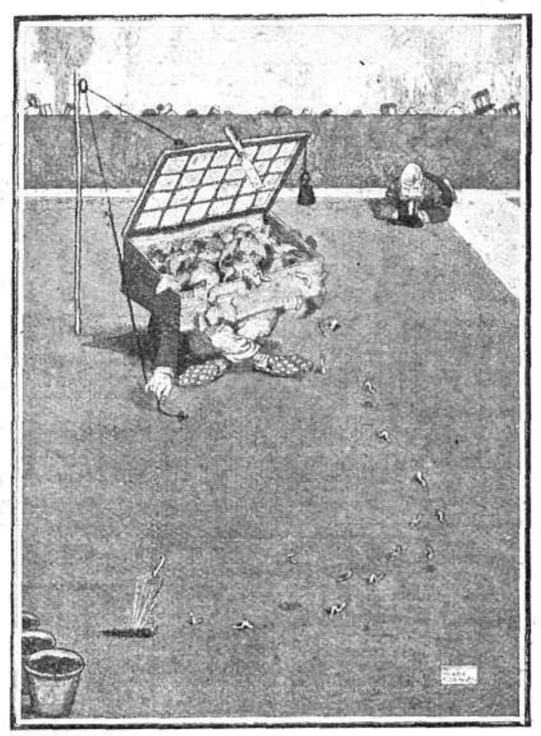
SOCIEDAD ARGENTINA DE PRODUCTOS "GENER"

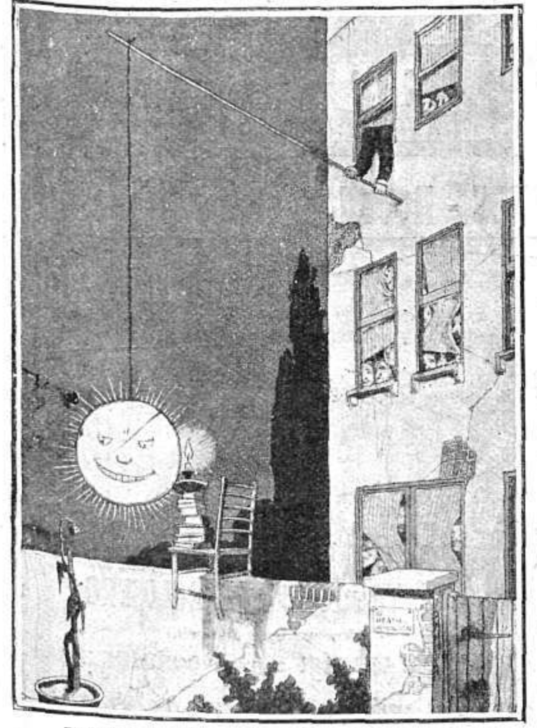
BUENOS AIRES

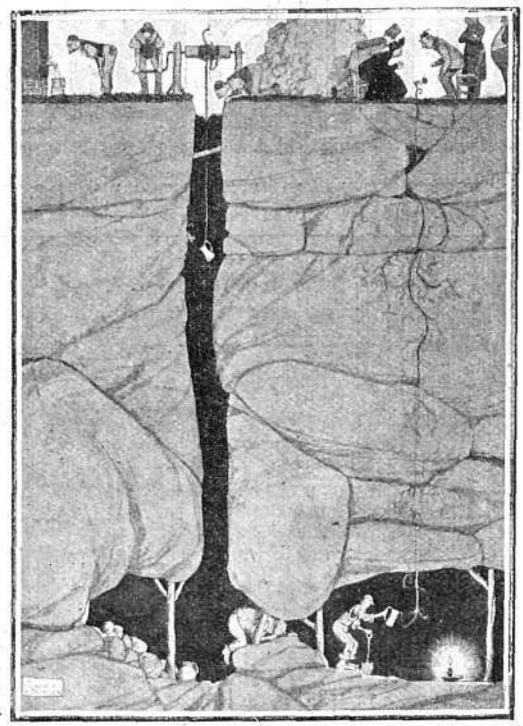
De un tratado práctico de horticultura

por el dibujante Heath Robinson

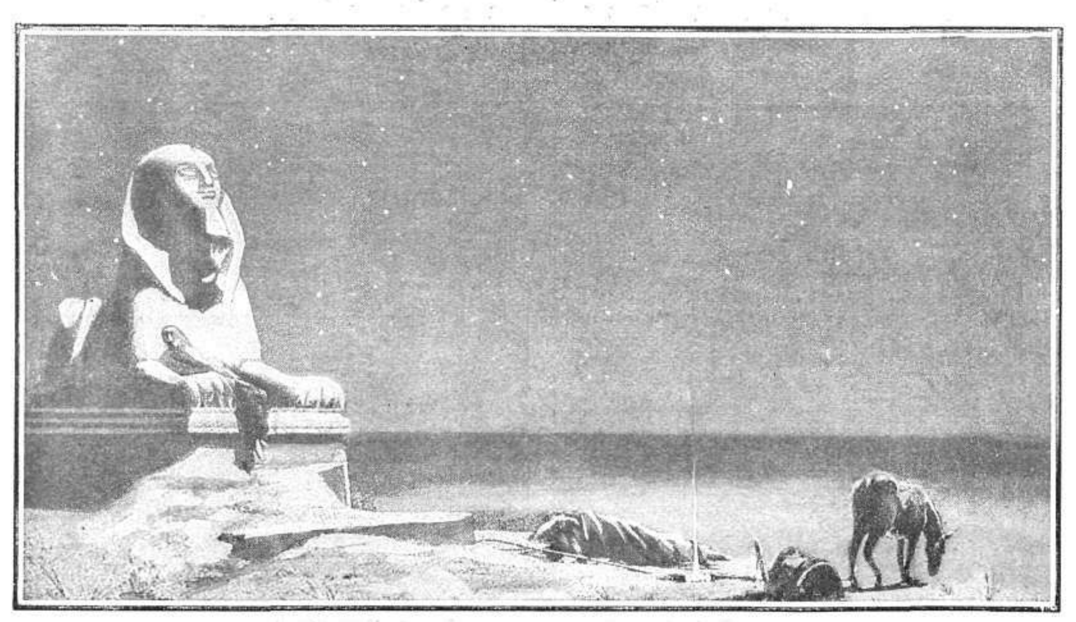

Extrayendo las malezas del terreno


La caza de gusanillos


Para hacer madurar más rápidamente los tomates


Regando las raíces del «Trapogon porrifolius arborescens» durante la seca

Las leyendas de la huída á Egipto



«El reposo durante la huída á Egipto''. (Cuadro de Merson)

La huída á Egipto es una de las escenas de la vida del Redentor del mundo acerca de las cuales escritores y artistas han fantaseado más libremente, y más impunemente también. La humilde odisea del Rey de reyes, recién nacido, huyendo de la cólera de un rey cruel y buscando refugio en la clásica tierra del Nilo y de las pirámides, es asunto demasiado poético para que el arte y la literatura pudieran contentarse con el sobrio relato de San Mateo: «Partidos los magos, el ángel del Señor aparece en

¿DE QUE LADO DEL ESCRITORIO ESTÁ VD. COLOCADO?



Cualquiera que sea su posición social: rentista, comerciante, empleado ú obrero, encontrará Vd. ventajas en obtener del **BANCO MERCANTIL DEL RIO DE LA PLATA,** un crédito para adquirir en cualquier casa seria de Buenos Aires, mercadería de primera calidad, pagando su importe en mensualidades, sin recargo de precios.

ALGUNAS CASAS AFILIADAS AL BANCO:

Gath & Chaves; A. de Micheli & Cía.; Tienda San Juan; El Progreso; Parada & Cía.; Mascort & Bonturi; Casa Escasany; F. J. Marty; Carlos Rasetti; S. Schiffrin & Hno.; J. J. Drysdale & Cía.; Agar Cross & Cía.; Heinlein & Cía.; Azaretto Hnos.; Casa Lepage; Joyería Scarinci, etc., etc.

Ofrecemos pasajes de llamada desde Europa por $ **10** mensuales y boletos de ferrocarril también por mensualidades.

Aproveche nuestra oferta, enviando este cupón al:

BANCO MERCANTIL

del Río de la Plata

AVENIDA DE MAYO, 646

BUENOS AIRES

Señor Gerente del "Banco Mercantil del Río de la Plata"

AVENIDA DE MAYO, 646 - Buenos Aires

Sírvase ordenar se me envien condiciones para adquirir mercaderías de la casa ....

por valor de .... pesos.

NOMBRE ....
OCUPACION ....
DOMICILIO ....
CIUDAD 33

sueños á José, diciendo: Levántate, toma al Niño y á su Madre, huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise; porque acontecerá que Herodes buscará al Niño para matarle. Y él, despertando, tomó al Niño y á su Madre de noche, y se marchó á Egipto. Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes».
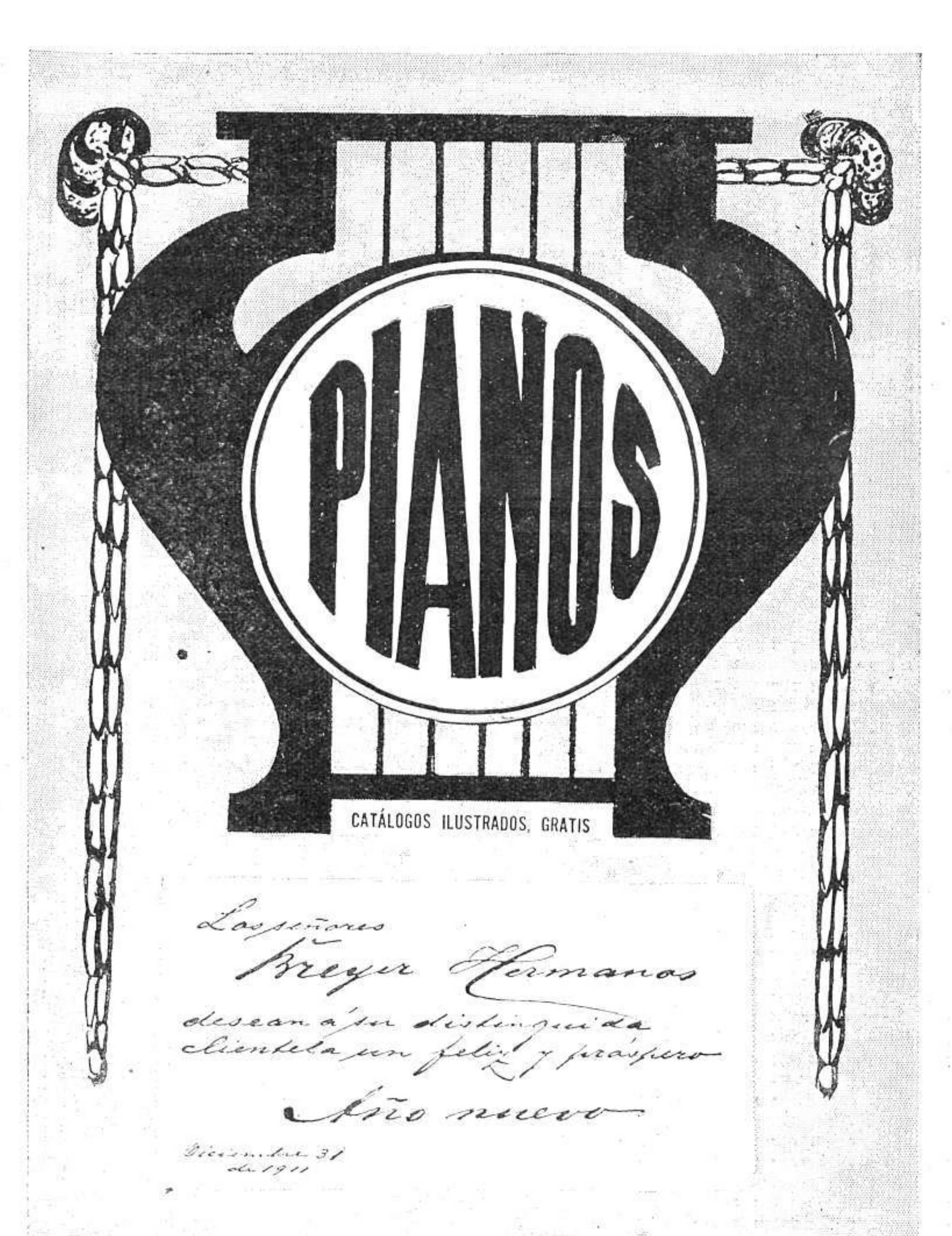
Para los autores de las leyendas piadosas aparecidas durante la Edad Media, como para los pintores de todos los tiempos, tan sencilla narración no fué más que una trama, un armazón que se complacieron en adornar con los más variados y caprichosos episodios.

Por de pronto, nada hay en el Evangelio que autorice á creer que en la fuga interviniese un asno, y sin embargo, el paciente jumento no falta jamás en las representaciones de esta escena. A ningún pintor se le ocurrió sustituirlo por un camello, como parece lógico tratándose de países orientales. En cambio, á veces se añade al borriquillo un buey ó una ternera, como ocurre en el grabado que reproducimos de Durero y en un famoso cuadro de Jordaens, como si estos artistas hubiesen querido prolongar la tradición de los animales del «pesebre. Con los compañeros de viaje ocurre lo mismo; aunque San Mateo no habla de ninguno, artista hay que pinta hasta media docena, y no contentos con poner ángeles que sirven de guías y acompañantes, añaden unos á María Salomé, y otros á tres muchachos y una joven, cuyos nombres no se expresan.

Según la leyenda, el viaje duró cuarenta días, lo que parece demostrar que quien tal ideó no tenía la menor noción de la distancia que media entre la Judea y Egipto; y añádese



«La huída á Egipto». (Grabado de Alberto Durero)



BREYER Hnos

49 FLORIDA 61

Las leyendas de la huída á Egipto



«Camino de Egipto». (Cuadro de Hitchcoke)

que á poco de emprenderlo, habiendo llegado á la boca de una caverna los fugitivos, salieron de ella espantosos dragones que, en medio del terror de todos, pero con las mejores intenciones del mundo, lejos de hacer mal á nadie se postraron ante el Niño para adorarle, recibieron sus órdenes y se unieron al cortejo, juntamente con leones, panteras, lobos y toda clase de fieras, encargándose de proteger á la sagrada familia.



«El encuentro con los dragones». (Grabado del siglo xv)

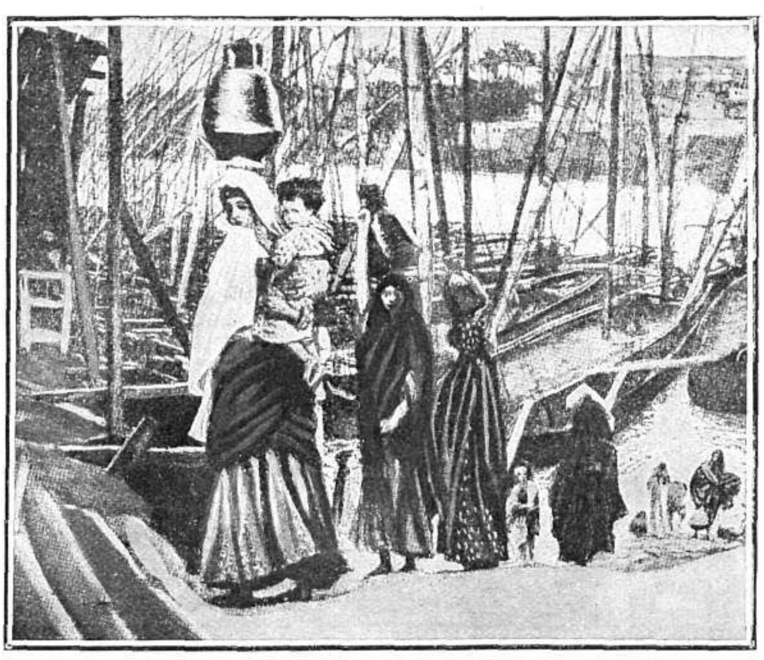
Otra vez es una gentil palmera la que, á una seña de Cristo, inclina sus ramas para poner su fruto al alcance de la Virgen, fatigada y hambrienta, á la vez que de sus raíces surge copiosísima fuente de agua cristalina. Siendo de notar que, descontando estos prodigios naturales que habían de intervenir en el sostenimiento de la familia, los pintores antiguos no olvidaron jamás el cargar á San José con abundante merienda, y aun en ocasiones lo representaron llevando por delante numeroso rebaño de ovejas y vacas, ni más ni menos que si se tratase de una expedidición alrededor del mundo.

Refiérense otras leyendas á una araña que, para despistar á los sicarios de Herodes fabrica rapidísima su tela en la entrada de la cueva en que la sagrada familia se cobija, para hacer creer que en ella no había entrado nadie en largo tiempo, ó á dos bandidos que se ablandan ante la dulce mirada del Hijo y de la Madre, y uno de los cuales, más tarde, el día de la crucificixión, recibe en el patíbulo la promesa del paraíso en recompensa de su humanidad.

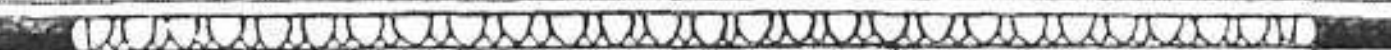
Esta prodigalidad de milagros va en aumento al llegar á Egipto. Las estatuas de los dioses egipcios caen por sí solas y se hacen añicos al entrar los fugitivos en sus templos para ocultarse á sus perseguidores. El simbolismo de esta leyenda, con estar bien traído, no es tan bonito como el del cuadro de un pintor moderno, Olivier Merson, que pinta al Niño Dios y á su bendita Madre reposando entre los brazos de la Esfinge, como indicando el hecho de que Cristo, rechazado y perseguido por los suyos, es acogido por un país pagano.

Ya en el Cairo, y siempre según los autores de estas historias apócrifas, Cristo, en vez de presentarse con aquella modestia y humildad que según San Lucas caracterizó su infancia, viene á convertirse en un infantil taumaturgo, que tan pronto alarga milagrosamente una túnica que á San José le han sacado demasiado corta, como hace revivir los pescados ya abiertos y en salazón, ó se divierte haciendo pájaros de barro y dándoles la vida con un soplo. Aunque no menos hipotética, también en este caso la idea de un artista moderno, del famoso Tissot, resulta más digna de aplauso, ó cuando menos más conforme con la realidad. Tissot ha pintado á la Virgen, durante su estancia en Egipto, mezclada con las mujeres del país en sus habituales quehaceres, subiendo agua del río mientras sostiene en sus brazos al Hijo de Dios.

Exornada con tan pintorescos episodios, la huída á Egipto da ya sobrados asuntos á los artistas.



«La Virgen y el Niño en Egipto». (Cudro de Tissot)



CAMAS DE BRONCE THOMPSON



NADA HAY que tan eficazmente renueve el vigor del cuerpo y de la mente como descansar de un modo perfecto.

EL SUEÑO es el gran restaurador natural, y sin él no podemos esperar que se conserven la salud y las fuerzas.

CADA CAMA DE THOMPSON tiene su elástico tejido de alambre, de calidad insuperable, el que asegura el descanso perfecto, tan necesario á la BUENA SALUD.

PÍDASE CATÁLOGO "B"

THOMPSON

380, CARLOS PELLEGRINI. 380

Las universitarias yanquis y su deporte favorito



El debut de la joven universitaria

Las universitarias americanas son todas muchachas fuertes y amantes de todos los sports, así que no nos sorprende el gran entusiasmo con que se dedican actualmente á patinar sobre la nieve, dedicando á ese saludable ejercicio, casi todo el tiempo que les dejan libres sus tareas.



Toda tentativa de salto concluye con una caída

Las alumnas de una de las universidades femeninas de los Estados Unidos, han comenzado á dedicarse por primera vez á este sport, patinando sobre la nieve que cubre los «campus» — llámanse así los grandes terrenos que circundan las universidades americanas.

Las primeras tentativas fueron muy poco felices, pero las valientes jóvenes no se desanimaron, y aseguran que en poco tiempo aprenderán á patinar como las mujeres de los países del norte de Europa; cosa no difícil, si se tiene en cuenta que la tenacidad es uno de los caracteres distintivos y más desarrollados en los hijos de la gran república norteamericana.

Llevadas de esa tendencia á familiarizarse con todos los ejercicios que no sean incompatibles con su sexo y con sus estudios, y seguras al mismo tiempo de que la práctica de muchos de los deportes modernos contribuye á fortalecer el cuerpo tanto como á dar reposo al espíritu, el ejemplo de las jóvenes universitarias á que nos referimos ha tardado muy poco en cundir y ser imitado por las de otros establecimientos de índole análoga.

Son ya numerosos los grupos de muchachas que se han asociado en clubs para organizar algo así como una federación nacional de deportes femeninos, y su valiente iniciativa ha encontrado decididas entusiastas y eficaz apoyo en las autoridades universitarias, que secundan con el mayor interés todo cuanto puede contribuir á hacer más agradable la vida en los centros docentes.



Un comedido ajustándole el patín

Por de pronto, el de que nos ocupamos en esta noticia facilitó á sus alumnas los trajes para entregarse al ejercico que tanto parece gustarles.

Nuestras fotografías han sorprendido á una de estas jóvenes, vestida con su traje universitario, en las distintas alternativas de sus decididas tentativas para perfeccionarse en este sport, que recién empiezan á aprender.



Es imposible levantarse sin una ayuda


The Inventions Co.
AVENIDA DE MAYO, 821
Buenos Aires
SAN MARTIN 885-Rosario S. Fe
Catálogos gratis.
CON PÚA
Proporciono
á Vd.
un feliz año
Cualquiera de nuestras sensacionales ofertas, que hacemos en esta excepcional ocasión, aportará dicha y alegría en su hogar.
1.ª oferta
Grafófono "Phono d'Art", caja metal, 4 piezas, 25 cent., á elección y 200 púas finísimas, pesos. . . . . 17.—
2.ª oferta
Grafófono "Phono d'Art", Núm. 2, caja madera, 6 piezas á elección, 200 púas. . . . . $ 19.50
3.ª oferta
Grafófono "Phono d'Art", Núm. 3, caja madera, doce piezas artísticas á elección, 200 púas . . . . $ 35.—
4.ª oferta
Grafófono "Phono d'Art", N.º 4, con gran corneta amplificadora, 12 piezas á elección, 200 púas, pesos 49.50
Todos los Grafófonos Phono d'Art Son Garantidos.
5.ª oferta
Grafófono "Phono d'Art", gran formato, doble máquina, hermosa caja y membrana último modelo, 400 púas, $ 75.—
Nota. Las compras mayores de $ 100, pueden pagarse, en 10 mensualidades.

La mesa de los etruscos



Utiles de cocina

Siempre y en todo lugar ha sido la mesa objeto de grandes cuidados, ya se trate de países civilizados ya de los menos progresistas.

Siempre también hubo y habrá «gourmands» y glotones, y si los gustos y las opiniones no han sido los mismos, ni se han parecido las formas y las costumbres, el objeto, en el fondo, fué idéntico.

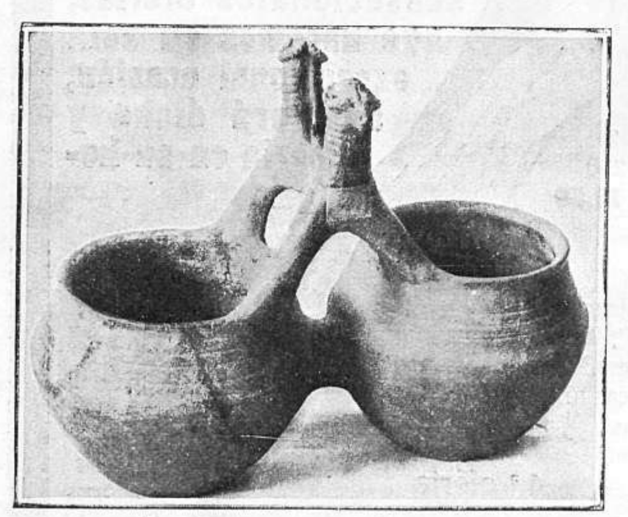
En la mesa, según suele decirse, no se envejece, y hasta las familias de la pequeña burguesía hacen esfuerzos para preparar bien su mesa de manera que esté provista de todo lo que exige el moderno «confort»; pero es un «c o n f o r t» constituído por objetos de poco precio, de apariencia, de escaso mérito y de breve duración.

Los antiguos, en vez, tenían sobre este punto una opinión totalmente distinta. No parece sino que se preocupasen más de su descendencia que de sí mismos, por lo cual cada utensilio, cada objeto de uso corriente era fabricado con el cuidado más escrupuloso, y empleándose las materias más duraderas como para desafiar siglos y siglos.

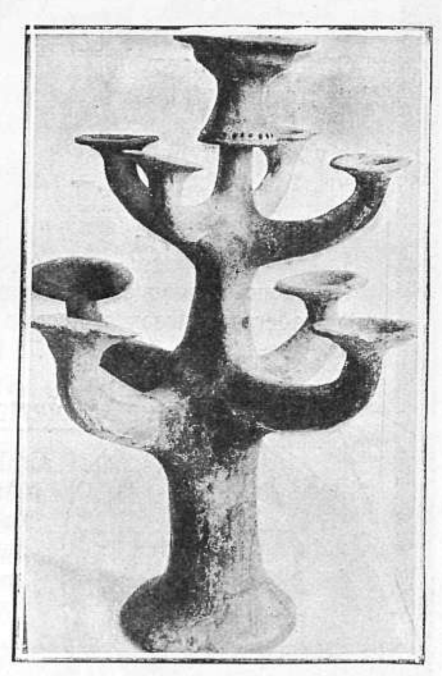
He ahí porqué las armas, los muebles, las construcciones y hasta los mismos vestidos antiguos resisten á las injurias del tiempo, y han podido llegar hasta nosotros tan bien conservados que, en ciertos casos, parecen de fabricación reciente.

Para la mesa, lo mismo que para lo demás, tuvieron igual solicitud los antiguos; y así supieron encontrar vasos y objetos cómodos y artísticos, algunos de los cuales, como por ejemplo, los saleros, no harían mal papel en una mesa moderna

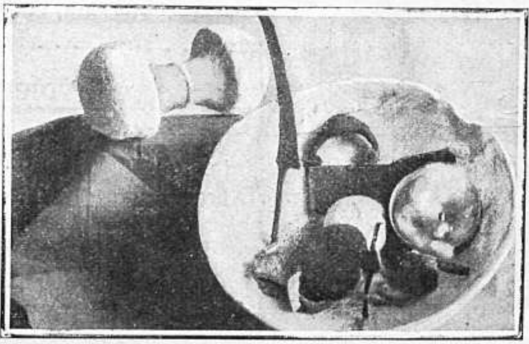
En Corneto Tarquinia (I t a l i a) encuéntranse reunidos, para no citar otros casos, muchísimos y muy curiosos objetos etruscos que dan una idea bastante clara de aquellos remotís i m o s tiempos.



Un salero etrusco que parece fabricado hoy

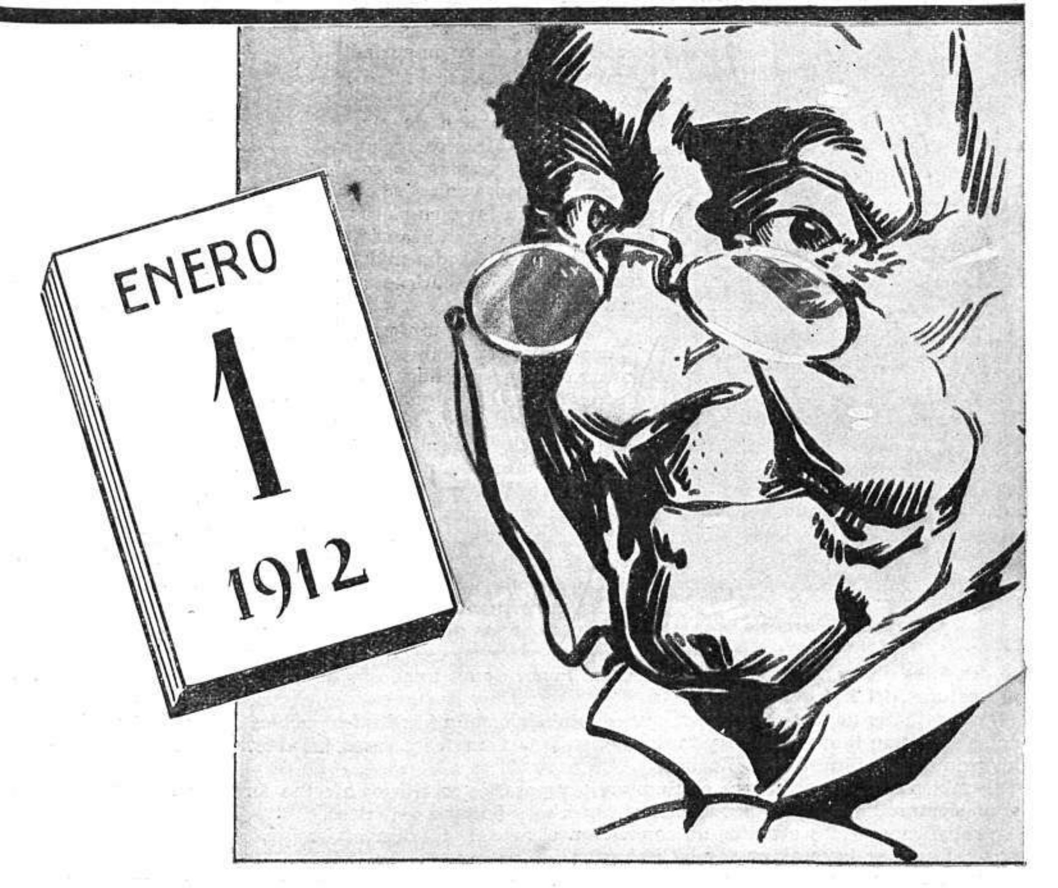


Candelabro para banquetes



Mortero y otros utensilios de alabastro

EL ABUELO



Cómo se llega á los 100 años!

Un año más! y todavía me siento vigoroso y sano, gracias á que tomo regularmente el vino EL ABUELO, que me alimenta y conforta.

ÚNICOS IMPORTADORES:

GONZALO SÁENZ & CÍA

MAIPÚ, 41 al 43 - Buenos Aires.

La mesa de los etruscos



Jarra de terracota



Frasquito de bronce

Los etruscos, uno de los primeros pueblos que habitaron la parte central de la península itálica, no hicieron uso de platos y de mayólicas, por la razón sencillísima de que éstas son en Europa una importación árabe de fecha relativamente reciente. Pero, si bien no disponían de mayólicas, los etruscos tenían utensilios y trastos de cocina, de los cuales salen hoy día á la luz ejemplares de positiva importancia, tanto por su factura artística como por lo curioso de su forma.

Copas, vasos, ánforas, lámparas, candelabros y otros objetos menudos son otros tantos datos que vienen á poner de manifiesto el grado de civilización y las costumbres domésticas de aquellos tiempos lejanos; estos objetos revisten importancia todavía más grande si se tiene en cuenta que cada uno de ellos compendia una página de historia, ya que faltan casi por completo documentos escritos fidedignos.

Es muy creíble que en las costumbres etruscas, como á su vez en las romanas que conservaron mucho de aquéllas, el ceremonial de la mesa revistiese un carácter sagrado, ya fuera por las invocaciones á los dioses, ya por las libaciones en honor de los finados y de las divinidades mayores ó menores protectoras del hogar doméstico.

Este carácter de la mesa etrusca, que es también común á todos los pueblos de la antigüedad, nos explica por qué ponían tanto cuidado y tanto arte en la factura de los vasos, las ánforas y las copas, á semejanza de los primeros habitantes del Lacio.

También las lámparas para el alumbrado y para los sacrificios afectan formas extrañas y demuestran si no siempre buen gusto, por lo menos capricho y fantasía artísticos.

Probablemente los etruscos no conocieron el arte de fabricar el pan tal cual se hace ahora y cual lo hacían ya los romanos en la época clásica, y se sirvieron del trigo para hacer con él una sustancia sólida que sustituía precisamente al pan. Pero en aquel tiempo los molinos eran todavía una invención muy futura y, si bien la tahona puesta en movimiento por un esclavo ó por un caballo es en verdad muy antigua, también es cierto que los etruscos se contentaron en moler su trigo empleando almireces más ó menos pesados.

Candelabros de largos brazos en los cuales ardían sustancias resinosas y odoríferas, lámparas de formas caprichosas, en las que se empleaba el aceite como combustible, fueron seguramente los únicos medios de que pudieron disponer los etruscos para iluminar sus comedores, cuando la humanidad, aterrorizada por el rayo, podía ni siquiera pensar en que, con el transcurso de los siglos, ese rayo mismo, aprisionado, esclavizado, transformado y conducido hábilmente por el genio del hombre, habría de llegar á transformar en días artificia-



Salsera etrusca

Bocal de forma primitiva



Ofrecemos á nuestros favorecedores

artículos de perfumería, fabricados con productos finísimos y perfectamente combinados para los diversos usos á que se les destina.

Usando nuestra perfumería se consigue la mejor garantía de buena higiene, el mayor placer y el más alto indicio de distinción, pues su perfume, delicado y "único", no tiene nada de común con todas las marcas de que están repletos hasta los almacenes de comestibles.

La perfumería de nuestra casa es, sin excepción, "exclusiva", habiéndose utilizado para su composición los últimos y más altos conocimientos científicos proporcionados por el progreso.

CHARME ETERNEL

LOCION «Charme Eternel» .... $ 2.50
EXTRACTO «Charme Eternel», en frascos de cristal tallado y finos estuches de raso blanco......... $ 7.90
El mismo, sin estuche .... » 6.90
POLVOS DE ARROZ «Charme Eternel», absolutamente puros, la caja .... $ 2.90
POLVO LIQUIDO «Charme Eternel», para blanquear y hermosear el cutis, el frasco............... $ 2.90
POLVOS ROSA «Charme Eternel», para abrillantar y conservar las uñas, la caja.................. $ 0.90
CREMA ROSA «Charme Eternel», para pulir las uñas, la cajita .... $ 0.70
ROJO DE ROSAS «Charme Eternel», para el tocador, el frasco en estuche .... $ 3.20
BRILLANTINA sólida «Charme Eternel», el frasco » 2.30
BRILLANTINA *líquida «Charme Eternel»*, el frasco, á .... $ 1.50
ACEITE «Charme Eternel», el frasco.......... » 1.20
COSMETICOS «Charme Eternel», en todos los colores, á .... $ 0.95
CREMA para la cara, «Charme Eternel», el tarro. » 1.50
AGUA dentífrica «Charme Eternel», el frasco.... » 1.90
PASTA DENTIFRICA «Charme Eternel», en caja de porcelana...................................... $ 1.20
POLVOS DENTIFRICOS «Charme Eternel», la caja, á pesos....................................... 0.95
ESTUCHES de raso abullonado, «Charme Eternel», conteniendo: 2 lociones, 1 extracto, 1 caja de polvos y 1 de crema .... $ 29.—
ESTUCHES de madera, forrados en cuero, «Charme Eternel», conteniendo: 1 extracto, 1 caja polvos de arroz, 1 caja polvos dentífricos y 1 frasco de elixir dentífrico .... $ 24.—
ESTUCHES de raso liso, varios colores, «Charme Eternel», conteniendo: 1 extracto, 1 loción y 1 caja de polvos .... $ 19.—
ESTUCHES. Componemos á pedido, y en el mismo día, estuches con perfumería «Charme Eternel», de cualquier número de piezas.

PERFUMERIA SILKA

LOCION, gran modelo, en frascos de cristal tallado, perfumes diversos .... $ 13.50
AGUA DE TOILETTE, gran modelo, frasco de cristal tallado, perfumes surtidos .... $ 14.—
EXTRACTOS en frascos de cristal tallado, con doble tapa y rico estuche de gamuza............ $ 25.50
El mismo, en caja de cartón................. » 15.—
POLVOS DE ARROZ, para la cara, la caja..... » 5.—

PERFUMERIA MILLOT

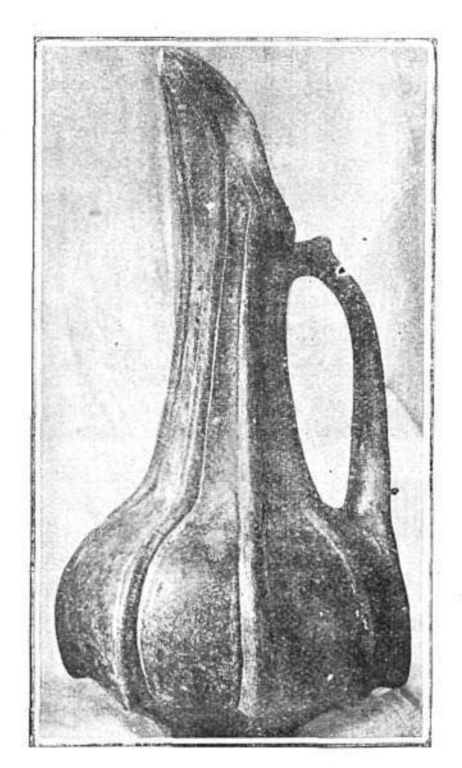
LOCIONES: «Fougere», «Bouton d'or» ó «Amabilis», en frascos de cristal tallado.................. $ 3.90
EXTRACTOS: «Fougere», «Bouton d'or» ó «Amabilis», en ricos estuches de raso.................. $ 8.90
POLVOS DE ARROZ, «Amabilis», en cajas de raso fantasía .... $ 5.—
POLVOS DE ARROZ «Bouton d'or» ó «Fougere», en cajas de cartón .... $ 2.50
JABON «Roi de Trefle», cada uno............. » 1.20

PERFUMERIA "A. CABEZAS"

AGUA DE COLONIA «A. Cabezas», á 82º, de 780 gramos, triple esencia, para toilette, el frasco.... $ 3.90
La misma, en frascos de 550 gramos........... » 2.80
AGUA DE COLONIA «A. Cabezas», á 80º, especial para el baño, en frascos de 820 gramos............ $ 2.—
La misma, en frascos de 480 gramos.......... » 1.50
JABON «A. Cabezas», perfumado con finas esencias, la caja de seis jabones....................... $ 0.95
JABON «*The Queen of A. Cabezas*», *antiséptico, curativo* y de muy agradable perfume, cada jabón. $ 0.70
El mismo, en caja de tres jabones .... » 2.—
POLVOS DE JABON para afeitarse, la caja de cuarto kilo .... $ 0.50
EXTRACTOS DE «LOHSE», en elegantes frascos de cristal y estuche .... $ 2.90

A. CABEZAS

SARMIENTO 522 AL 562 ENTRE FLORIDA y S. MARTIN — BUENOS-AIRES —



Jarra muy parecida á las actuales

les las noches de los tiempos venideros. Como hemos indicado algunas líneas más arriba, en esos restos de la industria y del arte etrusco, no siempre sale el gusto muy bien parado, pero observando los que aquí reproducimos, nótase en casi todos ellos una fantasía no mal encaminada.



Lampadario para seis luces

El Año Nuevo en Moldavia



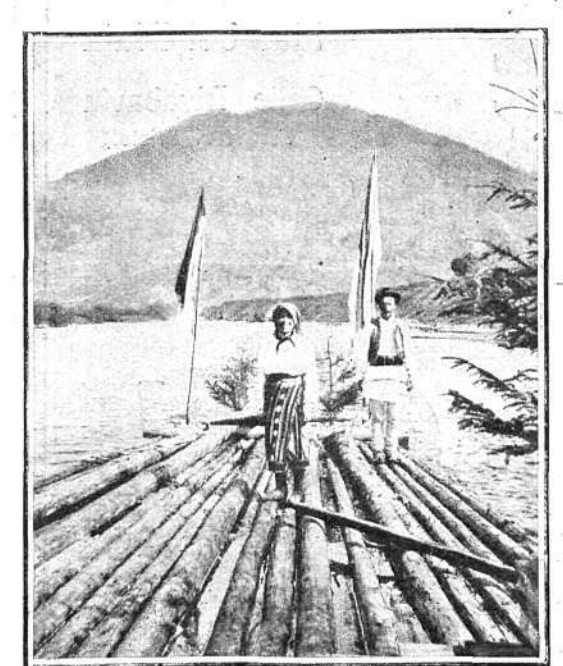
Paisanos de la campaña de Jessey

En esa porción de la antigua Dacia, que vió el destierro de Ovidio, son numerosas, como en todas partes, las leyendas que se refieren á los maravillosos acontecimientos recordados por estas fiestas de fin de año; pero son tan locales, que apenas pueden ser comprendidas fuera del país.

No obstante los 18 y 25 grados de frío que parecen ser, desgraciadamente, de rito, las calles de Jassy y los caminos de la campaña se ven atravesados por grupos de niños, vestidos al uso moldavo, con un grueso capote obscuro é impermeable, tocados con enormes «katchioule» de rústico astracán gris ó negro, y con las piernas y los pies forrados con bandas de lana vueltas, cruzadas y recruzadas, y que forman al mismo tiempo medias, calzado y pantalón.

Los niños siguen en sus peregrinaciones al jefe de fila, que lleva en el extremo de un palo una estrella como de un metro de diámetro, hecha de madera y papeles de colores diversos, una estrella más parecida á un fuego de artificio que á un astro místico. En el centro de ella y rodeada de campanillas y serpentinas, una pintura rústica tiene la pretensión de representar la Adoración de los Reyes Magos ú otra escena bíblica; por la noche, una linterna encendida detrás de la pintura, ilumina por transparencia las figuras del cuadro.

El paseo de esta estrella simbólica va acompañado de salmodias de circunstancias y de gran ruido de campanillas.



Conductores de balsas en el norte de Moldavia



Una zíngara auténtica

En los pueblos, la piadosa y minúscula banda entra en las casas de los vecinos y entona canciones que traen á la memoria la aparición de la estrella en el cielo de la Judea, la llegada de los tres Reyes de Oriente, la adoración de los pastores, el degüello bárbaro de los inocentes, etc.

Los cánticos terminan con un auto de fe y, por último, con felices augurios para el año que va á empezar.

La noche del 31 de diciembre, no son ya los niños sino los jóvenes casaderos los que toman á su cargo las diversiones legendarias y rituales en los pueblos. Arman el más grande estruendo posible y asordan corrales y granjas con sus disparos de fusil y sus petardos. Estos festejos y disfraces reemplazan en el país moldavo, á los de nuestro antipático carnaval, pero tienen, como se ve, sobre éste la inconmensurable ventaja de ser un conjunto de diversiones honestas, y llenas del dulce sabor de la leyenda de Belén.

ABRIL		
1	L.	s. Venancio
2	M.	s. Urbano
3	M.	s. Benito de Palermo
4	J.	s. Isidoro
5	V.	s. Florencio
6	S.	s. Sixto
7	D	† **Pascua de Resurr.**
8	L.	s. Dionisio
9	M.	s. Marcelo
10	M.	s. Miguel de los Santos
11	J.	s. León
12	V.	s. Zenón
13	S.	s. Hermenegildo
14	D.	s. Pedro Telmo
15	L.	s. Máximo
16	M.	s. Toribio
17	M.	s. Aniceto
18	J.	s. Eleuterio
19	V	s. Jorge
20	S.	s. Marciano
21	D.	s. Anselmo
22	L.	s. Sotero
23	M.	s. Fortunato
24	M.	s. Honorio
25	J.	s. Marcos Evangelista
26	V.	s. Cleto
27	S	s. Toribio
28	D.	s. Prudencio
29	L.	s. Paulino
30	M.	sta. Catalina de Sena

Chinato Garda

Garantizamos que el CHINATO GARDA es un tónico compuesto de vino genuino y de hierbas medicinales. A la persona que pueda probar lo contrario, le entregaremos $ 10.000 m/n. (diez mil pesos moneda nacional).

Víctor M. Piaggio y Cía

Pídase en todas las Confiterías, Bars, Cafés y Almacenes de la República.

Únicos introductores:

VÍCTOR M. PIAGGIO & Cía

1340, PERÚ, 1340 - Buenos Aires



VINO CORDERO

(GENUINO)

MAYO

1 M. s. Felipe
2 J. s. Atánasio
3 V. s. Alejandro
4 S. s. Silvano
5 D. s. Pío V
6 L. s. Lucio
7 M. s. Benedicto
8 M. s. Dionisio
9 J. s. Gregorio Nazianceno
10 V. s. Antonio
11 S. s. Mamerto
12 D. s. Domingo de la Calz.
13 L. s. Corentino
14 M s. Daniel
15 M. s. Isidro
16 J. † **Ascensión**
17 V. s. Pascual Bailón
18 S. s. Venancio
19 D. s. Pedro Celestino
20 L. s. Bernardino de Sena
21 M. s. Timoteo
22 M. s. Marciano
23 J. s. Desiderio
24 V. s. Robustiano
25 S. **Fiesta cívica**
26 D. † **Pentecostés**
27 L. s. Julio
28 M. s. Justo
29 M. s. Máximo
30 J. s. Fernando
31 V. sta. Petronila

Indispensable
para celebrar
grandes fiestas.

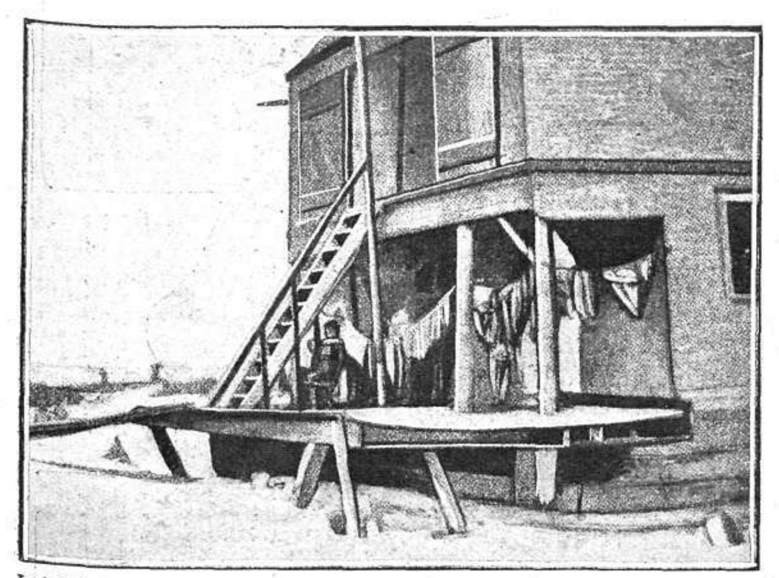
Especial para banquetes, bautizos, casamientos, señoras, niños, enfermos y convalecientes.

Pídase en todas las Confiterías y Almacenes.

JUNIO

1 S. s. Invencio
2 D. s. Marcelino
3 L. s. Isaac
4 M. s. Francisco Caracciolo
5 M. s. Marciano
6 J. s. Norberto
7 V. s. Pablo
8 S. s. Salustiano
9 D. † **Corpus Christi**
10 L. s. Zacarías
11 M. s. Bernabé
12 M. s. Juan de Sahagún
13 J. s. Antonio de Padua
14 V. s. Basilio
15 S. s. Modesto
16 D s. Aureliano
17 L. s. Nicandro
18 M. s. Ciriaco
19 M. s. Bonifacio
20 J. s. Silverio
21 V. s. Luis Gonzaga
22 S. s. Paulino
23 D. † **San Juan Bautista**
24 L. s. Fausto
25 M s. Guillermo
26 M. s. David
27 J. s. Zoilo
28 V. s. León
29 S. † **ss. Pedro y Pablo**
30 D. s. Marcial

Una colonia de topos... humanos



La habitación que se destaca en la colonia

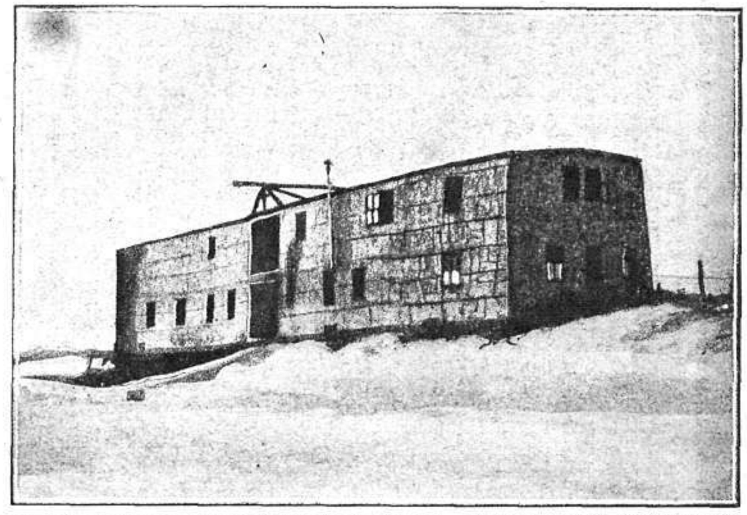
Si los turistas que visitan en la temporada estival á Caney Island, fuesen hasta la tierra de Harway, frente á la bahía de Gravesend, quedarían extasiados ante el espectáculo más nuevo, original é inesperado. Su sorpresa sería grande al no descubrir habitaciones, pero aún subiría de punto viendo, á cada paso, salir hombres ó mujeres de la arena de la bahía, como fantasmas.

A primera vista, en efecto, la bahía parece desierta, pero á medida que el visitante adelanta, se da cuenta de que bajo sus pies... hay habitaciones.

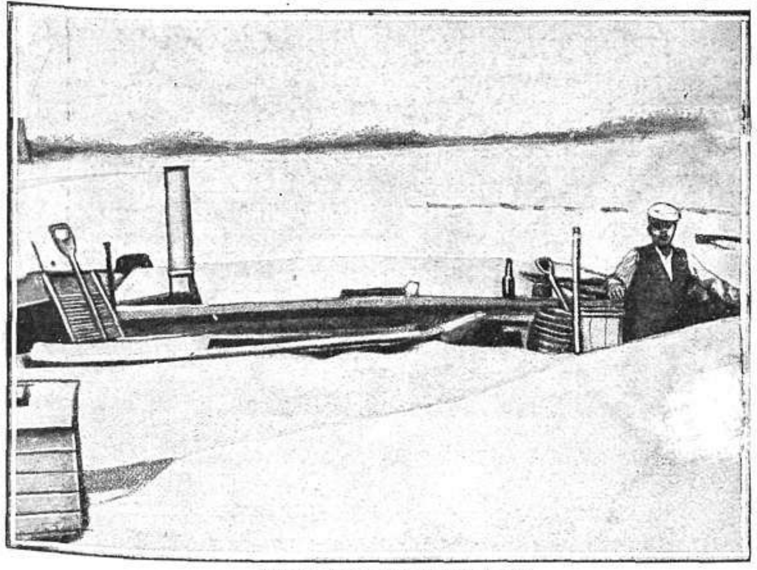
Son las habitaciones de la colonia de los «squatters», tan amantes de la libertad, que por gozar de ella á sus anchas, han buscado allí su refugio y viven bajo tierra, dentro de la arena, exactamente como los topos.

Esta libre colonia, naturalmente, se gobierna por sí misma y tiene su jefe, el anciano Old Rob, apellidado el «patriarca de los «squatters».

Y Old Rob es, realmente, un verdadero patriarca. Bronceado, huesudo, con su espesa barba toda blanca, habita un poco alejado de los demás colonos, viviendo de una pequeña renta. Tenaz é infatigable, nunca se cansa de cavar y de apartar la arena que intenta invadir su pequeña habitación subterránea, en la que vive solo, fumando de noche hasta hora muy avanzada y, durante el día, resolviendo las diferencias que surgen entre los colonos.



Una de las antiguas habitaciones á orillas del agua



El techo de una de las habitaciones

Las cabañas subterráneas de estos extraños «squatters» no tienen, como se comprende, nada de superior á las madrigueras de los topos, si se exceptúa que son mayores y que encierran algunos efectos rudimentarios: un jergón para descansar y una escudilla para comer.

La mayor parte de los


PERÚ ESQ RIVADAVIA
FLORIDA
84-88
Bs As
SUCURSALES
TUCUMAN
y MAR DEL
PLATA
CASA ESCASANY Sd. An.
ROSETAS y
PRENDEDORES
1 — Oro 18 kilates, 6 brillantes y 4 perlas finas, á pesos . . . 280.—
2 — De platino, con 4 brillantes y diamantes, á pesos . . . . . . 250.—
3 — Oro 18 kilates, cincelado, diamantes y piedras de color . . . . . $ 130.—
4—Oro 18 kilates, 2 brillantes y diamantes, á pesos . . . . . . 150.—
5 —Oro 18 kilates, 2 brillantes y diamantes, á pesos . . . . . 62.—
6—Oro 18 kilates, 4 brillantes y diamantes, á pesos . . . . . . 125.—
7—Oro 18 kilates, brillante y diamantes . . $ 60.—
8—Oro 18 kilates, brillantes y 2 perlas finas, á pesos . . . . . . 150.—
9—Oro 18 kilates, diamantes y piedra de color, á pesos . . . . . . 38.—
10 — Oro 18 kilates, 4 brillantes . . . . $ 260.—
APARECIÓ el nuevo Catálogo ilustrado N.º 11 que se remite franco de porte al interior de la República: solicítenlo á la sección interior
NOTA. — Todo pedido cuyo valor exceda de $ 5.— se remite franco de porte al interior de la República, con excepción de los artículos cuyo peso y volumen no permitan despacharse por encomienda postal
Al hacer el pedido debe citarse el número del artículo.

RELOJES DE ORO

158—De oro, esmalte y diamantes . $ 26.—
El mismo, de oro 18 kilates . . . $ 35.—

133—De oro, con relieves y diamantes, á pesos . . . . . 28.—
El mismo, de oro 18 kilates . . . $ 40.—

112—De oro 18 kilates, á vidrio, liso ó grabado, $ 100.—
El mismo, con máquina Cronómetro Escasany . . . $ 130.—

44 — De oro, 3 tapas (dos de oro), grabado . . $ 45.—
El mismo, de oro 18 kilates, á pesos . . . . 70.—

160—De oro, 3 tapas (dos de oro), cincelado . . $ 66.—

137—De oro, esmalte y diamantes . . . . $ 30.—
El mismo, de oro 18 kilates, á pesos . . . . . . 40.—

159—De oro 18 kilates, cincelado, con dos brillantes, á pesos . . . . . . 110.—

130—De oro grabado, $ 20.—
El mismo, de oro 18 kilates, á pesos . . . . 30.—

NOTA. — Al hacer el pedido debe citarse el número del reloj y el precio. Se remite franco de porte al interior de la República



CASA ESCASANY

SOCIEDAD ANÓNIMA

PERÚ esq. RIVADAVIA y FLORIDA, 84-88

BUENOS AIRES

Sucursales: Tucumán, Las Heras y Muñecas.
Mar del Plata, Rambla del Bristol.

Una colonia de topos... humanos

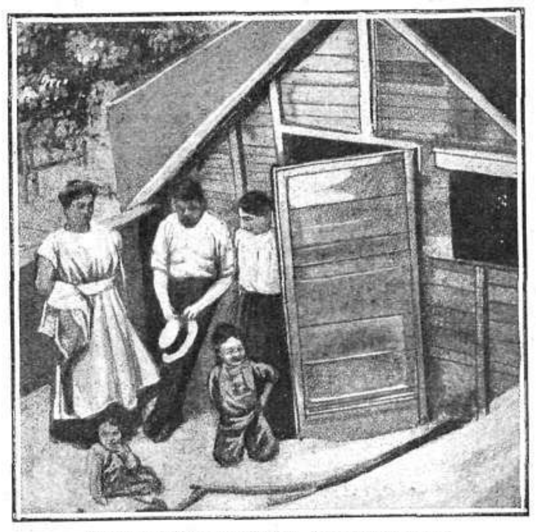


El incesante trabajo de quitar la arena

habitantes de la colonia no tiene familia, y los que la tienen no hacen, para sostenerla, más que aumentar un jergón y una escudilla por cada nuevo individuo. Viven de poco y con poco; pero les nutren bien y á poco precio las emanaciones marinas saturadas de libertad que continuamente respiran.

No tienen más que una obligación, que por fuerza han de cumplir, á saber: cavar y alejar la arena de sus cabañas; y un solo respeto humano, el de su patriarca Old Rob, cuyos fallos todos acatan.

Indiscutiblemente, la pobreza de los «squatters» está rodeada de una cierta poesía salvaje que hace pensar en los primeros habitadores de la tierra, en sus chozas primitivas, en su vida de caza y de pesca y en su absoluto respeto hacia la persona del jefe. Son poetas de una poesía sencilla, como la arena que los cobija, humedecida constantemente por el mar é iluminada, durante la noche, por el parpadeo trémulo de los astros. Poesía esencialmente



Una familia de «squatters», delante de la casa



Las personas que no poseen un

Gramófono y Discos

"VICTOR"

no se dan cuenta del inmenso placer y felicidad de que se privan.

Los nuevos aparatos "VICTOR-VICTROLA", sin bocina
que acaban de llegar, están al alcance de todos.

Modelos . . . . de $ m/n 125 á $ m/n 1.200
Otros aparatos "VICTOR", de $ m/n 30 á $ m/n 1.475

Nuevos Discos "VICTOR"



ULTIMAS NOVEDADES POR LOS CELEBRES ARTISTAS
Caruso, Tetrazzini,
Mac Cormak,
Sagi Barba, etc.

USEN SIEMPRE
PUAS "VICTOR"



Audiciones y catálogos ilustrados gratis
á la Agencia y Depósito de la
VICTOR TALKING MACHINE Cy., de CAMDEN N. J.

"Casa Lepage" de Max Glücksmann

638, AVENIDA DE MAYO; 637, VICTORIA; y 375, BOLÍVAR - Bs. Aires
Sucursal en Rosario: 860, CALLE CORDOBA

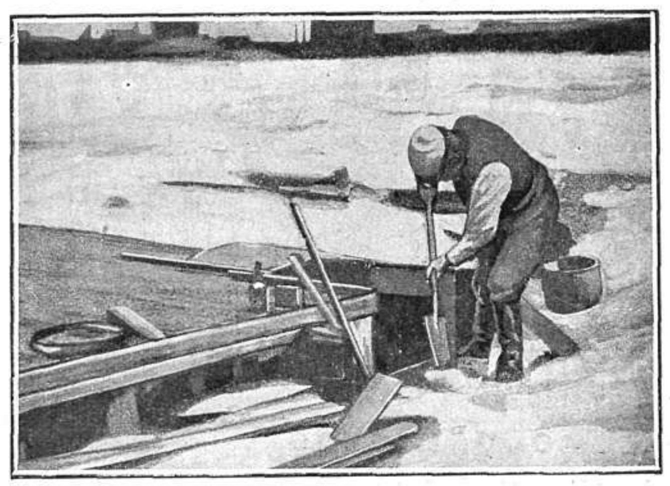
SE DESPACHA EN TODA LA REPUBLICA -- EMBALAJE GRATIS
VICTOR TALKING MACHINE Cy., de CAMDEN N. J. (E. U. de A.)

verdadera, como inspirada en el concepto altísimo y único de la libertad, sin otras leyes que las naturales del derecho y del deber hacia sí mismos y hacia los demás.

Esta originalísima colonia de topos... humanos que, no por odio al resto de la humanidad sino exclusivamente por acentuadísimo amor á la independencia, han elegido tan extraña manera de vivir, alejados de sus semejantes, no ven, naturalmente, con buenos ojos que los hombres de cuyo contacto han huído vayan á su pequeña colonia: les fastidia, les molesta la presencia de esos turistas, curiosos impertinentes, que van á observarlos, y quizás á reirse de su manía, por no comprenderla acaso.



Dos hijos de colonos



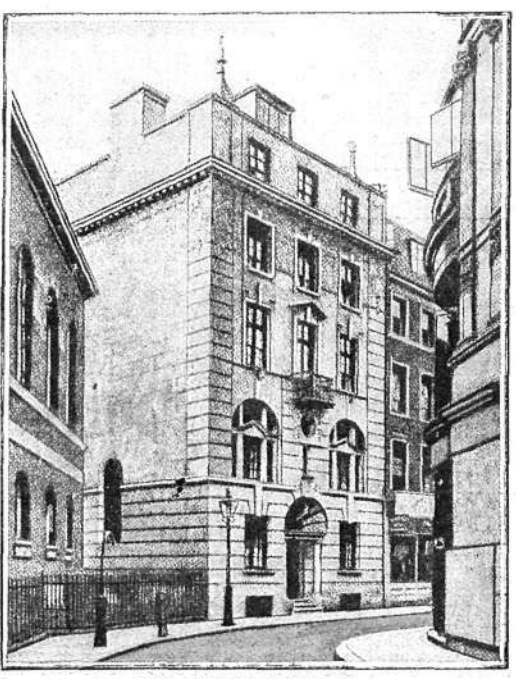
La habitación del patriarca Old Rob

Pero eso no quiere decir que los visitantes sean allí mal recibidos, ni que puedan sentirse molestados en lo más mínimo; eso no.

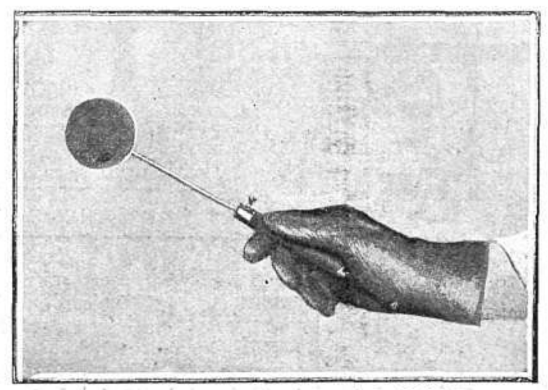
Los libres «squatters» no llevan su alto concepto de la libertad hasta el extremo de aparecer celosos de ella hasta la exageración, ó mortificados por la vista de un semejante.

Los viajeros que á la colonia llegan son recibidos, sean quienes sean, con muestras de agrado por el jefe y los colonos; se les ofrece lo que buenamente se puede y no se olvida ninguno de los deberes de la hospitalidad.

El palacio del radio



Fachada del Instituto del Radio



Un disco de radio.—Contiene por más de 20.000 francos

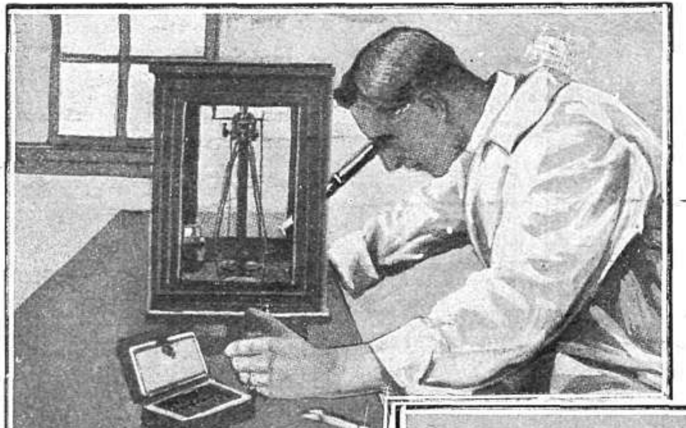
La capital de Inglaterra puede estar orgullosa de poseer, antes que ningún otro país, desde hace unas cuantas semanas, su «palacio del radio».

En efecto, recientemente ha tenido lugar la inauguración del «Radium Institute», que puede ser considerado, en espera de que se terminen el «Instituto radiológico» de París, como el establecimiento mejor dotado del mundo del punto de vista de las aplicaciones del radio.

El «Radium Institute» debe su existencia á la iniciativa del anterior soberano, Eduardo VII, y gracias á las generosas donaciones hechas por el vizconde Iveagh y por sir E. Cassel. Está principalmente destinado al estudio de las aplicaciones medicales y terapéuticas del citado cuerpo simple.

Hállase instalado, como puede verse y juzgarse recorriendo las fotografías que aquí reproducimos, en un vasto edificio especialmente construído y provisto de todos los efectos y materiales indispensables.


Cigarrillos
Reina Victoria
XXX



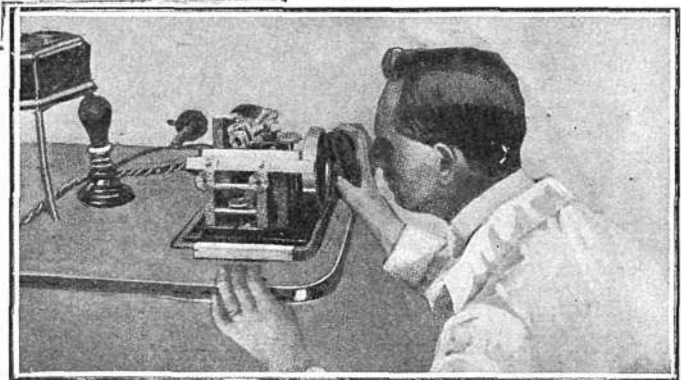
La balanza del Instituto del Radio, de Londres, *sensible á un milésimo de miligramo*

Sobre todo, está ricamente aprovisionado de radio; posee, en efecto, actualmente un gramo, por lo menos, de dicha sustancia, lo cual representa el bonito capital de 375.000 francos.

Este radio ha sido adquirido en Austria, país que, según sabe todo el mundo, es el que posee los más ricos minerales de radio.

El instituto comprende diferentes salas para el tratamiento de las enfermedades, y laboratorios de investigaciones. Las salas de tratamiento permitirán cuidar al mismo tiempo una treintena de enfermos. En cuanto á los laboratorios, son ampilos y se encuentran en ellos los aparatos é instrumentos más delicados y más perfeccionados. Entre ellos merece ser especialmente mencionada una balanza química que puede pesar hasta una milésima de miligramo, y un micrótomo que efectúa 10.000 cortes en un centímetro de substancia. Este prodigioso instrumento podría, por lo tanto, cortar en ocho porciones un glóbulo sanguíneo.

El empleo medical del radio se encuentra, hoy todavía, en la infancia



El micrótomo



Llene usted este cupón y envíelo inmediatamente.

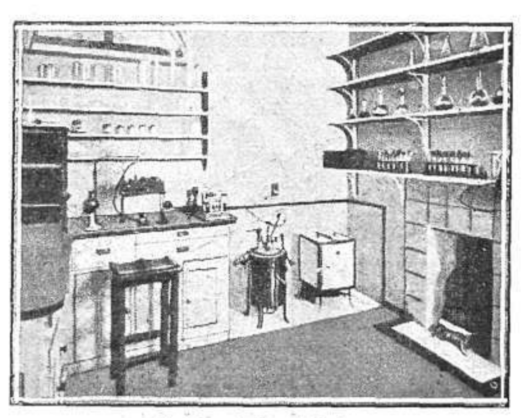
Señores Serres Hnos. — Cerrito, 115, Buenos Aires.

Sírvase enviarme el catálogo ilustrado y las condiciones para obtener una bicicleta Mead.

NOMBRE..

DIRECCION..

El palacio del radio



El laboratorio patalógico

y da margen á no pocas controversias; sin embargo, no puede ponerse en duda que con él se han obtenido grandes resultados y llevádose á cabo estudios de importancia transcendental.

¿Los efectos del radio? Veámoslos, aunque sólo sea en el tratamiento del cáncer. Si se considera del punto de vista sintomático, los resultados principales de la medicación radioterápica consisten:

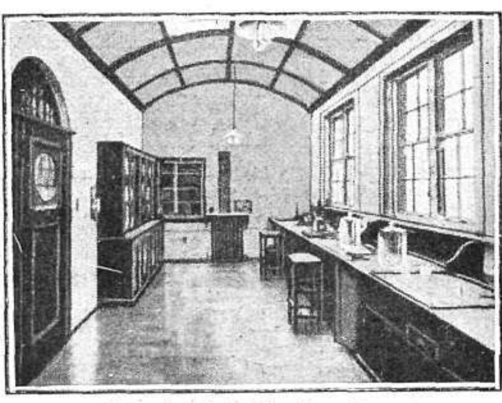
1.º En la atenuación ó la supresión de ciertos estados dolorosos, hemorrágicos, inflamatorios y gangrenosos.

2.º En la regresión de diversos tumores benignos ó malignos.

3.º En la reparación y la cicatrización de los órganos lesionados por las pérdidas de substancias determinadas por los estados mórbidos ó la intervención quirúrgica.

Los diversos órganos tienen diferente radio-actividad. El cerebro es el más radio-activo, y después vienen el corazón y el hígado. Los riñones y el bazo son muy poco activos. La edad desempeña gran papel en este asunto. La cantidad de substancia radio-activa aumenta á medida que el cuerpo humano envejece. La salud también ejerce alguna influencia; los tejidos mórbidos tienen una radio-actividad superior á la de los tejidos sanos.

¿De dónde procede la substancia radio-activa? ¿Se ingiere con los alimentos y las bebidas ó se respira con el aire? Todavía no se sabe.



El laboratorio de investigaciones fisicas

SIN COMENTARIOS

Caseros F.C.P. Noviembre 1911

José Cirelli y Cía
Buenos Aires.

Distinguido Señor:

Una casualidad providencial trajo à mis manos un ejemplar de no recuerdo que revista social de las que aparecen en Buenos Aires, donde leì el anuncio del Ischirogeno. Yo estaba cansado de sufrir una larga dolencia Estomacal que durante bastantes años fuè tratada por los mèdicos y combatida por diversos remedios sin que tuviese un solo dia, la satisfacciòn de verme curado; no pudiendo tomar otros alimentos que leche y verdura. Por hacer una nueva tentativa probè el Ischirogeno que despues del segundo frasco ha hecho maravillas en mi organismo, devolviendome el bienestar que tanto deseaba. Ahora puedo tomar toda clase de alimentos, sin molestia alguna. Y al comunicarle a Vd el benefico resultado de su especifico, lo hago con la satisfacciòn del que siente verdadera gratitud hàcia quien le acaba de salvar de un peligro.

Reciba Vd mis agradecimientos S.S.S.

Vicente Coscarelli

Bibliografía

Diccionario Ruso-Argentino

No hace mucho tiempo, como recordarán nuestros lectores, con motivo de la aparición de «Gramática española para uso de los rusos», tuvimos oportunidad de ocuparnos en nuestra revista de este libro, que, como entonces dijimos, considerábamos de excepcional utilidad práctica en nuestro país, en el que tan numerosa es la colonia rusa; y diversas é importantes razones que á la sazón expusimos, nos indujeron á pronosticar al mismo un éxito lisonjero, que posteriormente hemos visto confirmado por los hechos. Decíamos entonces, además, que según informes que habíamos adquirido, estaba en confección y no tardaría en aparecer un nuevo libro que puede considerarse complemento del mencionado: el «Diccionario Ruso-Español» y viceversa; pero, conocedores de las dificultades que son inherentes á esta clase de publicaciones, aumentadas en el caso de referencia por la circunstancia de tener que emplearse material tipográfico exclusivo — pues como es sabido el alfabeto ruso difiere en su expresión gráfica notablemente del empleado por nosotros—temimos para *inter nos* que los iniciadores de la empresa retrocedieran ante los obstáculos, ó por lo menos que entre el propósito y su realización mediase mucho más tiempo del transcurrido hasta ahora, que hemos tenido la agradable sorpresa de verlo llegar á nuestro poder.

Vencidas las dificultades y allanados los obstáculos por la infatigable actividad de los editores, á lo que ha contribuído eficazmente la cooperación de los señores Cabaut y Cía., hoy cuenta el elemento ruso que entre nosotros habita, con un auxiliar poderoso, que no es paradógico afirmar que ha de influir notablemente en la orientación futura de la colonia moscovita.

Las circunstancias han variado, por lo que á la Argentina se refiere, lo suficiente, para que este libro que hace unos pocos años hubiera sido sencillamente útil, pueda ser considerado hoy como necesario. En efecto: cada vez es más numerosa y seleccionada la inmigración rusa que llega á nuestro país con ánimo de establecerse en él. La primera necesidad moral que siente al llegar, es indudablemente, la del conocimiento del idioma nacional, como elemento indispensable para la compenetración del espíritu patrio. El individuo, en la actualidad, no quiere, ni puede, ni debe concretarse á ser una máquina que trabaja; debe ser un alma que siente. Y cuando por cualquier circunstancia busca una patria adoptiva, es natural que procure en primer término conocer, todo lo perfectamente posible, el idioma que en ella se habla.

Tres elementos son necesarios para llegar á esta finalidad; una buena gramática, un buen diccionario bilingüe y el cultivo de la teoría por medio de la conversación, que hace adquirir soltura para la expresión en el nuevo idioma. Esta, de por sí, es á su vez insuficiente si no tiene como base fundamental el previo conocimiento de la parte teórica, sobre todo en cuanto se refiere á la expresión del pensamiento por medio de la escritura, indispensable como es sabido á toda persona de mediana cultura.

De las colectividades de origen europeo que entre nosotros habitan, eran los rusos los únicos que no podían disponer de un diccionario recíproco que les facilitase el aprendizaje de nuestro idioma, complementando los conocimientos adquiridos bien teóricamente en la gramática, ó prácticamente en la conversación. En lo sucesivo, contando con tan buen auxiliar, y dada la facilidad del ruso para aprender idiomas, ha de progresar de un modo notable tanto en la esfera individual como en la colectiva, y podrá dar en general más rapidez y en ocasiones más amplitud al desarrollo de sus facultades é iniciativas.

Hemos aludido anteriormente á la cooperación eficaz de los señores Cabaut y Cía., y no podemos por menos de elogiar sinceramente la actitud de los dueños de la «Librería del Colegio», que en esta ocasión han demostrado nuevamente, que á veces anteponen los intereses generales á los particulares. Empresas de esta naturaleza, producen por lo general más honores que beneficios, pero hay ocasiones en los que éstos tienen una importancia hasta cierto punto secundaria: cuando el beneficio es obtenido por el país.

Cada una de las palabras que constituyen el Diccionario, está seguida de su pronunciación figurada, y la exactitud de ésta, facilitará grandemente el empleo del libro.

СЛОВАРЬ

ИСПАНСКО-РУССКІЙ

ЗАКЛЮЧАЮЩІЙ ВЪ СЕБѢ
ВСѢ ОБЩІЯ, СПЕЦІАЛЬНЫЯ, НАУЧНЫЯ и ТЕХНИЧЕСКІЯ СЛОВА и ВЫРАЖЕНІЯ,
СЪ УКАЗАНІЕМЪ ПРОИЗНОШЕНІЯ КАЖДАГО ИСПАНСКАГО СЛОВА ПРИ ПОМОЩИ БУКВЪ РУССКАГО АЛФАВИТА

Составилъ
Ю. Д. ЛЕВСКІЙ

LIBRERIA DEL COLEGIO
BOLIVAR Y ALSINA
BUENOS AIRES
1910

Un libro importante




KUPFERBERG
GOLD
KUPFERBERG
GOLD
DEUTSCHES ERZEUGNIS
KUPFERBERG
GOLD
KUPFERBERG
GOLD
DEUTSCHES ERZ

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

JOSE S. ALVAREZ
FUNDADOR

CARLOS CORREA LUNA
DIRECTOR

JOSE M. CAO
DIBUJANTE

Año XIV — BUENOS AIRES, 30 DE DICIEMBRE DE 1911 — N.° 691.



Sobre las ilusiones

¡Padecer desencantos ó desengaños!

¿Y te quejas por eso?

Hay un medio, sólo uno, de que yo tenga noticia, para no sufrir desencantos en esta vida: no tener encantos. El número de los desencantos posibles, y aún probables, se mide por el de los encantos abrigados.

Ve, pues, si puedes vivir sin ellos; no es muy fácil. Por mi parte, confieso que no me es posible; pero cargo con las consecuencias, y me dispongo á la benevolencia y á la resignación. Si no eres tan bueno como yo lo imaginaba, la culpa no es tuya sino mía.

Si quieres amar á la humanidad no esperes demasiado de ella, dijo uno. Cuando se empieza por colocar demasiado alto al ser amado, ha dicho otro, se acaba por llenarlo de injusticias. Enojarse fuera de medida contra la humana estupidez, escribe Morley, es una de las formas más irritantes de la estupidez...

Hé aquí uno, este último, que no sigue su propio consejo: se irrita, mal de su grado, y fuera de medida, al solo darlo.

Más ponderado se nos ofrece otro pensador, que nos dice amablemente: "Cuanto más vivamos, más tendremos que sufrir la elemental existencia de hombres y mujeres; pero todo corazón valeroso debe tratar á la Sociedad como á un niño, y no permitirle que mande".

Yo, por mi parte, siento que, cuanto más vivo, más compadezco y menos desdeño. Espero poco, para no desesperar.

Juan Zorrilla de San Martín.

Dib. de Zavattaro.



Un ladrón

Para "Caras y Caretas"

Por la tarde, en el círculo, habíame abordado el abogado Mari, anunciándome, después del saludo, que á media noche salía para Ancona, donde debía ventilar ante la corte de Asises un proceso importante, que le retendría tres días ó cuatro. En vez de eso, á las nueve, apenas acababa de cenar, me telefoneó si podía venir á mi casa y si podía yo consagrarle la noche.

—¿No me dijiste que salías?

—Sí, y quiero verte antes. Necesito pedirte un consejo.

El abogado Mari me había ya proporcionado otras veces este honor y este placer. Lo que se dice consejos, en realidad, me pedía poquísimos. Para él yo solamente era un oyente resignado y discreto, ante el cual se ejercitaba relatando los hechos con precisión minuciosa, sin la elocuencia, las divagaciones y el lenguaje que son de rúbrica ante el tribunal. Yo le interrumpía cuando algo se me escapaba, le objetaba cuando no me sentía convencido y me divertía en buscar una opinión contraria á la suya. Y él, rebatiéndome, instábame á penetrar mejor los argumentos y los movimientos de los adversarios: un poco de esgrima antes de bajar al terreno. Pero Carlos Mari era amabilísimo y á estos ejercicios suyos llamábalos «pedirme un consejo».

Pequeño, huesudo, rubio, afeitado el rostro y hasta los cabellos cortados al rape, vestido con sencillez, las manos sin un anillo, y sobrio el gesto, aun en el aspecto físico parecía haber suprimido todo lo superfluo. Quizás por esto me gustaba: porque pretendía aparecer tal cual era. Y entre los de su profesión esto es raro.

—¿Se trata del proceso de Ancona? — le pregunté apenas entró.

—Sí. Un padre que ha dado muerte á su hijo.

—¿Joven?

—El padre cincuenta años. El hijo veinte.

—¿En riña?

—No.

—¿Un acceso de locura?

—No. Los peritos de la defensa están dispuestos á probarlo. Pero no se trata de un loco. Y la cuestión está toda en esto: ¿debo yo fundar mi alegato sobre esta fácil declaración pericial de locura y de irresponsabilidad, ó bien debo decir la verdad, que este padre ha matado á su hijo por razones altamente morales ó, por lo menos, que él reputa altamente morales?

—¿Matar á su propio hijo de veinte años por razones morales?

—Escucha los hechos.

Carlos Mari cruzó una pierna sobre la otra, escondió entre las manos la cara, como para reunir y ordenar sus recuerdos, permaneció en silencio unos instantes y, por fin, entrecruzando los dedos de sus largas manos, comenzó.

* * *

—Gaspar Torello, el parricida, es natural de Molfetta, en las Apulias. De su padre no quiere hablar. Por informes de la «questura» se ha sabido que el Torello es hijo natural, legitimado bastante tiempo después, y que su padre poseía algunas embarcaciones de pesca, con las que en la buena estación recorría todo el mar Jónico, aventurándose también hasta más allá de Creta, por todo el archipiélago. A la postre quebró, vendió sus barcas y murió; mejor dicho, desapareció, porque de su acta de defunción no se han encontrado rastros en Molfetta. Su madre, fíjate, es una griega del Asia Menor. ¿Está viva? ¿Ha muerto? El hijo declara ignorarlo. ¿Dónde la encontró el padre de Torello? ¿En algún callejón sin salida de Patrás, de Nauplia ó de Esmirna, sentada tras las rejas bajas sobre dos almohadones grasientos y fumando los cigarrillos que le tiraban los marineros borrachos? ¿O de dónde la raptó, joven todavía, enamorada de aquel italiano del Mediodía, moreno, enérgico y taciturno? No sé nada. Creo que Gaspar Torello está perfectamente enterado, pero no quiere hablar. Y un hijo de las Apulias que no quiere hablar es un guardacantón. Un tío, fraile en el viejo convento del Castello, en Molfetta, ayudó al chico á seguir los estudios en la escuela y consiguió más tarde hacerlo entrar como conserje de la Caja de Ahorros, cuando sólo contaba quince años.

Y he aquí lo que hasta ahora no sabe nadie: á los veinte años el Torello robó cinco mil liras. Una mañana, cuando barría el despacho del cajero, encontró solamente entornada la puerta de la caja de caudales; la abrió, vió paquetes de billetes, una pila de oro; primero tomó una moneda de veinte liras y volvió á entornar la puerta; luego pensó que otra ocasión así no volvería á presentársele en toda la vida; abrió de nuevo, tomó un billete de mil liras y cerró otra vez; sentíase como ebrio, se le velaban los ojos, temblábanle las manos y las piernas, pero no de miedo. Salía de la pieza, se encerraba en un camaranchón donde solía guardar la escoba y la basura, y palpaba y miraba lo que había robado. Luego tornaba á salir, todo ojos, como si á aquella hora no hubiese estado absolutamente solo en el local del banco, deslizábase en las puntas de los pies pegado á las paredes, tendidas las manos, contraídos los dedos y jadeando como si á un paso de él se encontrase una patrulla de carabineros. Parecía como si un alma nueva hubiera penetrado en él, y le sugiriera, al abrir las puertas y al espiar y al esconderse, gestos y astucias que antes no conocía. Y te lo repito: hacer todas aquellas maniobras de ladrón resultábale todavía más dulce que robar, que sentirse poseedor de aquella pequeña fortuna. El acto lo hacía feliz, más que el resultado. En el primer momento había robado veinte liras, mil liras por codicia. Continuó por espacio de una hora, solo siempre en el banco, escuchando, abriendo, volviendo á cerrar, á robar. Se lo ha dicho después, se lo dice todavía: habría podido tomar un puñado de billetes de quinientas, de mil

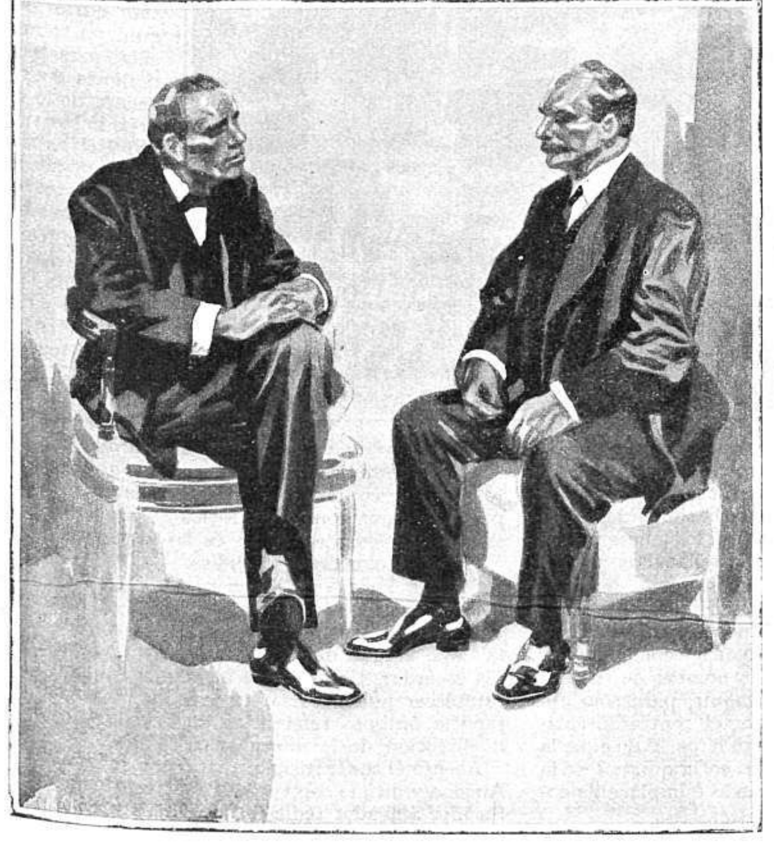
liras, de napoleones, habría podido llevarse todo, huir. Y bien, no. Como un amante experimentado que quiere medir, valorar, retardar el goce de todo su placer, él, para robar sólo cinco mil liras, fué y tornó diez veces. Y su placer era como un placer físico, y Torello, en aquella tensión de los nervios y de los músculos, sonreía dichoso.

Finalmente oyó que alguien subía las escaleras y acabó apresuradamente de barrer el despacho del director: ni aquel día ni el siguiente advirtió nadie del robo. Gaspar no gastó un solo peso de lo que había robado, y tenía, como te he dicho, veinte años. Contentóse con llevar aquel dinero á su guardilla, en la misma casa del banco, y esconderlo bajo dos ladrillos, porque había oído decir que así hacen muchos ladrones, aunque ignoraba á quien se lo había oído. Hasta entonces había sido un muchacho dócil, puntual, pero indiferente: se tornó astuto, audaz, infatigable. Y el deseo de volver á empezar le obsesionaba. Con un prodigioso dominio de sí mismo, logró, porque ahora la caja de caudales no quedaba jamás abierta, sacar con un poco de cera un molde de la llave, al verla un día sobre el escritorio del cajero. Encontrábase éste ocupado en firmar algunos papeles y Torello, á su lado, estaba en pie con una hoja de papel secante entre las manos con la que iba secando una á una las firmas según ibalas poniendo el cajero. Y al perpetrar aquella audacísima operación, el conserje volvió á experimentar aquel placer del riesgo extremo y casi mortal, aquella deleitosa sensación de tender todos sus nervios para no ser descubierto. Pero fué su ruina. Lo miró el cajero y preguntóle:

—¿De qué te ríes?

Era verdad. Gaspar Torello reía, pero por su felicidad, no porque despreciara al cajero, y no se daba cuenta de ello. Salió del paso como pudo y se fué lo más tranquilo, llevándose pegada á la palma de la mano la cera de la llave. Pero ya el cajero había concebido alguna sospecha ó sentídose ofendido, y cuando, al otro día, al hacer el recuento de los fondos en caja, encontró aquellas cinco mil liras de menos, ordenó se interrogase al conserje y se registrase su guardilla. Y Gaspar Torello habría dado con sus huesos en la cárcel sino se hubiese encontrado intacto el dinero debajo de los consabidos ladrillos, y si desde allá arriba, desde el convento de Castello, donde vivía su tío, no hubiesen llovido súplicas, recomendaciones y promesas. Se le dejó libre y partió para Alejandría de Egipto. Parecíale como si hubiera despertado de un sueño. Todo lo que había hecho y dicho en aquellos tres días desde el delito hasta las pesquisas, antojábasele hecho y dicho por otro, por alguien que hubiese entrado (¿ó vuelto?) en él, tomando el cuerpo, los rasgos, la voz de él, como se toma un vestido para disfrazarse. Y cuando, durante el primer interrogatorio en presencia del director de la Caja, había sentido aquel su intruso huir de su alma, habíase sentido también vacío, hueco, como un vestido sin cuerpo, que por fuerza ha de caer al suelo. Fíjate bien: te repito sus propias palabras, porque este desgraciado habla de *sí mismo* con una perspicacia de observación y una exactitud de términos que, al verlo pálido como está después de un año de prisión preventiva, son en verdad sorprendentes.

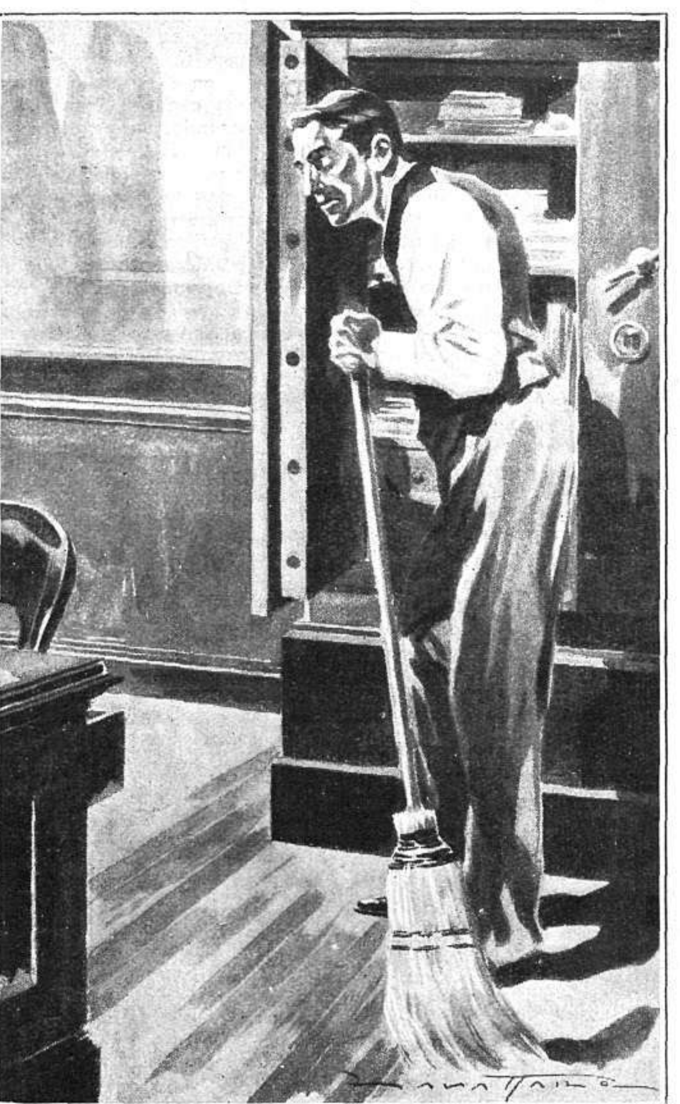
A los veinte años, pues, se encontró en Alejandría de Egipto, solo y con veinte liras en el bolsillo, para hacerse una nueva vida, para comenzar la vida. Hizo todos los oficios, mandadero, mozo de cordel, albañil, camarero, desempeñándolos honradamente. Quizá era el temor á la cárcel evitada por milagro, ó quizás—y es más probable—la desilusión después de aquella embriaguez y aquella tensión nerviosa de sus tres días de ladrón. Porque precisa realmente no apartarse del parangón que antes te indiqué: habían sido tres días de una felicidad y de una pasión de enamorado, y ahora encontrábase descorazonado, asqueado, como amante de poca edad que, después de la primera traición, jura no querer gustar de nuevo el amor, nunca. Gaspar Torello ha mantenido su juramento con un tesón de verdadero hijo de las Apulias. Estaba siempre muy sobre sí. El impulso á robar le volvía con frecuencia: hasta el balde del albañil á quien servía, hasta el saco del peón que trabajaba con él, hasta las escasas monedas del bolsillo del desgraciado que junto á él dormía sobre las losas del muelle, le atraían. Pero se venció siempre y, á fuerza de trabajo y de honradez, logró conseguir un empleo fijo en el ferrocarril de Alejandría al Cairo. Se casó y tuvo un hijo, ese á quien mató hace un año. De las tentaciones no se curó jamás, ni siquiera cuando, teniendo una retribución suficiente, una casa y una familia, ya no le asediaba la necesidad. Ninguno sabía de aquella lucha, cada vez más encarnizada, y que, cuantos más años transcurrían y mayor era la confianza que en él depositaban sus superiores traducíase en más recios y frecuentes asaltos. Y de cada crisis, el desdichado salía exhausto, vacío, azon-



zado, como aquel día en Molfetta, después de descubrirse el robo.

La curación le vino hacia los cuarenta y cinco años, cuando la juventud y la energía de las fuerzas de su cuerpo comenzaron á menguar. Un viejo es otro hombre. Otro semblante, otras pasiones, otras ambiciones, otros músculos, otros nervios; todos los cuidados para lo presente y la indiferencia para lo porvenir; y el afán de conservar y de conservarse, y el instintivo abandono de la acción y el instintivo aborrecimiento hacia todo peligro. Un viejo sólo tiene de común con el hombre que fué de joven, el nombre y los recuerdos. Y así lo reconoce la ley con la prescripción, transcurridos veinte años, hasta para la pena del calabozo. Al trasponer los umbrales de la vejez, Torello se dió cuenta de que estaba curado. Y respiró. Pero si antes, en la inquietud de la lucha contra *aquel otro él mismo* que estaba en él y que era ladrón, la vigilancia de cada uno de sus gestos habíale ocupado todos los instantes é impedido juzgar y valorar moralmente aquellas tentaciones, después pudo permitirse el lujo de este juicio. El había sido como un transeunte que atraviesa una espaciosa calzada hormigueante de automóviles y de caballos lanzados á la carrera, y que no piensa sino en evitarlos y llegar á la vereda sano y salvo; sólo una vez allí, puede pensar en contar los peligros corridos, puede abandonarse al sentimiento del cansancio de sus nervios después de tanta tensión, y puede hasta perder tiempo en envidiar y aun en condenar á los felices y á los poderosos que, cómodamente arrellanados y bien defendidos, le han ofrecido con sereno descuido tantas próximas ocasiones de morir. Pero Torello fué indulgente con los otros: no condenó á los ricos, á los hombres defendidos por las comodidades, por la educación y por el buen nombre de su casa contra las tentaciones de delinquir, para sólo absolverse á sí mismo. Antes por el contrario, solamente contra sí propio se mostró feroz. Y de aquella falta suya de la juventud tuvo, en la quietud de la edad madura, un horror razonado é implacable como nunca lo había tenido.

Ninguno sabía ahora nada, ni siquiera su mujer, y más todavía que antes, después de tantos años de honradez verdaderamente trabajada, torturábale silencioso el remordimiento. Me ha dicho: «Muchas noches, mirando, terminada la cena, á mi mujer que cosía en el comedor bajo la lámpara, al lado de la mesa apenas levantada, y á aquel niño que escribía sus deberes y acababa por dormirse sobre los cuadernos, apretando aun la pluma entre los deditos manchados de tinta, ó mientras pensaba que, hasta pocos años antes, yo había corrido el riesgo de perder aquella felicidad, de abandonar en la miseria y en la deshonra á aquellos dos seres adorados, saltaba en mi silla, pálido, cerrada la garganta y, si mi mujer me preguntaba cariñosamente qué tenía, yo rompía á llorar, á llorar...»



Tendrías que verlo, alto como es, todo huesos, los brazos largos, la barba negra, inculta y rala, dos orejas agudas y achatadas y amarillas como las de un muerto, los ojos de un alucinado, y tan débil que si está en pie un cuarto de hora vuelve á caer como un guiñapo sobre la silla, para que pudieses darte cuenta de lo que debe haber sufrido. Del asesinato, en cambio, habla poco. Se explaya más bien en describirte la desesperación del fraile su tío, hoy sepultado ya no sé desde cuánto tiempo, cuando treinta años atrás corrió á la Caja de Ahorros de Molfetta á vituperarle en dialecto y á maldecirle en latín con fórmulas de exorcismos. De aquel tiempo todo quiere contártelo. Del delito, nada. El delito, para él, es una conclusión lógica de aquellas premisas, y su defensa está toda en las premisas.

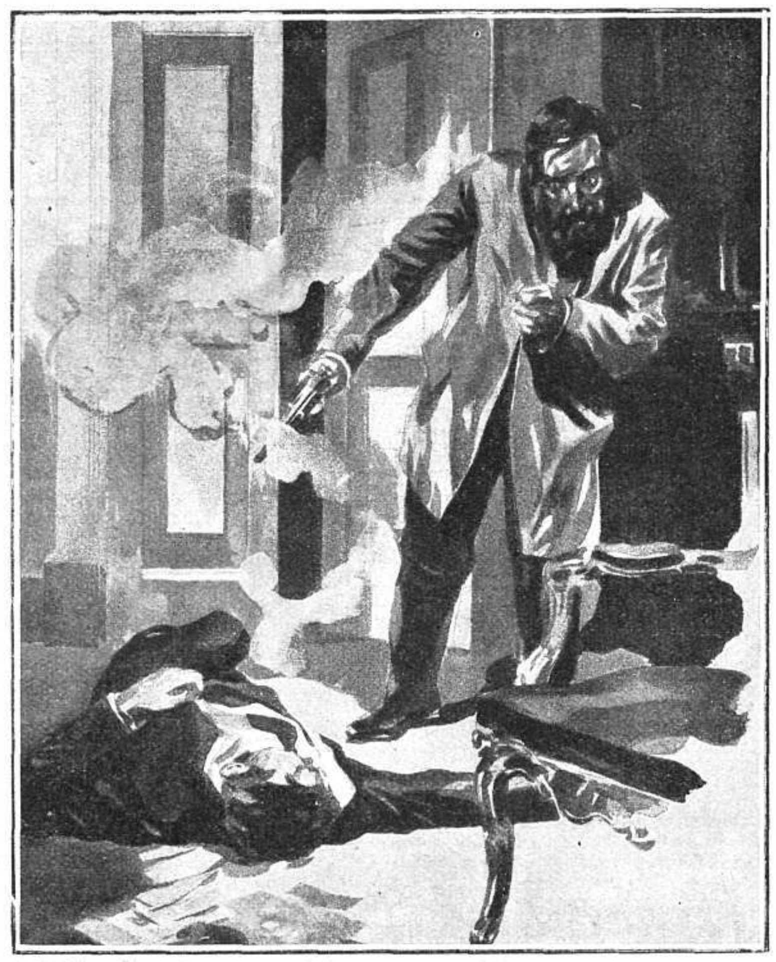
Oye cómo ocurrió el delito.

Cuando Torello se dió cuenta de estar más seguro de sí mismo y casi curado, trató de regresar á Italia. A Molfetta, no: alguno de los empleados de la Caja, alguno del convento podía vivir aún, podía recordar. Una casa de algodones egipcios quiso establecer una sucursal en Ancona, tuvo en Alejandría óptimas referencias de Torello y ofrecióle la dirección de la nueva casa.

Aceptó él contentísimo, partió con su familia para Ancona y dirigió con verdadero acierto los negocios. Su hijo Salvador tenía dieciseis años y en Ancona frecuentó el instituto técnico; era un bravo muchacho

según afirman los testigos, un poco taciturno él también, pero aplicado, diligente y respetuoso. El padre, en las horas que la escuela y los deberes de la escuela dejaban libre á Salvador, retenía á éste en la oficina para que le ayudase retribuyéndole por este trabajo *extraordinario* con cierta largueza. He visto la casa donde vivían, en el Corso Vittorio Emanuele, y en cuyo primer piso estaban instaladas las oficinas.

Durante todo un mes echó de ver Torello que de la cartera le faltaban ora diez, ora cinco liras, por más que la cartera la *lleva*se él siempre en el bolsillo interior de su gabán y la dejase, de noche, sobre la mesita de luz al lado de la cama. Una noche, mientras apuradamente apuntaba sobre un papel los números de los pocos billetes que tenía consigo, entró su mujer conmovida y asustada y le comunicó que en el cofrecillo del juego de mesa, de plata, faltaban *cinco* piezas. El mismo fué á comprobarlo, y las sospechas de ambos recayeron sobre la mucama que habían tomado á su servicio al llegar á Ancona. A la mañana siguiente fuése Torello al Montepío, acompañado de un delegado de pública seguridad; encontró las piezas entre los depósitos recientes é interrogó al empleado. Este recordaba perfectamente al que las había traído: un joven alto, moreno, de corbata azul... Gaspar Torello quedóse pálido, rígido. No dijo más que: —Ya caigo, es un mozalbete que habíamos tomado á nuestro servicio. No lo denuncio.— A su mujer le dijo que había sido la mucama, que había que tenerle lástima y despedirla. Y la buena señora, que era una esposa sumisa y tranquila, hizo lo que le indicó su marido.



Ahora el problema era: ¿hablar al hijo é imponerle un castigo, ó callar y corregirlo dulcemente alejando de él todas las ocasiones de robar? En el fondo el problema para Gaspar Torello era otro, ¿hasta qué punto la culpa del hijo era culpa suya, del padre, de la sangre que le había transmitido? ¿Hasta qué punto él, un ladrón, tenía el derecho de castigar á aquel otro ladrón nacido de él, criminal por haber nacido de él? Habría un recurso, recurso heroico: confesárselo todo al hijo, la antigua falta, las luchas sostenidas durante veinte años para no reincidir en el delito, el destierro, las humillaciones, la soledad sin esperanzas, y curarlo así con el terror de tener que arrastrar una existencia como la que había arrastrado su padre, una existencia que no había sido otra cosa que una continua agonía... Pero, ¿y si esta heroica tentativa no hubiese producido resultado? ¿Qué es lo que haría aquel hijo, dueño además ahora del secreto de su padre? Gaspar Torello tuvo la plena conciencia de su derecho, conquistado con tantos años de martirio, á vivir entre las gentes honradas, y á la compasión por su hijo fuése poco á poco mezclando, y aumentando cada día, el *odio* al mismo hijo que, de un golpe, quería hacer que volviesen á caer sobre su padre las pasadas torturas, aplastándole de nuevo bajo el antiguo oprobio, y más cruel aún y todavía más inexorable.

Transcurrieron así para Torello ocho días de fiebre, ocho noches de insomnio. Una de éstas, creyó oir rumor en el primer piso, en las oficinas. Saltó de la cama, tomó un arma y, andando en puntillas, bajó, andando á tientas en la obscuridad, y halló abierta la puerta que ponía en comunicación los dos pisos, luego la de las oficinas y, por último, la de su propio despacho donde estaba la caja de caudales. Ante la puerta de acero de ésta, abierta igualmente, inclinado sobre un fajo de billetes de banco, á la luz de una bujía, estaba su hijo, temblorosas las manos y agarrotados los dedos. Llamóle. El se volvió. En el rostro de su hijo, Gaspar Torello volvió á ver su propia sonrisa idiota de veinticinco años antes, su palidez, su mirada fija, toda su máscara de ladrón. E hizo fuego.

Este es su delito.

***

—Tú debes referir á los jurados, palabra por pabra, lo que me has referido á mí. Le absolverán.

—¿Lo crees así?

—Si son hombres de bien, le absolverán. En el fondo, Gaspar Torello ha librado á la sociedad de dos ladrones, él mismo y su hijo. Y los señores del jurado son en su mayor parte pequeños propietarios capaces de mostrarse así agradecidos.

—Es justo. Me informaré antes, los sondearé, y tomaré una resolución durante los debates.

El abogado Marí refirió á los jurados toda la verdad. Gaspar Torello fué absuelto. Pero ahora se muere de hambre, porque la sociedad que le absolvió, no quiere nada con él, ladrón confeso.

UGO OJETTI.

Dib. de Zavattaro.



Heroica.

Yo quiero un vencedor de toda cosa;
Invulnerable, universal, sapiente,
Inaccesible y único.

En cuya grácil mano
Se quebrante el acero,
El oro se dilaya,
Y el bronce en que se funden las corazas,
El sólido granito de los muros,
Las rocas y las piedras,
Los troncos y los mármoles,
Como arcillas modelables sean.

A cuyo pie sin valla y sin obstáculo
Las murallas amengüen
Se nivelen los pozos,
Las columnas se trunquen
Y se abran de par en par los pórticos. . .

Que posea la copa de sus labios
El licor de la vida,
El virus de la muerte,
La miel de la esperanza,
Las beatas obleas del olvido
Y del divino amor las hostias sacras.

Que al erótico influjo de sus ojos
Se empañen los cristales,
La nieve se calcine,
Se combustione el seno
Virginal de las selvas
Y se empenache con ardientes ascuas
El corazón de la rebelde fémina.

Que al rayar de su testa iluminada
Resbalen de la frente
Las más bellas coronas,
Los lábaros se borren,
Repliegue sus insignias
La faz del estandarte
Y vacilen los símbolos ilustres
Sobre sus pedestales.

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
Domador de serpientes,
Trasponedor de abismos,
Encendedor de astros;
Y que rompa una cósmica fonía,
Como el derrumbe de una immensa torre
Con sus cien mil almenas de cristales
Quebrados en la bóveda infinita,
Cuando el gran vencedor doble y deponga
Cabe mi planta sus rodillas ínclitas.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA.

Dib. de Hohmann.

El tío de madama Perriére

(Recuerdos)

Conocí, en uno de mis viajes, á un francés apreciable: se llamaba Perriére; había sido maestro de postas en una de las provincias andinas del norte; y á la sazón cultivaba unas plantaciones de tabaco y yerba-*mate*, entre las verdes cuchillas de Misiones.

Su casa de madera, con el color y la frescura de una lechuga, servía de parador á los viajeros que se cruzaban entre las poblaciones del Alto Paraná y del Alto Uruguay. Los forasteros eran regalados con sabrosos platos de la cocina de «Madama Perriére», como la llamaba su esposo, y se bebía excelente cerveza.

Madama Perriére era una correntina enganchada por la charla copiosa ó por la apostura marcial de Perriére, ex militar del segundo imperio, y que conservaba su perilla como un vestigio respetable de sus campañas.

Aunque ya jamona y metida en carnes, la cara mitad del francés tenía un rostro agraciado, en cuyo cutis terso y de la palidez mate y sombreada del tipo, se destacaban sus grandes ojos obscuros. Tenía, además, una hija única, sonrosada, de ojos claros, vivaracha hasta las fronteras de la coquetería, y cuyas gracias traían perturbados á los mozos de la comarca y á los forasteros habituales del padre de la señorita Perriére.

Mi llegada á la finca de Perriére, fué casual; pues me llevó allí la incompetencia de un mal guía brasileño, escogido por mi compañero de viaje.

Era éste un inspector de impuestos que me había ofrecido compañía y asistencia en una excursión de Posadas á Barra Concepción, incluída en las instrucciones de mi viaje oficial.

Aceptamos complacidos la oferta mi secretario y yo, en la seguridad de disfrutar de un itinerario ilustrado por el acompañante que decía conocer perfectamente aquellas comarcas, y poder abonar la pericia de nuestro guía.

Además, el inspector disponía de una colección de cuentos criollos, cuya principal gracia radicaba en el modo de narrarlos: el cuentista tenía una marcada pronunciación inglesa, y era tartamudo.

Desgraciadamente, compañero y guía fracasaron de una manera lamentable: el primero no recordaba los nombres de los pintorescos parajes que atravesábamos; y el segundo demostró ignorar los caminos á tal punto que, después de habernos hecho repasar la distancia entre Apóstoles y San Carlos (1), nos llevó á parar á la finca de Perriére, donde una cordial acogida nos indemnizó de las contrariedades del viaje.

(1) Apóstoles y San Carlos: nombres de dos pueblos de las antiguas Misiones Occidentales, y cuyas ruinas yacían entre los matorrales de frondosos bosquecillos.

* * *

Dos tenientes de las fuerzas que guarnecían el Alto Uruguay, habían hecho estación antes de nosotros en el parador del ex maestro de postas, donde los encontramos refrescándose á la sombra de unos grandes naranjos que se erguían delante del corredor.

Uno de los oficiales, el más joven, tenía su familia en Posadas, visitándola con una frecuencia que me había hecho formar excelente juicio de sus sentimientos domésticos. En la casa de campo de Perriére, pude observar que el buen hijo de familia no era indiferente á los hechizos de la criollita, y deducir que sus cabalgatas entre Concepción y Posadas no debían serle desagradables.

Su compañero era un riojano, Villaroel, en quien me costó reconocer á un mal estudiante cuyo paso fué brevísimo por el histórico Colegio Nacional de Buenos Aires (1). Feo, picado de viruelas, y gastando bigote ralo y enhiesto, Villaroel poseía cierta gracia picaresca, á la que daba singular relieve su entonación arribeña fuertemente pronunciada.

Los recién llegados fuimos á ensanchar el círculo formado bajo los naranjos por los militares y los miembros de la familia Perriére, y procuramos olvidar, en aquel ambiente de frescura, los malos ratos pasados en caminos caldeados por un sol abrasador.

Borrados los rastros de la mal llamada Canícula (2), no tardamos en participar de la conversación general, un poco dominada por el dueño de casa quien puso empeño en referirme algunos incidentes de la guerra de 1870, á la que había asistido como soldado de uno de los cuerpos del ejército de Bazaine.

Recuerdo que me contó haber visto al emperador

(1) No es el Colegio Nacional del Uruguay el único que puede llamarse «histórico». Antes lo fué el de Córdoba, por sus recuerdos coloniales, y su respetable tradición, y posteriormente mereció el nombre de «histórico», el Colegio Nacional de Buenos Aires, que brilló bajo Mitre, Sarmiento y Avellaneda, en el que enseñaron Jacques, Rosetti, Larguier, Berg, Cadrés, Lewis, Tarnassi, Plaza, Estrada, etc.; ilustrándose y educándose, como en un hogar común, símbolo de la unidad nacional, jóvenes de todas las Provincias, que más tarde han hecho honor y dado lustre al foro, á la ciencia, al parlamento, á la política y á las letras de la República.

(2) El calor podrá ser *canicular* en el hemisferio septentrional donde el sol coincide con la constelación del Can Mayor, durante los rigores del estío; pero en nuestros veranos, el sol está próximo á la constelación del Aguila, debiendo el calor ser calificado de *aguilicular*. Ocurre algo parecido con la palabra *Mediodía*, como término de orientación geográfica, y que, significando el Ecuador, en Europa indica el Sur, pero entre nosotros señala el Norte, ó sea las comarcas próximas á los trópicos.

Napoleón llevarse el pañuelo á los ojos, al darse cuenta, en su visita al ejército, de la escasez de elementos y falta de preparación de las tropas...

Pronto se cambió de tema, merced á una maniobra del teniente Villaroel quien, para facilitar el *flirt* de su compañero sentado al lado de la niña, distrajo á madama Perriére, promoviendo una conversación que tenía la virtud de desatarla la lengua. Era su «pequeña historia».

Un tío de Madama Perriére había reunido una fortuna estimable en el Estado brasileño de Río Grande del Sur, donde residía desde hacía muchos años. Por lo menos, desde la niñez de la sobrina, que había perdido la memoria de las señas personales del tío.

Pero éste no había olvidado á su sobrina, y Madama Perriére recibía trimestralmente una carta cariñosa, á veces acompañada de la promesa ó el anuncio de una próxima visita. La esposa del ex militar de Metz, no desaprovechaba oportunidad de comentar anticipadamente la venida del «tío Goyo», especie de Mesías, forrado en *contos*, viejo, y sin hogar, pues se había mantenido fiel al celibato.

Una carta reciente del tío Goyo, fundando la proximidad de su anunciada visita en negocios que necesitaba rematar en la costa del Alto Uruguay, dió extraordinario vuelo á las confidencias de la rolliza sobrina durante aquella tertulia, bajo el techo frondoso de los naranjos.

* * *

Días después, encontrándome en Concepción, supe por mi secretario, que el teniente Villaroel había ideado una broma como suya: darle un chasco á Madama Perriére, haciéndola creer en la llegada del tío, y presentándola como tal á un viejo andaluz, amigo de chanzas y antiguo empleado de un negocio de la villa.

El bribón del teniente contaba saborear la doble escena de la recepción y del desengaño; pero tropezó en su proyecto con una resistencia imprevista: la de su compañero, el joven teniente Linares, cuyo buen sentido le hacía presentir algunas consecuencias desagradables de la broma, no siendo la menor verse privado de sus frecuentes coloquios con la bella tabaquerita.

No era Villaroel hombre de ahogarse en poca agua, ni de privarse de un placer pregustado de antemano. Cambió de táctica, resolviendo utilizar la preparada maquinaria contra su cómplice, el andaluz de marras.

Concertó, pues, con su compañero, que Perriére y su familia serían advertidos de la broma pensada, y naturalmente atribuída al andaluz quien, desprevenido, continuaría hasta el fin, su papel de tío postizo.

Una mañana, vino el teniente Villaroel á mi alojamiento, comunicándome que el viejo andaluz iría esa tarde al parador de Perriére, disfrazado de *tío Goyo* y conducido por un cochero llamado Manuel, que tenía encargo especial de «Madama» para atisbar la llegada del tío forastero y transportarlo á casa de la sobrina. El cochero, paraguayo, había consentido en prestarse á la parodia, aunque ignorando la modificación posterior en los planes de Villaroel.

Este no me los reveló, y respetando su discreción, fingí ignorarlos durante su breve despedida matinal.

Pero conocía, por otros conductos, los detalles de la farsa: apenas el andaluz se diera á conocer como «tío» en la entrada de la calle de árboles que servía de *hall* á la casa de Perriére, cuatro peones fornidos de la plantación le discutirían la legitimidad de su título, reforzando sus argumentos con un *manteo* de cuerdas de tabaco negro, regado con baldes de agua fresca: espectáculo que la familia Perriére y los tenientes presenciarían agazapados detrás de los naranjos.

* * *

El programa se cumplió al pie de la letra; pero con una modificación no calculada por su autor.

Divisada la *volanta* de Manuel, un poco antes de la hora convenida, fueron desplegadas en guerrilla las fuerzas que debían hacer los honores de la recepción á Pedro Valdivieso, que así se llamaba el andaluz disfrazado de tío.

En la tranquera, mientras el viajero descendía del vehículo dando la espalda á la finca, el cochero Manuel se apeó del pescante, gritando:

— ¡Ave María! ¡Aquí está el *tío* de la patrona!

Resonó el anuncio como la trompeta del Juicio Final, sólo que no fueron muertos los aparecidos que descargaron un chaparrón de agua y zurriagazos sobre las espaldas del consternado forastero.

¡Fuera el tío!... ¡*Tomá* sobrina!... y otras chirigotas que no son para repetidas, glosaban aquel manteo, súbitamente interrumpido por los gritos de Manuel y la voz atronadora de Villaroel:

—¡Párense, animales, que no es Valdivieso!

—¡Si es don Goyo, es don Goyo!... vociferaba el cochero.

Era, en efecto, el verdadero tío de Madama Perriére, llegado en la noche anterior de Uruguayana, y cuyo arribo supo primeramente Manuel y por éste el andaluz, quien no tuvo tiempo de transmitir la noticia á los tenientes.

....

Trabajo costó á la desolada familia del plantador, apaciguar al furioso tío Goyo; viéndose obligada Madama Perriére á sacrificarle, como víctimas propiciatorias, el trato de los dos oficiales.

Estos fueron solemnemente despedidos, y la gentil hija de Perriére se vió privada de los galanteos de su joven y marcial festejante.

E. J. WEIGEL MUÑOZ

Dib. de Peláez.

Una risa memorable

I

El rosal morado

Las hormigas se habían «comido» el rosal, é Isabel fué la primera en advertirlo. La niña se quedó helada, pues ella sabía cuan triste era la desgracia y cuan grande era la pérdida... Luego cien pensamientos é imágenes le cruzaron instantáneamente por la cabeza: la sensación que produciría la noticia, el salto que daría



su padre y el grito que proferiría; el correr de todo el mundo al jardín, guiados por ella; la familia ante el fúnebre espectáculo del rosal comido por las hormigas; las exclamaciones, los brazos levantados al cielo, el profundo enojo pintado en el rostro de su padre, sus agitados paseos alrededor... Pero un pensamiento más horrible vino aun á sobrecogerla: ¿y si algún envidioso apareciese por allí y se adelantase á dar la noticia, ó por lo menos llegase al mismo tiempo que ella? ¡Ah, qué manera de cortársele la respiración! Instintivamente echó atrás el busto para arrancar á la disparada, pero quiso refrescar primero su emoción dirigiendo una última mirada al rosal. Como si lo viese por la primera vez y le pareciese la cabeza de Medusa ó, peor todavía, un sapo, lanzó un estridente «¡ay Dios mío!», y entonces, con los brazos adelante, se precipitó por el jardín abajo y entró en el vestíbulo como un huracán.

Su padre, al verla así, no supo qué hacer: si levantar el diario que se le había deslizado al suelo, abarajar los anteojos que se le caían encima del diario, desenredar el pie, que se le había enredado en la silla de mimbre al levantarse azorado, ó acudir á su hija, que á la cuenta necesitaba todos los socorros posibles. ¿Y en tan intrincada situación ella no lo tira de espaldas con su retumbante nueva?

¡Qué confusión más grande hubo en la cabeza de don Jorge Calderón! Con la pesadilla del diario, de los anteojos y del sillón de mimbre, y sin que su hija le hubiese dado tiempo para reponerse del primitivo susto, tardó unos segundos antes de hacerse cargo de lo que pasaba y comprender la magnitud de su infortunio. Pero después, ¡qué alaridos!

—¡El rosal! ¡Mi rosal! ¡Mi rosal!

Lo gritó de manera que por lo visto la aventura del rosal iba á costar mucha sangre; y queriendo apartarlo todo con las manos, echó á correr para el jardín.

¡Pobre Isabel! ¿Cómo haría ella para preceder á su padre, pues así era el trato, y dar un escalofrío al resto de la familia? Pero oyó ruido de puertas interiores que se abrían, de pasos apresurados, palabras de inquietud por allá adentro, y conoció que la alarma estaba dada, aliviándose mucho su ansiedad. Al verse libre de correr delante de su padre, iba á dar gracias á Dios; pero pudo reaccionar á tiempo, y oprimiéndose la cabeza como si estuviese á punto de perder la razón, profirió espantablemente modulado su favorito «¡ay, Dios mío!», helando á los demás la sangre en las venas. A nadie le cupo duda de que había algo muy tremendo en la casa, y entre portazos, jesuses, avemarías y tropezones, se lanzaron adelante, dándose con los hombros contra cada esquina de la pared.

Primero Isabel, después su padre, tercero su hermano Federico, y cuarto su madre doña Justa, y los criados en pos, todos fueron llegando al lugar del siniestro. Allí estaba el rosal, muy limpio y peladito, y daba gana de arrancarle una sola hoja que le quedaba, interrumpiendo la limpieza y simetría del conjunto.

Don Jorge era del temperamento de los que tartamudean cuando se enfurecen — y estaba enfurecido y desesperado — y cuando doña Justa y Federico manifestaron como pudieron que se sentían más tranquilos al saber que las hormigas no se habían comido á nadie sino al rosal, empezó á tartamudearle todo el cuerpo. ¿No veían que era su rosal, el rosal morado, el rosal morado por excelencia, del que esperaba fuese siendo más morado á cada primavera, como, á su juicio, había sucedido hasta entonces, invariablemente, todos los años? ¿Y eran su mujer y su hijo quienes lo tomaban con tanta flema?

Trataron de explicarle que aun cuando el rosal fuese morado, que sin duda lo era, más morada hubiera sido una desgracia personal, y que eso era lo que querían decir, sin que sus palabras tuviesen el menor alcance profanatorio.

Don Jorge les oía enfurruñado y dejando escapar monosílabos, y miraba por el suelo, como si buscase las hormigas ó los anteojos, mientras su hija tenía el oído atento á quién sabe qué, sólo de ella conocido.

—¡No ve, amigo, no ve! — gritó de repente y fuera de sí don Jorge. — ¡No le dije! ¡Las hormigas de al lado habían de ser!

—¡Jesús, Jorge! ¡Por Dios, Jorge!

—¡Ese bestia de don Facundo! — prosiguió, agitando el puño en el aire, y amenazando con él á la pared divisoria de la casa vecina, que se estaba muy queda á seis pasos de distancia. — ¡Y todavía me viene á hablar de los bichos de canasto! ¡Ese animal de don!...

Isabel, arrojándosele al cuello, no le dejó pronunciar otra vez el nombre de su vecino.

—¡Están oyendo, papá, están oyendo! — le dijo lo más bajo que pudo. — Yo los he sentido.



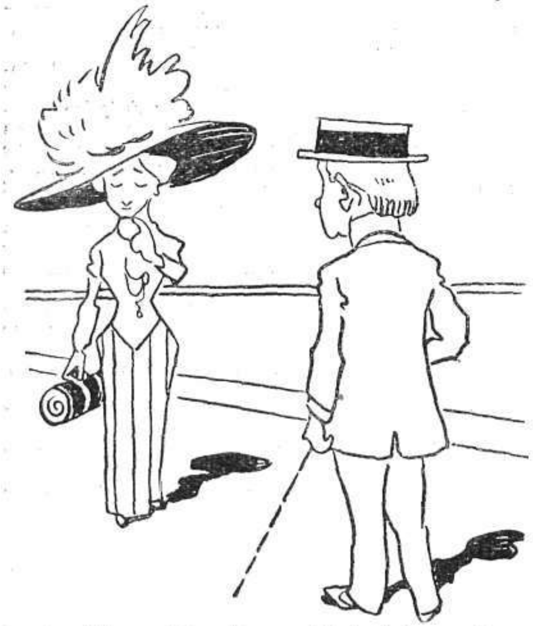
Era lo que temían ya doña Justa y Federico, y precisamente en aquel instante crujió alguna cosa del otro lado de la pared y se oyeron voces ahogadas que partían del mismo sitio.

Estoy convencido de que don Jorge iba á gritar todavía cualquier desafinación, y su mujer, que no lo estaba menos, le abrazó valerosamente y quiso llevárselo para adentro.

Aunque no consiguió lo que se llama reducirle, don Jorge comprendió en el intervalo qué había cierto descarrilamiento en su gritería. Pero á veces el amor propio de un hombre se cifra en seguir gritando desaforadamente, no se crea el vecino, del otro lado de la pared, que al callarse de golpe uno se calla de miedo. Por suerte estaban allí los criados, y les descerrajó el gran tar

tamudeo, preguntándoles que qué diablos estaban haciendo en el jardín, con aquellas bocas tan abiertas.

Aun renegó un poco, porque lo exigían su honor y el berrinche que tenía, pero al fin pudo llevárselo doña Justa, quien trataba de tranquilizarle y de ver si podía reconvenirle por su imprudencia, sin enfurecerle más. Tras ellos se marchó Federico. Iba cabizbajo y pesaroso, quizá porque se hubiesen despertado sus sentimientos de estudiante de agronomía, pero esto es una hipótesis solamente. E Isabel no tuvo más remedio que



irse también: estaba visto que detrás de la pared no crujía ya otra cosa, y que el rosal no cambiaba su desolado aspecto en otro peor.

II

Canciones sin palabras

Todos quedaron bastante preocupados con las consecuencias que acarrearían los denuestos de don Jorge; y doña Justa pensó si no habría llegado el caso de tener una entrevista con su comadre doña Blanca, que era la mujer de don Facundo; pero le faltó el ánimo para hacerlo, pues desde que habían comenzado «las historias» entre don Jorge y don Facundo, las comadres casi no se veían, á fuerza de no saber cómo mirarse á la cara cuando se hablaban. Se le antojó una humillación, ó no sé qué se le antojó, y permaneció en su casa, «sufriendo», como ella decía, «ya que el destino de las mujeres es sufrir».

Las consecuencias no tardaron en ser experimentadas. Al otro día, Federico, que iba á tomar el tren para Buenos Aires, donde seguía los estudios, se encontró con la hija de don Facundo, la bonita Eufrasia. Ella venía de regreso del conservatorio, donde le gustaba reunirse con las amigas y tomar de paso una lección. Era extraño que se cruzasen en el camino, desde que hubiera sido mucho más ameno ir ó volver juntos, pero cuando ellos lo advirtieron, empezaron las malditas «historias», que tanto hacían sufrir á doña Justa, y probablemente á doña Blanca.

Federico avanzó nervioso al verla venir, y ella al divisarlo bajó la cabeza, como si cada uno se sintiese culpable frente al otro. Cuando estuvieron próximos, Federico notó un tremendo rubor en las mejillas de la muchacha. Se le desordenaron las ideas, y no se atrevió más que á un saludo, que iba á realizar lleno de confusión. Pero la joven siguió con la cabeza baja, sin desviar la vista del suelo; y turbada y como temerosa de que le hablase, pasó á su lado rozando la pared. Federico lo vió todo concluído y recibió el golpe en mitad del alma. Se quedó yerto, se le cayó el brazo, y mustio como el rosal de su padre, siguió el camino de la estación.

No con mucha diferencia, hubo otro encuentro en la calle, el de don Jorge y don Facundo. Don Jorge lo tenía previsto, y había formado su plan. Sin darle tiempo á don Facundo para abrir la boca, él atropellaría, presentando una reclamación por haber las hormigas comido su rosal morado. Era un golpe magnífico, ya que poco antes don Facundo le había reclamado contra los bichos de canasto: le devolvería la pelota, y encima de esto, cuando don Facundo empezase á protestar por las palabras bestia y animal, él volvería á la carga con los destrozos de las hormigas, equilibrando la balanza. Cierto que se despedirían completamente enojados, pero con maldita la ventaja para don Facundo.

Don Jorge tenía la contienda bien planeada, con preguntas y respuestas, como en el catecismo del padre Astete, y no faltaba más que empezar con altanería:

—¡Con su permiso, don Facundo! ¡Permítame una palabra!

—¿Y todavía usted se atreve?...

—¡Sí, señor, yo! El otro día me vino usted á reclamar...

—¡Le repito!...

—¡Sí, señor, á reclamar; á reclamar por cuatro bichos de canasto!

—¡Señor mío!...

—¡Sí, señor! ¡Vaya á ver ahora mi rosal!

—¡Me extraña mucho, señor!...

—No le extrañe nada. Mate usted sus hormigas, como es su deber.

—¡No le tolero!...

—¡Sí, señor, su deber! ¿Y todavía viene usted á reclamar por los bichos de canasto?

—¡No!...

—¡No faltaba más!

Y don Jorge, hondamente ofendido, le volvería la espalda; y don Facundo se quedaría plantado en la vereda, bastante estupefacto, sin acertar á darse cuenta de la situación.

Pero allí se acercaba don Facundo.

Don Jorge irguió el busto, muy atufado, empuñó con fuerza el bastón, frunció terriblemente el entrecejo, y clavó la vista en un punto delante de sí, para no mirar con demasiada anticipación á su enemigo. La distancia fué acortándose hasta quedar reducida á menos de dos metros. Don Jorge dió un paso todavía, y otro don Facundo. ¡Era el momento!

Era el momento, sí ¿quién lo duda? Pero don Jorge sintió que tenía el cuello duro como un palo y que no podía volver la cabeza, y sintió que caminaba automáticamente, sin haber quien lo parase. Pasó derecho, rígido, y como empujado por el destino; desesperado y ofuscado al ver que no podía atrapar el cabo de la interpelación y al conocer que si conseguía separar las quijadas, más duras que el pescuezo, ó se



le quedaba abierta la boca en una horrible mueca, ó hubiera ladrado como un perro ó graznado como un pájaro marino.

Instintivamente alzó la mano con el bastón, y este bajo y vergonzoso conato de violencia, le produjo un escalofrío que logró parar la máquina de sus piernas. Se quedó con el brazo extendido y el bastón delante, mirándolo con el rostro contraído, fea y cómica la expresión. De su garganta apretada se escapó un grito entre queja y alarido, y se volvió como un rayo, al pensar que poco más atrás estaría mirándole don Facundo, prendido de los hierros de una verja para no caerse de risa. Pero don Facundo se alejaba muy despreocupado, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón,

ladeada la galera, y revoleando en la otra su delgada caña, insolente como un joven de veinte años.

III

Política y bichos de canasto

¿No decían ustedes hace un rato que la política?... Pues fué la política, ¡esa política!

Don Jorge estaba cansado de ser únicamente «antiguo y respetable vecino de la localidad, cuyos sentimientos filantrópicos todos admiramos». Pues bien, ya



que don Facundo era el intendente del pueblo, ¿por qué no lo hacía concejal? ¿Por qué no, si eran compadres? Trató de dárselo á entender entre bromitas, con mucha diplomacia, pero don Facundo, que sabía cuan imposible era la cosa por el momento, se atuvo á la parte bromista de las insinuaciones de su compadre. Don Jorge se quedó contrariado y ofendido, y en lo futuro encontró en don Facundo todos los defectos que le habían pasado inadvertidos durante no mucho menos de treinta años de amistad: por ejemplo, don Facundo era pedante; esto saltaba á la vista. Y si no hubiera sido por él, ¿qué sería don Facundo? ¡Vamos á ver! ¿qué sería?

—¡Pero me las vas á pagar! —se prometía don Jorge paseándose por el corredor de su casa. —¡Me las vas á pagar! ¡Lo que es ésta!...

Por su parte, don Facundo comprendía que se encontraba en un «compromiso».

—¡Tan luego con Jorge! —pensaba pesaroso. Pero ¿y qué le iba á hacer?

—¡Las exigencias de la política! —continuaba, paseándose igualmente por su corredor. —Si este Jorge fuese capaz de comprender, ¿eh? ¡si no fuese tan testarudo!

De modo que los amigos dejaron de buscarse, huraño don Jorge é incómodo don Facundo. Después el primero incurrió en murmuraciones y tuvo el mal gusto de hacer oposición; inútil oposición, porque no había ejemplo, en diez años, de que hubiesen podido sacar á don Facundo de la Intendencia, y eso que él mismo decía que ya estaba «tan cansado».

Vinieron luego las pequeñas hostilidades de vecindad, verdadero juego en que las cartas eran las reclamaciones más ó menos indirectamente presentadas. La última baza se la había llevado don Facundo, con una reclamación sobre bichos de canasto. Don Jorge descuidó el exterminio de estos bichos en la quinta, y don Facundo pretendía que así corrían peligro sus frutales; lo que fué suficiente para que el primero permitiese la multiplicación de los bichos de canasto: ¡no le haría caso al botarate!

Pamplina va y pamplina viene, llegaron á fingir que no se habían visto, cada vez que se encontraban bastante lejos para poder fingirlo. Pero nunca, como aquella, se habían atrevido á pasar el uno al lado del otro como dos desconocidos. Parece que lo hallaron cómodo, porque en adelante lo hicieron siempre así, con lo cual quedó virtualmente concluido el negocio del jardín, sin aclararse si don Facundo sabía algo ó no. En todo caso, parece que Eufrasia lo sabía, y á juzgar por la actitud adusta de doña Blanca, ella también.

IV

El maldito comisario

Claro está, las señoras continuaron sufriendo, ellas, las víctimas, las pobres mujeres; y Federico tuvo una pena muy honda al ver que había perdido la sociedad de Eufrasia, agradable sociedad. La valerosa joven lo evitaba cuanto podía, y no lo evitaba completamente mal, y él vino á convencerse de que el caso era perdido.

Sí, señoritas; será lo que ustedes digan que sea, pero todavía eran unos niños: sumarían de treinta y cinco á treinta y siete años entre los dos. Añadamos que se trataba aún de una inclinación, aunque quizá muy inclinada, y recuerden que no habían empezado á viajar juntos en el tren. Se conocían desde demasiado pequeños y demasiadas veces habían jugado juntos, para que en un dos por tres se les encendiese en el pecho una pasión volcánica, como la del moro Otelo, ó la del moro Muza, ó no sé qué diablo de moro. Y sin esos romanticismos propios de la edad, el estímulo de esas conversaciones que ustedes saben, y el ejemplo de los contemporáneos, es posible que tampoco hubiera habido una inclinación sensible. Creo, me atrevo á creer, estaría por creer, que era un amor á medias imaginario, lo que llaman los viejos cosa de muchachos.

Federico abandonó ó postergó toda tentativa de arreglo, y de una melancólica resignación vino á incurrir en relativa conformidad. No sé por qué ustedes le llaman desertor. Sí, señoritas, es cierto: el amor, el verdadero amor, levanta las montañas, colma los abismos, salva las distancias y arruina los imperios; pero quizá el joven fuese algo filósofo, quizá se dijese que el trance no era tan apurado, que todo se arreglaría por sí solo; quizá esperase. En una palabra, tengan un poco de consideración con el pobre muchacho; déjenlo, á ver si se espabila.

Además, Federico no persistió mucho tiempo en su conducta indigna de un caballero, y vino á moderarse. Oyó una chanza sobre las visitas del comisario á casa de don Facundo, y ni por un momento se le ocurrió que visitase la casa porque tuviese la intención de comprarla. Vió que la visitaba y lo tuvo á mal síntoma. Es verdad que ya la visitaba antes, como de la relación de la familia y amigo político de don Facundo, pero á su juicio, ahora la visitaba demasiado.



Ya él extrañaba bastante el libre y poético entrar y salir de una familia en casa de la otra, que las diferencias de los compadres habían interrumpido; extrañaba los mates que solía tomar con Eufrasia frente á la cocina, mientras los viejos lo tomaban en el vestíbulo ó en el corredor—¿qué se le importaba á él? —era posible que en compañía del comisario, que no tenía el privilegio de tomar mate frente á la cocina. ¡Extrañaba tantas cosas!

Sí, por cierto, lo había extrañado ya, pero es que principiaba también á tener deseos de saber algo de sus vecinos, por ejemplo, como se tomaría el mate: una curiosidad sin objeto definido, pero un poco vehemente, un inconfesado interés, y hasta una leve, inexplicable inquietud. Cuando más fuerte le entraba esta comezón, era cuando el comisario estaba en lo de don Facundo.

Una vez se encontró con él en la vereda. Se saludaron confianzudamente:

—Buenas tardes, comisario.

—¿Cómo le va Federico, qué tal por casa?

—Buenos, gracias, comisario, ¿qué anda haciendo?

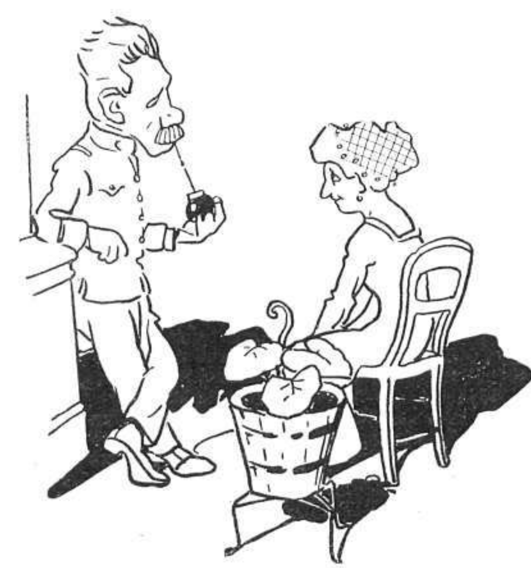
—¡Nada! Venía á verlo un rato á don Facundo.

—¿No iría más bien á ver á Eufrasia? —se le ocurrió preguntarle. Pero le pareció indigno, y no encontró nada plausible que añadir.

Se despidieron, y el comisario entró en la casa, y

Federico, al verlo hacer, se dijo con pena que él, en cambio, no podía entrar ya. Le invadió una profunda congoja, y se fué derecho á su cuarto, y se sentó á su mesa con un tratado delante. No se sabe qué tratado era, porque aunque estuvo mirando fijamente el título con la cabeza entre las manos, no lo consiguió leer.

Curiosidad, inquietud, comezón, congoja: mucha enfermedad era esta para que la curase la presencia de un tratado del cual no se consigue leer ni el título. Puede ser el libro las mismas máximas de Hipócrates: tanto montará.



La imaginación de Federico se agitaba fantásticamente, encadenada á un pensamiento fijo: Eufrasia. Giraba en torno de él con rapidez vertiginosa, sin encontrar una tangente por donde huir del círculo de su fascinación. Ni se daba cuenta de ello primeramente, y cuando conoció que tenía un remolino en la cabeza, quiso sustraerse violentamente á él, dirigiendo sus ideas á otra parte. Se ayudó levantándose, volviendo á sentarse, tocando objetos, mirando figuras, paseándose, saliendo afuera, pero concluía por hacerlo maquinalmente, y le aconteció encontrarse en la puerta de calle, sin saber cómo ni por qué.

Entonces se entregó de lleno y con rabia á aquella locura, y planeó proyectos extravagantes y encontrados que iban desde la reconquista de Eufrasia hasta morirse. Así se calmó un poco, y los proyectos descendieron en furia é intrepidez, y así fueron bajando, y la fiebre con ellos, y ellos con la fiebre, por una curiosa mutualidad, y al extremo de la jornada Federico sólo admitía tácitamente que vería con agrado cualquier acontecimiento que le aproximase á su vecina y arruinase al comisario.

Ya ven ustedes que esto no iba del todo mal, sin embargo. Pero, ¿y lo que tardaba en producirse el soñado acontecimiento fortuito? Federico hizo alguna cosa para ir en ayuda de la casualidad. Anduvo por donde podría encontrar á la joven, tomó los mismos trenes que ella, y perdió un tiempo precioso, sin conseguir otro resultado que avivar su desazón.

Y en verdad existía algo difícil de por medio. Los «respetos» que había que guardar con la familia, los que ella tendría que guardar con la suya. ¿Cómo desmentir la simulación de que se ignoraban, variar el signo de sus relaciones negativas, soplar el embeleco de muralla que los separaba, defendida, como estaba, por el amor propio y el decoro de avinagrado gesto? El mismo Federico se preguntaba si tendría bastante intrepidez en un momento dado. Hubiera hecho falta un acto de arrojo, un pecho-al-agua; y aun así, don Facundo podía pararlo en seco, y decirle: nescio vos. Sólo al pensarlo, Federico se sentía en ridículo.

V

Las tribulaciones de Federico

Una vez, en un baile del Club, al verla allí tan cerca, bailando con éste y con aquél, ¡qué sencillo parecía ir á pedirle una pieza! Tan sencillo como pedírsela á la otra niña que estaba al lado de ella: nada más que pasar por entre unas cuantas parsonas, y decirle... Pero en efecto, ¿qué le diría? Y Federico daba un paso atrás. Volvía á acariciar el mismo pensamiento, volvía á representársele la facilidad, la naturalidad, casi la trivialidad del acto, y volvía á adelantar el pie; ¿pero y si también ella le dijese: nescio vos?

¿Y si fuese de todos modos, salga pato ó gallareta? Y Federico tornaba á adelantar un paso; mas ¡ay!, en derredor suyo, concentrada la atención en él, leyendo en su corazón, la entera sociedad del pueblo, su padre y don Facundo, su madre y doña Blanca, el comisario y diez mil personas que habían alquilado palcos y balcones, le asestaban los anteojos y tomaban vistas cinematográficas. Le flaqueaban las piernas, rechinaba la música, el piso se levantaba por un extremo, las paredes se saludaban y las parejas pasaban como una exhalación, á punto de derribarle y pisotearle, produciendo un raro zumbido. Y retrocedía, para no caerse, perseguido por los veinte mil ojos de la reunión.

¿Cómo vino á decidirse, olvidando el nescio vos y aquellos veinte mil ojos? Pero ahora que iba de veras, ¿del brazo de quién se levantaba Eufrasia? ¿No era del brazo del comisario, que había ya bailado con ella otra vez, que podía bailar con ella, como podía entrar en su casa, él, que no era el amigo de las diversiones infantiles y que no había tomado mate con ella frente á la cocina? Federico se libraba del terrible compromiso que acababa de contraer consigo mismo, ¡pero á qué usurario precio! ¿Y qué podía hacer él, cuando para Eufrasia era menos que un desconocido, un ser que no existía para los sentidos, transparente como el aire, un mito borrado y desvanecido?

¡Oh, ser más desventurado que transparente, oh el más afligido de los mitos! Al desaparecer de su vista la sacrílega pareja de Satanás y el ángel, su imaginación perdió el gobiermo otra vez y comenzó á girar con ciego movimiento, en torno de un punto de obsesión. Sentía la necesidad de un tratado para tener delante, y se refugió en el jardín.

Perderla, sí; ya se había resignado una vez, ¡pero verla «en brazos de otro»!... El convento para ella, y para él, el pelo largo, la bebida, la muerte prematura, en un manicomio ó en una taberna. Eso hubiera sido lo correcto, lo prudente, lo acertado; pero, en brazos de otro, ¡qué horrible tormento! ¡Ah, él no sobreviviría á tamaña calamidad!

¡Decídete, Federico, ya que no te resignas á verla en brazos de otro, ya que no puedes resignarte, ya que no podrás sobrevivir á ello! ¡Aquí de todo tu valor y de todo tu miedo, aquí de todo el amor que te abrasa y de todo el dolor que te consume; aquí de los ojos de Eufrasia, de sus castaños cabellos, del óvalo perfecto de su cara! ¡Noramala etiquetas y pamplinas, altercados y rosales: cierra los ojos y atropella! ¿No ves que acaso Eufrasia llora en secreto, que quizá te espera, que quizá, débil arbolillo, necesita de tu apoyo?... ¡Ay, mísero de ti, ay infelice!



Es inútil que ustedes se lo digan, jóvenes Eufrasias. El persistía aferrado á su acontecimiento fortuito, á la mano providencial que interviniese. Gracias á Dios, sin embargo, sus esperanzas al respecto se mantenían dentro de los límites de la propiedad y el buen gusto. Una acción heroica, en la cual él fuese el héroe, Eufrasia salvada de un inminente peligro, arrebatada por él á la inexorable Parca. Y aunque no fuese Eu-

frasia, el mismo don Facundo, doña Blanca, el pequeño Ricardito, que era la locura de la madre. El hielo se fundiría de todos modos, quedando él en la más ventajosa posición de ambos hemisferios, sin que en el lance viniese á ganar gran cosa el comisario. Un incendio, una catástrofe ferroviaria, los caballos del coche desbocados, un perro rabioso, cualquiera de estas cosas ó animales, le permitirían llevarlo á cabo. Y era lo indicado expresamente por los tratadistas de la materia y los más autorizados libros de caballerías. Y sino, al revés: que á él lo hiriesen en la guerra, que Eufrasia recogiese su cuerpo mitad exánime, que lo llevase á su casa—por encontrarse en el Cairo la familia de él—que la gravedad de las heridas impidiese su traslado al hospital... El deliraría de una manera interesante. Y si en la misma guerra cayese prisionero el comisario, tanto mejor: veríamos entonces la diferencia que va de un agrónomo herido á un comisario prisionero.



¡Ah, no: nadie le convencería! Sólo irá al salón otra vez, sumiso esclavo de su angustia, para cerciorarse de cuanto había progresado en el interin su desventura. ¿Pero qué le detendrá de golpe, apenas al entrar? ¿No era ese comisario que veía, el mismo comisario de siempre, el eterno y siniestro comisario, haciendo ahora la corte á una mujer casada; porque era claro como la luz que le estaba haciendo la corte? ¿Eso también? ¿Eufrasia destinada á un comisario libertino, capaz de atreverse con una abadesa; la flor delicada recibiendo el contacto del inmundo reptil? ¡Y él, que amaba á Eufrasia... como un hermano!... ¡Y doña Blanca y don Facundo, ciegos!

VI

Una risa endemoniada

Era una mañana de esas en que la satisfacción y la vitalidad rebosan en nosotros, en que nos sentimos ágiles del cuerpo y del espíritu y estamos dominados por una embriaguez de alegría. Una superabundancia de fuerzas para todo y una especial elasticidad de los miembros nos invitan á la carrera y al salto y nos sugieren vanidosas ideas de acrobacia, de colgarnos y descolgarnos de los árboles y parrales, de caer sobre la punta de los pies y de tocar el cielo con las manos. Durante la madrugada un aguacero había refrescado la atmósfera y la tierra, y reverdecido y lustrado el follaje, que ahora brillaba bajo la más blanca luz del sol. El enlosado de las veredas, la superficie de granito de las calzadas, los frentes y los mármoles de los edificios, producían una fresca sensación de aseo. La atmósfera, limpiada de vapores por el viento, aparecía diáfana y abierta á un cielo de puro azul con una cordillera de cúmulus á un lado.

Federico andaba por el patio, barbotando lo que leía en uno de sus textos, porque se venían encima los exámenes. Allá adentro, doña Justa é Isabel tenían un vasto programa de tocado, para ir á la iglesia, pues era domingo, y don Jorge se echaba á perder el día en su sillón de mimbre, con un diario delante y otro de cada lado.

Federico se encontraba en un momento de olvido; y bajo la influencia vivificadora del aire y de la luz de aquella mañana, se sentía estimulado á la acción, escapándosele cuanto decía el libro. A cada instante se interrumpía: unas veces era para silbar á los pájaros, imitando sus trinos y gorjeos, otras para jugar con el perro, que le provocaba con sus saltos, con sus cortos ladridos y su mirada insinuante, otras para acostarse de espaldas en el borde del magnífico arriate y cantar un pot-pourri insoportable.

Al cabo de andar de un lado para el otro y de sentirse desbordar de todas partes, abrió el portón de hierro de la verja, que hizo sonar alegremente su campanilla. Apareció la calle, con sus dos hileras de árboles jóvenes, recta y limpia y como bruñida á la distancia, con las verdes matitas de pasto que asomaban muy derechas entre los adoquines, y brillando el agua que se conservaba todavía en charcos como la palma de la mano. Por allá partían risas del interior de un breack que cruzaba la esquina; más lejos, un movible grupo de blancas toilettes deslumbrantes bajo el sol; y en cualquier parte un transeunte solitario que golpeaba con el latiguillo la roja polaina de cuero, ó miraba donde ponía el bastón, y que al pasar hacía un saludo delante de una puerta.

Sonó también la campanilla en casa de don Facundo, y Federico, que estaba descuidado, se estremeció y se turbó con la esperanza antojadiza de que fuese Eufrasia. Medio vuelto de espaldas, como estaba, permaneció inmóvil y conteniendo la respiración, cual si esperase que sucediese algo, pero ni siquiera un ruido vino á levantar la espectación. La puerta no se había vuelto á cerrar, ni un paso había resonado en la vereda, y de aquel lado todo siguió tan silencioso como si el desconocido hubiese quedado inmóvil en el umbral.

¿Si sería realmente Eufrasia? Por eso no se iba y por eso no osaba mirar, y por eso continuaba inmóvil y á media respiración, temeroso de espantarla. Pero fué cobrando valor: se movería, miraría con disimulo, y se enteraría. Primero, á rectificar la posición, que era incómoda para su objeto. Eso es; ahora, un intervalo para despistar, no pareciese que se había movido con una premeditada intención; y de paso le crecería el atrevimiento y bajarían los latidos de su corazón, que le daban ganas de toser. Bien, ahora volvería la cabeza con lentitud, la mirada vagando por ahí, y canturreando por la nariz, con aire de indiferencia, si podía canturrear. Eso es; poco á poco, poco á poco, poco á poco... ¡Bueno, ahora!

Pasó la vista como un relámpago, para no quemarse, y tropezó con los ojos de Eufrasia, que también miraba en aquel momento disimuladamente, queriendo hacer entender que sólo trataba de protegerse de la claridad con la sombra del abanico. Ella se había mantenido quietecita, sin saber con certeza si le hubiera gustado denunciarse huyendo adentro precipitadamente, y por fin había mirado en hora inoportuna. Ella también apartó la vista, y los dos con sobresalto, quedando muy rígidos y avergonzados, cada uno en su respectivo umbral. No sucedió nada, sin embargo, y los dos se animaron: ahora podrían mirar, porque el otro no se atrevería. Los movimientos fueron más vivos y la situación más clara al volver á encontrarse los ojos, y á Eufrasia le causó tanta risa, que no se pudo contener, y huyó sin cerrar la puerta, haciendo sonar cortas carcajadas por el camino.

Federico reía con doble motivo, y reía en libertad, dueño del campo. Reía del tonto incidente y de ver reir á Eufrasia; reía de contento, reía porque se aliviaba, reía de sentirse reir y de ver que no conseguía dominarse.

Se moderó y quedó entregado al repaso mental de lo ocurrido, mezclándolo con las pequeñas filosofías que le suscitaba, y con repentinos accesos de risa. En una de éstas, apareció el sargento de policía, dando la vuelta á la esquina. Federico, con la cabeza en otra parte, le miró como si no le conociese, y fué el diablo que al mirarle así, le asaltó uno de los accesos. El ancho rostro del sargento se dilató en una grande y benévola sonrisa llena de curiosidad, atrayendo la atención de Federico. El joven se hizo cargo de la combinación: el sargento sonreía cortesmente y sin saber por qué. Entonces su hilaridad creció, estimulando al sargento, que rió á su vez y avanzó riéndose, colorado y sujetándose los gruesos cachetes con el pulgar y el índice, desviada la vista y bastante cohibido. Fede-

rico, teniendo la desgracia de explicarse el ridículo fenómeno con brillante lucidez de espíritu, estalló en en una gran carcajada que aumentó la confusión y la risa del sargento, quien le miró azorado. Federico quiso saludarle siquiera, porque tenía que hacer algo, pero no pudo, no pudo por más que se esforzó, y el sargento vió únicamente que un hombre muerto de risa parecía pedirle con ademanes que se parase por favor.

—¿Qué le pasa? — consiguió articular con mucho trabajo el policía.

—¡Jaaa, ja, ja, ja! — fué la única respuesta que obtuvo. — ¡Jaa, ja, ja, ja, ja, ja!

Al sargento se le traslujo una punta del misterio, y ya no hubo manera de moderarse. Rió de lleno, como él sabía reir cuando daba una de sus bromas formidables; rió con toda la boca, dejando salir la más plebeya y retumbante de sus risas, babándose, dando manotones en el aire y apoyándose de lado contra la verja, mientras Federico se retorcía como una tira de papel en una llama.

Empezó á temblarles y á dolerles el vientre, sobre todo al sargento, que era barrigón, y oprimiéndolo con las manos se fueron agachando, hasta quedar en cuclillas, á punto de irse de espaldas, saltándoseles las lágrimas, el uno en frente del otro, rojos, ahogados, trémulos de risa, apuntándose á la cara con el dedo.

La gente abría puertas y ventanas y salía á la calle. Las mujeres miraban de lejos y los hombres iban á ver.

—¿Qué pasa?—se preguntaban intrigados, sin dejar de reirse un poco; y el no poder explicarlo ninguno, era demasiado curioso para que no se fuesen riendo discretamente, en grupos de á dos y de á tres, comunicando con sus caras alegres la hilaridad á las señoras que les aguardaban en la puerta.

Acudió don Jorge, y se puso á tirar de uno de los brazos á Federico, para llevárselo, para llevarse á Federico; pero la risa le hacía cosquillas en los sobacos, y la mano se le soltaba.

—¡Vam... vamos... hij... hijo!

—¡Dej... dej. . jaaj... jaj...j... j...!

Doña Justa é Isabel llegaron detrás en su ayuda, y lo entraron á tirones. No sé cómo lo entraron, y ellos tampoco. Cada paso era una etapa memorable, y se iban los unos encima de los otros, tirando de Federico y volviéndolo á soltar. Isabel, que lo empujaba por la espalda, se iba de narices. La servidumbre huía respetuosamente.

De lo de don Facundo habían salido todos, pero se fueron al ver que era negocio de sus vecinos; se fueron con tanta más presura, cuanto que á Eufrasia se le había escapado la risa, y á don Facundo y á doña Blanca, con los carrillos soplados, les reventaba por las comisuras de la boca; se fueron á todo lo que daban, doña Blanca á morder la camisa de un sofá, su hija á revolcarse en una cama, y don Facundo á doblarse sobre el vientre, con las manos juntas entre las rodillas.

Mal repuestos todavía, Isabel apareció sin anunciarse, como en los buenos tiempos, y se encontró de golpe con Eufrasia. Venía á la vez asustada y loca de risa:

—¡Sem... sem... mueren!

—¡Se mueren!—exclamó Eufrasia sin entenderlo.



—¡Derr... derr... risa!—concluyó Isabel

Doña Blanca se presentó por una puerta y don Facundo por otra, como en el teatro, y Eufrasia pudo explicarles que sucedía algo serio en lo de don Jorge.

Isabel seguía articulando sonidos trabajosamente:

—¡Yot... yot... tam... bién!

—¿Pero qué, hija mia, qué?—preguntó alarmada doña Blanca.

—¡Mem... mem... muero!

Sentían cierto espanto de oir tales palabras en medio de una risa semejante, sobre todo cuando la criatura tenía el rostro descompuesto y cárdeno y las ropas desordenadas.

La familia se consultó con la vista; hubo una vacilación, y Eufrasia echó á correr para la casa de al lado. Doña Blanca corrió detrás, al principio sin saber para qué, si para detenerla ó para seguirla, pero antes de haber tenido tiempo de pensarlo, estaban las dos adentro.

Don Facundo se quedaba perplejo; le causaba empacho acudir y le daba vergüenza no hacerlo. Isabel le pedía que fuese. La niña, al ver correr á doña Blanca y á Eufrasia, se había asustado, recibiendo la impresión, ella que de puro alarmista había hablado de muerte, de que en verdad en su casa ocurría algo terrible. La risa se le había cortado, y le gritaba á don Facundo que acudiese.

—¡Ya voy, hija mia! — contestaba él todo confuso, y buscaba el sombrero sin decidirse á encontrarlo.

La tomó en brazos, y corrió él también. La llevó hasta el patio de su casa y la dejó allí.

— Dí que voy á traer al médico— le advirtió agitado—y volvió á salir.

Era una buena idea, y difería su encuentro con los vecinos.

VII

Se acabó la risa

Un rato después, el comisario se presentaba en lo de don Jorge. El sargento había llegado á la comisaría, riéndose hasta por las mangas. Mal que mal le había contado lo sucedido, é iba á ver si era alguna cosa de cuidado. Encontró á don Jorge en el vestíbulo, como era de rigor, acompañado de don Facundo. Los dos estaban bastante cortados, y la presencia del comisario tornó más incómoda la situación. Se miraron consultivamente, y fué lo necesario para que se echasen á reir como papanatas. Don Jorge hizo un movimiento con la mano, don Facundo adelantó la suya, creyendo que se la tendía, y don Jorge, haciéndole gracia la equivocación, se la estrechó cordialmente:

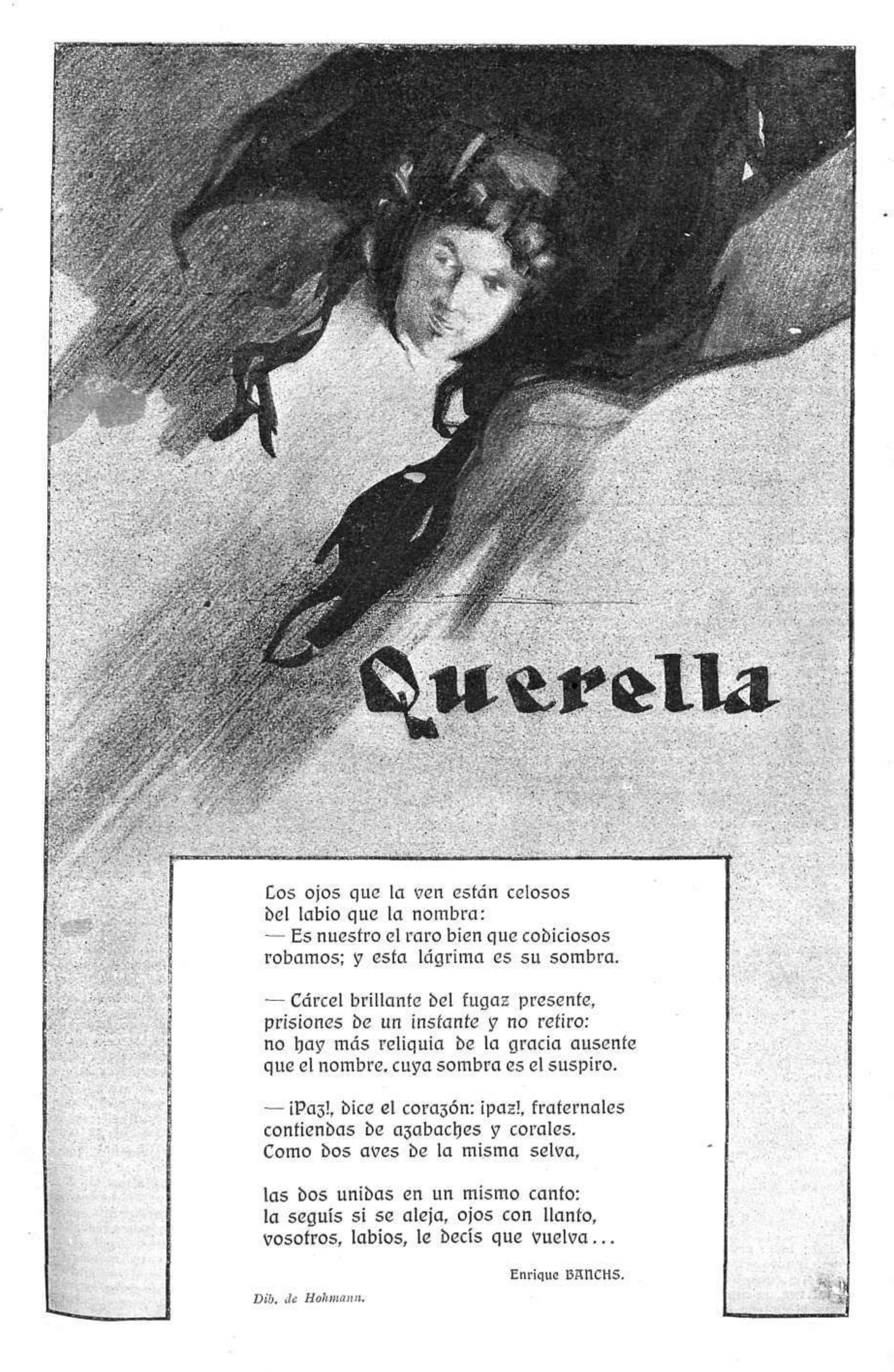
—¿Alm... muerza... con nosotros?

—¡Bu... bueno! — contestó don Facundo entusiasmado.

Al comisario le pareció que estaba de más, y se despidió. Al minuto, Eufrasia vino de adentro, diciendo que á Federico «se le había pasado del todo».

Enrique M. Ruas

Dib. de Cao.



Querella

Los ojos que la ven están celosos
del labio que la nombra:
— Es nuestro el raro bien que codiciosos
robamos; y esta lágrima es su sombra.

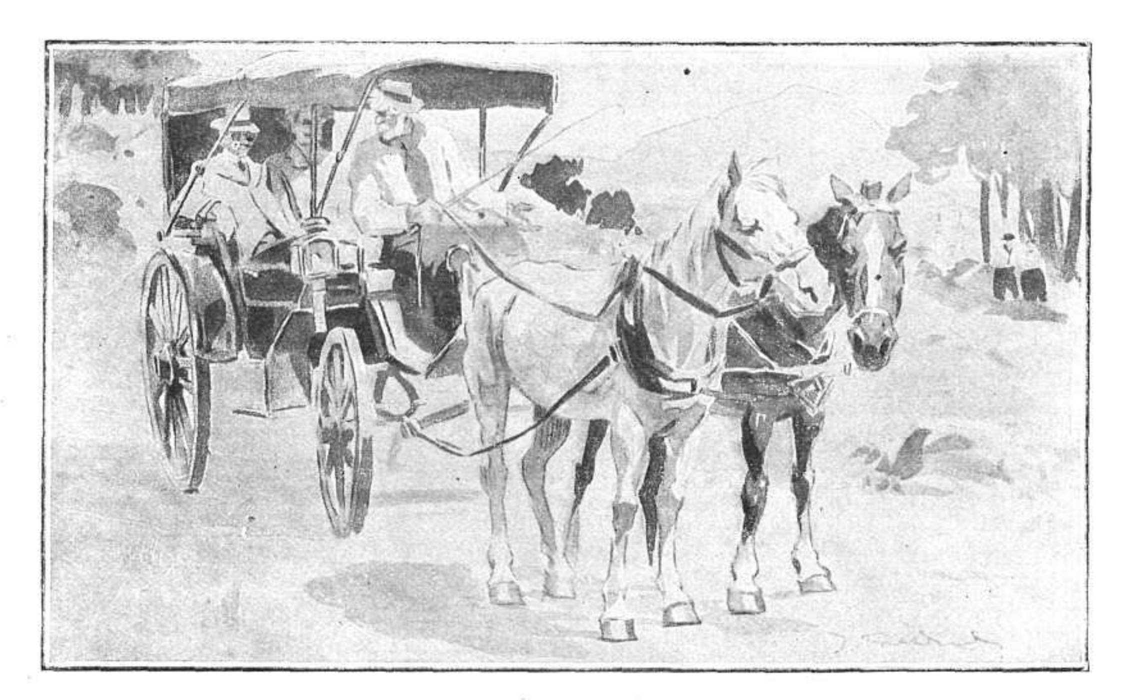
— Cárcel brillante del fugaz presente,
prisiones de un instante y no retiro:
no hay más reliquia de la gracia ausente
que el nombre, cuya sombra es el suspiro.

— ¡Paz!, dice el corazón: ¡paz!, fraternales
contiendas de azabaches y corales.
Como dos aves de la misma selva,

las dos unidas en un mismo canto:
la seguís si se aleja, ojos con llanto,
vosotros, labios, le decís que vuelva...

Enrique BANCHS.

Dib. de Hohmann.



Un crimen científico

Telegrama:

«*Santiago de Chile. — Diciembre 20. — Ha fallecido anoche, en el Convento de San Antonio, el virtuoso padre Fray Benito, bajo cuyo pseudónimo eclesiástico se ocultaba un médico argentino.*»

Conocí á Fray Benito. Pero no le ví nunca mientras usó el hábito. Nuestra amistad era antigua. Anterior á la fuga... Le conocí cuando era médico. Se llamaba Andrés Giles. Era joven. Apenas contaría veintiocho años. Hizo carrera con facilidad. Su fortaleza física era enorme. Parecía un gigante... Una común admiración por Nietzsche, por las enfermedades del cerebro y por la Santa Biblia, nos unió durante muchos años. Fué al poco tiempo de conocerle que me dijo:

—*Tengo que hacer un viaje. Mañana salgo de Buenos Aires.*

—*¿Para Europa?*

—*No. Europa no me atrae. La he visto demasiado en los libros. Además, con la imaginación he vivido demasiado en París. Conozco á Francia mejor que si hubiera nacido en la Rue de la Paix.*

—*¿Entónces?*

—*Me voy al campo. Mis padres y mis hermanas viven allá. Es un pueblo pintoresco y saludable. Se llama Monte-Verde. Es donde yo nací. ¿Quiere venir? Venga... ¿Por qué no me acompaña?*

—*El campo me anonada* — respondí. — *Soy hombre de ciudad. Para poder vivir tranquilo necesito soportar á cada rato las mil molestias de la civilización, desde el teléfono hasta el automóvil y desde la mujer hasta el ajenjo...*

—*No importa. Allá encontrará usted una buena biblioteca. Podrá usted encerrarse con la civilización de muchos siglos. Además, hay árboles que son buenos amigos. Hay sierras de donde soplan vientos oxigenados. Los vinos, claros como el agua, embriagan de amor y dinamita. Resuélvase. Venga... El clima es salutífero. Por otra parte, mis cuatro hermanas tocan el piano, cantan y bailan. Son jóvenes. Harán de su parte todo lo posible para que usted pase un mes sin pensar mucho...*

Este bello croquis me decidió á aceptar la invitación. Ignoro si me sedujo el detalle de los árboles. No sé si me encantó la existencia de esas brisas serranas ó, tal vez, la esperanza de hallar en Monte-Verde, alguna biblioteca exótica y prohibida. Quizás el vino... Sin embargo, estoy seguro de que las cuatro hermanitas de mi amigo — jóvenes y alegres — comenzaron á bailar en la parte interior de mis pupilas y en las aurículas de mi corazón.

—*Bueno. Me decido. Lo acompaño.*

El ferrocarril nos condujo á la estación Cardales. Allí nos aguardaba un coche viejo que, en cinco horas, debía llevarnos al pueblo de mi amigo. Nos pusimos en marcha.

A cada barquinazo oíase un quejido. ¿Quién se quejaba? ¿El coche ó yo?... No sé... El auriga, era un criollo de cabellos blancos. Un tipo vigoroso. Rebosaba salud. Sus anchas espaldas y sus brazos fornidos le daban el aspecto de un teutón. Había nacido en Monte-Verde. Era un antiguo criado. Los padres del doctor Giles, teníanle á su servicio desde tiempo remoto.

—*Parece que los hombres son en Monte-Verde sólidos como Atila* — dije — aludiendo á la exhuberante salud del cochero.

—*Ya lo creo* — replicó el doctor Giles. — *Y esto no es nada, comparándolo con otros habitantes. El aire de las sierras es tan puro, tan primaveral, tan limpio, que la escasas defunciones que ocurren, débense á la vejez. No hay enfermos... La única botica del pueblo, tuvo que transformarse en una fonda. No hay médicos... Cuando obtuve mi título, quise instalarme aquí.*

—*¡Imposible!* — me dijeron.

—*En Monte-Verde la gente bebe su vida tranquilamente. Sin médicos. Se alimenta de pan, de aire, de sol y de vino... En tan higiénico sistema radica la rolliza y musculosa felicidad que verá usted triunfar en la cara de todos los vecinos.*

Aún no llegábamos...

El carruaje, arrastrado briosamente por dos caballos tan sólidos como el cochero, seguía, por el camino Real, atravesando montes y cuchillas. Eran las 8 de la mañana. El sol — hermoso desayuno de los pobres — iluminaba la campiña. Una brisa muy suave, seca, con fragancia de perejil, de rosas y de vacas, henchía nuestros pulmones de placeres zoológicos. Nos refrescaba la epidermis. Nos lavaba la cara... Aunque mi cuerpo y el coche proseguían quejándose, no por eso mis ojos dejaban de admirar el paisaje. Los árboles, los montes, los pájaros, las nubes — todo, —lo de arriba y lo de abajo — lo vulgar y lo extraño —todo me llamaba la atención. Sin embargo, la escena

no me daba una emoción inédita. Yo creia haber visto aquel campo otra vez. ¿En algún cuadro? El campo es igual siempre para quien no sabe comprenderlo. Lo confieso... Entre ser potro pampeano y transeunte de la calle Florida, prefiero ser lo último... Entre un bosque al natural y un bosque al óleo, yo me quedo con el bosque al óleo. Así estoy seguro de no encontrar mosquitos. ¡Mosquitos! ¡Esas fieras salvajes que malogran todo paseo campestre, como los críticos agrían toda bella lectura!...

Hallamos al paso un matrimonio de labriegos. Iban con tres niños. Nos saludaron cariñosamente. Era una plebe bien alimentada. Gorda. Rolliza. Feliz...

— *¡Qué hermosa salud tiene esa gente* — exclamé — obsesionado por aquellas caras rosadas y sanguíneas.

— *En efecto* — respondió mi amigo. — *Es el aire de las sierras. ¡Una especialidad de esta región! ¡No hay quien se enferme con un aire tan puro!*

— *Es magnífico.*

El cochero, satisfecho, hidrópico de orgullo, contento de oirme elogiar ese rincón de mundo que él tanto adoraba, repuso:

— *¡Ya verá usted, señor, cuántas otras cosas bonitas hay en Monte-Verde. Los chicos son lindos. Los hombres son fuertes. Pero las mujeres son como los hombres y como los chicos. Verá usted ¡qué mujeres! ¡Qué robustas! ¡Qué hermosas! No existen iguales en ninguna otra parte de la tierra...*

— *Oh, Cirilo. Cállate* — exclamó el doctor Giles. — *No hables en tal forma á mi amigo. Tu entusiasmo nacionalista por nuestras mujeres, le hará suponer que estás enamorado. Y, yo creo que á tu edad... ¿Ya tienes sesenta años, Cirilo, me parece?...*

— *Alto, niño... Soy más viejo. Tengo setenta y dos, cumplidos. Pero aquí en Monte-Verde valen por dieciocho ... La edad en mi pueblo carece de importancia. Para enamorarse de las mujeres criollas no existe la vejez. Hasta los bueyes se enamoran.*

— *Según parece* — argüí — *Monte-Verde es un rincón del paraíso.*

— *Ya lo creo, señor. Verá usted qué mujeres. Sin ir más lejos, las cuatro hermanitas del doctor son divinas.*

— *Alto, Cirilo* — interrumpió el doctor. — *Mira que estoy presente.*

— *¡Por eso mismo, pues!... Hay que ser franco cuando se trata de elogiar las cosas que hizo Dios...*

El carruaje no cesaba de andar. Las «cuatro hermanas» — evocadas por el auriga — tornaron á aparecer detrás de mis pupilas, bailando, alegres y celestiales, sobre mi corazón.

Llegamos. La población de Monte-Verde era pequeña. Hallábase ubicada al pie de la sierra más alta del contorno. El plano de la villa era idéntico al de todos los pueblos chicos y silvestres. En el centro, una plaza. En frente, la iglesia. En la esquina, el café. A su lado, el Club. Después la ex botica, convertida en fonda. Más allá la policía y la municipalidad. Una tienda. Varias quintas... A las dos cuadras de la plaza, estaba la posesión del doctor Giles. Allí me recibieron, muy amablemente, los padres y las hermanas de mi amigo. Me instalé. Y...

Renuncio á describir mis inocentes aventuras. No interesan á la narración. Sólo permitaseme declarar que el cochero no me habia mentido. Si los chicos y los hombres del pueblo eran bellos, sanos y robustos, las mujeres eran más robustas, más sanas y más bellas aún...

— *Monte-Verde* — me dijo el cura párroco — *es un pueblo elegido por el Señor para vender salud.*

Transcurrieron dos meses. El doctor Giles preparaba sus valijas.

— *¿Para Buenos Aires?* — inquirí.

— *Sí.*

— *¿Por mucho tiempo?*

— *No. Pienso volver pronto. Llevo un proyecto.*



— *Entonces, yo también me voy.*

— *No, amigo. Quédese. Espéreme á que regrese. Usted podrá ayudarme.*

— *¿Ayudarlo?*

— *Sí. Vea usted: Monte-Verde es un pueblo muy pobre. La propiedad no vale nada. Si el aire de las sierras no fuera tan alimenticio y las legumbres, la leche y la carne, no se encontraran aquí gratuitamente, las gentes morirían, como perros, de hambre... Es una lástima que poseyendo tan buenas condiciones para enriquecerse, este pueblo siga siendo pobre como hace 40 años... He encontrado la manera de enriquecerlo. Y ese es mi proyecto...*

— *¿En qué consiste?*

— *Consiste en fundar en Monte-Verde un sanatorio. ¡Un magno sanatorio!... Con el oxígeno de las sierras; con el sol tibio; con el aire seco y con la vegetación sabrosa y abundante que tenemos aquí, puede proporcionarse la salud á mucha gente rica de la capital, que se muere por exceso de drogas, de específicos, de médicos... Para los tuberculosos, para los tísicos, el clima de Monte-Verde no puede ser mejor. Y ya sabe usted que en Buenos Aires el terrible «bacilus» de Kock, contribuye á la necrología con un 40 % ó tal vez más, de víctimas. ¿Qué le parece mi proyecto?*

— *Muy práctico y muy noble. Es usted un filántropo...*

— *Gracias. Me voy á Buenos Aires. Entre mis colegas haré una gran reclame de mi pueblo. Publicaré en los diarios y revistas, avisos ilustrados con fotografías de las sierras, del monte, del hotel, de los árboles, del cielo...*

¡En fin! Será una novedad. La aristocracia hará de Monte-Verde un Monte-Carlo... Los enfermos vendrán con esa misma fe social y de buen tono con que van á Lourdes y á Vichy... El comercio prosperará y todos ganaremos...

Pasó el tiempo. El doctor Giles realizó sus ensueños. Comenzaron á llegar los pacientes. En su mayoría eran ricos y de nombres ilustres. El ruido que esa aristocracia produjo con su excursión á Monte-Verde, retumbó en la república como una cabalgata de Luis XV. Atraídos por la emulación, los enfermos llenaban los coches y los ferrocarriles. Los grandes hoteles que con suma rapidez se instalaron, parecían pequeños. No daban abasto. El sanatorio que hiciera construir el doctor Giles, hallábase completo. Hasta en los desvanes había tísicos. La empresa ferroviaria prolongó sus líneas hasta Monte-Verde. Se fundaron cuatro sanatorios. Instaláronse catorce farmacias. Descubriéronse sitios célebres para los pic-nics. Piedras para los monogramas... Los propietarios y comerciantes que antes se quejaban de escasez de dinero, tenían ahora sus cajones llenos.

— *Este doctor Giles es un hombre de talento. A él le debemos nuestra fortuna y el progreso de Monte-Verde.*

Tales fueron las palabras con que se aplaudió la obra humanitaria del doctor Giles. En verdad, las merecía... A la plaza local le dieron su nombre y en el centro levantaron su estatua. Tan grande fué la transformación progresista de Monte-Verde, que pronto se hizo necesario ensanchar el cementerio...

— *Es lógico que se mueran los enfermos graves* — decía el doctor Giles.— *Al fin y al cabo se mueren aquellos que al venir no tienen cura porque llegan agónicos.*

El pueblo ofrecía un aspecto extraordinario. Bajo los árboles, por los caminos, en las barrancas, en todas partes veíanse lentas caravanas de tísicos. Buscaban oxígeno. Abrían la boca. Aspiraban. Suspiraban... Eran jóvenes y viejos. Hombres y mujeres. Muchos niños. Y todos escuálidos. Enclenques. Como fantasmas. Flacos. Con la piel en los huesos. Formaban un contraste caprichoso con los robustos pobladores nativos que eran altos, vigorosos, fuertes, bellos... El domingo, por la mañana, los alrededores de la iglesia presentaban una fisonomía original. Todos los tísicos, ricos y pobres, iban á la misa de «diez». Las muchachas, pálidas y afiebradas. Algunas eran tan delgaditas que no podían casi ni caminar. Los padres ó las sirvientas las llevaban del brazo. Tosían á cada rato. Tosían y tosían cavernosamente. Al toser, se enjugaban con el pañuelo la eterna gotita de sangre. También había viejos y viejas tísicas. ¡Qué caras! Los pómulos salientes, en cuya piel ardían, como fuego, las dos manchas rojas y trágicas que con el aviso innegable de la próxima muerte. Y las manos húmedas — húmedas de un sudor viscoso. — Sudor frío... Y las frentes, con esa fiebre continua, de 39 grados... ¡Espantosa fiebre que, de tardecita, al anochecer, subía á 40 grados y ocasionaba chuchos, escalofríos y temblores!... El espectáculo de los niños tísicos era más horrible todavía. Los pobrecitos iban á la iglesia con sus madres, que los llevaban bien junto al corazón. Tenían ojos tristes y hondos. De esos ojos que miran hacia adentro... Las piernitas y los brazos flacos. Daba miedo abrazarlos. Los huesitos crujían. Y cuando la tos los atacaba, se ponían rojos y lloraban:

— *Mamá, me duele aquí... No puedo toser...*

— *No llores, nene... No es nada. ¡Pícara tos! Ya se fué...*

Y la madre, sin que el nene la viera, se enjugaba una lágrima. ¡Esa lágrima traicionera que siempre delata el



horrible dolor, el bárbaro sufrimiento, la estupenda agonía, la salvaje hecatombe que deben sentir las madres en el alma cuando ven que las piernitas del hijo se hacen tan livianas, tan tiernas, tan de plumas que el cuerpo parece difundirse en el aire; disolverse; espiritualizarse; volar; irse para siempre de la vida, muriendo poco á poco! Muriendo hasta morir... Era macabro el contraste de tanto moribundo junto á los rollizos habitantes de ese pueblo destinado por Dios — como el cura decía — «para vender salud»...

Monte-Verde vendió tanta salud; derrochó tanto oxígeno y fué tan pródigo de su temperatura y de sus sierras, que pronto se olvidó de sí mismo... Cuando moría alguno de los ricos «veraneantes», sus baúles, repletos de trajes, se distribuían entre los menesterosos. No era raro encontrar en la iglesia ó en los bailes de estancia á la hija de algún lechero — linda pero pobre — con un elegante traje de seda liberty y con blondas de Francia. O á un peón de pulpería con un jaquet flamante, pañuelos de seda, botines de charol, camisa y cuello de hilo... A menudo pude ver en ranchitos de adobe, camas lujosas de maderas finas; sábanas vainilladas; roperos de espejo; vajillas de cristal... Cuando los ricos se morían, los deudos regalaban el ajuar de los muertos. No querían contemplar más aquello que, en su aspecto, conservaba vestigios del que ya era cadáver...

— *Al doctor Pérez, ese forastero que tiene automóvil, se le está muriendo la mujer* — alguien decía.

La noticia volaba entre los campesinos. La gente pobre paseábase en torno de la casa, á la espera de

que la desdichada tísica muriera. Eran los cuervos.

— *¿No ha muerto aún?* — inquiría una vieja.

— *Todavía no* — le replicaba otra comadre.

— *Hace tres días que espero. ¡Vivo tan lejos! Ojalá se muera esta noche. Mis chicos necesitan cobijas.*

Al fin, la dama se moría. Entonces, era de ver la turba de hombres y mujeres que se arrojaban sobre las piltrafas lujosas de la extinta; hoceando como cerdos en todos los baúles; revolviendo esos escombros de la muerte como perros que sacian su apetito en la resaca que el mar tira sobre las costas después de los naufragios.

— *A mí* — decía una campesina — *me dieron un traje de terciopelo. Es riquísimo...*

— *Yo* — agregaba otra — *pedí las enaguas y las camisas. Me las dieron... ¡Qué contentas se pondrán mis hijas!... Tienen que ir á un baile. ¡Es ropa fina! Aún conserva el perfume de la finadita. ¡Dios la tenga en su gloria!*

El pueblo de Monte-Verde comenzó á preocuparse. Moría mucha gente. Era una racha que no sólo volteaba forasteros. Ahora se moría hasta la misma gente del pueblo... Una sola palabra que, como un rayo circuló entre los antiguos moradores nativos, me evitará el trabajo de las explicaciones:

— *¡El contagio!*

— *¡El contagio de la tuberculosis!*

Cuando los campesinos se dieron cuenta de que el flagelo corría de casa en casa, ya era tarde. La gente, antes robusta y de buena salud, comenzó á enflaquecer. La raza de los titanes sintió en la sangre la bárbara crueldad de la polilla. Primero cayeron los niños. Luego las mujeres. Más tarde los hombres... El cochero del doctor Giles — aquel viejo vigoroso y atlético que me condujera á mi llegada — murió tísico. Escuálido. Era como una momia... Y los padres de mi amigo murieron también. Y el boticario y el pulpero y el comisario! Los microbios andaban en el ambiente. A nadie respetaban. Eran tantos, que el aire de las sierras ya no podía extirparlos... En las confiterías, en los hoteles, en los almacenes, en todas partes, las copas, las tazas, las cucharas, las servilletas, las toallas, todo se infeccionó. Todo contagiaba la muerte... Las cuatro hermanas del doctor Giles comenzaron á enflaquecer. A toser. A sentir fiebre.

— *Yo tengo la culpa* — exclamaba mi amigo. — *Soy el único culpable de este crimen. Quise hacer una obra de caridad científica. Mi filantropía fué un asesinato. Envenené el aire de Monte-Verde. Maté cobardemente á mi familia...*

Se ensanchó el cementerio. En la iglesia ya no era posible establecer el antiguo contraste de los nativos plenos de vida con los forasteros, que llevaban á cuestas el fardo de la muerte... Toda la población tosía. Tosía sangre... Hasta el cura párroco — un italiano gordo — estaba afónico. Flaco. Tuberculoso... Mientras tanto, como en Buenos Aires el progreso de la ciudad hacía centuplicar el número de tísicos, los médicos, queriendo desprenderse de tanto enfermo inútil y para quitarse de encima esos próximos muertos, recetaban aire:

— *No es nada. Es solamente un catarro pulmonar* — decían. — *Se cura fácilmente. Vayan á Monte-Verde. Es el único punto donde podrán curarse. El aire de las sierras es el mejor remedio.*

En balde el doctor Giles quería disuadir á los médicos. Escribía cartas á sus amigos, á los hospitales, á los diarios:

— «*¡Que no vengan más enfermos!... Aquí se mueren. El aire de Monte-Verde intoxica á cualquiera. No cura. ¡Mata!...Por favor, no manden enfermos! Ya no caben los muertos...*»

Sin embargo, los pacientes — ricos y pobres — seguían llegando. Venían en tropel. Alegres. Arrastrados por la esperanza. Sedientos de curarse. Avidos de no morir.

— *El aire de la sierra me curará la tos...*

Y se morían. En cambio, los del pueblo trataban de escapar. Huían lejos... Hasta yo—sobrecogido de espanto — me escapé... Al poco tiempo supe que las cuatro hermanas del doctor Giles habían muerto. El, entonces, al quedarse tan solo, huyó desesperado. Se fué á Chile. Encerróse en el Convento de San Antonio. Vistió el hábito. Allí ha muerto...

A pesar de todo, Monte-Verde sigue atrayendo enfermos. De sus primitivos habitantes ya no queda ninguno. El aire de las sierras cada vez está más lleno de microbios. Pero, en la capital nadie lo cree. La fama de los próceres como la de los pueblos es así: una vez hecha, nadie la destruye. Los médicos saben que en Monte-Verde ya nadie se cura. ¿Pero quién tiene un corazón tan salvaje que destroce la última esperanza de los tísicos? Por eso, Monte-Verde sigue siendo «el pueblo que vende salud». Ha progresado mucho. Figuraos que se ha ensanchado otra vez el cementerio...

Juan José SOIZA REILLY.

Dib. de Friedrich.





A los veinte años, Buschini había leído todas las novelas policiales. A los treinta, ya era incapaz de pensar por sí mismo.

Su fuerte era la inducción, es decir, era el fuerte de sus héroes. Cuando le contaban algo, mentalmente reconstruía la historia de otro modo, pues el vulgo, según él, olvidaba siempre el sentido recóndito, el sentido policial de los acontecimientos.

Largo de narices, piriforme de cabeza, mezquino de ojos y fabuloso de citas, se había conquistado toda una reputación de hombre sagaz, la que alguna vez hubo de elevarle á las alturas del Departamento; pero su modestia, mejor dicho, la envidia suscitada por cierta pesquisa, constantemente lo impidieron.

Un día, cuando era candidato, penetró en su escritorio de comisionista, una elegante y conmovida señora.

—¡Qué pensará usted!—exclamó sollozando.—¡Una señora en estos escritorios! Pero ¿qué hacer, si la policía no sirve para nada?... Me han dicho que usted todo lo sabe, que usted todo lo descubre; y como lo que me pasa es terrible, tiene que ayudarme, cueste lo que cueste.

Al decir esto, la señora colocó sobre la mesa un fajo de billetes de banco, ante los cuales Buschini se inclinó, pensando evidentemente que aquello estaba en las prácticas novelescas.

—Vea, señor—prosiguió la dama con voz doliente—mi marido es médico, es rico, es un hombre distinguido, me quiere mucho; pero tiene un defecto, dos, más bien: colecciona armas y es amigo íntimo del antipático coronel Montabón, también coleccionista. Hace como dos meses, á mi marido le robaron una pistola rarísima, una pieza de museo. Desde entonces está como loco. La otra noche...

Quien sabe cómo seguiría esta historia. El espíritu inductivo de Buschini, vigorosamente excitado con tales premisas, la continuó así:

«La otra noche, después de comer, el coronel se quedó un momento á solas con la señora del doctor Abenty.

«— Rosa—le dijo con acento alterado—usted sabe que por resolución de Abenty, la pistola será mía después de su muerte. Por favor, Rosa, dígnese decirme que si llegara para él esa hora suprema, usted compartirá conmigo la propiedad de la reliquia.

«Al principio, la dama no entendió que el coronel, aunque en términos de coleccionista, se le estaba declarando; pero cuando así lo comprendió, púsose de pie, roja de vergüenza. Un vibrante apóstrofe iba á salir de su linda boca, cuando entró el doctor, y el coronel, pretextando la hora del tren, pues vivía en el campo, se despidió rápidamente.

«Horas más tarde, cerca del amanecer, la señora, nerviosa, aun no lograba conciliar el sueño. En el vecino consultorio, su esposo cerraba con estrépito un libro que no leía, preocupado siempre con el robo de la pistola. Extinguió luego la luz, y en ese instante la ventana de la calle se abrió de un empujón oyéndose un ruido seco, un chasquido, pero no en la dirección de la ventana, sino en la de la mesa. Sorprendido, el doctor encendió de nuevo. La señora ya estaba junto á él, ambos muy asustados. De fuera parecía llegar un rumor de pisadas que huían. Dentro, todo en orden. Pero al girar la vista, notaron que el gran paquete de algodón, sobre la mesa, al lado mismo de donde el doctor estuviera leyendo, presentaba un agujero negruzco. Otro igual en la cara opuesta. Un libro inmediato, también estaba perforado, y hacia el fondo de las páginas, con indecible sorpresa, vieron un objeto duro, pesado, reluciente: una bala, una bala de la pistola desaparecida.»

— Hela aquí — prosiguió la señora, arrancando de su ensueño á Buschini.

El comisionista examinó prolijamente el proyectil. Lo dió mil vueltas entre sus dedos nudosos, y por último, sonrió de manera enigmática. La señora continuaba detallando, ponderando la desesperación de ambos ante el nuevo acto criminal después del robo; pero Buschini no oía su voz melodiosa, y arrastrado por la descortés imaginación, se veía á sí mismo, en pleno Londres, asido al invisible hilo de una pesquisa irreal, triunfando, á fuerza de genio, sobre los detectives más agudos del universo.

—Señora, no hay tiempo que perder—exclamó bruscamente—y anotando algunos datos, se despidió, cerró el escritorio, y casi corriendo, salió á la calle.

Dos horas después tomaba el tren, y en cuanto descendía en el pueblo de X, presentábase en casa del coronel Montabón.

— Timoteo Buschini, señor, de la casa Buschini, de Buenos Aires, comisionista, para servirlo. Un cliente de Mendoza me ha encargado una colección de armas históricas, y atraído por la fama de la suya, he venido á verla, si usted me lo permite.

— Con mucho gusto, señor.

Grandemente chocaron á Buschini la amabilidad y llaneza del coronel, pero «se tranquilizó» pensando que el disimulo es la primera virtud de un bribón. Ya en guardia por este lado, admiró sin ambajes la magnificencia, la real maravilla de aquellos salones. Había allí armas de todos los tiempos, antiguas, medioevales, modernas, de la colonia, de la independencia, de las revoluciones; sucediéndose en lujosos armarios rarísimos pertrechos desconocidos para él, y luego tercerolas, escopetas, carabinas, lanzas, espadones, cuan-

to puede soñar la fantasía bélica, desde el minúsculo revólver femenino incrustado de piedras preciosas, hasta el pesado fusil de chispa de los antiguos veteranos. Pero lo más curioso era la galería de pistolas: veíanse allí verdaderas preciosidades. Ante una serie inglesa, modernísima, Buschini permaneció extático.

— ¿Falta una, coronel? — preguntó de pronto, reparando en un sitio vacío.

— No, señor — contestó el aludido, volviéndose rápidamente, pues miraba hacia otro lado.

— Lo digo, porque noto aquí un hueco.

— ¿Un hueco? A ver... En efecto — exclamó el coronel frunciendo el ceño y mirando luego fijamente á Buschini.

— ¿Era quizá un arma importante? — aventuró el comisionista algo molesto, mientras agregaba para sí: «¡Ya te tengo!»

El coronel se pasó la mano por la frente, como vacilando, y de golpe, con voz estentórea, gritó:

— ¡Camila!

Apareció una mujer alta, flaca, con una palidez extrema, que se acentuó hasta hacerse cadavérica, cuando el coronel preguntó imperiosamente:

— ¿La pistola?

— La tiene Ramos.

— ¿Para qué?

— Para limpiarla.

— ¿Desde hace cuatro días?

— Es que...

— ¡Es que debes traerla inmediatamente!

Al cabo de un cuarto de hora en que Buschini procuró en vano disimular su inquietud y distraer la atención del coronel, visiblemente fija en otra parte, volvió Camila. Traía los ojos húmedos de llorar, y le temblaban los labios al decir:

— Aquí está.

Buschini apenas reparó en esto, atraído por el arma, una arma soberbia, una joya, que examinó con detenimiento, tratando de que los otros no lo advirtieran.

— No hay duda—pensó — es la del doctor.

Dominando su impaciencia, permaneció todavía diez minutos, y luego salió.

Ya en el tren, sintió que le tocaban en el hombro.

—¡Hola, coronel! ¿También de viaje?

— Sí... es decir... Señor Buschini — dijo precipitadamente — usted me ha descubierto. Esa mujer...

— Usted la quiere con locura, y por casarse con ella, estaba dispuesto á asesinar al marido.

— ¿Yo?

— Sí, usted. ¿No está usted enamorado frenéticamente de la señora de Abenty?

— ¡Qué disparate!

— ¿Pero el balazo por la ventana no lo disparó usted para matar al doctor?

— ¿El balazo? ¿Qué balazo?... Sépase usted que el doctor Abenty es mi mejor amigo, que profeso el más ciego respeto á su digna esposa y que jamás he pensado atentar contra su vida.

— Pero...

— Usted quiere enloquecerme más de lo que lo estoy, señor Buschini, para agrandar su triunfo. Eso no está bien. Conténtese con haberme descubierto... Un sirviente robó la pistola. Por casualidad la descubrí poco después en un cambalache. Mi primera idea fué devolverla; pero... ya lo ve usted... ¡manías de coleccionista!... Lo malo es que Camila, mi desgraciada hermana histérica, á quien usted ha visto hoy, en uno de sus accesos de enferma, extrajo una bala del armero, la vació, metió una carta en el lugar de la pólvora, é hizo que Ramos, tarde de la noche, la arrojara por la ventana del consultorio. Me lo acaba de confesar, y de agregarme que usted tiene esa bala, que lo ha visto probarla disimuladamente en el caño de la pistola. ¿Es cierto?

Sin saber lo que le pasaba, Buschini sacó del bolsillo el proyectil. Montabón lo torció ligeramente, desprendió la cápsula, y del interior sacó un papelito doblado, en el que ambos leyeron:

«Doctor: La pistola robada está en casa. Mi hermano sabrá por qué no la devuelve. — Camila Montabón.»

Los dos hombres se miraron. Por último, el coronel dijo:

— Señor Buschini, usted es un caballero, y no dirá una palabra de este papel (al mismo tiempo que lo rompía), así como yo no le pregunto quien le encargó la pesquisa, aunque lo supongo. Bástele saber que aquí llevo la pistola para devolverla á su dueño. En cuanto á la bala, demasiado sabe usted que con ésta no se puede matar á nadie.

***

Al siguiente día, detrás del inconsolable comisionista, penetró al escritorio la señora de Abenty.

— Apareció la pistola. No se moleste más en buscarla — exclamó alegremente. — Todo era una broma de ese antipático coronel, quien para desesperar más á mi pobre marido, le arrojó una bala vacía por la ventana.

Agobiado por el peso de su desventura, Buschini bajó la cabeza. El paquete de algodón, el libro imaginariamente perforado, todas las circunstancias ridículas de que había revestido aquella aventura trivial, oprimían dolorosamente su conciencia. De pronto, recordó la carta de la histérica, y seguro de que aquello, al menos, era un hecho, un hecho misterioso y dramático, desconocido para la señora, se irguió triunfante:

— ¡Pobre mujer! Es como todos los profanos... Ignora el sentido recóndito, el sentido policial de los acontecimientos.

CARLOS CORREA LUNA.

Dib. de Hohmann.

Comudas y frontinos

Suceso tradicional

Caso de escribir para CARAS Y CARETAS un cuento, iréme por lo antiguo, que me sabe á lo menos á vino añejo, y no por lo moderno, que no me sabe á nada. La *hermenéutica* del día no está del todo á mis alcances, y como nunca fuí intelectual, me atraganto y no digiero los decires modernos.

Conque así, iremos al cuento que es viejo y tradicional en ciertos parajes trasandinos, que no me urge mucho el acordarme del cómo se llamaban y se llaman.

Corría el año de 1700 y pico. Es un decir, porque entonces *no* corría nada y menos los años que transcurrían lenta, pesadamente, como que ni aun se sospechaba el vapor, ni se vislumbraban los prodigios eléctricos, ni se tenía la menor idea de las hediondas cocinas económicas llamadas automóviles, expresión genuina de la ostentosa burguesía reinante.

A derecha é izquierda de un arroyo transparente, cristalino, bullicioso, deslizándose sobre guijarros multicolores y orillado por frescos berros, florecillas silvestres y hierbas meneadas por blando cefirillo, se extendían en la suave pendiente de sendas



lomas, dos caseríos, convertidos en aldehuelas y luego en pueblos, con su respectiva iglesia, su escuela y su cárcel cada uno y sus torrecillas agudas que se miraban de hito en hito, sin acertar nunca á decirse ni una sola palabra.

Nada los unía y sólo los separaba el arroyuelo, corriendo por el fondo de la quebrada. Nadie había descubierto el medio de hacer vivir en paz y armonía á esos vecinos fronterizos. Verdad es que todavía no habían inventado los franceses la palabra fraternidad para llevar á centenares de hermanos á la guillotina.

No había fiesta en San Antonio de Enfrente, sin que acabara en paliza de los de San Juan de la Loma y á la recíproca. Mozos y mozas de uno y otro se miraban y comían con los ojos; pero seguían camino arriba con la cabeza gacha, los labios mudos, sin comunicarse ni por señas su atrevido pensamiento. ¿Los alcaldes? ¡No se diga!... se miraban con horror, enseñándose los dientes como los perros en grescas. El amor á la tierra resultaba más grande, cuanto mayor fuese el odio á la ajena. En eso sobresalían las viejas, las comadres, las suegras que volvían siempre del arroyo con algunos mechones menos y algunos arañazos renovados en el irse á diario á las greñas y tirarse á la cabeza los cántaros, quedándose unas y otras chorreando como unas sopas.

Y vean ustedes lo que eran los tiempos. Con todo su odio y su inquina se unían de vez en cuando para atacar á un tercero ó defender de éste el terruño propio; pero siempre peleaban aunque unidos *separadisimamente* y alentando sus enconos con insultos, cuchufletas, dicharachos, para luego celebrar el triunfo ó lamentar la rota cada cual en

su pueblo, en su casa y con su cada cual sin promiscuar nunca.

No parece sino que los Etiocles y los Polinices hubiesen existido aun antes de la creación del hombre. Lo digo, porque en el Empíreo y nadando todavía el mundo en el caos, hubo, según los textos, una tremolina entre ángeles hermanos y se creó el Infierno para Luzbel convertido en Lucifer.

Así las cosas, sucedió que para mayor prosperidad del odio entre aquellos pueblos y para que fuese indudable esto que un siglo después dijo Bretón de los Herreros:

«En todo humano litigio,
No hay remedio,
A no obrar Dios un prodigio,
Habrá faldas de por medio»,

una muchacha *lomuda* (así se nombran las de San Juan de las Lomas) bonita, si las hay, modosa y seductora por todas sus circunstancias y circunferencias, y un mozo *frontino*, como todos los de San Antonio de Enfrente, un mozo guapote y de buenas prendas personales, se miraron, se entendieron y se quisieron como Julieta y Romeo, pese á Güelfos y Gibelinos, y antes que el lío trascendiese, emprendieron, auxiliados por una noche obscura y silenciosa, el gran vuelo pedestre hacia regiones totalmente ignotas.

¡Horror!... Los padres evitaron la de *pópolo bárbaro*, maldiciendo públicamente á los hijos y desheredándolos de sus hijuelas.

Pero, «víspera de mucho, día de nada», dice un refrán de los más vulgarcitos. La ocasión para que tanta pólvora acumulada, se fuese toda en salvas, la proporcionó.—¡quién lo creyera!—nada menos que el Santísimo Sacramento del Altar, en la celebración del *Corpus Cristi*.

Recorría la doble procesión los dos pueblos el mismo día y á la misma hora y... no sé cómo fué, ni qué pasó; pero invadiéndose por una y otra parte entre sí los *antoninos* y los *juanetes*, la emprendieron primero á farolazos, y luego á garrotazo limpio, quedando los escenarios con más despojos, desolación y ruinas que aquellas que vió Fabio en Itálica famosa.

Lo extraordinario del caso fué que las dos custodias sacras, se trocaron en el entrevero y fueron á parar á sendos opuestos sagrarios.

Subió la querella hasta el Obispo de la diócesis y hasta el Gobernador Intendente, los cuales, celebrado un acuerdo, marcharon juntos con aparato de familiares y arcabuceros, para reunir en amplio comicio romano á las dos potencias beligerantes, restablecer con toda ceremonia las custodias á sus propios tabernáculos, obligando, otrosí, á los vecinos malavenidos, á reconciliarse de prisa, so pena de cien azotes y, en fin, á abrazarse cristianamente para recibir la bendición episcopal.

A mayor abundamiento, perdonaron *ante omnia* á los amantes fugitivos y se obligaron á casar, según lo manda la Santa Iglesia Romana, á tres lomuditas garridas con tres frontinos fuertes como Milones de Crotona.

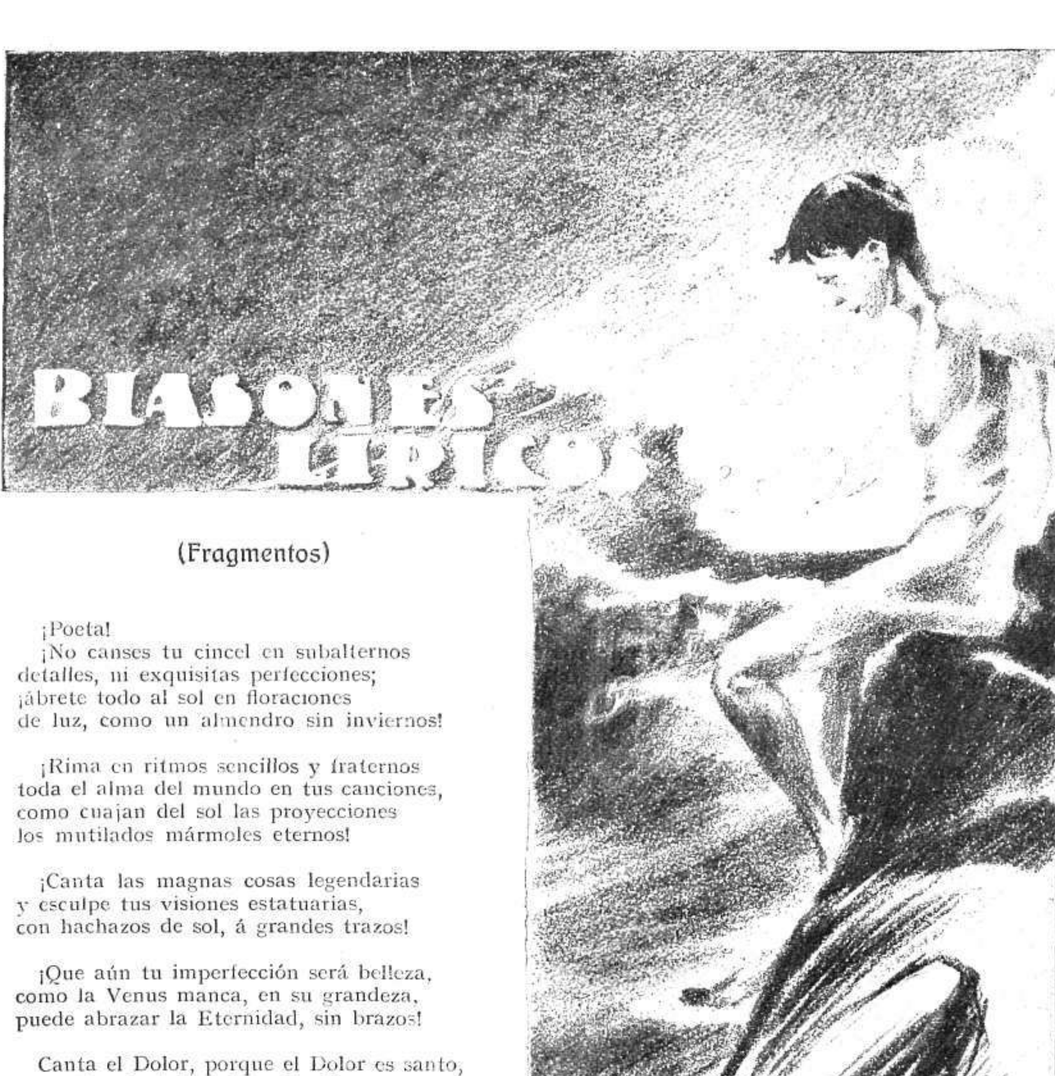
Fecho, sellóse la armonía y la reconciliación con una comida caporal con algo de olla, algo de sartén y de parrilla y muchísimo de chicha, vino y aguardiente; todo seguido de la gran corrida de toros enjalmados y bailes, mogigangas y gigantones.

Milagros visibles del Santísimo Sacramento del Altar.

BROCHA GORDA.



Dib. de Peláez.



BLASONES LÍRICOS

(Fragmentos)

¡Poeta!
¡No canses tu cincel en subalternos
detalles, ni exquisitas perfecciones;
¡ábrete todo al sol en floraciones
de luz, como un almendro sin inviernos!

¡Rima en ritmos sencillos y fraternos
toda el alma del mundo en tus canciones,
como cuajan del sol las proyecciones
los mutilados mármoles eternos!

¡Canta las magnas cosas legendarias
y esculpe tus visiones estatuarias,
con hachazos de sol, á grandes trazos!

¡Que aún tu imperfección será belleza,
como la Venus manca, en su grandeza,
puede abrazar la Eternidad, sin brazos!

Canta el Dolor, porque el Dolor es santo,
y son las cicatrices de su herida
cruces de la Orden de la Gloria; el llanto
es el cristal de aumento de la Vida!

Busca el Dolor porque él fecunda el canto,
porque el llanto es sudor del alma ungida,
hecho luz; porque al Numen da el quebranto
un suave olor á santidad florida!

Las lágrimas irisan las visiones,
son lluvia de astros en los corazones,
porque el lirismo de más hondos rastros,

es el dolor divino de las almas,
como la luz en las nocturnas calmas,
es el dolor divino de los astros!

¡Canta el Silencio; en él vibra más clara
la harmonía interior; en su profundo
seno, es que el alma cósmica se ampara,
y se hace Eternidad cada segundo!

Ama al Silencio, porque es como el ara
del Arcano, y es grande y es fecundo,
cuando es el alma un arca que llevara
aliento y voz para llenar el mundo!

¡Bello es sentirse solo entre su abismo,
y hallarse en soledad, más uno mismo,
porque el Silencio ilustra todo empeño;

es la meditación de Dios; cordaje
de la Vida interior, y es el lenguaje
en que se hablan las cosas en el sueño!

¡Canta la Soledad que, si eres fuerte,
en su seno tu Numen se acrisola,
porque al llenarse de misterio inerte,
como arpa eolia el alma canta sola!

En el Silencio, que ante Dios se inmola,
late la Eternidad; el alma advierte
su enigma, y se oye el ruido de la ola
del Tiempo, hacia las playas de la Muerte!

Siguiendo las maravillosas huellas
de las almas sin sombra, á las estrellas
podrás llamar con familiares nombres;

redimirás al mundo de su infancia,
y, al llenar con tus alas la distancia,
acercarás los dioses á los hombres!



¡Canta la Noche, que es nutriz de aurora,
no la que es ciega y que la Esfinge cuida;
sino á la insomne Madre auxiliadora
que vela é incuba el sueño de la Vida!

La Noche es alma en pena, arrepentida,
del Mundo, separada en triste hora
del padre Sol; y es su ilusión suicida
de reintegrarse en la matriz creadora!

La Noche es cual la sombra que proyecta
la Eternidad sobre la Vida; ¡inyecta
en tus cantos su espíritu profundo!

Mas no te duermas á su magno aliento,
porque la Noche es el remordimiento
que tiene Dios de haber creado el Mundo!

Tú dirás las palabras misteriosas
que nadie ha dicho nunca, en confidencia
con las cosas eternas; las gloriosas
leyes que disciplinan la existencia!

Revelarás la Causa, el Fin; la esencia
que anima al Cosmos; las maravillosas
harmonías de la correspondencia
que hay en todas las almas y las cosas!

Cantarás la Ilusión, porque á su modo
es la reina del Mundo, y sobre todo
porque es bella; y si sabes ser profeta

le dirás á la pobre gente ignara,
que no hay Verdad ni Realidad más clara
que la mentira augusta del Poeta!

¡Renuévate, oh, Poeta! á cada instante,
como la luz que en formas superiores
y eternas, cambia el alma alucinante
del azul, y abre siempre nuevas flores!

A nadie imites en creación constante,
ni aún á tí mismo; ¡ilustra tus amores!
¡Sé como el mar, Eternidad sonante
que jamás se repite en sus fragores!

Abre á la Vida la escondida senda
que lleva hacia paisajes de leyenda;
sea tu lira cual juvencia fuente

de todo amor; ¡sé como el Sol fecundo,
que á cada instante esboza y muestra al mundo
un cuadro siempre bello y diferente!

¡Devuelve al Estro su primera Gloria;
vuelva á libar tu Musa miel hiblea
en el bosque apolónico; haz memoria
de la Epopeya antigua en que vocea,

la voz de Dios! predice la Victoria
al Hombre nuevo, y que tu canto sea
quien dé un ritmo á la marcha de la Historia,
y un compás á los vuelos de la Idea!

Vuelve á Nuestra Señora Poesía
los prestigios ilustres que hubo un día,
en bellos tiempos de inmortales galas!

Y al ascender en épicos asombros,
verás como la púrpura en tus hombros,
cerca del Sol se va cambiando en alas!

ANGEL FALCO.

Dib. de Hohmann.

"Il cuore"

Stradini fué quizás el único que permaneció indiferente en medio del estrépito del desembarque, al echar el vapor á tierra toda la compañía, un conjunto de hombres, mujeres y baúles en movimiento bajo la radiosa luz de una bella mañana otoñal.

El tenor, de pie junto á la barandilla del puente, en una de esas vagas actitudes que revelan alejamiento, miraba á la ciudad, evidentemente extraño á la agitación en que lo envolvía toda aquella gente atareada y presurosa.

La Leordi, la *prima donna*, buscaba su perrito, revolviendo con inquietud en los párpados, ya casi sin pestañas, aquellos ojos celestes que, fuera del teatro, eran, con el correcto perfil, los últimos restos de su antigua belleza.

La Passani, toda envuelta en pieles, llenas las manos de bolsas y paquetes, perseguía á un camarero reclamando la eterna cosa olvidada.

El bajo, un gigante de grandes bigotazos retorcidos, arrastrando á la segunda contralto, se inclinaba sobre la borda para tratar ó discutir con los de tierra, algo que hacía resonar brutalmente su estentórea voz.

Y contrastando con toda esta movilidad ruidosa, los coros, agrupados cerca del portalón, pasivos y aburridos, como rebaño indiferente, esperaban el turno para ser llevados de allí.

Stradini, en tanto, seguía mirando fijo á la ciudad, que desplegaba al sol su amontonado caserío, como una muchedumbre que vuelve la espalda, ocupada en sus cosas.

Falerni, el barítono, le puso la mano sobre el hombro y lo interpeló con su voz dulce y melancólica.

—¡Qué! ¿Piensas quedar aquí?

—¡Ah! ¿Es ya tiempo? *Andiamo*—contestó despertando en un largo suspiro y despegándose con lentitud de la barandilla como quien hace esfuerzo para arrancarse á la atracción de un penetrante y doloroso placer.

Bajaron él y Falerni, al fin. Este joven barítono, de pequeña barba rubia y voz melancólica y cansada, era el amigo descubierto en aquella multitud de gentes á que el destino, siempre en vaivén para los que viven la vida errante del artista de ópera, lo uniera esta vez; la revuelta lucha de intereses y vanidades que el teatro desencadena y alimenta, no había tenido tiempo de corroer su bondad natural, y un amor desgraciado contribuyó á salvarla acentuando su sensibilidad y difundiendo en todo él una tristeza que lo hacía indiferente á las vanidades egoístas y agresivas de preponderancia artística.

Enamorado locamente de una señorita noble, cuando cantaba en Lisboa, llegó á hacerse la ilusión de una posibilidad irrisoria: la de casarse con ella. Se le entregó entero, y cantó sólo para ella, con todo el alma en la voz, mientras duró la temporada; los aplausos parecían consagrar aquel amor con triunfos y el barítono se creyó dueño de una bella situación al deponer ante una mirada de mujer su montón de gloria.

Pero cuando quiso convertir el sueño en realidad, la realidad maltrató rudamente su esperanza de enamorado iluso. La orgullosa familia dijo simplemente: «¡Es un artista!» Y el barítono cayó de su quinto cielo; llegó en su pasión á algunas exageraciones que resultaban cosas de teatro; molestó á algunos amigos que se había hecho entre los abonados con su quejumbrosa obcecación y, vencido, acabó por oponer á su desgracia la resignación del desengaño definitivo.

Y así, invadido todo él por esa tristeza sin esperanza, iba de aquí para allá, siguiendo el vaivén de su carrera como un cuerpo llevado de un lado á otro por el oleaje.

Stradini, viéndolo afrontar su infortunio con ese valor tranquilo que desdeña toda violencia al encontrarse con la adversidad y que refleja en los ojos leales un «¡Sea!» mudo y doloroso, le había tomado cariño de espíritu fuerte que quiere hacer buena obra de superioridad levantando el ánimo caído con el esforzado empuje de la confianza en sí mismo.

El—Stradini—se rebelaba ante aquella situación con toda la altanería de su orgullo de tenor acostumbrado á los homenajes del medio circundante, á serlo todo para sí mismo. No concebía que un desdén pudiera hacer otra cosa que irritar.

Pero Falerni, tenaz en la resignación, contestaba siempre á las observaciones del soberbio tenor con su voz dulce y su eterna sonrisa melancólica:

—*E il cuore, caro; il cuore...*

¡El corazón! Esto hacía encogerse de hombros á Stradini. Sin afectos tiempo hacía, rotos los vínculos de familia y de patria, endurecido en la lucha implacable del teatro, ebrio de orgullo por los aplausos, que lo emborrachaban locamente, aun cuando muchos eran pagados por él mismo, no comprendía la influencia de un sentimiento tan ajeno á su situación moral.

Pero esa mañana, al pisar aquella tierra tan conocida y tan olvidada, sintió que un angustioso estremecimiento le recorría todo el cuerpo y le anudaba un poco la garganta.

Es que esa tierra que volvía á pisar después de ocho años de ausencia, de olvido, de mares, de torbellino, de grandes capitales vislumbradas en la vertiginosa carrera del cómico, era su tierra. Y en aquella ciudad que se tendía al sol, indiferente en su silencio rumoroso, había nacido y había vivido su primera juventud un tal Eduardo Estrada, nombre perfectamente desconocido del mundo, pero que ahora le resultaba al glorioso tenor Stradini muy superior en valor de dignidad y en significación ó dicha á aquel con el cual había recorrido la Europa como con un disfraz de teatro.

La infancia, los amigos, el primer amor, toda una multitud de cosas lejanas, de «su otra vida», para siempre borrada, surgían ante él evocándose de esa ciudad á donde, después de ocho años, volvía extranjero, sólo entre un montón de histriones, histrión él mismo, con un nombre de elenco y con el alma vacía...

Cuando se le propuso el contrato para América, su primer impresión fué de soberbia complacencia. Su orgullo se irguió á la idea de volver glorioso á su tierra, de ostentar su celebridad sobreponiéndose con ella á tantos que le conocieran nadie.

Pero la vista de la ciudad lo derrumbó inesperadamente. Fué aquello un choque no imaginado por su petulancia teatral, y apenas llegado al hotel se encerró, dispuesto á ocultar á todos semejante debilidad. Luego, una vehemente comezón del doloroso placer que debía producirle la vista de lugares, la resurrec-

ción de tantas cosas, sugirióle la idea de que necesitaba vencer su sensibilidad acobardada, y salió.

Anduvo por las calles un buen rato, impregnándose de melancolía, despertando recuerdos que lo acosaban con su risueña claridad de juventud. Los veinte años, la novia, la línea de un porvenir tan distinto, torcida por su aventura de echarse al teatro creyendo poner una pica en Flandes, responder con una hombrada desdeñosa y brillante á la severidad disciplinaria de su padre después de un disgusto aparatoso.

Una compañía de paso le ofreció la oportunidad de echarse á correr mundo, empezando la carrera con uno de esos vagos empleos de administración de teatro que disimulan el remolque de una soprano, y, encantado de su traviesa calaverada, vino así á cambiar por el deslumbramiento de aquel mundo de la mentira el modesto escenario de la realidad leal.

* * *

Nadie se encontró jamás tan solo como él esa mañana, y al pasar por una esquina en que un cartel anunciaba con grandes letras rojas la representación de *Otello* cantado *por el célebre tenor Stradini*, el sarcasmo lo inundó entero con una ola de desolada é irritante amargura. ¡Aquel célebre tenor Stradini era tan desconocido é infeliz allí, que no se reconocía á sí mismo bajo tal nombre!

En Venecia había recibido la noticia de la muerte de su padre. Amigos, nunca los tuvo muy íntimos, y en cuanto á los conocidos á quienes pensó un día humillar con su celebridad de teatro, si se le hubiera presentado uno, hubiera huído lleno de vergüenza. Le parecía verse mirado con una mirada que decía de él lo que había dicho del pobre Falerni el desdén que inspiran el cómico y su mundo turbio: «¡Es un artista!»

Esto le trajo el recuerdo de su novia de la adolescencia. ¡La novia! Otro imposible de su situación... ¿Qué hubiera pensado ella á la sola idea de ser novia de un tenor de ópera italiana? ¿Qué dijera si lo encontrase convertido en eso? ¡Ay! No se produciría ciertamente el caso — porque aunque oyese hablar de él, aún cuando lo viera, sería ahora para ella tan sólo una figura tiznada, un tipo de ópera cubierto de oropeles y con apellido en *ini*.

Sintió imperiosa la necesidad de huir de la calle, de encerrarse ferozmente en el hotel, y se volvió tropezando en cada esquina con las rojas letras que anunciaban la representación de *Otello*, cantado por el célebre tenor Stradini.

¡El célebre Stradini! ¡Bueno estaba el célebre Stradini!

Y al cruzar cierta calle interpuesta en su camino necesario al hotel, por más que él se empeñaba, rabiosamente obstinado, en volver á otra parte la cabeza, una condenada fuerza se la torció llevándole la mirada, cobarde y oblicua, hasta cierta casa cuyo frente doraba con alegre sonrisa el sol amigo y en uno de cuyos balcones, con verdes celosías abiertas de par en par, como brazos extendidos que llaman al abrazo, un canario feliz saltaba travieso en su jaula descolorida.

¡La casa paterna! ¡El balcón de su cuarto de niño!

* * *

Iban á actuar en el mismo teatro que él frecuentara cuando le cedía su asiento de platea un amigo que escribía en los diarios, y sólo Dios sabe cuánto mortificaba á Stradini la idea de presentarse en el escenario de aquel teatro donde había sido tan otra cosa, cuando podía saludar á los palcos desde esa butaca que alguna vez ocupó junto á su novia para oir ese mismo «Otello» que ahora iba á cantar él...

Cuando Falerni le propuso ir por la tarde, se echó atrás como ante un abismo ó ante un montón de lanzas. Así, en frío, ¡no! Contaba con que á la noche, la responsabilidad, el esfuerzo, la agitación general del debut lo dominarían, y con que fuera sofocado por todo eso el *turbión* de recuerdos que temía ver levantarse en aquel sitio.

Falerni fué también quien, preocupado con el anormal estado de ánimo de su amigo, cuidó de que Stradini llegara á tiempo al teatro, donde éste entró poseído de cierta irritación de sonámbulo á quien se obliga á pensar y responder.

Mientras se vestía, sorprendióle advertir que todos los rumores del escenario: las voces de prevención, el ir y venir de los tramoyistas, los golpes de martillo y los tumbos de algún trasto, aquí; allá, una fugaz vocalización que se cortaba como un girón de voz de mujer llevado de pronto por una ráfaga; más lejos la entreverada algarabía preparatoria de la orquesta; todo eso que le era tan familiar, repercutía en él como cosa lejana y extraña, á que ya fuera ajeno.

Finalmente rompió la orquesta con el chirrido de racha que inicia la tempestad instrumental.

Stradini abandonó su cuarto golpeándole el corazón contra el pecho, hasta hacerle extrañar que no resonara la deslumbrante coraza.

¿Qué iba á sentir al ver de nuevo aquel teatro ante sí, aquel teatro que ahora esperaba, bullente, al famoso artista, al «célebre tenor Stradini» de los carteles con letras rojas?

¡El famoso artista! Desde la sombra polvorosa del teatro que no se ve, miraba estúpidamente á Falerni, sintiendo escalofríos, encogido y miserable. Falerni, en la escena, cubierta la hermosa cabeza con la capucha veneciana, cantaba sus apartes con aquella indiferencia triste que le era propia, y Stradini lo envidiaba preguntándose cien veces con absurdo repiqueteo de obsesión: «Pero ¿cómo puede cantar así?»

De pronto sintió los tres *Evviva!!* del coro, saludando la aparición de Otello, que lo despertaron como un empellón.

Le empujaron y salió. ¡Todo su teatro de ocho años atrás, otra vez ante él, desplegándose en un abanicazo de *relámpago*!

No vió nada; un conjunto á la vez borroso y brillante que se extendía allá lejos; pero con esa vertiginosa instantaneidad que precipita y agolpa en tropel las imágenes, *veía* su butaca de otros tiempos, la que alguna vez ocupó junto á su novia, ocupada por un jovencito que le decía algo á una señora de cabellos blancos; la madre, sin duda...

¡La juventud, la madre, el amor!

¡Un grito de victoria en tal momento con la garganta apretada como un niño que quiere llorar! ¡Imposible!

La gran frase de entrada salió ahogada, cubierta por la orquesta, insignificante.

Y pasó, mientras los murmullos del público sofocaban los tímidos aplausos de la *claque*.

Adentro le esperaba Ballignani, el empresario, tironeándose febril las blancas patillas, llenos de zozobra los ojos saltones, de un azul de loza.

—*Ma, ma*...—balbuceaba—preguntando intensamente con su mirada redonda.

Stradini, sin contestarle, se encerró en sí mismo

hosco y brutal, mientras el infeliz Ballignani, después de mirarlo en silencio—un silencio preñado de interrogaciones, de angustiosas afectuosidades de empresario afligido—iba á desahogarse comentando agitadamente el caso con los grupos que miraban de lejos al tenor.

Entretanto, la Leordi y la Passani se habían enredado en una acre disputa por celos, y la suave Desdémona descargaba contra la otra bajos apóstrofes de riña plebeya.

Así, cuando llegó el dúo de amor, al sentir entre sus manos las manos frías de la Leordi que le sonreía falsamente, juntando á la de él su cara desfigurada por los afeites, Stradini sintió agravarse con la aversión y la vergüenza del teatro la angustia de su mortal decaimiento. Aquello era él: teatro, farsa, cosa pintarrajeada.

El destino le había engañado; no tenía, no, sangre de tenor, pues que era capaz de la crisis; venía á sentirlo ahora, ante esa sala donde había sido otra cosa y de la cual se veía separado por enorme distancia. ¡Tardía revelación que mataba al vulgar tenor italiano sin hacer resurgir al Eduardo Estrada aquél, que saludaba desde su butaca á los palcos amigos!

Entretanto, sin que él pudiera recobrarse, llegó el acto á su fin de cualquier manera, y sintiendo en torno el murmullo de los comentarios que su fracaso levantaba—el rumor del escenario desconcertado por lo imprevisto del «fiasco»—Stradini corrió á encerrarse en su camarín; la necesidad de cambiar de traje y el privilegio de capricho sin cuenta ni razón que tiene reconocido todo tenor importante le facilitaron un tenaz aislamiento en aquel refugio.

Y así continuó arrastrando su tristeza y su humillación durante cuatro interminables actos.

* * *

El adiós del segundo había ofrecido un desahogo á su propio pensamiento y la voz resonó vibrante y y honda al cantar:

Ora per sempre addio, sante memorie!
Addio, sublimi incanti del pensier!

arrancando un aplauso el sombrío é intensísimo acento con que desgarró la frase:

Della gloria d'Otello è questo il fin!

Pero luego, todo volvió á arrastrarse lamentablemente, desarrollando uno de esos largos via-crucis que enervan con pesada tensión al teatro entero.

Cuando salió del camarín, apurado ya para entrar en escena, en el cuarto acto, se encontró con Ballignani que, cruzando las manos, solo acertó á decirle:

—*Per Dio! Per Dio!*—en tanto que los ojos, más redondos y más saltones que de ordinario, gritaban: «¡Sálvame!» y, junto á la puertecilla del foro, Falerni le apretó la mano cariñosamente.

Se extinguieron las últimas notas del *Ave-María* y entró en escena por última vez.

Desde la penumbra obscura miró al público y se sintió bien en la sombra de la situación, dentro de ella, dominándola con su drama propio.

Se produjo así uno de esos raros casos de identificación en que el artista, encontrando en el momento teatral que interpreta una expresión intensificada de su propio sentir, intensifica á su vez extrañamente esa expresión con penetrantes acentos que impresionan difundiendo la vaga sugestión de lo trágico real.

La cólera huracanada de los contrabajos respondió admirablemente con su tumulto á la tormentosa crisis que se libraba en el espíritu del tenor, exaltando el prurito patético que lo tenía dominado, y después de la emoción del beso de despedida acompañado por el canto de amor de los violines, las negativas y la tregua que implora Desdémona, los apóstrofes, la decisión inexorable, todo el drama envuelto en algo singular y extraño fué determinando un *crescendo* de tensión que culminó al sonar los acordes lúgubres de la última escena.

Con una voz, cuya profundidad sombría y desconsolada hacía sentir realmente el fin tristísimo de una grandeza, dijo:

Ecco la fine del mio cammin...
O gloria!
Otello fu!

Y la cimitarra cayó de sus manos resonando en un silencio que había llegado á ser imponente.

Y al decirle á Desdémona inerte, á su pasado feliz, á su vida de otro tiempo:

E tu,... come sei pallida
e stanca, e muta e bella!

no pudo más y un sollozo reventó en su pecho, levantando una impetuosa ráfaga de aplausos.

Faltaba todavía el último verso, y llevado ya al paroxismo sentimental por la exaltación del triunfo, Stradini lo elevó en una extraordinaria vibración de llanto y poesía dolorosa, diciendo, no ya á la esposa muerta, sino á la amante perdida, á la gloria en su última noche:

pria d'ucciderti, sposa, ti baciai.
Or morendo... nell'ombra in cui mi giacio,
un bacio... un bacio ancora, un altro bacio!

mientras en los violines estallaba por última vez el canto de amor, el canto de una hora pasada para siempre.

Fué un gran éxito. El público, excitado, se estremecía todo con la reacción de entusiasmo.

Pero Stradini, apenas caído el telón, corrió á su camarín hendiendo el cálido vapor de la admiración de entretelones, y después de decirle algo terrible á Ballignani, que, llorando grotescamente, quería besarlo, se dejó caer, sombrío y tembloroso, entre los trajes con oropeles desparramados por el cuarto, mirando en sí mismo al artista muerto, que no podría ya cantar porque había perdido el orgullo de la carrera, porque el recuerdo del pasado, de «su otra vida» lo hacía ya incapaz de la embriaguez de la teatral gloria del teatro.

Falerni corrió tras Stradini, para arrastrarlo á la escena, donde los aplausos lo reclamaban obstinados, y tropezó con Ballignani, que le gritó insensatamente:

— Me ha dicho: «¡No canto más!» E diventato pazzo!

Falerni, sin saber qué pensar de aquello, cruzó entre los grupos que, efervescentes, comentaban el triunfo, y forzó la entrada del camarín:

— ¿Qué pasa? El público llama. ¡Pronto!

Pero Stradini, por toda respuesta, se echó en sus brazos, desbordándosele el llanto que le llenaba el pecho con sollozos de niño desconsolado.

Falerni, estupefacto, lo sacudió con violencia, como para despertarlo de una pesadilla, gritándole:

— Pero ¿qué tienes?

Y el otro, respondiendo siempre con sus sollozos al rumor de la ovación lejana, contestó lentamente:

— Ahora sí, *è il cuore*, Falerni, *il cuore!*

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

Dib. de Málaga Grenet.

Una jira del califa Omar-Ibn-Il-Khattabe

El-Abbas, ministro del gran califa Omar, refirió la historia siguiente:

«Salí aquella noche, una noche obscura, con el propósito de encaminarme hacia la casa del Príncipe de los Creyentes, Omar - Ibn - Il - Khattabe (que la paz de Alá sea con él).

Apenas había andado la mitad del camino, descubrí á un beduino que sujetándome por el ruedo del manto, me dijo:

—Sígueme, oh Abbas.

Miré fijamente al beduino. No era otro que Omar, el Príncipe de los Creyentes, que se había disfrazado. Me aproximé á él y, después de desearle la paz, le dije:

—¿A dónde vais, oh Príncipe?

El me contestó:

—Deseo dár una vuelta por los barrios árabes durante esta obscura noche.

Y la noche estaba, en efecto, muy obscura y muy fría.

Yo le seguí y entrambos caminamos largo tiempo, él delante y yo detrás. Omar púsose á dar vueltas por entre las casas y los tenduchos de los árabes, inspeccionándolo todo, y estábamos ya por volver pies atrás, cuando de pronto llamó nuestra atención una tienda en cuyo interior divisamos á una anciana rodeada de unos cuantos niños que gritaban y lloraban.

Delante de la mujer veíase el hogar encendido y sobre él reposaba una marmita.

Y decía la vieja:

—¡Paciencia, hijos míos, paciencia! Un instante más y la comida estará lista, y comeréis.

Nosotros nos detuvimos, silenciosos, y Omar púsose á observar ora á la anciana, ora á los pequeños. Tras una larga pausa, yo le dije:

—¡Oh, Príncipe de los Creyentes! ¿Qué es lo que esperais? Continuemos nuestro camino.

—¡Por Alá! respondió él. No me iré de aquí hasta haber visto volcada la sopa de los niños, y á éstos hartos y contentos.

Largo rato permanecimos allí, ocultándonos por temor de que otros ojos nos acechasen á su vez. Y los niños no cesaban de gritar y de llorar. Y la vieja no cesaba de repetirles:

—¡Paciencia, hijos míos, paciencia! Pronto estará lista la cena, y comeréis.

Omar me dijo entonces:

—Entremos en la casa y nos informaremos.

Entramos, él delante y yo detrás, y él dijo á la mujer:

—¡La paz descienda sobre ti, oh tia! (1)

Ella devolvióle con buen talante el saludo.

Omar preguntó:

—¿Qué tienen esos niños para gritar y llorar de esa manera?

Ella contestó:

—Tienen hambre.

—¿Por qué, entónces—continuó Omar—no les dais lo que hay en la marmita?

Ella replicó:

—¿Y qué hay en la marmita que yo les pueda dar? Mis palabras no son sino un engaño; los entretengo con la esperanza de que, cansados de gritar, los rinda el sueño, porque no tengo nada que darles para que coman.

Omar se aproximó entonces á la marmita, levantó la tapa y miró. Bajo el agua que hervía no descubrió más que un puñado de guijarros. Atónito, preguntó á la madre:

—¿Qué significa esto?

—Los ilusiono, haciéndoles creer que en la marmita hay algo que se cuece y que se come, mientras el sueño triunfa de sus ojos y los rinde, y se duermen.

Entonces Omar le dijo:

—¿Cómo es que te encuentras reducida á este extremo?

Ella replicó:

—Yo soy una mujer que está sola, desligada en el mundo; yo no tengo hermano, ni marido, ni parientes.

—¿Y por qué—siguió diciendo el califa—no vas á exponer tu situación al príncipe de los creyentes, Omar Ibn - Il - Khattabe? Seguramente no dejaría de mandarte un socorro de la Casa del Tesoro.

Ella respondió:

—¡Qué Alá le vuelva la espalda, y que sus estendartes sean derrotados! ¡Por Alá, que ha sido injusto conmigo!

Oyendo estas razones, Omar tuvo miedo y exclamó:

—¡Oh tía! ¿en qué ha podido Omar ser injusto contigo?

—¡Por Alá!—respondió la anciana—al pastor corresponde la obligación de conocer el estado de su rebaño; si él buscase bien, encontraría no pocos como yo, con las manos vacías, cargados de hijos y faltos de ayuda para atender á sus necesidades. Y el Príncipe de los Creyentes les ofrecería algún socorro, conque pudieran alimentarse ellos, y sus hijos, y su familia.

—Pero, ¿y cómo—dijo él—ha de poder Omar estar al tanto de tu situación y saber la pobreza en que vives con este enjambre de hijos? Tú eres quien debieras presentarte á él y exponerle tu situación.

—No—respondió la anciana—el pastor vigilante

(1) Los árabes, cuando se dirigen á una mujer que les es desconocida, la llaman *tía*.

se informa él mismo de las necesidades de sus majadas en general y en por menor. Acaso á más de un necesitado le impide su propia vergüenza presentarse ante su dueño y descubrirle su indigencia. A Omar es á quien le incumbe la obligación de informarse de los pobres, no á los pobres la de dirigirse á él. ¡Por Alá, que el que obra de otra manera es injusto!

A esto dijo Omar:

—Tu boca dice la verdad, oh tía! Entretén unos momentos á tus pequeños, hasta que yo vuelva.

Después salió, y yo le seguí.

* * *

Estaba ya la noche en su último tercio; nosotros caminábamos y los perros ladraban á nuestro alrededor; y los alejé defendiendo contra sus ataques al califa Omar y guardándome á mí mismo, hasta que llegamos á la casa de la Provisión

Abrió él la puerta, entró y ordenóme que le siguiera. Dirigió sus miradas á derecha é izquierda y, luego, se fué en derechura á una bolsa de harina que contenía cien *ratles*, (1) ó acaso más, y dijo:

—¡Oh, Abbas! cárgame esta bolsa á la espalda.

Así lo hice yo, y él, señalándome un jarro de manteca, me dijo:

—Tú llevarás ese jarro.

Salimos; volvió él á cerrar la puerta y echamos á andar. La harina caíale sobre la frente, sobre los ojos y sobre la barba.

A mitad de camino, como la carga le fatigase sobremanera, pues la distancia era considerable, ofrecíme á cargar con la bolsa y le dije:

—¡Por mi padre y mi madre, oh Príncipe de los Creyentes! Pon en el suelo esa bolsa y deja que la lleve yo.

—¡No, por Alá!—respondióme.—No serás tú quien habrá de cargar con mis crímenes y con mis injusticias el día del juicio final. Sabe, oh Abbas, que la balumba de las montañas de hierro es menos abrumadora que el peso de una injusticia, grande ó pequeña, sobre todo, la que soporta esa pobre vieja que engaña á sus hijitos con guijarros. ¡Qué gran crimen á los ojos de Alá! Démonos prisa, no sea que los niños, cansados de tanto llorar, caigan vencidos por el sueño, como ella dijo.

Omar apretó el paso, y yo le seguí; la fatiga le hacía jadear. Por fin, llegamos al tenducho de la vieja. Colocó el califa en el suelo la bolsa de harina, y yo puse junto á ella el jarro de manteca. Dirigióse al hogar, tomó la marmita, vació su contenido, puso manteca y miró el fuego, próximo á apagarse.

Entonces preguntó á la vieja:

—¿Tienes leña?

—Sí, hijo mío—respondió ella, mostrándosela.

Levantóse Omar y tomó un poco. La leña estaba verde y él la arrojó sobre el fuego, colocando después la marmita sobre el fogón. Agachóse y se puso á soplar.

¡Por Alá! Yo ví el humo de la leña mezclarse á los pelos de su barba que barría el suelo. Y él no cesó de soplar hasta que las astillas llamearon y la manteca estuvo derretida y comenzó á hervir. Tomó un palo, con el que se puso á dar vuelta á la manteca, en tanto que con la otra mano echaba la harina, hasta que la comida estuvo á punto. Los niños, á su derredor, continuaban llorando. El pidió un plato á la vieja, alargóselo ella y Omar volcó en él el contenido de la marmita. Sopló unos momentos para que se enfriara un poco y púsose á dar una cucharada á cada pequeño, siguiendo riguroso turno. Así continuó hasta que todos estuvieron cumplidamente satisfechos, después de lo cual pusiéronse á reir y á jugar entre ellos.

Vencidos, al fín, por el sueño, acabaron por dormirse. Entonces Omar volvióse hacia la anciana y le dijo:

—¡Oh, tía! Yo soy pariente del Príncipe de los Creyentes, Omar Ibn-Il-Khattabe. Yo le hablaré de tu situación. Llégate mañana á la Casa del Príncipe, donde yo estaré, y cuenta con que serás socorrida.

Luego de esto, se despidió. Salió de la casa y yo le seguí. Entonces me dijo:

—¡Oh, Abbas! cuando yo ví á esa vieja engañando con guijarros á sus pequeños, experimenté algo así como si montañas enormes se amontonasen y se desplomasen sobre mis espaldas, hasta el momento en que les llevara lo que les he llevado, hasta el instante en que comieran lo que les he preparado, y hasta que los ví reir y jugar. Solamente entonces, he sentido que esas montañas se derrumbaban de mis hombros.

Llegábamos entonces al palacio de Omar, quien me ordenó le siguiera. Nos acostamos.

Apenas amanecido, vino la vieja, y el califa pidióle perdón á la vez que otorgaba para ella y para sus hijos una pensión de la Caja del Tesoro, pensión que les sería entregada religiosamente cada primero de mes.

Emir EMIN ARSLAN.

Dib. de Utrillo.

(1) El *ratle* equivale á unos tres kilogramos.



El papá.—No toques eso, Pepito.
La suegra.—Empieza usted. No es extraño.
La mamá.—Los higos no le harán daño.
La suegra.—¡Pobrecito!
La mamá. —¡Pobrecito!
El papá.—Ya sabes perfectamente
que para él son un veneno.
La mamá.—¡Pero si el niño es tan bueno!
La suegra.—¡Tan bueno y tan obediente!
El chico.—¡Quiero higos!
El papá. —¡Coma la sopa!
La mamá.—Mira, le estás asustando.
El papá.—Sí; ¿y por el susto está echanpo
los fideos en la copa?
La mamá.—Hoy andas de mal humor;
ya lo veo.
La suegra. —Ya se ve.
El papá.—¡Ah! ¿sí? Pues me callaré.
El chico.—¡Yo quiero higos!
El papá. —¡No, señor!
El chico (*llorando*).—¡Ji! ¡ji! ¡ji!
El papá. —¡Cállese!
La mamá. —El niño
va á enfermarse de verdad.
La suegra.—Y eso es una atrocidad.
La mamá.—Y eso es falta de cariño.
El papá.—Es que...
La mamá. —Te vuelves muy raro...
El papá.—¡Muy bien! La escena diaria.
La mamá.— ... y me llevas la contraria,
como de costumbre.
La suegra. —¡Claro!
El chico.—¡Yo quiero!...
El papá. —¡Fuera de aquí!
La suegra.—Esto es una tiranía.
El papá.—Señora...
La suegra. —¡Pobre hija mía!
El chico (*llorando*).—¡Yo quiero higos! ¡Ji! ¡ji! ¡ji!
El papá.—¡Te castigaré!
La suegra. —No quiero
ver tanta infamia y me voy.
La mamá.—¡Ay qué desgraciada soy!
El papá.—Pues yo lo soy más.
La suegra. —¡Grosero!

. . . .

Tras un silencio inquietante,
que nadie interrumpir osa,
la mamá sale llorosa
y la suegra amenazante.
El chico que la ocasión
propicia ve en la disputa,
se atraca de cuanta fruta
halla á su disposición.
Rumia su enojo el papá,
molesto y mal humorado
al recordar lo pasado,
y cuando advierte que está
sin incómodos testigos,
dice al chico con mal gesto:
El papá.—¿Tú qué opinas de todo esto?
El chico.—¡Que son muy buenos los higos!

LUIS GARCÍA.

Dib. de Friedrich.

La Psiquina



Como en el curso de aquella conversación, yo mencionara á Lucio Herrera, y aludiese á las circunstancias misteriosas que rodearon su *trágico fin*, advertí movimientos de inquietud en la mirada de nuestro viejo amigo el doctor Fornés, que hasta ese momento había sido el más locuaz en la regocijada tertulia. Los otros concurrentes se retiraron breve rato más tarde; Fornés y yo quedamos solos, entonces, en mi gabinete particular, donde á todos les recibiera. El ámbito de la sala se aquietó de silencio, y velado por el humo de los cigarros, nos pareció más gris al vago tinte de la tarde que declinaba. El doctor Fornés cerró la puerta que franqueaba el paso del gabinete al vestíbulo, y abandonando su silla, vino á sentarse á mi lado, poseído de una visible turbación. Estiró el brazo derecho tras de mi hombro, con afectuoso ademán, posándolo sobre el ancho respaldo rojo del asiento común donde descansábamos, un cómodo sofá de marroquí; y cuando se hubo cerciorado de que estábamos absolutamente solos y de que nadie podía oirnos, se aventuró á reanudar el diálogo con esta pregunta:

— ¿Qué has querido significar con tu reticente alusión á la muerte de Lucio Herrera?

—¿Reticente?—objeté.

— Ah, me había parecido...

— Es extraño; pues no pensé en aquel momento nada que no estuviese explicado por el tono cordial de nuestras conversaciones; y, en todo caso, hallarás justificada la curiosidad conque durante dos años, yo, como tantos amigos que le queríamos, hemos buscado el secreto de aquella brusca, inexplicable resolución.

—¿Nada más?

— Nada más.

Volvimos á quedar en silencio. El doctor Fornés, que estaba á mi derecha, osó mirarme de soslayo, como para corroborar por mi semblante, la certidumbre leal que había notado en el laconismo de mi respuesta; y su mirada tornó á vagar entre los objetos de la sala y las flores fantásticas de la alfombra. Nuestro silencio se hizo embarazoso. Yo no había puesto, á la verdad, la más leve reticencia en la alusión que así le preocupaba. No la habría tenido jamás con aquel amigo á quien estimaba, ni la presencia de los otros hubiera sido la ocasión más propicia. Después de varios años de ausencia, regresaba yo á Buenos Aires; los familiares de mi antigua tertulia me traían aquella tarde su bienvenida; Fornés era de los predilectos en nuestro alegre y diezmado grupo del club; Lucio Herrera lo había sido también, y nada más natural que, al reunirnos de nuevo, yo recordara su muerte lamentable, brusca, misteriosa. Exaltado por pensamientos que después comprendí, Fornés creyó sentir en mis palabras — inocentes, vuelvo á asegurarlo — un eco del rumor que dos años antes le había complicado en aquella tragedia, y que parecía ya acallado del todo. De pronto, apercibiéndose á revelarme el secreto que sólo él poseía, exclamó con una imponente serenidad militar y hierática:—«De veras; ¿ignorabas que me atribuyeron esa muerte?» — Y al decir esto, se incorporó frente á mí, las manos hundidas en su blando sobretodo de vicuña, resplandecientes los agudos ojos, tras los lentes redondos, que acentuaban el gesto de presa de su rostro aguileño. Le contesté que lo ignoraba, y al erguirse ante mí, su sombra se destacó en el aire humoso como un peñasco de alta mar en la niebla.

Conocía al doctor Fornés desde los tiempos de la escuela primaria, y á pesar de nuestras diversas profesiones, nos habíamos visto con frecuencia aunque él era de esos amigos que no necesitan ser cultivados. Durante mis dos años de ausencia, por ejemplo, no nos habíamos escrito. Yo le enviara una tarjeta postal desde Florencia; y ésta había sido nuestra única comunicación en dos años. De ahí que yo ignorase los sucesos recientes de su vida, aunque conocía de tiempo atrás y muy á fondo su espíritu. El solía buscarme para hablar de negocios, de letras, de política; y yo á mi vez lo frecuentaba para asediarle á preguntas sobre novedades pintorescas de su especialidad. Dotado de una gran pasión por las ciencias, cursó desde el Colegio Nacional, donde habíamos sido condiscípulos, á la Facultad de Medicina; pero una vez graduado, reconcentró su vocación en la química, á favor de la poderosa fortuna que heredó de sus padres. Fué reservado y razonador desde niño, por eso aquella tarde, cumplidos ya los cuarenta años y madurado aun más su carácter en las disciplinas del laboratorio, no dejaron de sorprenderme su nervioso ademán, sus intempestivas palabras.

* * *

Todo cuanto llevo hasta aquí narrado es, sin duda, una escena vulgar, sin interés pintoresco ni dramático; pero me propongo continuar en estas páginas el relato minucioso de aquella historia, para que los amigos de Lucio Herrera sepan cómo acabó su vida atribulada, y cómo tuve aquella tarde la revelación de su muerte. Si yo trazara aquí una composición literaria, un simple cuento de imaginación, dispondría en orden más eficaz los episodios, ó desecharía el argumento; pero cumplo con esta confesión un penoso deber de amistad. El fallecimiento de Lucio Herrera conmovió al círculo extenso de sus amistades, inquietó á los periódicos, ocupó á la policía, intrigó á la justicia; ignoro si el sumario se clausuró. El doctor Fornés, protagonista extraordinario de aquella tragedia, ha muerto también hace poco tiempo, víctima de un cáncer, según todos sus amigos lo saben; pero el rumor que lo complicara en la tragedia, lo ha cercado, insidioso, hasta su último día. Nadie se atrevió á decir que él lo hubiera asesinado ó envenenado, ni cómo le mató, ni por qué, ni cuándo, ni dónde; y acaso por esta misma vaguedad, prosperó la especie. Como no tenía enemigos, nadie se aventuró á la calumnia; y él nunca pudo defenderse de una acusación que jamás se concretó. Cercábale, sin embargo, por donde iba, como el aire, invisible y sutil. El lo sentía, ó creía sentirlo. Hasta sus amigos llegaron á envolverlo en esa atmósfera de misterio, de delito, de leyenda oriental. ¿Cómo era posible?... ¡Dos amigos tan íntimos!... Pero si la noche antes de la que algunos llamaban «el crimen» les habían visto, juntos, pasar por Florida. Lo inexplicable del hecho aguzaba la fantasía: se imaginaron celos, rivalidades, alguna complicidad de dinero. Nada de esto ha sido cierto, sin embargo. El doctor Fornés mató á su amigo Lucio Herrera, pero estuvieron lejos de su ánimo, la intención y el hecho de un crimen. Faltóle, desgraciadamente, la ocasión de decir la verdad; ó no se atrevió á decirla, por temor á la ley, á la sociedad, al juicio público. Yo fuí el único que escuchó de sus labios la narración de los hechos, por eso me extiendo en detalles que podrán parecer inocuos á los indiferentes; pero que — estoy seguro de ello — serán seguidos con paciente interés, por cuantos conocieron en las noticias de los diarios, la muerte de Lucio Herrera, y por quienes fueron amigos suyos y del doctor Fornés. Acaso estas revelaciones tengan también algún interés para la ciencia, y muevan á los albaceas y herederos del ilustre sabio, á buscar entre sus papeles, documentos que corroboren y amplíen mi confesión.

* * *

A todos estos rumores insidiosos aludió Fornés, á penas me hubo preguntado si yo los conocía. Comenzó á hablar con la voz pausada, y algo había en su voz mientras hablaba que me infundió verdadero espanto. Sentí necesidad del aire, de la luz, del ruido de la calle; y como él había trancado la puerta que daba al vestíbulo, me adelanté á abrir la ventana de mi habitación, desde la cual se contemplaba, á lo lejos, las arboledas de Palermo en otoño, y las aguas leonadas del río. Puestos los ojos en un punto indefinible de aquel horizonte, y embellecida su silueta por la luz morada que penetró de súbito en el salón, hasta ese momento semiobscuro, Fornés siguió su inesperada confidencia, con una voz honda y pausada:

— Tú sabes que yo admiraba y amaba á Lucio Herrera... Se dijo, sin embargo, que yo lo había asesinado... Yo no lo asesiné, sin embargo... No podría negar, empero, que yo mismo le maté.

— ¿Tú? — exclamé sobresaltado.

— ¡Yo! — me respondió fríamente.

— ¿Luego tu silencio de tantos años ha encubierto un crimen?

— De ninguna manera. Escúchame con serenidad. Devuélveme en inteligencia y en justicia, la lealtad y el valor de esta confidencia. Eres el primer hombre ante quien la descubro; seguramente serás el último, el único. Sentía necesidad de decirlo á alguien, y había pensado decírtelo cuando tú regresaras. Te veo ya delante; estamos solos; mucho tiempo ha pasado desde aquel día; me siento dispuesto á hablar; óyeme; júzgame...

Yo incliné la cabeza, preparado á escucharle. El doctor Fornés, intensamente conmovido por los recuerdos que iba á evocar, aún más grandes para él en el forzado silencio de su alma, había

llegado á dar á sus palabras un giro perentorio, sencillo y solemne! Del bosque lejano que sombreaba ya la noche inminente, llegaba el hálito triste, profundo, desvanecido, de las frondas maceradas por el otoño. Fornés estaba tan emocionado que precipitó su relato, exclamando:

—Pues bueno: Lucio Herrera se suicidó.

—Pero si eso es lo que todos sabíamos — murmuré.

—*Bien: Lucio Herrera bebió para matarse una substancia* que la autopsia judicial creyó fuese la morfina...

—Lo sabía también — agregué.

—Pero Lucio no se suicidó con morfina. Usó para matarse un cuerpo nuevo, del que yo soy descubridor...

El químico hizo aquí una breve pausa; miró mi rostro en el cual debía transparentarse la más viva ansiedad; volvió la cabeza como para cerciorarse, con medrosa precaución, de que la puerta inmediata seguía cerrada, y cuando se hubo convencido de que nadie podía oirnos, volvió á fijar en mí sus agudos ojos, y continuó:

—Yo no he bautizado aún ese cuerpo. Le designo, por ahora, con un signo provisorio, en mis reacciones; pero dados sus maravillosos efectos, he de buscar su nombre en la India, ó en las ciencias ocultas de la Edad Media...

—Todo eso está muy bien — dije con visible fastidio. — Yo he aplaudido siempre tus triunfos científicos. Pero no se trata ahora de eso, sino de la muerte de Lucio. Lo que yo necesito saber, puesto que tú lo has querido, es como pudo Herrera conseguir en tu laboratorio, para un fin aciago, esa substancia que era y continúa siendo secreta.

— Se la administré yo mismo —dijo el doctor Fornés, con serenidad que sorprendía demasiado, después de su reciente exaltación. — Y ante aquella confesión paladina de lo que hasta ese momento no era sino un crimen, sentí el horror de ese relato en el cual dos amigos míos resultaban la víctima y el victimario, en un lance que no tenía escusa ni en los sofismas profesionales, ni en las paradojas del individualismo. Pensé que Fornés se preparaba á buscarla ahí, cuando reprimí la indignación para decirle:

—¡Según eso, lo del suicidio de aquel desventurado ha sido una siniestra superchería; y tú eres el matador de Lucio Herrera!

— No. He dicho que se suicidó. Y estoy dispuesto á probarlo.

—¿Cómo? — interrogué.

En aquel momento sentí dos golpes en la puerta que Fornés había cerrado. Me adelantaba hacia ella para abrirla, y el químico me detuvo con un movimiento misterioso. Quedamos un instante, yo de pié y él sentado, mirándonos enigmáticamente.

— No abras — me dijo en voz baja.

— ¿Por qué?

— No abras.

Guardamos silencio. Se oyeron otra vez dos leves ruidos. Parecieron dos golpes de los nudillos en la puerta. Fornés me miraba con ojos hipnóticos. Después de unos minutos de silenciosa espera, se levantó diciéndome:

— Vámonos. Vamos á casa. No dista mucho de aquí. Estaremos más tranquilos. Nadie irá á interrumpirnos. Estaremos en mi laboratorio, en el propio lugar del «siniestro». Allí continuaré mi confesión.

Abrí la puerta de mi departamento. El vestíbulo estaba en sombras. La noche iba cerrando ya. Mi criada me dijo que nadie me había buscado. Aquellos ruidos nos intrigaron fugazmente. Fornés estaba, empero, muy nervioso; y mientras descendíamos la escalera estrecha de la casa, que entonces ocupaba yo en la calle Santa Fe, comentó, sin duda bromeando: «Si eran cosas ocultas, hacemos bien de marcharnos; si personas, también.»

***

En realidad, yo empezaba á ponerme aprensivo con toda esta conversación. Fornés había siempre sido un hombre muy normal; pero notábalo sensible en extremo, y contradictorio, enigmático; desvariaba quizás en su conversación. Cuando uno vuelve al seno de los suyos después de un viaje largo, comprueba cambios tan inverosímiles en sus conocidos de otro tiempo, que me asaltó la duda de si Fornés deliraba. Los amigos más íntimos, que suelen venir á contarle al viajero los cambios de las gentes durante su ausencia, no habían tenido tiempo aun sino para breves anécdotas recíprocas, que en nada afectaban á la persona del químico, *ni á la muerte de Lucio Herrera. Estaba á ciegas en este asunto*; y no entendía sino á medias lo que Fornés me hablara. ¡Que este hombre tan ponderado hubiera perdido su equilibrio! me resistía á creerlo; pero no dejé de pensarlo durante el camino, mientras nos dirigíamos á su casa. Comprendí, más tarde, que yo estaba en error.

La casa del doctor Fornés, donde tenía también su laboratorio, era en la calle Canning, en un barrio de chalés y de quintas. Franqueamos los dos la verja que una madreselva espesa florecía, y en vez de entrar por la escalinata principal, nos desviamos hacia el pabellón de los laboratorios, que fincaba al fondo, pasando por entre los jardines. Iluminábalos ya, pues iba anocheciendo, una bomba eléctrica, alzada á guisa de lampadario, entre su mata de arbustos, por un Centauro de bronce. El doctor Fornés era hombre de aficiones artísticas, y tenía por su fortuna, los medios de complacerse.

Cuando llegamos al pabellón, penetramos, él adelante y yo á su zaga, y pasamos por tres grandes aposentos obscuros. En el postrero abrió mi amigo la corriente eléctrica, y se encendieron varios focos de luz. Ví en la pared del sud y en la del norte, anaqueles y vitrinas cargados de frascos grandes y pequeños, con líquidos de variados colores, que soslayados ó atravesados por la luz, centelleaban con reflejos de piedras preciosas: los unos de tintas vivas, rojos como berilos, verdes como esmeraldas; los otros de *vagas tintas*, como una leche de ópalos ó una miel de topacios. En medio del salón había una ancha mesa de pino, toda erizada de alambiques, retortas, cubetas, filtros, pies metálicos, varillas de cristal, copas de múltiples formas, cónicas ú ovales, rectas ó labiadas como corolas. Ocupaban las paredes del naciente y poniente, sendas vidrieras corredizas, que dos cortinas de brin cerraban estrictamente por dentro. Confieso que penetré en aquel lugar con cierto respeto. Todo ello certificaba, en su desorden y su brillo, la continua labor de un hombre que se había obstinado durante años en rasgar, por el camino de las ciencias experimentales, el velo de las cosas ocultas. Otras veces, años atrás, yo había frecuentado familiarmente su casa. Aquella noche, el recuerdo de Lucio Herrera me la tornaba solemne.

Los tres aposentos obscuros por donde pasáramos, los ocupaban las secciones de física, biología y antropología; gabinetes y museos á un tiempo. Cultivaba el doctor todas estas disciplinas á la vez, pero no con propósitos de granjería profesional, ni siquiera de investigación utilitaria. Se informaba, y hasta inquiría él mismo, pero con miras de especulación filosófica. Fornés era propiamente un filósofo; lo era en el sentido más noble de esta palabra. Los antiguos habían meditado sobre los datos usuales de la naturaleza; Fornés meditaba sobre las nuevos datos de la ciencia: las minucias de la microbiología, las visiones lejanas *de la astronomía, los fenómenos ocultos de la química*, las revelaciones ultrasensuales de la física, las comprobaciones singulares de la psiquiatría, las resurrecciones inactuales de la antropología y de la historia, todo le interesaba, pero con el fin de buscar, en la unidad esencial de esos conocimientos, la unidad esencial de los seres, donde se encarna, ante los absortos *ojos del hombre, la animación proteica* de la vida. Supe aquella noche, que la muerte de Lucio Herrera había sido un episodio macabro y nunca visto de semejantes audacias, según más adelante referiré.

***

Sentados en aquella sala de su pabellón, el doctor Fornés me narró así los sucesos:

Fué una tarde de invierno, en junio de 1905. Yo trabajaba en esta mesa, vestido mi largo delantal blanco, cuando sentí una voz extraña que me saludaba por esa pequeña puerta que da al jardín. Alcé la mirada y ví á Lucio que me sonreía con su acostumbrada familiaridad. Sonreía, pero algo fúnebre le circundaba aquella vez, pues su presencia llegó á causarme daño. Su silueta fina, raída por el abandono y desbastada por tantos dolores, se destacaba en el aire húmedo de esa tarde porteña. Le invité á que pasara, y yo me apresuré á cerrar la puerta. Había *dado orden* al sirviente de que me negase á los visitantes; pero

(l acostumbraba entrárseme de *rondón al jardín*, por la puerta de mi garage... ¡Eramos tan amigos, como tú bien lo recuerdas!... Verdad que las inopias, el alcohol, los descalabros de la vida, le habían hecho molesto para algunos de sus camaradas, pero yo lo quería, aunque socialmente lo estimara bien poco... *Yo preparaba en aquel instante una pequeña cantidad* de hidrógeno fosforado, y se detuvo con asombro, contemplando las burbujas del gas, que se inflamaban al contacto del aire. Guardó silencio mientras yo concluía la operación, y cuando terminé, lo comprendí tan preocupado que me inquietó.—«Somos *los prisioneros de Dios, Fornés—díjome al pronto.*—Vivir en un laboratorio y manejar sus fuerzas, es multiplicar la maravilla del mundo, pero su verdad se nos escapa siempre. El velo de la ilusión nos envuelve. Sois los magos nuevos, pero sois los magos de vuestra propia quimera. Tú con toda tu ciencia, y el gañán *de tu caballeriza, sois, ambos, el prisionero de la misma caverna.* No veis, en su pared interior, sino las sombras de que habla el antiguo: la sombra de los seres que pasan en la luz de afuera.» Cosas análogas me decía siempre, y renovamos aquel día nuestro eterno diálogo sobre el valor de la ciencia, sobre el *irreparable* dolor de la vida.

De pronto, en medio de la conversación, me dijo que pensaba matarse; yo opté por bromear, pero luego, dominado por su incurable desventura y por el talento extraordinario con que me probaba su acierto en semejante liberación, opté por hablarle en serio para disuadirle, hasta que vi lo inquebrantable de su propósito.

(En aquel instante, una ráfaga de aire nocturno sopló del jardín al gabinete, y como pudiese traer polvo sobre los aparatos, el doctor Fornés se paró á cerrar las ventanas que daban al naciente, de donde el viento soplaba).

—Te aseguro — díjome Fornés volviendo á mi lado — que pasé una tarde cruel con aquel muchacho. Repitió su visita al siguiente día, ya entrada la noche, y renovó su tema con la misma obsesión... ¿No has tenido que asistir nunca á un suicida?...

—Nunca, le respondí.

—¡Ah! si acaso, comprenderías mejor todo esto. Llegan á familiarizarse con su idea — que se parece mucho á la firme resolución de un largo viaje — y concluyen por hablar de todo ello con profunda sencillez, sin el menor acento melodramático, como en una gran atonía. Así estaba Lucio aquella última tarde. Recuerdo que cuando creí vencerle á fuerza de lógica, me contestó con tal desdeñoso gesto y tal encogimiento de hombros, que me parecieron de una elocuencia devastadora. ¡No he visto nunca á un hombre plegar el labio en actitud más renunciadora y siniestra! En suma, se mataba por hastío, por incapacidad de vivir; pero su gesto me pareció tan fatal, que sólo pude responderle: «*Bueno*, entonces; ¡mátate!»

* * *

Acaso Lucio Herrera no se mataba solamente por hastío, como el doctor Fornés me aseguró, á menos que éste sea el nombre de la situación de alma á que le habían llevado su genealogía de neurosis y su vida de desencantos. En la familia de Lucio había toda suerte de degenerados: abúlicos, amorales, dipsómanos, epileptoides, entre bellas mujeres y hombres de dominación. En su vida de inadaptado no faltaba ni siquiera la ocasional desventura de amor, causa de su postrera crisis, según más tarde pude averiguarlo. Yo la recuerdo aquí, forzado por la precisión de los hechos, y no me detendré á narrarla en estas páginas escritas en favor de dos memorias queridas: la del doctor Fornés y la de Herrera. Jamás incurriría, á costa de lo que fué su dolor, en la complacencia del episodio romántico, que tanto acrecería la intriga escasa ó el interés tan poco ameno de mi historia. Excúseme el lector este nuevo rasgo de inhabilidad literaria, en gracia á tales sentimientos. Acompáñeme á continuar oyendo este relato, desenlace afligente de otra cruel historia que no podría contarse.

* * *

—Yo debo matarme. Lo oyes: «debo». Y «pronto». Es algo ineludible. Es para mí una solución, la única; solución forzosa, necesaria, fatal. Sería inútil que razonaras para probarme lo contrario. No se hace estas cosas por razonamiento. Hasta sería inútil una modificación accidental de los hechos externos. Es una fatalidad, que no viene de una voluntad ajena, que está en nosotros: que á veces la crean las circunstancias, pero que la crean en nosotros. Radica en lo hondo de nuestro propio ser, como el hambre, como la sed, como la fatiga, como la asociación de las ideas, si tú quieres...

He ahí las cosas espantosamente ciertas que Lucio Herrera hablaba aquella tarde. El doctor Fornés estaba lejos de disentir con tan radicales opiniones. Las habían compartido, quizás, en tiempos de divagar ingenioso, de discurrir impersonal y tranquilo. Pero al oirlas otra vez en boca de su camarada, con el acento irreparable y profundo de las cosas en que se compromete la vida, comprendió hasta dónde podían ser crueles, en una hora trágica, las paradojas sin dolor de las horas amenas. Hubiera deseado responderle, pero la emoción lo ahogaba, y sólo atinó á decir:

—¡Esas son tonterías!

—¡Quizás! Como todas las ideas humanas; pero no me negarás que el pensamiento, fuera de su valor filosófico, es una forma de la energía, que nos hace sufrir, que nos hace gozar: que te corona, *á ti*, de orgullo; que me abate, *á mí*, de renunciamiento.

Al pronunciar estas palabras, que colocaban el asunto fuera de toda discusión, Lucio Herrera se sintió arrancado por un movimiento colérico, y echó á andar en dirección á los anaqueles del fondo, las manos en el bolsillo, la espalda á su interlocutor. Así permanecieron un instante, Lucio de pie, la cara hacia los frascos de la vitrina; Fornés apesadumbrado, contemplando la pequeña silueta negra, de hombros descarnados y cabeza enorme. Estaban ante un armario de anestésicos y venenos. Lucio Herrera comenzó á leer en silencio los rótulos de las drogas. De rato en rato, bisbisaba frases confusas, como quien piensa en voz alta: «Estricnina»: tóxico para los perros... «Cloroformo»: droga para carniceros... «Cocaína»... ¿La cocaína mata, Fornés?... (Fornés nada contestó)... «¡Morfina!...»

Al llegar á este punto, Lucio Herrera, transportado, se volvió á Fornés para preguntarle con una voz amorosa: — ¿Serías tú tan hombre, tan médico, tan filósofo y tan amigo mío, que me regalaras una buena dosis de este veneno?

— Tírate al río, le respondió Fornés.

— No me atrevo á tirarme al río, ni á pegarme un balazo. Me dan pavor semejantes cosas, de sólo pensarlas. En cambio acepto la muerte con serenidad, y hasta con íntima delicia, si la imagino venida durante el sueño, cuando yo no la vea llegar... Por otra parte, creía que tus convicciones fueran más firmes, y por eso venía esta tarde á implorar tu auxilio — esta es la verdad — á implorar tu auxilio.

* * *

¿Cómo podría llevar al ánimo de mis lectores, por medio de este difícil y fragmentado relato, la emoción dolorosa de aquel diálogo entre el doctor Fornés y nuestro amigo? Fornés había pasado siempre como un sacerdote de la ciencia. Era suficientemente honesto para practicar su culto con sinceridad, y asaz filósofo para presentir la inmensa sombra en cuyos umbrales oficiaba. La química y la física modernas, tal como él las comprendía, iban asumiendo á sus ojos los caracteres de un verdadero esoterismo científico. Voluptuoso por imaginación, hubiera deseado *no detener jamás su planta en esa vía tortuosa y negra* de los misterios. Filantrópico por sensibilidad, no hubiera inmo-

lado por sí solo, como víctimas ante sus dioses, la angustia de sus propios amigos. Distaba mucho Fornés del materialismo objetivo que Lucio Herrera le atribuía.

Pero hé aquí que al llegar el diálogo al punto en que lo hemos dejado, el químico sintió pasar por su cabeza una idea nueva, que le arrastró en su seducción satánica, hasta las fronteras mismas del crimen. Es aquel acto singular, sin calificación en la moral, ni las leyes, acometido en un instante de orgullo, de posesión satánica, de generosa locura, lo que puede dar á estas páginas un interés inusitado y comportar la rehabilitación necesaria para el sospechado nombre del doctor Fornés. Me será, pues, permitido, poner en su boca todo el resto de la narración, tal como recuerdo hoy sus palabras.

* * *



—Yo no hubiera cedido jamás á las pretensiones de nuestro pobre amigo — díjome el doctor Fornés — á no ser por la circunstancia extraordinaria que deseo explicarte. ¿Cómo iba á ceder, si no recuerdo nunca haber sufrido por un amigo, tanto como aquella noche? Todos los razonamientos conspiraban en contra; hasta esa filosofía de la negación individual, á la cual me sentía ya inclinado. Su caso personal no me hubiera detenido tampoco. Lucio era ya un hombre vencido, definitivamente vencido. Sé que se le prestaba un servicio, con ayudarle á morirse. Cuando le pregunté el motivo de su propósito, se puso tan sombrío y trágico, y se negó en tal forma á comunicármelo, que comprendí lo fatal de su resolución. Aquello no era romanticismo, ni literatura. Habló de la voluptuosidad de la muerte, con tan suave emoción y con un gesto de beatitud ya de tanto tiempo olvidado, que, en verdad, aquel desventurado cautivaba. Sentíase algo de sexual en su arrobo... Pues bien: nada de todo esto me inclinó á complacerle. Más fuerte que todo ello era mi dolor por él, mi terror instintivo por una muerte así procurada, mi aprensión por lo desconocido... Mi aprensión por lo desconocido he dicho, y esta fué la circunstancia fatal, pues de ahí salté á mi siempre vigilante curiosidad por las cosas ocultas: tuve la tentación del misterio, y me despeñé en su abismo... Tú me comprenderás sin esfuerzo, con sólo recordar mi pasión por las ciencias que estudian la vida, mi fascinación ante el enigma que significa para nosotros la muerte...

El doctor Fornés se detuvo á encender su cigarro, y continuó:

—Yo estaba en aquella época embargado por una empresa científica que no he abandonado aún: tenía todos mis sentidos puestos en la eliminación de un alcaloide que, siendo yo estudiante, había presentido en el opio. Ampliaré los detalles, para que tú veas que mi preocupación databa de antiguo. Siendo yo estudiante de materia médica en 1893, ví en nuestro texto que del «papaver somniferum Album», como llaman al opio, se habían extraído ya numerosos alcaloides: la morfina en primer término, y después la codeína, la narcotina, la cryptofina, la papaverina, etc., y que «seguramente no se habrá agotado la serie», agregaba el autor. Así también se han descubierto la tebaína, la narceína, la narcotina y otros. Los efectos de estos alcaloides sobre la sensibilidad humana maravillaban mi fantasía, más que los libros novelescos, pues ya en aquella época la química satisfacía totalmente mi espíritu, pues la hallaba preñada de sugestiones religiosas, filosóficas, utilitarias y hasta imaginativas. Cuando especialicé mis estudios, me apliqué á buscar ese nuevo alcaloide. Recuerdo que trabajé primero con el zumo de las preciadas cápsulas de Esmirna, y después con el de Egipto; hasta que conseguí separar un cuerpo cuyas propiedades son afines á las de todas las substancias gemelas, pero de efectos todas complicados y sutiles sobre las funciones superiores de nuestro organismo, que si en la naturaleza pudiéramos establecer jerarquías entre sus cuerpos específicos, á éste lo colocaría sobre todos... No es que tenga nada de extraordinario en sí mismo: se conduce como la morfina y sus similares, pero de un modo más «inteligente», si puedo expresarme así. Sigue el proceso clásico: impresión, impregnación, saturación, intoxicación; pero la conciencia conserva su individualidad hasta después del coma...

—¿Pero es ello posible, si la circulación ha cesado?—objeté con vehemencia.

—No lo sé. Nada se sabe sobre estas cosas. Tal vez se deba eso á una acción térmica de este cuerpo, ó á una acción de la luz negra, según luego verás... Es como si la inteligencia, ó lo que sea, fuera refugiándose en zonas orgánicamente superiores, á medida que la muerte fisiológica invade...

—¿Y cuándo el sujeto ha muerto?

—Entonces es como si la inteligencia, radiante, continuara vibrando fuera del cuerpo fisiológico. Por eso el alma puede volver y traer al cuerpo físico una verdadera resurrección.

—¡Oh! Tú desvarías, Fornés.

—No. Los comas, los síncopes, las catalepsias—muertes transitorias ó parciales, sin duda—se explicarían, tal vez, porque el alma continúa en un cuerpo más leve, *para nosotros invisible*, que acaso sea el astral de los teósofos. La inteligencia, entonces, se hace ultravidente y más luminosa.

—¿Y eso realiza tu alcaloide?

—Sí. El alma va corriéndose hasta las últimas fronteras de la vida material, y llega un punto en que Psique, libertada, vuela un instante en lo infinito, y regresa á su cárcel carnal...

—¿Y por qué no le llamas «psiquina» á ese cuerpo?

El doctor Fornés me miró sorprendido. Llevábale á otro punto esta laboriosa asociación de sus recuerdos, cuando le sorprendió mi observación. Bien pude reconocerlo primero en la agudeza de su mirada, y después en la benevolencia que rasgó su labio sonriente, hasta concluir en esta frase:

—«Psiquina»... Está muy bien... Así lo he de llamar, algún día, si esta responsabilidad del pasado que aun me abruma, me deja, algún día, comunicar su descubrimiento á los hombres, casi siempre malignos... Sí, señor, «Psiquina». ¡Son bellos estos nombres de la serie del opio: morfina, criptopina, psiquina! Son los elixires del ensueño y de la muerte...

Mi amigo el químico permaneció meditabundo. Yo también callé, con la mirada fija en su enérgica frente pálida. Todo lo que hasta aquel momento Fornés me había comunicado, era sin duda muy lógico, pero bien podía ser la lógica de un delirante. Entonces, ansioso de salvar esa inquietud, formulé mi pregunta decisiva:

—¿Y cómo has podido tú constatar tales efectos, si se trata de comprobaciones en la muerte?...

—¡Hé ahí el servicio inapreciable que Lucio Herrera ha prestado á la ciencia! ¡He ahí lo que convierte el suicidio de Lucio Herrera en una muerte trascendental y magnífica! ¡Hé ahí lo que ante los amigos de Lucio Herrera y ante todos los hombres, justifica la crueldad de mi crimen secreto!...

Hablaba el doctor Fornés como un poseído, y al repetir el nombre fúnebre y evocador, la sala entera parecía llenarse de su sombra. La larga disertación científica de mi amigo, habíame distraído de aquel recuerdo, y su nombre volvió de pronto á renovar la simpatía humana en su relato. Yo no comprendía aún la totalidad de aquel drama, pero su propia reconstrucción *fragmentaria* y confusa, colmaba mi incertidumbre, en ese mismo gabinete de la calle Canning, donde el macabro experimento se realizara. Cerrada ya la noche, la sombra y el lugar daban un fondo de miste-



rio á las evocaciones del doctor Fornés. Estaba su discurso animado á la vez de ciencia ruda y de esa obscura presencia de la muerte que presta al pensamiento humano un eco grandioso, y que es, sin duda, lo que ha salvado del olvido los grandes libros del Oriente. El viento nocturno que un momento antes soplara por la ventana abierta entonces, se había hecho más grave, y en los negros ramajes del jardín y en los altos resquicios de las claraboyas, modulaba sus voces quiméricas, como si una ronda de trasgos hubiera venido á oírnos, cuchicheante, junto á los muros del pabellón iluminado, fantástico, espectral, entre los árboles y la noche.

* * *

El doctor Fornés caminó hasta la sala inmediata y abrió una caja de hierro que se podía ver desde mi asiento. Al volver á su sitio, traía un pequeño frasco, y alcanzándomelo, dijo:

—Ahí tienes tú la «psiquina».

El frasquito, herméticamente cerrado, tenía un exiguo membrete azul, en el cual se veían cifras caprichosas, combinadas con una B griega.

Comprendí que llegábamos al punto crítico en que tantos hechos dispersos debían reunirse en una explicación razonable ó desenlazarse en la prueba de que mi amigo el doctor estaba completamente loco.

Y el doctor Fornés reanudó así su confidencia:

—Lucio Herrera conocía mi hallazgo, y sabía hasta dónde habían llegado mis investigaciones. Sabía, por ejemplo, que en el más audaz de mis experimentos, había conseguido la muerte y la resurrección de un mono. Constábale además que me preocupaba la necesidad de un experimento idéntico en sujetos humanos. El, una tarde que se me apareció de pronto en el jardín, me había sorprendido con Job, mi gorila, á quien yo le hablaba en protesta frenética porque no podía contarme lo que había sentido durante el coma. El, en fin, me había oído quejarme de las preocupaciones y *las leyes* que no permitían á un sabio, en trances análogos, practicar experiencias que podían ser útiles á la vida, obrando con el cuerpo de los idiotas, por ejemplo, ó de los condenados á muerte. Y todas estas ideas se me agolparon en la cabeza y en el ánimo, imperiosas como una necesidad, cuando te he dicho que sentí la seducción satánica que me arrojaba hacia aquel experimento que ha sido, quizás, un crimen. Hice esfuerzos dolorosos para no ceder á esa tentación, y de pronto fué como si la idea fatal hubiera saltado de mi cabeza á la de Lucio. Habíame negado rotundamente á suministrarle tóxico alguno. Me había mostrado insensible y sordo á sus imploraciones. Suplicábame con humildad, con vehemencia, como los amantes ó los mendigos. Llegué yo á amenazarle con que no lo dejaría penetrar más en el gabinete; él llegó á ofrecerme su encéfalo y su médula para las microtomías del laboratorio. Después de tales alternativas, y cuando creía haberlo reducido del todo, me dijo, con una voz insinuante, suplicante, desesperante: «*Bueno: entonces me entrego para que repitas en mí el* experimento que hiciste con Job, el gorila»... Yo, al oírlo quedé inmóvil en mi silla, helado, mirándolo con impavidez. Sin duda, él creía que no podría resucitarlo, y yo, que tenía la completa seguridad de conseguirlo, sentí la seducción de aquella hora única en mi vida. Yo no sé si tú me comprendes. Aquella era la hora del amor, la hora del crimen, la hora de la verdad, la hora de la muerte, que pasan una sola vez en la vida de cada hombre. Algo mas fuerte que yo me poseía, y comencé á obrar, sin precipitación, sin incertidumbre, sin remordimiento, sin sombra de emoción satánica ó macabra. No tomé sino dos precauciones: ir á ver si estaban ya cerradas las verjas del jardín y constatar que mis criados dormían. Cuando volví al gabinete, Lucio Herrera, que se había desnudado todo el busto y tendido sobre ese diván, aguardaba sereno, y mientras yo cargaba la cánula para practicarle una inyección, comentó muy apaciblemente: «Si los *dioses no fueran inmortales, la muerte* natural de los dioses sería como la que proporcionan estos admirables venenos»... Eran las 11 y 35 de la noche, el 22 de junio, cuando le inyecté unos 30 centigramos de mi alcaloide — de mi psiquina — todavía no roentgenizada, es decir, no cargada de las luces ocultas del radio — en lo cual reside la particularidad de mi experimento. Yo me senté á su lado á anotar observaciones sobre el pulso, la respiración, la exudación, la temperatura general, la dilatación de las pupilas, siempre creciente, y la comunicación con el mundo externo, cada vez menor. A los diez minutos su insensibilidad era absoluta. Verás tú...

En esto, el doctor Fornés volvió á la caja de hierro y trajo un sobre lacrado, que rompió en mi presencia, y sacando de él varias hojas, separó de entre ellas una, donde se leía con irregulares y enormes letras de lápiz:

«h. 11.40—60 pulsaciones; hipotermia; transpiración.

«h. 11.43—Respiración lenta; cianosis.

«h. 11.50—40 pulsaciones irregulares; frialdad.

«h. 11.52—Reflejos, nulos; inmovilidad pupilar.

«h. 11.55—Le he clavado un alfiler en el pecho: no lo ha sentido.

«h. 11.56—35 pulsaciones; respiración escasa y lentísima.

Las anotaciones continuaban, igualmente precisas y lacónicas, hasta marcar á las 12 de la media noche, «Coma». Era la penúltima línea, la postrera de todas, con una letra más serena, decía: «1.10 de la madrugada—Defunción»...

Al leer aquella postrera línea, sentí crecer mi ansiedad.

—¡Y bien!—prorrumpí, mirando fijamente al doctor:—¿No negarás ahora que tú le mataste?...

—Escúchame—respondió. Ten paciencia porque todo lo que hoy te cuento, es extraño. Yo había previsto que como Job el gorila, Lucio Herrera debía resucitar, y Lucio resucitó.

—¿Cómo?...

—Sí; resucitó; acá mismo; aquella misma noche... He dicho que había operado con el alcaloide sólo; después lo usé cargado por *las luces negras del radio. ¿Qué transformaciones produce* en él? No sabría decirlo. Entramos ya con ello en los dominios de la química oculta en sus relaciones con la biología. Fué, sin embargo, muy lógica, la inducción que me llevó á someter de un modo empírico, mi alcaloide á la absorción de las fuerzas radiantes. La ciencia actual ignora la acción bioquímica de los alcaloides, aunque señala y aprovecha sus efectos sobre las funciones superiores y típicas del hombre: la conciencia del pensamiento y del dolor. Las radiaciones que hoy preocupan á la química, actúan también sobre la vida íntima de los seres, y aunque la ciencia ignora su secreto, comprueba sus efectos en las células nobles del animal ó en la corteza coloreada de los vegetales, como lo hace la misma radiación del sol, fuente de nuestra vida. Estamos, como ves, junto al abismo de lo misterioso. Dada la unidad secreta que todo ello denuncia en el universo, imaginé que la inteligencia debe ser una síntesis de todas las fuerzas radiantes, y el cerebro humano un condensador poderoso, bien que tosco aún, de todas esas fuerzas. Me fundaba para ello en que la conciencia se forma con los datos de los sentidos, y que éstos datos no son sino elaboraciones superiores que el cerebro realiza sobre la impresión de radiaciones parciales: luz, calor, sonido, olores, etc.—las pocas y mezquinas radiaciones que *nuestra periferia puede* recibir. «Si se pudiese llevar la acción de esas fuerzas radiantes á un bulbo muerto, la vida se reanudaría»: Tal fué una de mis premisas, y razonando de manera análoga, me figuré que si la inteligencia seguía vibrando en el astral después de la muerte, al reanudar la vida en un cadáver reciente, podría comportar una revelación estupenda sobre lo desconocido... Fué mi aturdimiento de aquella noche fatal, creer que Lucio Herrera podría ser el agente de esa exploración sobrehumana: ser el espectro que vuelve. Provenía esa creencia, de que yo había conseguido matar y resucitar inmediatamente á Job el gorila. Es cierto que murió mi mono á las pocas horas de haberle resucitado: murió después de una prolongada crisis de convulsiones y gritos, que yo atribuía al espanto de recordar lo que su alma

había visto al otro lado de la sombra, y al dolor de no poder expresarlo... Algo análogo me ocurrió con el pobre Lucio. Cuando constaté la completa falta de temperatura, de respiración, de sensibilidad y de pulso, le practiqué una inyección intravenosa de «psiquina», pero esta vez radificada. A los 5 minutos los fenómenos vitales comenzaron á reaparecer. ¡Puedes imaginarte mi júbilo! Pulsaba lentamente, pero pulsaba... Esta situación angustiosa se prolongó hasta las tres de esa noche. Empezaba á desesperarme, cuando, á esa hora, la reacción pupilar comenzó á ser favorable. Púsele sinapismos; díle coñac más tarde; y luego se movió con cierta holgura. Por fin, vi que me miraba, con expresión un tanto impávida; pero me miraba. Así nuestro fantasma fué volviendo, y cuando podríamos decir que se había reencarnado del todo y recobrado la conciencia de la vida exterior, se irritó de tal modo y se dejó poseer por una cólera tan de loco, que no espero volver á sufrir en todo el resto de mi vida, angustia más dramática que la de aquella triste noche... «¡Eres un miserable! ¡Eres un miserable! ¡Eres un miserable!» gritaba el pobre Lucio mirándome furioso, con ansias de acometerme. Yo le invitaba á calmarse, á no proferir aquellas voces; prometíale explicarle de lo que se trataba. «¡Eres un miserable!»—gritaba otra vez, mirando la mesa, la cortina, los armarios, todo cuanto le rodeaba, como para cerciorarse de que estaba vivo otra vez.—Tenía los ojos exorbitados; el cabello en desorden; sudoroso el rostro y pálido en demasía. Se levantó del diván con ese gesto del verdadero espectro que vuelve, y tomando de esta mesa una de las retortas, me la arrojó con tal violencia sobre la cabeza que fué á romperse en mil pedazos contra la pared, y después una copa, y después una varilla metálica; y, como extenuado por su propia exasperación, cayó bramando al suelo. Me acerqué nuevamente á su lado y conseguí calmarlo. Me acusaba de haber profanado su dolor; de haber engañado su angustia; de haber jugado con su vida rota, un envite de orgullo humano á la fatalidad y á la muerte. Procuré disuadirle de esa opinión, diciéndole que si yo había procedido mal, le confesaba haberlo hecho movido por una tentación generosa. Entonces, sobre la promesa de que le daría morfina para que él se matara en su casa, obtuve de él que escribiese en una hoja de papel algo de lo que me dijo haber sentido durante la muerte...

—¿Y lo escribió?—le pregunté.

—Sí, lo escribió.

—¿Acá mismo?

—Acá; sobre esta misma mesa.

—¿Y tú tienes el documento?

—Lo tengo, sí; juntamente con el otro de las observaciones.—Y del sobre lacrado que antes rompiera, sacó dos hojas de block, en las cuales reconocí la escritura, para mí familiar, de Lucio Herrera.

Si antes pude dudar de la veracidad ó la cordura del doctor Fornés, aquel documento era la comprobación de sus palabras. Cuando lo hube minuciosamente examinado, el químico lo retomó cortesmente, y empezó á leerlo, con la voz algo quebrada por la emoción. Escuchábale yo absorto en una avidez desesperada, con toda la luz del alma puesta en mis ojos.

* * *

El documento dice así:

«Yo, Lucio Herrera, argentino, en vísperas de morir, declaro que es cierto lo que va á leerse:—El doctor Miguel Aníbal Fornés, mi amigo, acaba de realizar en mí un notable experimento, esta noche, 22 de Junio de 1905, en Buenos Aires, nuestra ciudad.—Consiste el experimento en haberme inyectado una substancia que dice haber extraído del papaver de Esmirna. Esta substancia me ha causado la muerte y luego, mediante el mismo alcaloide radificado, dice él, me ha devuelto la vida, como puede comprobarse por estas líneas que aquí escribo á invitación del doctor.—Que he estado muerto, no puedo dudarlo, porque tengo la convicción de



haberlo estado. Referiré cómo han ocurrido los hechos:—Después de la primera inyección, sentí un hormigueo en las orejas, la nariz y la yema de los dedos. Después comencé á traspirar, á sentir una enorme fatiga, á perder sensibilidad. Parecía el paso de una vigilia laboriosa á un hondo sueño. Creí luego que yo era un paralítico, pues de sólo imaginar un movimiento, sentía el peso colosal de las extremidades que deseaba mover. Así dí en creerme todo blando, sin esqueleto, mucilaginoso, viscoso, húmedo y denso todo el cuerpo. Me crecía el cuerpo y se me polifurcaba en tentáculos, tan infinitamente largos que me creía un molusco universal, con cabeza humana y cintas de materia que ondulaban por el espacio ó se posaban en los planetas, envolviéndolos como á Saturno el fluido de sus anillos. Mi carne, blanduzca, negruzca, tenía á la luz de aquellos cielos, reflejos verdes, amarillos, morados, como la carne tornasolada de los pantanos en la tarde. Pronto llegó mi cuerpo á confundirse con lo infinito, y se disolvió en él, fosforescente de luz etérea. Quizás sea después de este momento, cuando el doctor Fornes me pinchó con un alfiler en el pecho, según dice, pues ni lo sentí, ni me quejé, ni sangré siquiera... Perdí la sensación de mi cuerpo, digo, pero no la de mi ser, pues todo yo fuí entonces como una esfera fluida, con una luz dentro de mí encendida. La luz que me encendía dulcemente, coloreaba la esfera de anaranjado, de azul, de violeta, pero por transiciones de color muy sutiles. Dentro de ella, y como si la luz de la esfera se viese á sí misma, contemplaba «yo» las visiones más absurdas, visiones sin lógica alguna de forma ó de sucesión... Era de pronto una procesión de almas levantando polvaredas de estrellas en el camino de la eternidad, dorado el polvo por resplandores celestes... Ví también un río de sangre que pasaba por mí, y en las olas inquietas que de su cauce se alzaban, formábanse cabezas de amenazantes euménides ó de voluptuosas sirenas, cuyas caras eran como reminiscencias de mujeres por quienes había alguna vez amado y sufrido. Y sentía como en el alma las turbulencias y las amarguras de aquel río... Ví también en sus márgenes, pues era yo mismo, á ratos, aquel extraño río, selvas exóticas, jardines maravillosos, árboles humanos que alzaban á mí zenit atormentados brazos, árboles musicales que poblaban ese aire de sinfonías inauditas... Por el río desembarqué en un gran mar, y ví en el mar una isla de oro, donde el aire tenía el sabor de los frutos más regalados y el aroma de las esencias preferidas de los reyes antiguos... Ví también montañas, pagodas multicolores, símbolos materializados, torres de azur que se desvanecían en su propia substancia, mónstruos que silvaban con eco estridente, cuando pasaban sobre mí, ó por mí, batiendo sus grandes alas en la esfera de luz de mi propio ámbito... Poco á poco estas visiones fueron haciéndose más efímeras y confusas.—La última fué una sucesión de siete bellas vírgenes desnudas, que llevaban cada cual ceñidos de fascinantes piedras de luz, los puños mórbidos, los tobillos finos, el cuello hierático, la cintura lasciva, donde pendían turbadores símbolos... Esto fué lo último que vi, y al mirarlas pasar, seguí tras ellas, pero ellas siguieron hasta desvanecerse más allá de la esfera luminosa, y al pretender franquearla caí, de súbito, en un abismo sin fondo, sin límites, sin término—¡abismo de abismos, sima de siglos y de noches!—Al caer en su inmensidad, yo lancé un grito; ¡digo que lo lancé!—grito de espanto—aunque el doctor Fornés me dice que nada oyó de aquel clamor aquí en la tierra... En ese instante yo era una sombra y el abismo donde cayese, lo era también. Pero como quien se sale de sí mismo, yo sentí que empezaba á salir de aquella tiniebla: salía de ella mi alma quizás, más como sale el aire de una flauta; purificado en cántico. Digo que así salía: fué al pronto en mí como una sensación de libertad, de beatitud, de vida verdadera. Ondulaba mi ser sobre un elemento que ondulaba él mismo, así las ondas sobre su oceano. Todo era silencio en torno, melodioso silencio, ritmo de eternidad. Aquello debía ser lo que suele llamarse la música de las esferas. Música era sin duda; pero música sin sonidos, número generador, vibración de las fuerzas, éxtasis de los mundos. Aquello debía ser lo que llamamos la muerte. Mi alma flotaba en su inmensidad, armoniosa y ligera, como un nimbus de plata en una noche de

estío, toda ella misteriosa de su silencio y de su luna... Yo quisiera poder contar, no lo que mi alma ha visto, porque nada veía; ni lo que ella ha oído, porque nada oía; sino lo que Ella...»

* * *

—Aquí termina el documento—dijo el doctor Fornés.

—¿Cómo así?—*pregunté sorprendido.*

—Parece algo fatal... Mientras Lucio escribía, yo había estado paseándome por el gabinete. Escribió presurosamente lo que hemos leído; presurosamente, como si alguien se lo dictara, sin tachas ni errores, como tú puedes verlo. Escribía con un lápiz azul, que también conservo, de suerte que casi no producía ruido, al rasgar el lápiz sobre la cuartilla. Paseábame yo, aguardando que terminara, cuando le ví de pronto ponerse lívido, detener la escritura, y caer helado y blando sobre la mesa, la cara yacente junto á los papeles, el brazo izquierdo pendiente hasta casi tocar el suelo con la mano lacia... Acababa de morirse, en ese mismo instante.

—¿Y cómo te explicas esa muerte?

—No lo sé. No necesito ya saberlo. He pensado mucho en ella, sin arribar á nada verdadero. Divagaciones... Divagaciones, nada más. He oscilado entre todo género de hipótesis. He creído ver en ello una venganza de las fuerzas ocultas que rigen el mundo, si es que son fuerzas inteligentes como nosotros... He creído también que Lucio estuvo muerto desde el coma, ó sea desde medianoche, y que su resurrección, no fué sino un fenómeno físico, ocasionado por la acción de la energía radiante sobre los centros de la vida, como yo lo imaginaba, pero fenómeno físico nada más...

—Y tú, ¿qué hiciste cuando le viste caer?

—Correr á su lado. Lo hablé, lo sacudí, lo tendí en el diván, lo sobé con un cepillo, le apliqué sinapismos, le administré cafeína, le traccioné la lengua... ¡Nada! Todo era irremediable. Estaba *muerto; definitivamente muerto, más que ningún otro cadáver.* Estaba helado, blando, inmóvil, pálido. ¡Muerto, te digo; completamente muerto!... ¿Qué quieres tú que hiciese?... Caí sentado sobre su propio diván, con una de sus manos en la mía; medité un instante, y en sólo ese minuto fué como si se desplomara sobre mis hombros toda la fábrica del mundo, así turbada por mi orgullo. Hubiera sucumbido ahí mismo, junto al cadáver de Lucio, pero recordé de mi mujer, y comprendí otras responsabilidades... Vi la hora: eran las 4 de la madrugada. Una hora más tarde, y el alba comenzaría á clarear. Sentí la urgencia de resolver aquella situación antes de que amaneciese: vi descalabrarse al día siguiente mi nombre, mi posición, mi carrera, bajo la justicia del estado y la ignominia de la sociedad. Ninguna solución se me ocurría, no obstante. Apagué entonces la luz del gabinete; cerré la puerta, y dejando aquí dentro el cadáver, atravesé el jardín como un asesino, hasta llegar á las habitaciones donde dormía mi mujer... Más de una vez habíame quedado en el laboratorio hasta muy tarde; pero apenas abría la puerta, ella solía incorporarse para recibirme... Vióme entrar aquella noche, y presintió en el acto la tragedia, no sé si por agudeza de amor ó porque yo debía de llevar en mi propio rostro las huellas de aquel recóndito espanto... «¿Qué ocurre?», me preguntó mirándome sobresaltada. «Lucio Herrera acaba de quedárseme muerto en el laboratorio», le contesté. Hízome mil preguntas; las respondí turbado: le referí someramente lo que ocurría. «¿Qué hacer?» le dije. «Corre á la policía y *denuncia que ha fallecido*». Yo me opuse, porque era ir al peligro. Lo presentía ya desde aquella noche. Sabía que no hubiese podido decir toda la verdad, porque ni la ley ni la moral me hubiesen amparado. Temía á la autopsia, temía á la justicia, temíale á la verdad misma. Yo sé que yo no lo era, que yo no soy un criminal. Muchas razones me excusaban, pero la sociedad no me hubiese excusado... Yo le hice estas reflexiones á mi mujer; ella se calzó, rápidamente, y echando sobre sus hombros un paletó de invierno y embozándose el cuello en una boa de pieles, me dió el brazo diciéndome: «Vamos al laboratorio»... ¡Nunca he sentido más confianza en el alma de la pobre Esther, que aquella horrenda *noche de junio!* Vinimos al laboratorio, donde se impresionó hondamente; pero, á pesar de ello, discurrió en el acto una solución, la única practicable...

—¿Cuál era? — interrogué ansiando un desenlace para aquella intriga de episodios.

—La que realicé para *salvarme:* Vestíme con un capote y gorro de «chauffeur», puse el cadáver de Lucio en el fondo de mi automóvil; saqué de su bolsillo la llave de su zaguán, y me dirigí á su casa en Belgrano, donde entonces vivía completamente solo. Su calle, felizmente, era desierta y extraviada. Esther, sintiéndose muy nerviosa, se había negado á aguardarme en sus habitaciones hasta que yo regresara. Dijo que habría de acompañarme hasta el fin, y que afrontaría conmigo lo que ocurriese. Montó conmigo en el automóvil, animada de ese coraje temerario que el amor inspira, y de miedo supersticioso por el cadáver que vestimos y aseguramos en el asiento de atrás, bajo la capota cubierta. Ella se sentó adelante, y asida fuertemente á mi brazo, bajamos por las avenidas de Alvear y Vértiz, sintiendo en la cara el viento frío de la noche. *Cuando llegamos á Belgrano, descendimos cuidadosamente* el cadáver, simulando un enfermo que anda, por si alguien nos veía; yo le tomé de un brazo, ella del otro, con la cara vuelta de horror. Nadie nos vió, felizmente, hasta que le entré en su zaguán, abierto y cerrado con la propia llave del muerto. Confieso que esta fué mi única actitud clandestina en toda aquella noche, siniestra, sin duda, pero no villana... Al volver por las avenidas de Palermo hacia esta casa, un alba pálida de invierno sonrosaba ya la sombra húmeda del naciente, sobre las aguas turbias del Plata... ¡Qué tristeza profunda había en aquel amanecer, amigo mío!... Yo y mi mujer nos sentíamos tronchados de fatiga física, de desaliento, de incertidumbre por el porvenir.

—¿Y cuál ha sido el epílogo?

—Que esa mañana, en Belgrano, al ir su casera á abrir la puerta de calle, se encontró en el zaguán con el cadáver de Lucio. Por la banderola de cristal, la luz azul de la mañana arrojaba un resplandor aciago sobre el cuerpo de aquel vencido... Entonces fué el desencadenarse de la tragedia... Los diarios, la justicia, el rumor público... La falta de indicios estimulaba el comentario. Se abusó de la conjetura hasta lo inverosímil. ¿Un crimen? No se encontraban rastros. ¿Una muerte repentina? La autopsia la desechaba. ¿Un suicidio?... ¡Ah! si yo hubiera dudado, siquiera por un instante, que mi alcaloide radificado no iba á resucitarle— como resucitó á Job el gorila, á mis conejos de la India, y á Lucio mismo, en fin—yo le hubiera pedido que previamente escribiese las dos líneas usuales de los suicidas: «No se culpe á nadie de mi muerte». Lucio Herrera no tenía familia en Buenos Aires; su madre, *sola y viuda, habitaba en una provincia lejana.* Se buscó entre sus papeles una despedida, un aviso; mas nada se encontró. Entonces fué cuando se retornó con ahinco á la hipótesis de un crimen, de un envenenamiento. Pancho Berdía declaró en el sumario que aquella tarde le había oído anunciar que iría á visitarme por la noche; llamóme la justicia al sumario y puedes imaginarte mis esfuerzos para fingir ignorancia y serenidad. Me redujé á decir que, en efecto, Lucio había estado hasta las 10 en mi laboratorio; que lo había notado aquella noche muy sobresaltado, pero que nada sabía, después de aquel momento... Eso bastó para la calumnia: las conjeturas insidiosas vinieron á mancharme el hogar...

Al llegar á este punto el doctor Fornés cambió de tono; su voz se hizo más firme, su gesto más angustioso. Su señora había muerto pocos meses después de aquel suceso, y era á ella á quien se refería: el rumor público llegó á hablar de una venganza conyugal, en que Lucio aparecía como causa de toda una imaginaria y vulgar tragedia.

Y el doctor Fornés recapituló, poniéndose de pie:

—Esto es lo que yo deseaba referirte, para rehabilitar á mi muerta, de lo que hayas oído por ahí y para que tú mismo puedas rehabilitarme... ¿Me crees ahora culpable de un crimen?

—No—fué mi respuesta categórica.

* * *

Ignoro si podría darla ahora con igual *convicción.* He pensado mucho, desde aquella noche, en este caso singular, que me interesaba por su fondo de dolor humano y por su audacia científica. He sabido, asimismo, que en la autopsia, no hallando los médicos rastros de enfermedad, ni de tóxico alguno, exploraron el cerebro y encontraron que el bulbo y el encéfalo, degenerados, se deshacían como una ceniza oleosa. Esto quizás sea un indicio de que la muerte de Lucio Herrera fué consecuencia del experimento. De todos modos, su resurrección, y el documento que la atestigua, lo mismo que la psiquina y sus radiaciones ocultas, han de preocupar alguna vez á las academias científicas. Por hoy, este relato sólo podía ser un problema de moral profesional que entrego á la meditación de los médicos, de los abogados, de los jueces, de los filósofos. Pero, según lo he declarado, mi pretensión al referirlo y darlo á la publicidad, se reduce tan sólo al deseo de rehabilitar los nombres de Lucio Herrera y del doctor Fornés.

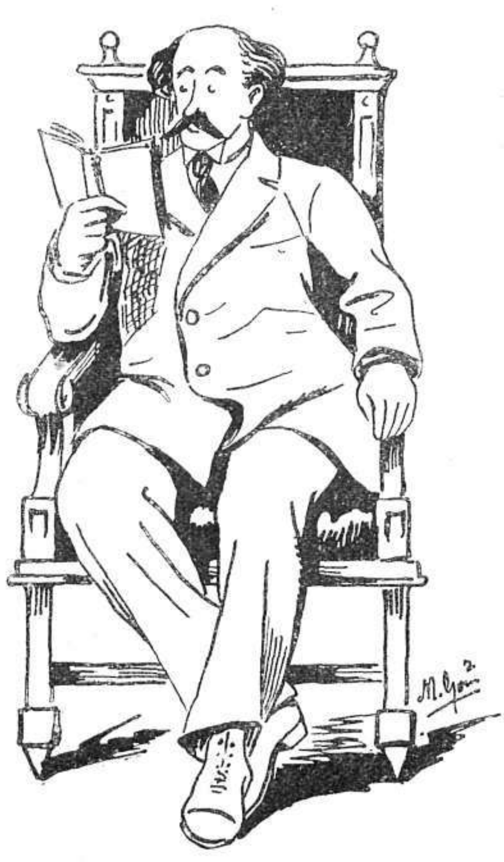
Que el espíritu de la beatísima esposa, *también finada ya*, auspicie desde lo inefable estas páginas lustrales, como auspició con su presencia, en vida, la severa morada de la calle Canning...

RICARDO ROJAS.

Dib. de Hohmann.

Don Quijote modernista

Para "Caras y Caretas"



CAPITULO I

En una urbe manchega, de cuyo apelativo no quiero remembrarme, ha un lapso vivía la vida un burgués de los de escopeta en armero, canana antigua, rocín desmedrado y galgo *pure sang.* Una olla algo más vacosa que acarnerada, *ragout* las más noches, timbal macarrónico los días brujos, algún símbolo de Espíritu Santo de incremento los días misados esfumaban los tres cuartos de su hacienda. El resto de ella concluían, sombrero copudo, levita luctuosa para los días feriados con zapatos radiantes, y los días laborables se honraba con terno de fina vicuña. Tenía en su domicilio un ama cuarentada y una sobrina sin veintear, y un efebo agrario y urbano que así gasolineaba el auto como emulaba á Ceres. La edad de nuestro burgués lamía en los cincuenta años, era de complexión dura, sacudido de carnes, desmojado de frontispicio, gran saludador del Fósforo (1) y amigo de su hogar. Es público que se nominaba Quijano. Pero esto es minucia para nuestro relato: basta que en su narrado no se rebose gota de lo verídico. Es pues de saber que el expresado burgués, los ratos de nostalgia (que eran los más del año) alimentaba su intelecto con libros glaucos (2) con tal avidez y fruición que olvidó casi por completo el deporte cinegético y hasta el cuido de sus bienes; y fué tan intensa su curiosidez y desacierto en esto, que vendió muchas hectáreas de pan llevar para comprar libros de poetas modernistas que leer, y se llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos, y de todos ninguno le placían tanto como los que peñolizó el divino Rubén Darío, porque la abstrusidad de su léxico y aquellas piruetas con el castellano le parecían de perlas, y más cuando llegaba á leer aquella «carta á la señora de don Leopoldo Lugones», donde se halla escrito:

«En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol
cosas de flor de luz y de seda de sol.»

Y también cuando del mismo poeta leía: «La cola eucarística del pato», «La cola del pavo real exalta su prestigio», «La esmeralda de esos pájaros moscas, que melifican entre las áureas siestas foscas». Con estas imaginaciones perdía el pobre caballero el juicio y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con el reló de péndulo que E. Marquina colocó dentro de un yate de recreo en su novela «Almas anónimas» porque se imaginaba que, por grandes relojeros que lo hubiesen construído, habría de perder el isocronismo con el movimiento del barco. Pero con todo, alababa en la misma novela aquel llamar *artefactos* á las flores naturales. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar sobre cual había modernizado más, si Marquina al inventar los *patios subterráneos* (3) en su drama «Doña María la Brava», ó Francisco Villaespesa al escribir que *el gato rozna*, siendo así que *roznar* significa *rebuznar.* Mas Nicolaez, peluquero

(1) Así se llamó antiguamente el lucero de la mañana.
(2) Hoy equivale á «modernistas».

(3) Para ser patios han de estar al descubierto.



del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba á Santos Chocano que escribió:

«En tanto el regio potro que ensaya los clarines,
de un resoplido al ábrego, hace silbar las crines
como si fueran dignas de acariciar violines.»

Y que si alguno se le podía comparar era Manuel Machado al hablarnos del *color pierna de ninfa emocionada*. En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches de claror en claror y los días de penumbra en penumbra; y así del poco dormir y del mucho leer incipió su vesanía. Llenósele la fantasía de *tardes místicas, horas hieráticas, manos liliales, abejas siderúrgicas y ranas incorsetadas*. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad aquel cúmulo de dislates que leía, que para él no había cosas más racionales en el Cosmos. Decía él que si Rubén Darío llamó *carnívora* al ave que se alimenta de peces, y si escribió *Victorias ganadas*, debido fué á estar enfermo de poesía. Mejor estaba con Marquina al escribir: «La deliciosa sensación interna, el íntimo hechizo de la inspiración que, consciente de sí, tenía las dificultades y torturas de la forma, le mantenían en una morosa inacción voluntaria que tenía todas las crepitaciones titilantes de una ebullición tranquila.» Decía mucho bien de doña Emilia Pardo Bazán al dar alas á la garduña y hacer respirable el hidrógeno del aire. Diera él por escribir de las ruedas cuadradas y de los cántaros macizos, la ama que tenía y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario hacerse saltimbanqui literario é irse por todo el mundo con su plectro á buscar frondas cristalinas, horas ingrávividas y todo aquello que él había leído y que describiéndolo cobrase nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por los secuaces del alcoholizado Verlaine; y así llevado de tan extraño gusto, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar un fagot que había sido de sus bisabuelos, á fin de que le sirviera de pipa donde fumar espliego; patear su duro sombrero y convertirlo en flexible; ponerse corbata policroma y chaleco rutilante; afeitarse el bigote; colocarse melenas de estopa hasta que le crecieran propias, y un servilletero á modo de monóculo; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que se había transformado en poeta modernista, y satisfecho de su figura la besó en el espejo. Fué luego al desván en busca de un paraguas rojo y aunque corcosido y apolillado, le pareció que ni el de Azorín á él se igualaba. Cuatro días se le pasaron en imaginar cómo firmaría sus escritos, porque no era razón que escritor tan famoso firmara lisa y llanamente, y así consultó con Pío Baraja y le pidió adjetivo altisonante que añadirse como conviene á la moderna secta que diputaba por suya; y así don Pío, después de mucho rebuscar le ofreció el dictado de Estupendo, como Rubén Darío se adjetivó Divino; doña Emilia, Eximia, y Villaespesa, Plectro de Oro. Limpios, pues, su fagot-pipa y rojo paraguas, hecho flexible su sombrero, trasados su chaleco y corbata, depilado el rostro y melenada la cresta, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino despreciar la dama con quien pensaba casarse; porque el poeta glauco con amores mujeriles es árbol sin fronda ni pomas y cuerpo sin psiquis. Decíase él: si yo, por mi buena suerte, me encuentro en un jardín abandonado y clorótico una sílfide de ensueño azul, que deambula ingrávida, como suelen encontrar los polichinelas literarios, escribiré:



Es la hora
gilba. Se colora
el paisaje
y aparece en el jardinaje
mi señora;
va peinada como las de Corinto
y sus piececitos sueñan con las delicias de un plinto.

¡Oh, cómo se relamió nuestro vate cuando hubo expulsado esos versos! Y más cuando halló nombre para su ninfa. Y fué el de Lais, más músico y peregrino que los de Tisbe y Galatea y más propenso á un gesto de efluvios sensorios desgranados en dejos añorantes que esiánica y triunfalmente complejizan las nostalgias conviviales á la par que integran las emotividades de una exaltación abúlica.

MELITÓN GONZALEZ.

Dib. del autor y Cao.

Buscando el rastro...

La tan sonada aventurilla y el escándalo mayúsculo, vino á mi conocimiento por la relación que me hiciera «alguien» á quien debeis conocer. Y digo que «debeis conocer», dado el caso de que hubieseis sido frecuentadores de la calle de la Florida, en aquellas tardes de «corso», ya desaparecido, ó lo seais en las horas en que las señoras y niñas acostumbran á ir de tiendas... ¡Es él, sí, es él—no podeis equivocarlo con ninguno—el viejo tenorio, con sus diez y seis lustros á cuestas, que ha cruzado... ochenta y tantas primaveras y que aún se cree poseido por el eterno verdor de la isla de Calipso! — (Ejemplar rarísimo de aquel pasado que diera *hombres de larga vida, como no los dará el presente*. — S. E. U. O.)

Y en cuanto no chicoleaba ó no encontraba palmito digno de *su gusto, aun no* estragado, se quedaba recostado ó apuntalado junto á la pared de la esquina por donde *más* gente pasaba, pintando en el gesto de su rostro los irresistibles deseos de contarle á éste ó á aquél, sus recordados y ya lejanos triunfos en las lides de Cupido. Y fué que, en uno de esos momentos «psicológicos», me topara á tiro y á boca de jarro me espetara la aventurilla y el escándalo mayúsculo á que ut supra me refiero.

Allá va:

Y era que se era que en aquel barrio, por más señas cercano á la plaza del Retiro — hoy de San Martín — había una casa mentada por las camelias, que cuidaba como niñas de sus ojos, el dueño y señor de aquella casa.

Don Antonio Dordoni, al que, cuando menos, habréis oído mentar, por haber sido el antiguo abastecedor de la calle Larga de la Recoleta—hoy Avenida Quintana—abastecedor de plantas, ramos y flores de la gente de pro y círculos sociales de aquel entonces, no tenía marchante más rumboso, siempre y cuando se tratara de alguna rareza en la especie rosácea de su predilección.

Y es de advertir que si hermosos eran los productos en la singularidad expresada, que en el huerto del fondo de aquella casa había, más lo era la dama conque desposado se encontraba el monomaníaco «cameliante» — como le llamaban los vecinos — que se olvidaba de todo cuando en las enhiestas ramas, cubiertas de verdinegras y relucientas hojas, abrían los capullos y se desarrollaban en el brillante y caprichoso multicolor de la naturaleza vegetativa.

¿De «todo» he dicho? Sí, pues, hasta de aquella espléndida é interesantísima mujer.

Y... tanto fué el cántaro á la fuente que... una mañana se encontró el confiado marido — que, como seña particular, dormía cual un bendito, soñando con sus camelias — conque... allí estaban, rotas y pisoteadas, sus más hermosas flores, sus más gallardas plantas!

¡Qué, si aquello era para clamar al cielo!...

Con la consiguiente aturdida estupefacción, llamó, con grandes voces, á su esposa, á la que, al acudir un tanto reacia por la turbación mal disimulada, le mostró aquella «hecatombe», minucia por minucia.

¿Quién ó quiénes habían sido los inhumanos bárbaros que cometieran tal desaguisado?

Por más malvados que fueran, los sirvientes de la casa no podian ser, y no podian ser, porque aun cuando lo hubieran pretendido, no lo lograrían por tener el jardín verja muy alta que no se abría sino con la llave que él mismo echaba y guardaba de noche debajo de su tentadora almohada:

— ¿Verdad, hija? — preguntaba á su esposa, en el colmo de la desesperación, y ella, reflejando en el rostro vivo carmín del candoroso rubor, afirmaba con el gesto, sin decir palabra. — Esto — añadía él — debe haber venido por la tapia y hay que encontrar el rastro... — musitaba, marchando de un lado á otro, hasta que señalando á su derecha, se preguntó: — ¿*Habrá sido por ahí*?

Y como si la pregunta le pareciera infundada, se contestó:

— Por ahí no puede ser. En esa casa viven las de R..., tres mujeres ya viejas, almas de Dios, entregadas, día y noche, al rosario y en cuanto al marido de una de ellas, menos aún... Sí, hija, menos aún — le replicaba á su cara mitad, la que, sin embargo, seguía enmudeciendo y afirmando con el gesto lo que él decía — menos porque es cojo y un cojo no creo yo que se anime, así no más, á escalar una tapia... ¿Verdad, hija?... Ah, ¿por allí? — se preguntó entonces, con la mirada investigadora y el gesto interrogativo, señalando, con el índice extendido, el lado izquierdo lateral del muro, lo que hizo que el rostro de la hermosa mujer empalideciera y volviera á teñirse con el rojo del cándido rubor y abriera sus rasgados ojos con expresión de mudas, aunque elocuentes perplejidades, que desaparecieron cuando el «gallo ciego» de su marido añadió:

—Tampoco puede ser, porque ahí vive en su rancho la negra vendedora de empanadas y ni imaginar siquiera que esa vieja trompuda se ponga á saltar la tapia por el simple gusto de... ¿verdad, hija? — é impulsivamente llevó la mirada al fondo, pareciéndole notar allí señales inequívocas de asalto: — ¡Por allí... sí... por allí! — exclamó, y tomando una escalera y colocándola sobre aquella parte de la tapia se encaramó, más que de prisa, corriendo.

Aquella parte del muro daba á los fondos de la acomodada vivienda de una familia de prosapia altiva, siendo su jefe — acartonado y quijotesco — hombre de tan irascible carácter que... ¡guay! del que se atreviera á contradecir lo que él afirmaba.

Tres eran sus vástagos — varones ya talludos — los que no hurtando lo heredado, demostraban, en lo físico y moral, ser hijos legítimos de tal padre, en lo que á malas pulgas se refiere...

¡Santo Dios y qué geniazo el de los varones aquellos!

Y la verdad es, que ellos, fundaron bien su orgullo é irascible soberbia en la sólida base de una ascendencia «azul»: — nada menos que cabildantes, próceres y generales! — ¡Pues no te digo nada!

Ya dominaba nuestro coleccionador de camelias la parte alta del muro del fondo, encaramado en la escalera, y observaba desde allí el rastro imaginario, haciendo composiciones de lugar, cuando, estando los cuatro — padre é hijos — discurriendo en el jardín sobre asuntos graves, llegaron á vislumbrar sobre el mu-

ro — primero el padre y después los hijos — el rostro interrogativo del «cameliante» y... ¡allí fué la segunda Troya!

Fruncimiento de cejas, primero; luego, tembladura de labios y crispaduras formidables de nervios para producirse en seguida estallidos de truenos, relámpagos y rayos, y lluvia de sapos y culebras!

¡Qué borrasca, gran Dios!

Pues no faltaba más que encaramarse, así, nada menos que á la tapia medianera para enterarse de lo que ocurría en casa ajena!

Y en vano fueron las repetidas explicaciones y disculpas, é inútil ponerse en precipitada fuga, pues aún no había bajado el «cameliante» el último escalón, cuando, del lado opuesto, dominaron la tapia cuatro cabezas, que gesticulaban y gritaban al mismo tiempo de una manera horripilante!—Achacarles á ellos, á ellos!... descendientes de generales, cabildantes y próceres el asalto, la violación de domicilio y el destrozamiento de aquellos... jaramagos!...—«Insolente!»—«Canalla!»—«Gentuza!...» «Sapo del Diluvio!»—«Ahora verás!»

Y padre é hijos, haciendo uso de la misma escalera en que trepara aquel «curioso impertinente», bajaron á su jardín, sin esquivar cuanta hipérbole insultante y provocadora les vinieron á los labios, para terminar la obra del anónimo destructor, no dejando planta con rama... Y hecho, volvieron á trepar por la misma escalera desapareciendo tras la tapia, mientras marido y mujer, los contemplaban silenciosamente, asombrados tras la verja, que, por prudente precaución, cerraron con la doble vuelta de la llave.

Oh! lo que es el jardín quedó como «estos Fabio ¡ay dolor!...»

Y el temeroso marido —«olvidado de todo»— pero bien convencido de que el rastro era de allí y decidido al pleito por daños y perjuicios, se fué en busca de Dordoni para que le tomara el pulso á la recompostura; pero cuando á la mañana siguiente se presentara con el simpático abastecedor de plantas para mostrarle los despojos de aquel desastre, cátate que, sobre el muro del fondo, aparecieron de nuevo las cuatro cabezas de... Medusa!

Y es indubitable que debieron de haber pasado el día y la noche anterior inventando insultos y refinados improperios, porque de nueva y cruda ralea fueron los que por aquellas cuatro bocas salían!

Y no se crea que con ese segundo atropellamiento terminó el concierto de aquel cuarteto imponderable, no, señor:—á cada instante en que el infeliz «cameliante» volvía allí — zas! — como muñecos de resorte se le presentaban sobre el muro aquellas cuatro cabezas!

¡Qué, si aquello parecía cosa de encantamiento!

Y tantas fueron las presentaciones, y el escándalo creció de tal manera, que el pobre «cameliante» abrevió trámites y se fué con la repetición de aquella música, nada menos que á la jefatura de Policía—que la desempeñaba el nunca olvidado jefe don Cayetano María Cazón.

Era don Cayetano María Cazón—y esto para los que no lo hayan conocido—un funcionario de carácter moderado y hasta si se quiere conservador.

Le oyó su queja y aunque ya conocía de oídas los retintines de los caballeros aquellos, quedó admirado, pareciéndole imposible tales excesos. Se llamó á santo Tomás y acompañando al querellante á su casa, armó una celada, emboscándose en el jardín. No tuvo que aguardar mucho tiempo, pues en cuanto el «cameliante» tosió un poco fuerte, se presentaron, como por escotillón, las cuatro cabezas, vociferando y escupiendo los consabidos sapos y culebras.

Preocupado salió don Cayetano, y en cuanto llegó á su despacho, hizo que se citara inmediatamente al «pater» de los insultadores. Este, muy ajeno, probablemente, de lo que se trataba, acudió en el acto; pero no bien don Cayetano, después de los ceremoniosos saludos cambiados, con su moderación acostumbrada y suavidad extraordinaria—por tratarse de quien se trataba—le empezó á hablar del desagradable asunto, con el objeto de que tuviera á bien comprimirse, cuando encrespándose aquél, pretendió levantar el gallo...

¡Pues era lo único que faltaba!... ¡Levantarle el gallo nada menos que al gallo policial!

Y aquí don Cayetano, dejando á un lado su moderación y suavidades, sin zirigañas ni contemplaciones, se le fué á las barbas, diciéndole cuanto bien se merecía:

—Conque no, eh?—y antes de que aquellos convulsionados labios articularan ó reventaran en sus acostumbrados improperios, llamó al alcaide y le mandó que encerrara á aquel «delincuente» en uno de los calabozos de la crugía alta del segundo patio, sin importarle un pito los cacareos de aquellos cabildantes, próceres y generales!

Sabido por los talludos vástagos lo que con su padre habían hecho, aquello se volvió una bola de nieve.

Y como era lógico y natural, vinieron las influencias y las interposiciones de las más copetudas personalidades; pero, don Cayetano—tan blando y hasta débil en otras ocasiones—no cejó, largándolo cuando aquel deslenguado provocador, prometió bajo palabra de honor, y lo cumplió, disculparse con sus víctimas y no volver á molestarlas.

¡Ya pueden imaginarse los litros de bilis que tragarían aquellos energúmenos!

—Pues le agregaré, en última instancia, respecto á aquellos geniecillos, que, pasados algunos años y no siendo ya jefe de Policía don Cayetano, una tarde se encontró de manos á boca con uno de los hijos de aquel ogro—justamente en la esquina de la antigua confitería de la Victoria, de don Juan Costa.—Verlo y gritarle, con iracundo gesto, cuanto insulto se puede imaginar, todo fué uno.

—¿Y don Cayetano?

—Don Cayetano, cuya memoria en paz descanse, se echó á reir, se encogió de hombros y...

—Fuése y no hubo nada, ¿verdad? Perfectamente; pero, ¿cómo me explica usted aquel primer desfloramiento de camelias y rompedura de gajos? ¿Fueron efectivamente los del fondo los que?...

—Pero, hombre—replicó el viejo tenorio, echando una mirada al soslayo con toda la pícara expresión de «aquellos ojos»—yo creía que usted era buen entendedor y que, con los sonrojos y palideces de aquella sensible dama, habría comprendido... Pues sépase, y no le digo más, que la morena del rancho vendía empanadas en mi casa y que, mediante la consabida propina, pude yo... pues! Vea usted, vea usted—concluyó, señalando, con disimulado gesto:—¡qué curvatura! ¡Ay, qué curvatura! ¡Si parece una espiral del idealismo mahometano! ¡Adiós, dicha que de mi te alejas!

Rafael BARREDA.

Dib. de Peláez.

Noche buena á bordo

Navegamos por los 6º 12' de latitud Norte y los 32º y 20' Oeste de longitud, es decir, que estamos no muy lejos de Pernambuco.



Chubascos intermitentes descargan estrepitosas masas de agua: su clamor despertó los ruidos de la máquina que ya casi no oíamos y ahora forman un concierto desagradable y bronco.

La familia eclesiástica que embarcó en Río de Janeiro, con los dos curas que vienen desde Buenos Aires, dan un carácter exageradamente religioso á un viaje que empezó de modo muy distinto. Bien es verdad que dejamos en la capital brasileña á toda la gente del Royal, dos docenas de *chanteuses* ruidosas y alocadas, llenas de colorinches, rubio el pelo, rojos los labios, azules ó amarillos los moños, blancas las blusas, verde el porte. Ahora domina el color negro.

Primero hay los dos P. P. brasileños, que acompañan, conducen y aseguran hasta Roma á un seminarista, muy rico, según dicen, mancebo alto y seco, pálida la tez, de mirada febril y que luce con orgulloso garbo su primera sotana. Completan el grupo una mujer, sin duda una sirvienta, y una señora mayor, tía ó prima del joven levita; las dos á cual más insignificantes y hechas al por mayor, pero las dos llenas de esa humildad orgullosa conque procuran las de su especie hacerse perdonar de Dios y de los hombres su condición de mujeres y eternas tentadoras.

Luego, de los dos que llevan ya diez días á bordo, el canónigo cuyano, tipo inteligente de gozador de la vida: dice que va á Roma, pero con seguridad visitará Paris, la corrompida Lutecia. Le he oído como se excusaba con desdeñosa cortesanía de asistir á la solemnidad religiosa que se prepara; rezaría en su camarote: el jesuíta flaco, con quien hablaba, mal disimuló la satisfacción que le producía la noticia.

En cambio, el napolitano, organista de la Boca, el mismo que durante los cuatro primeros días de viaje no dejó en paz el piano del comedor de segunda á puros tangos destinados al esparcimiento del mareado y mareante coro del Royal, parece que esta noche nos dará en el órgano de primera una más religiosa muestra de su habilidad musical; no sé qué me ha dicho de unas fugas de Bach. ¡Y yo que le creía inconsolable por otras fugas!

El rito sacro de media noche se desarrollará en el salón blanco del último puente, el mismo que en otros viajes, menos severos, supongo, habrá servido de escenario á flirts y á conciertos.

Poco ha podido transformarse el saloncito, en cuyas paredes siguen luciendo sus desnudeces dríadas, ondinas y sirenas. Pero la pretenciosa consola cubre sus curvas ridículamente modernistas con sagrados paños y el espejo de complicado marco en que la madera dorada se retuerce hasta lo inverosímil, viene más de la mitad cubierto por el gran cajón, ahora abierto, del cual se extrajo todo el divino atrezzo: los dos candeleros de bronce, los tres cuadritos con figuras y textos de la Pasión, el misal, el crucifijo, el vaso sagrado...

Contados son los fieles que á las doce acuden á la flamante iglesia (la tercera no sabe, á la segunda no la dejan, pocos hombres de la primera). Entre la grey femenina se destaca por su real distinción y su belleza la señora del cónsul chileno; la acompaña éste, que por una vez no nos hablará de piedras antiguas, de tablas del *cincocento* ó de cerámica etrusca. Entra del brazo de su hija la señora rosarina, la mareada de siempre que lleva ya hechos seis viajes á Europa, tironeada por el afecto de sus nietos de Génova y de sus hijos del Rosario. Me sorprende ver á la gentil rumana que en la última temporada del Colón rindiera tantos corazones. Es griega ortodoxa: en su Iglesia tardará el Niño Dios en nacer unos días, tantos como le plugo á Gregorio XIII adelantar el calendario. Pero la devoción es también rito social...

Estamos todos: el brasileño más viejo se reviste

ayudado por el otro jesuíta, el de tipo inocente y bien mantenido, y por el joven ex fazendeiro; los tres rezan las preces del caso. Al lado mismo del improvisado altar se postran las dos mujeres del grupo, que creo que nos miran á los demás como intrusos.

El cura cocoliche se sienta al órgano y despierta dos ó tres acordes suaves.

Se cierra la puerta; hace mucho calor. Afuera sigue lloviendo; algún relámpago lejano se asoma de vez en cuando por las artísticas ventanas como para ver lo que pasa en aquella caja de luz, que tal semejará en la negra noche nuestra cámara de paredes claras y sobradamente iluminada.

Y la misa comienza: el acto, dentro de lo conocido, cobra repentina majestad. Los murmullos del oficiante son replicados con voz sonora por el catecúmeno que, cuando el rito lo marca, agita una campanilla. El discorde rezar femenino produce un leve susurro. En su momento, las dos brasileñas se acercan á la mesa santa y comulgan.

El órgano suena esta noche con una dulzura no conocida; el cura ítalo-boquense conocerá ó no á Bach, pero siente la música. (Llegará á tiempo á su Nápoles para las fiestas de Piedigrotta? Sin duda no va á otra cosa). Las majestuosas fugas que improvisa ó recuerda, tienen toda la vaguedad de la ausencia de tema melódico que las ligue.

No son el golpe de ala beethoveniano que coje al alma y la sitúa en el vértice de la tormenta de la pasión para sumirla en deliquios inefables ó acobardarla ante lo sublime ó encumbrarla hasta lo más lejano de los Universos posibles. Ni la armonía wagneriana, creadora de vastas construcciones ideales en que aéreos y magnificados vivimos todo el espacio de tiempo que al mago arquitecto le place tenerlas erguidas. Ni la melodía suave ó apasionada que nos dice del querer y del sufrir y nos enseña por dentro y nos explica cómo es este mismo mundo que por fuera nos parece tan discordante é incomprensible. No; son acordes simples y tenues que nos mecen suavemente sobre las cosas, que nos permiten el imposible viaje de vuelta á lo que ya ha sido, que nos sugieren acciones que nunca nos fatigarían y en que no habría obstáculos para nuestra voluntad, que dan al espíritu gratas posturas que apenas se adoptan se deshacen y transforman con blandos movimientos.

Y el drama sagrado sigue con sus conmovedoras fases. Los fieles lo atienden y presencian pero no colaboran en él ni siquiera como el coro griego que en los momentos decisivos de la tragedia interviene para lamentarse del dolor y del Destino.

En tanto el oficiante va desarrollando sus rezos, oraciones tiernas ó severas que llegan á lo sublime en el *Sanctus*, gran poesía lírica según Talleyrand que debía entender de esto, pues antes que ministro de Napoleón fué obispo.

En aquel corto espacio, agrandado por la fe, se comprende por qué tiene tan recia raigambre el sentimiento religioso y como al hacerse social y cristalizar en una creencia colectiva, en una Iglesia, se enriquece con formas artísticas, cantos, catedrales, pintura, poesía, todo lo que á las almas puede cautivar, adormecer ó consolar.

La pequeñez del hombre ante Dios, ó si se quiere, su desproporción con la idea de lo infinito que ha sido capaz de engendrar ó recibir, puede pasar inadvertida en tierra firme, á la luz tranquilizadora del día. Pero en medio del mar, tormentosa la noche, flotando entre dos abismos sobre un conjunto de arriesgadas invenciones humanas, se comprende y se envidia á los que, sumergidos en la atención de un rito sugestivo, viven estos momentos la plena conformidad con lo que Dios tenga decidido y sienten la voluntad que dijo Ayala:

la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad.

La misa acaba: las mujeres y los curas despachan su última oración.

Pasan aquéllas, graves, recogidas y desaparecen con leve andar; la rumana se envuelve, coqueta siempre, en elegante toquilla; la señora rosarina, más pálida y más mareada que nunca; la italiana tiene el rostro encendido, debe haber llorado (la explicación de su secreto dolor nos la dará dentro de un mes la noticia de haber muerto en Roma, apenas allí llegados, su esposo).

Se queda la familia eclesiástica para deshacer el improvisado altar; desde el comedor un camarero apaga casi todas las lámparas eléctricas del salón. Es el aviso de las demás noches.

Esta de hoy, la Noche buena de á bordo, pronto pasará. No hay tertulia. Cada uno se va á su camarote, ó pensando en la fría Nochebuena de Europa ó en la suave, estival de América.

El tiempo sigue caluroso, pero el viento ha barrido buen golpe de nubes y algunas estrellas desde lo infinito nos envían su luz irónica y fría...

CARLOS MALAGARRIGA.

Dib. de Málaga Grenet.



UNA VEZ FUÍ CONSEJERO



Caía diciembre con su lote de sol y polvo insoportables y tendido en la cama vagaba mi pensamiento como las espirales de humo del cigarro que consumía casi inadvertidamente y como ellas mis ideas se desvanecían sin concretarse en nada sustancial. Ni siquiera los libros allí arrumbados, libre ya de exámenes, gracias á Dios, ni el porvenir, que una filosofía acomodada á la exuberancia de vida me hacía mirar como ya conquistado, ni el rescoldo de mis amores provincianos me preocupaban. La quietud del cuerpo y del espíritu era, pues, absoluta. Y no poco sobresalto me produjo la llegada de Miguel, que entró en mi habitación como un torbellino golpeando la puerta, derrumbando las sillas y arrojando á un lado el sombrero, á otro el bastón y con su voz algo chillona, no por naturaleza, sino porque se complacía en afeminarla por una vanidad muy común entre los jóvenes que cultivan el músculo, y Miguel era uno de ellos, me ordenó:

— ¡Arriba, pues, haragán!—y al unir la acción á la palabra, por poco me desquicia el brazo.

— Reprimí esos impulsos, dije — molestado más por el dolor que por la brusquedad de la forma á la que estaba habituado.

— Enojáte y no te llevo.

— ¿A dónde?...

— ¡A dónde! ¡Conmigo, pues, á la estancia!

— ¡A la estancia! ¡No!

— ¡Sí! Pasado mañana tomamos el tren. Programa completo. Vida campestre á tu gusto, libertad absoluta, caballos, coches, automóvil, niñas bien: una punta, che, van á pasar la temporada... Y sino, idilios á lo clásico, poesía bucólica—algo tostada por el sol y medio amarillenta por el abuso del mate amargo, es claro—pero poesía al fin... Chinerío competente, chacareritas no despreciables, bailongo corrido y... hasta tortas fritas. ¿Qué te parece?

— Que te vas á divertir...

— Que nos vamos á divertir.

— ¡No! — exclamé con resolución hecha — sobre todo porque picaba mi amor propio esa persistencia en protegerme.

Era Miguel un buen muchacho, muy amigo, muy compañero, pero un mimado de la fortuna á quien, á pesar del afecto que le profesaba, no me entregaba de lleno precisamente por eso, por ser él rico y yo pobre y tan sin seso á veces, que dudaba de una amistad duradera, pues suponía fallas en su carácter que podrían hacérmele abominable en cualquier momento.

— No, no iré. Me es imposible.

— Dejáte de pamplinas — y cambiando de tono y con su voz natural, pero con un dejo de ironía: —Necesito que te sacrifiques por mí—mirá, se trata nada menos que... que de dudas, ya sabés, yo siempre dudo en los trances definitivos y tú no, no dudas y ahora como muchas otras veces estoy en el caso de que tú elijas por mí, es decir, que me aconsejes como amigo, que me encarriles, que... Hombre, si insistes en tu negativa haré tu elogic ahora mismo, y en tono necrológico exaltaré tus condiciones de carácter, diré que has sido mi mejor amigo, el más talentoso, el más sabio estudiante... y si temes á mis dotes oratorias ¡asunto concluído! te vienes. Atendé y ablandate, no seas terco. Tengo que decidirme por una novia y son dos las candidatas. Ayudame, m'hijo! Y en cuanto á etiquetas, no tengás escrúpulos. En el campo no hay etiquetas, ya sabés. El asunto, che, es de los más peliagudos. ¡Ayudáme!

Suplicó en tal forma, pintó su «negro porvenir» si no le sacaba del atranco, en términos tan pavorosos que, al fin, acepté la invitación de veraneo con «programa completo».

¡Y tan completo! ¡Porque es realmente peligroso eso de complicarse en la elección de novia para un amigo!

Y al cabo, cuando emprendimos el viaje, creo que más me preocupaba á mí la futura de Miguel que á él mismo. Era una obsesión.

¿Blanca, rubia, abundosa; ó morena, esbelta, de pacífico temperamento en oposición á la turbulencia de la otra, aconsejaría á Miguel? Este, ya en el terreno confidencial, me describía á las dos con entusiasmo.

— ¡Vieras á Merceditas! Es delgada, alta, de ojos negros que miran y te arroban y en sus palabras y en sus pensamientos hay suavidades de encanto. No es rica, pero su apellido bien pudiera inclinar la preferencia de mi madre y... la mía, si no fuera Luisa. ¡Luisa! Toda ella es alegría y ejercen sus ojos que brillan con fulgores de plenitud de vida sana, una atracción tan violenta que... sólo al pensar en ellas me enloquezco.

Y con un gesto amplio de las manos:

— ¡Y vieras! ¡Vieras!

— Pues hombre, no sigas porque también me van gustando las dos, y entonces el viaje sería inútil. Y esto en serio, Miguel, esas cosas debe resolverlas uno mismo, creeme.

— ¡No! ¡No! Si te convencerás de que no es tan fácil.

Y el tren seguía tragando kilómetros y kilómetros y Miguel saturándome de Mercedes y Luisa.

Mi plan, por otra parte, estaba adoptado. No sería tonto hasta el extremo de tomar en serio mi papel de consejero y con disculpas y evasivas y abundante verba, que no me faltarían, saldría del aprieto. Y en último caso, conminado á la elección, no haría sino confirmar las inclinaciones del mismo Miguel, que aun proponiéndoselo, no dejaría de traicionarse. ¡ Sí !

¡Que se me escapará á cuál de las dos prefiere en realidad! pensaba. Indicios: Con ellos salvaría mi responsabilidad.

Estos pensamientos y resolución de mirar las cosas por su lado menos trágico, aligeraron mi ánimo del peso que lo abrumaba y mis ojos descansaron en el placer del color con el oro suave de los trigales, y el azulado de las plantaciones de lino ya en sazón.

—Puedes quedarte el tiempo que se te antoje — me explicaba Miguel. —En casa todos los años veranean dos ó tres familias, naturalmente íntimas. Solos no hay programa y á mi vieja la fastidian las rurales.

—¿Has prevenido mi llegada?

—¡Ni falta, m'hijo! ¡No faltaba más! A mamá cuánto yo haga la encanta, menos lo del casorio sin su aprobación. ¿Qué querés que te diga? Se me hace que ella misma ha preparado lo de Luisa y Mercedes. Porque ya va para rato que noté la presencia de Mercedes y Luisa en casa. La vieja, sin duda, tuvo miedo de que siguiera el número de mis barbaridades y quiso poner un término á tanto disparate.

— ¡Y lo ha conseguido! Debe ser una hábil política tu madre. Porque eso de evitarse complicaciones internas alentando conflictos en que deben mezclarse hasta las potencias extranjeras, como yo...

— Efectivamente, m'hijo. Y lo cierto es que, desde el momento en que Luisa y Mercedes empezaron á interesarme, no ha pagado ni una cuenta extraordinaria. En cambio, cargará con la boda. Pero no saldré perdiendo con Luisa ó con Mercedes, che. ¡La felicidad, m'hijo!

El traqueteo del tren y el calor me sumieron en dulce somnolencia, de la que me sacó Miguel con un ¡ya estamos! estrepitoso.

La estación era igual á las innumerables del camino. El mismo edificio con aspecto tristón y desolado, los mismos faroles con el letrerito de letras transparentes, el mismo jefe algo barrigón, los mismos flacos empleados, el mismo vigilante con uniforme del «finao», el mismo pueblo con las mismas casas medio ruinosas, y en frente calle por medio, la misma «Panadería de la estación» ocupando un edificio en cal, pero sin reboque.

Y hasta el personaje que Miguel me presentó como mayordomo de la «estancia» — después de un rudo apretón de manos y un discreto aparte — vestido con pantalón blanco, saco negro, chambergo te con leche, botas charoladas, camisa, pañuelo anudado al cuello y rebenque con mango de plata colgando de la muñeca, me pareció haberle visto en las demás estaciones de tránsito. Tostado, pelo negro, ojos negros avizores, garboso y comunicativo, este Felipe Recalde me fué simpático y más tarde gran amigo y puede decirse el único compañero, durante mi permanencia en la estancia.

—Aquí, como en su casa — me dijo. —A la mañana matearemos. A usted le gusta el mate amargo de fijo. A Miguelito no. Es lástima. Bueno, si no le gusta, se lo daremos dulce. Pero hay que matear.

— Te lo recomiendo á mi amigo. Es algo nuevo, sabés, en el campo.

—¡Oh, dejalo por mi cuenta! Ya iremos á cazar chingolos juntos y en cuanto haya un cumpleaños ó un santo en algunos de los puestos, ya verá cosa papa, amigo. ¿Es bailarín? Aquí se baila hasta que se ruempen los contrafuertes y le prevengo que no pasa semana sin santo ó cumpleaños, ¿no? ¿Es de á caballo? El año pasao Miguelito se vino con el ñato Fernández, ¿lo conoce?

— . . .

— Bueno: no era muy de á caballo, ¿sabe?, y en una de esas se le alzó un tero y en cuanto empezó á perseguirlo estrechando las vueltas, perdió los estribos y se fué contra un alambrao. Pero no le pasó nada: el barro, del otro lao, era blandito.

Disculpé con una sonrisa la vanidad del hombre de campo y giré la conversación hacia «las casas», á las que llegamos después de unos cuantos barquinazos más. Un caserón moderno de dos pisos y un jardín de enarenados caminos, formaban el núcleo principal de la población. Hacia el fondo del parque, la casa del mayordomo y más allá, galpones y cobertizos. Y eucaliptos, pinos y aromos, formando calles, se perdían á lo lejos en la inmensidad del parque.

Alborozo, gritos, corridas al llegar. Julita, María, hermanas de Miguel, dos pimpollos tentadores, con impulsos de chicas, se colgaron del cuello de aquél, le zarandearon de lo lindo y le impulsaron hacia la mamá, una señora blanca de canas, de tez sonrosada y ojos escudriñadores que al mirarme, algo

me inquietaron. Me tendió la mano dignamente.

Y cuando todos, Mercedes, Luisa, sus mamás, sus hermanos, Miguel, hallaron manera de dejarme completamente sólo, doña Leonor vino en mi auxilio y con unas cuantas preguntas sobre mis estudios, mi familia, mi plan para el porvenir, sosegó un poco mi ánimo inquieto por el papel de intruso que evidentemente estaba yo desempeñando.

Baño, concienzudo cepillado y al comedor.

— Fijate bien, observá — me dijo Miguel.

Nos sentamos. Hubo cierto embarazo al principio. Mi presencia incomodaba sin duda. Nadie hablaba y por las ventanas abiertas penetraba el chirrido de los grillos que parecían comentar irónicamente mi desairada situación.



— Merceditas — dijo Miguel con voz meliflua al ofrecer la bandejita de guindas confitadas.

Unos ojos grandes, velados por largas pestañas, acariciaron en sonrisa dulcísima á aquel feliz mortal y unos dedos finos y blancos fueron de la bandeja á los labios en un movimiento que se me antojó digno de una diosa.

—Est ce que vous ne pensez pas á moi?

Era Luisa.

Al fin ya no me molestaban los grillos. Las voces de las muchachas habían apagado sus ecos. Estaba más tranquilo: nadie se ocupaba de mí.

Miguel era solicitado de todos los puntos de la mesa.

— ¿Es cierto que las de Morales compraron en la Avenida Alvear? Me han dicho que por un millón — inquiría doña Rosa, la madre de Luisa. — Es un buen negocio. La casa sola vale 600.000 pesos.

— Me ataca los nervios—interrumpió la mamá de Mercedes. — Mire que unas salidas de la nada meterse allí, en el barrio de la gente... Yo, aunque me pagaran el doble, no les vendía, sino á las de mi clase. Sería saludable, ¿no les parece?, que hubiera una especie de higiene social.

— Pero, mamita — con voz de desmayo Mercedes — no exageres, al fin...

Y en un aparte rápido, confidencial, me susurró Luisa:

—Il n'y a pas de quoi. Son unas «á mis antepasados no los toqués que te quemás». Ça c'est ridicule ¿no cree?

Y en voz alta á Miguel:

— ¿Il y a quelque chose de nouveau á Buenos Aires? Cuéntenos lo de Julita. Dicen que pegó un campanazo. Elles sont comme-ça les precieuses.

Hubo una fulminante mirada de unos ojos negros y una fijeza fría, acerada, de unos ojos azules.

En el jardín. En un banco, Merceditas, ya en confianza, acariciaba mis oídos con su voz timbrada, suave, dándome noticias de las gentes y en tono inofensivo, deslizaba algunos detalles sabrosos, alusivos á Luisa.

— Buenas gentes, meritorias. Son ricas. Dicen que el padre llegó á Buenos Aires casi como inmigrante. Doblemente meritorio, ¿no le parece? Al fin su fortuna está dignificada por el trabajo. Luisa es cultísima. Habla francés, ya ha visto. Exagera un poco la nota, claro, falta algo de selección de raza... Tiene razón á veces mamá: «Para vestir de seda, es necesario haberla estrujado en la cuna»...

Miguel y Luisa reían de vez en vez, tras unos diálogos, en voz muy baja que á aquél debían saberle á gloria á juzgar por sus ojos brillantes, alegres, y su rostro encendido, cuando un rato más tarde, se me acercó, sonriente.

— ¡Estupenda! Con una mujercita así, no hay penas posibles en la vida. ¿Y Merceditas? Recién estaba contigo.

Pero luego se encontraron y atento, Miguel se deslizó con ella por las avenidas. Les seguimos en grupos, paseando. No llegaba á mis oídos sino un leve susurro, el eterno susurro acariciador de la voz de Mercedes.

Al reunirnos de nuevo, encontré á Miguel emocionado, balbuciente casi, é in mente establecía ya la diferencia. ¡Claro, bien claro está! Merceditas es la preferida por inclinación natural. La otra le atrae, le distrae, le divierte, pero sería en su vida un fuego fatuo. No sé como Miguel no ve esto. En cambio, Mercedes ofrece la vida suave, sin alternativas desagradables, un cariño sin punto de referencia al ayer ó al hoy... Y luego la *distinción*... ¡*Yo me casaría con Mercedes!* Y alegre por haber encontrado tan fácil una tarea que presumí incómoda, me reí á carcajadas ante el último atrevido pensamiento. Y naturalmente todas las miradas se fijaron en mí interrogantes. Tenía que justificarme.

— «Nada, que al oir el u-ju-jú de los peones, me acordé del momento de terror más espantoso que he sufrido en mi vida. Era muchacho y por vez primera vivía en el campo. Naturalmente: me llenaron la cabeza de tétricas historias de aparecidos, de luces malas, de demonios. Y una noche me aventuré por el camino contando las estrellas como buen muchachote soñador. De pronto, á lo lejos, y bien distinta, porque la luna alumbraba, plena, ví deslizarse una sombra negra, inmensa, á ras del suelo y dirigirse hacia mí. Un u-ju-jú como un eco me heló la sangre. No pestañeé, inmóvil, ni gritar pude. Y la sombra avanzaba y cuando los pobres peones advirtieron mi presencia, tuvieron no poco trabajo para detener la

majada que se me venía encima y que me hubiera hecho papilla.»

¿Estaba justificado? Lo cierto fué, que festejaron todos discretamente el recuerdo.

Al acostarme resolví, pues, no preocuparme ya de Miguel, ni de Mercedes ni de Luisa, é hice propósito de veranear de verdad. Pasaron los días. Miguel y las muchachas y las mamás cumplían el veraneo á su modo, y yo no existía, sin duda, para ellos. Felipe sí, me procuró programas completos.

Una noche al regresar del pueblo, con aquél, tuve una sorpresa. Nadie en el jardín. Algunas luces en las ventanas. Y por si dormían subí en puntillas. Al llegar al último tramo de la escalera, en mitad del corredor vi... Vi dos cabezas muy juntas: quise hacer ruido pero fué tarde. Llegó hasta mis oídos un ruidito sutil. Dos rostros que se volvieron sorprendidos. Uno era el de Luisa, rojo, que al fin, se alejó en risa, corriendo y el otro el de Miguel, que inquirió furioso:

— ¡Hombre! Podías...

— ¡Cualquiera imaginaba!

Nos alejamos juntos del sitio de la indiscreta sorpresa y Miguel metióse en mi habitación.

— ¿Qué me decís? Mercedes... Luisa...

— Después de lo que he visto... Me parece que la duda no está justificada.

— Al contrario m'hijo.

— Ahora es cuando estoy más en la duda. Porque... ¿No te parece demasiado accesible esta Luisa? En cambio Mercedes, eso sí que ni pensarlo. ¡Un beso! ¡ni intentarlo!

Y mientras, pensaba yo, que en realidad, tenía razón. Luisa era demasiado «accesible».

¡Yo me casaría con Mercedes! Ahora más que nunca. Sería la elegida del corazón. Y por otra parte, Miguel, á ella se inclinaba. Luego salía airoso de mi plan y el mismo Miguel me daba la solución.

— ¡Sin vuelta, hombre, Mercedes!

—También mi madre se inclina un poco á Mercedes.

— ¡Doña Leonor también! — pensaba. — La solución sin responsabilidad.

— ¡Mercedes, Mercedes! exclamé.

— Sí, ¡Mercedes, Mercedes!

Y en un estrecho abrazo confirmó su agradecimiento. Unos cuantos días más tarde, en la sobremesa, doña Leonor adoptó aire solemne y anunció el noviazgo de su hijo Miguel, con Merceditas. Felicitaciones, abrazos las mujeres, Luisa la primera, champagne y baile esa noche.

Al entrar el invierno se casaron. Estuve alejado de Miguel unos meses y al fin, una tarde, lo encontré en Florida. No era feliz. «Aquellas suavidades de encanto, de Mercedes, se convirtieron en reconcentrado alejamiento de espíritu. Su presencia le era repulsiva, él lo veía y no congeniaron desde el día primero». Y me lo decía Miguel con un dejo de amarga reconvención.

— Mi madre y tú, han tenido, claro, la más buena intención, lo comprendo.

Me fué desagradable y, en muchos días, me atenazó la idea de haber contribuido á la infelicidad de mi amigo.

Poco tiempo después, urgente llamado de Miguel: «Ven pronto, estoy desesperado». Corrí á su casa. Le encontré en su despacho. Estaba como loco, desencajado, el pelo revuelto y extraviada la mirada.

— ¡Miguel! ¡La infame! ¡La mosquita muerta!

Y la fatídica frase: «Soy el hombre más desgraciado del mundo». Tenía detalles. Mercedes se había casado impulsada por su familia, que, en el derrumbe de su casa, buscaba en el oro de la de él, brillo reparador para su ilustre apellido, y lo engañaba con quien debió ser su esposo, otro ilustre apellido, pero tan derrumbado como el de ella.

— ¡Los mataré juntos!

— Conseguirás mucho. ¡El escándalo!

— ¿Y entónces? ¿qué haré? ¿qué me aconsejas?

—A hombres de cierta categoría les están vedados ciertos impulsos bajos, brutales. Obra cuerdamente.

— Entonces...

— Abandónala. ¿Tienes tú la culpa, acaso? En el desprecio hallará su mayor condena.

—¡Desgracia! ¡Si tú y mi madre que veían mejor!...

Y sentí, en verdad, vago remordimiento, y me empeñé en no complicar el asunto con un drama y ser siquiera eficaz con mis consejos de hombre sesudo. Convinimos en que se iría á Europa, en que se alejaría para siempre de Mercedes, que el tiempo algo repararía...

Sus primeras cartas de París vinieron escritas con profunda amargura. No podía consolarse. Luego, en otra, me noticiaba su encuentro con Luisa... Y en sucesivas, anuncióme que ya eran amigos, que intimaban, que aquella mujer volvíale loco, que... «¡si se hubiera casado con Luisa!» Y más tarde que su intimidad era completa, que Luisa habíale confesado que su padre, hombre de negocios, estaba en bancarrota y que él, salvando la situación y delicadamente, había puesto en manos de aquél, y á título de que la administrara, buena parte de su fortuna... «Creo—agregaba—que Luisa—disculpa la infame intención — sería «accesible». ¿Qué me aconsejas?»

Me alegré, al escribirle, de que Luisa resultara «accesible», sobre todo porque ella curaría la herida de mi amigo; pensé que era natural que seres predestinados se unieran y en párrafos elocuentes, salvé los posibles escrúpulos de Luisa, destinándolos á que ella misma los leyera, claro está.

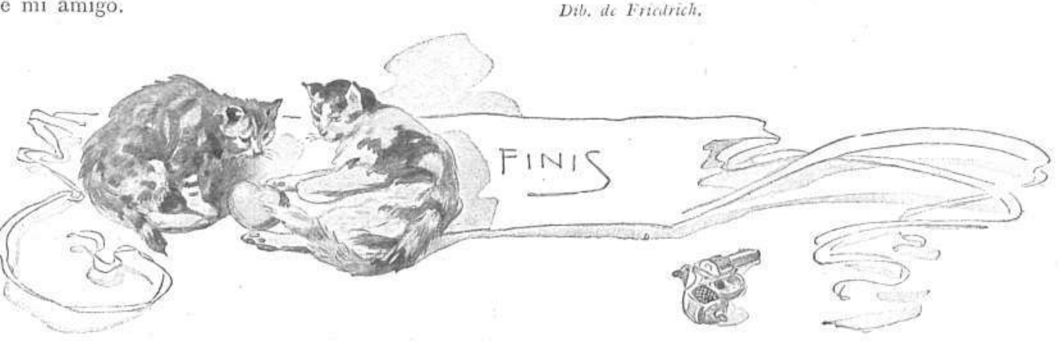
«Pleno de felicidad y dichoso cuanto puede serlo un hombre — me decía en otra carta — sabe que la que no pudo ser mi legítima esposa, es mi esposa del alma, sin embargo».

Días pasados recibí la última misiva de Miguel y, entre otros párrafos que volvían sobre sus pasadas amarguras, su constante infelicidad, etc., leí estupefacto lo siguiente: «Esta Luisa es una coqueta infame que me ha disipado la mitad de la fortuna. Y digo la mitad, porque la otra mitad se la ha fumado su padre. ¡Estoy arruinado! ¿Qué me aconsejas?»

— «¡Que me pegues un tiro!»—respondí por telegrama, seguro de acertar en el saludable consejo á mi amigo.

RODOLFO ROMERO.

Dib. de Friedrich.



En última instancia

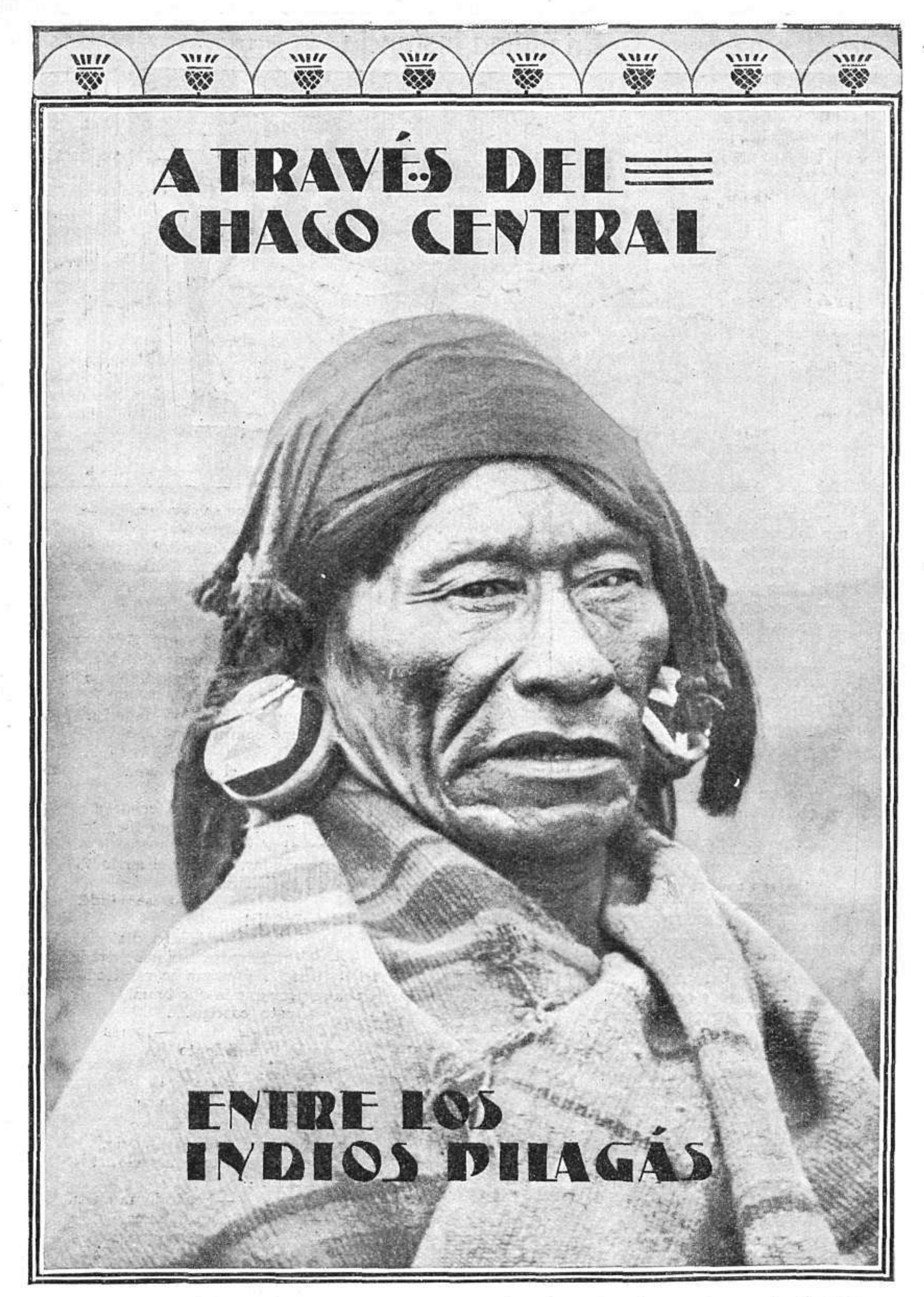


—Transido de contrición
me postro, padre, ante usted
pidiéndole la merced
de que me oiga en confesión.
—¿Merced? es algo más serio
y que no me cuesta nada:
es obligación sagrada
de mi santo ministerio.
Mas todo esto importa poco
y tu estado quizás mucho.
—Empiezo entonces.
—Escucho.
—Padre mío... yo estoy loco...
—¡Jesús, María y José!
—Sí, padre, loco de atar.
—Pues no pudiste pecar
en ese estado.
—¡Pequé!
Pequé, cuitado de mí,
y aún no es eso lo peor.
—Hijo, me causas pavor,
pues ¿qué más hay?
—Reincidí.
—Me haces temer por tu alma
y, aunque oirte me da frío,
ea, explícate, hijo mío,
pero bien claro y con calma.
—Iré por partes. Primero:
un lustro se cumple hoy justo
desde que pasé, por gusto,
á casado, de soltero.
No sé cuál, ver ó querer
á mi novia, fué más pronto,
y me casé... como un tonto...
—...Como suele suceder.
—Pero ¡cuán presto me dí
clara cuenta de mi engaño!
Menos mal que, antes del año,
tuvo Dios piedad de mí
y, en su infinita bondad,
llevósela y me salvó...
—¿De qué?
—¡De que hiciese yo
alguna barbaridad!
Salté de gozo.
—¡Qué escucho!
—Su muerte me libertaba...
—Pero...

—¿Es que es esto una traba
para que me absuelva?
—¡Mucho!
—¡No lo dije!... Con razón,
al dar el paso que he dado,
venía desesperado
de mi eterna salvación.
—No tanto, no tanto... A ver:
¿no estás bien arrepentido?...
—¿De qué, padre? ¿de haber sido
marido de tal mujer?
¿Cómo puede usted dudarlo?
—No me comprendes...
—Sí, pero...
mi pecado... el verdadero...
es otro.
—¿Sí? ¡Pues á echarlo!
—Padre, no sé cómo fué,
pero, al año y medio justo
de enviudar, pasado el susto...
—¿Qué hiciste?
—Desenviudé.
—¡Infeliz!
—¡Aciago día!
—¿Y qué esposa has encontrado?
—Una... ¡que me ha resultado
aun peor que la que tenía!
—Justo castigo...
—Jamás
pagaré lo suficiente
mi locura.
—Es evidente.
¡Pero ya no puedo más!
Por mi libertad suspiro
y, pues aquí no hay divorcio,
yo romperé este consorcio...
—¿Cómo?
—Pegándome un ti...
—¡Santo Cristo del Perdón!
—Lo he resuelto: con que, así,
absuélvame, padre.
—¿A *tí*
darte yo la absolución?
¡Quiá! Vive y sufre la pena
ya que bien te la has ganado;
que Dios perdona al malvado,
pero al zonzo... ¡le condena!

JUAN OSES.

Dib. de Málaga Grenet.



—¡Con so permiso, mi teniente!

—¿Qué ocurre, cabo Bogari?...

—La monición de l'agoa boena se ha gotado per completo.

—¿«Caicá»—(*carecer*, verbo indio sumamente regular, y que, un genovés traduciría por «minga de»)—entonces, de mate amargo y de café?...

—¡Gotado per completo, mi teniente! Recién benimo d'ese estero d'entrente, con el cabo Quicano (Quijano), é ne una gotita para rimedio.

—¿Y las damajuanas de agua dulce que levantaron en «El Dorado», y la otra, de... ¿de qué, cabo Bogari?... ¿Contenía?...

—¡Lojaba «verdadera agoa de l'estero» (caña elaborada por los frailes de las misiones del Pilcomayo), mi teniente!...



Un parlamento.— El teniente Boy, durante su conferencia con el cacique general de los indios pilagás, Garcete, en el paraje conocido por China-Satandí.—(1) Boy, (2) Garcete, (3) el lenguaraz

Garcete, con su flautin de guerra y su ayudante

El reparto de ropas.--Garcete «liga» un uniforme completo de milico

—¿Se evaporó el contenido, cabo Bogari?...

—Socedió lo que le voy á decir, mi teniente. Saliendo de Yuncá, el caro dió un barquinaso trimendo, al sobir un «tacurú», é... ¿pregóntele á don Lois Cabada?

—¡«Caica» de testigo! — contestó el fotógrafo de la expedición.

—¡Ma, don Lois! ¿Y el roido de lo vidrios al bacar del «tacurú»?...

—El ruido de los gorgoritos, Bogari...

—¡No me haga esa fea figorita ante mi quefe, don Lois!...

—Bueno, Bogari. Ahora... ¡tortas fritas! — ordenó Boy.

—¡Está bien, mi teniente!

El notable cabo «cregoyo» saludó, pegó media vuelta, y enderezó á hundir sus robustos puños en la bolsa de harina... ¡harina «sobresaliente», porque, en verdad, no era harina marca «cero»!

—Estos milicos chaqueños, en su mayoría, son como esponjas. Pero son necesarios, imprescindibles. Enlazan, cocinan, doman, bolean, «mariscan», manejan el arado y la picana, y, sobre todo, no conocen el miedo. Si usted ordena á tres soldados que atropellen una toldería, tenga por seguro que no van á dar media vuelta, y que pelearán como bravos á razón de uno por cien indios. Pero... si al estero Palconí lo embalza usted con «copetines», créame, ¡cómo por encanto, los milicos lo desagotan!

Noche de luna. Calurosa. Nos encontrábamos á 76 leguas de Formosa (rumbo Nord-Oeste). Insoportable orquesta de mosquitos y ruidoso coro de bofetadas intentando aplastar los enemigos armados á endemoniada lanceta.

El teniente Boy desenfundó su «niquelómetro».

—Las 9 y 35. Si los mosquitos continúan teniéndonos en jaque, es preferible reanudar la marcha. Las mulas y los bueyes ya han descansado. Noche

— Se la acabó usté, solito, mi cabo...

— ¡Avise, concristo Locazo, se me ha tomao por una bomba de achiques!...

— No digo eso... pero... ¡cómo había sido el cristiano pal dulce de leche!... ¿Qué dice, cabo Quijano?...



Chicos y perros

En fam'lia.—A la hora del «rancho»

Pilagacito devorando su ración de «tetete»

Un lancero

de luna... podemos avanzar hasta las 2. Antes de llegar á Paralí encontraremos agua dulce. ¡Cabo Bogari!

— ¡Ordene, mi teniente!

— ¿Y las tortas fritas?...

— ¡Seguidita, mi teniente! Momentite más é come para chopetearse lo dedos.

Junto al fogón de la tropa accionaba Bogari, tenedor en ristre. Le enfocamos.

— ¡Se cabó el «l'agua del estero», mochachos!

— ¡General... de mamajuana!

— ¿E vos, Quicano?...

— ¿Yo?... ¡Cabito, no más!...

Bogari montó el picazo.

Vista general de una toldería

El cacique Garcete, con su señor padre y su lenguaraz

Los últimos fríos

— ¡Vamo, vamo! ¡Basta d'imbromar! ¡A ver un prato! ¡Al trote, concristo «Lobinzón»!

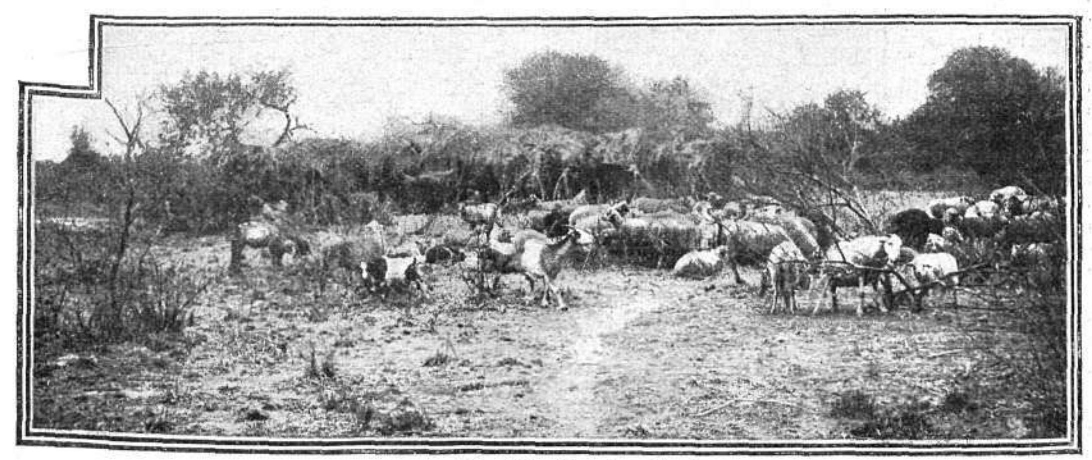
Atacamos las tortas fritas. Y nos resultó de una admirable oportunidad aquello tan trillado: «á falta de pan...»

— ¿Están bien armados los indios pilagás, teniente?

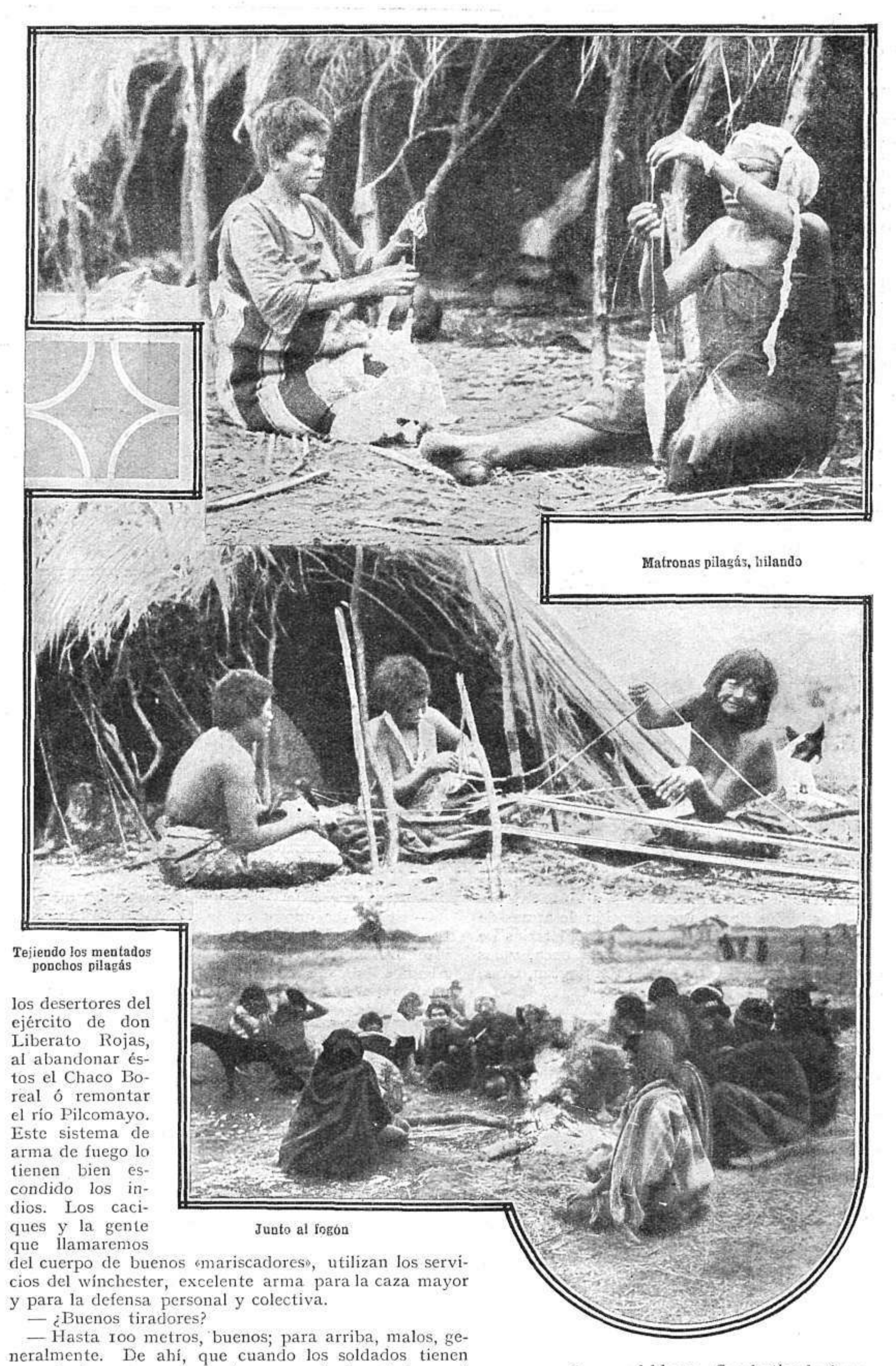
— Los indios tienen una colección de armas de fuego. Los indios más «reos» son propietarios de fusiles y escopetas de cargar por la boca, y los indios más «caté», tienen fusiles Remington, Gras, «Mauser unitario» y Mauser...

— ¿Qué es eso de «Mauser unitario», teniente?

— El Mauser que no es de repetición, de un solo tiro, modelo alemán del año mil ochocientos setenta y tantos. Nosotros lo bautizamos «Mauser unitario». Algunos indios se permiten el lujo de usar Mauser modelo paraguayo, de repetición, que adquieren de



La majada del cacique Garcete



Matronas pilagás, hilando

Tejiendo los mentados ponchos pilagás

Junto al fogón

los desertores del ejército de don Liberato Rojas, al abandonar éstos el Chaco Boreal ó remontar el río Pilcomayo. Este sistema de arma de fuego lo tienen bien escondido los indios. Los caciques y la gente que llamaremos del cuerpo de buenos «mariscadores», utilizan los servicios del wínchester, excelente arma para la caza mayor y para la defensa personal y colectiva.

— ¿Buenos tiradores?

— Hasta 100 metros, buenos; para arriba, malos, generalmente. De ahí, que cuando los soldados tienen que darles un escarmiento, rompiendo el fuego á 300 metros, los indios contestan con disparos que rara vez dan en el blanco. Combatiendo á menor distancia, la cosa cambiaría de aspecto, á

buen seguro. La buena puntería de los indios hasta 100 metros, tiene su explicación. El indio procura siempre hacer fuego en el momento preciso en que el «bicho» se encuentra á pocos metros de la boca del caño de su arma. Si la caza no se presenta en estas condiciones, el indio ahorra su cartucho, que le cuesta conseguirlo, y aguarda mejor oportunidad. Luego, los *indios desconocen el manejo del alza* para tirar á distancias mayores. ¡Los mosquitos, compañero! ¿Levantamos campamento?...

—Levantemos, teniente.

—¡Cabo Bogari!

—¡Ordene, mi teniente!



El indio «Sarmiento»

Al borde del juncal.—Arquero en actitud de disparar una flecha contra un ciervo

—Haga atar los bueyes, y marche con el carro hasta que entre la luna. Nosotros seguiremos después.

Bogari rápidamente comenzó á parar rodeo de cacharros. Y la olla (para las tortas fritas, los pucheretes, los guisotes y otros destinos), el terceto de pavas, los platos de hierro enlozado, los cubiertos de latón y demás instrumentos para uso bucólico, fueron á parar al carro.

—¡Conscristo «Lobizón»!

—¡Ordene, mi cabo!

—A l'overo de Tito lo aponés de pontero. E osté, conscristo Ortí, coideme la molada. ¡Rápido mochachos, que se cabó «l'agoa del estero», é hasta la voelta á Pichilé, ne una gota para bautisar un chico!

Dejamos en seco el fondo de la caramañola.

—¡«Caicá» de agua dulce hasta Parali! Si apreta la sed les recomiendo que con hojas de chilca hagan una «chica» á lo italiano. Una legua más, y pasaremos por un chilcal.

—¿Ya estamos cerca del estero Patiño, teniente?

—Sí, cerca. Después de laguna Salada, de aquí dos leguas, entraremos en dominios del Patiño. Pero, recién mañana, al costearlo, verán ustedes al famoso estero con toda su imponente grandeza. ¡El Patiño!...

Reinó el silencio en nuestra rueda. Los novicios aprovechamos la tregua para pasar balance mental á lo que habíamos leído ó nos habían referido sobre el misterioso estero. Ibarreta... la matanza de indios á raíz del asesinato del explorador... las quemazónes nocturnas... los viborones de veinte metros de largo... los tigres... el comandante Bouchard... ¡Oh, la pampa del juncal!...

—A Coancito me lo llevás de tiro, Ortí. ¿Qué farta por sobir al caro?

—Nada, mi cabo.

—Boeno. ¡Adelante!

Se quejaron las ruedas del carro fortinero, al tironear los bueyes.

—¡Hueya, «Bagre»!

—¡Tire ese moso!



El enviado especial de CARAS Y CARETAS, con el edecán del cacique Naicholick

Con la lanza y el arco del papá

La favorita de un caciquillo

Arte decorativo — Pintando un botijo

— ¡Vamos, «Tordo»!

Bogari á pie, cerrando la marcha.

Una hora después el cabo Rosa ensillaba nuestras mulas.

—¿Y vos, Planchet, no te habías marchado con Bogari, á vanguardia?... ¿De dónde sales? — averiguó Boy.

—No, mi D'Artagnan. Me quedé frito y creo que hasta la ronqué de lo lindo. ¡Chá, qué calor!

— ¿Y los mosquitos?...

— ¡Ni medio! Me envolví la cabeza con la manta «patriarca» y... ¡déjeme de tortas fritas, Bogari! ¿Tiene agua, teniente?

—¡«Caicá», Planchet!

— Si encontrara «caraguatás» en el monte... ¡Con el filtro de mi pañuelo de seda!...

— ¡Listo, mi teniente! — manifestó el cabo Rosa.

— ¡Arriba, muchachos!

Al llegar á laguna Salada las mulas rumbearon hacia la aguada.

— ¡Saladita, pero no importa! Déjelas que tomen agua, porque las pobrecitas desde mediodía que andan «forfait». Yo voy á llenar mi caramañola, y con un poquito de azúcar... En fin... ¡para engañar la sed!

Planchet echó pie en el agua.

— ¡Saladona había sido!...

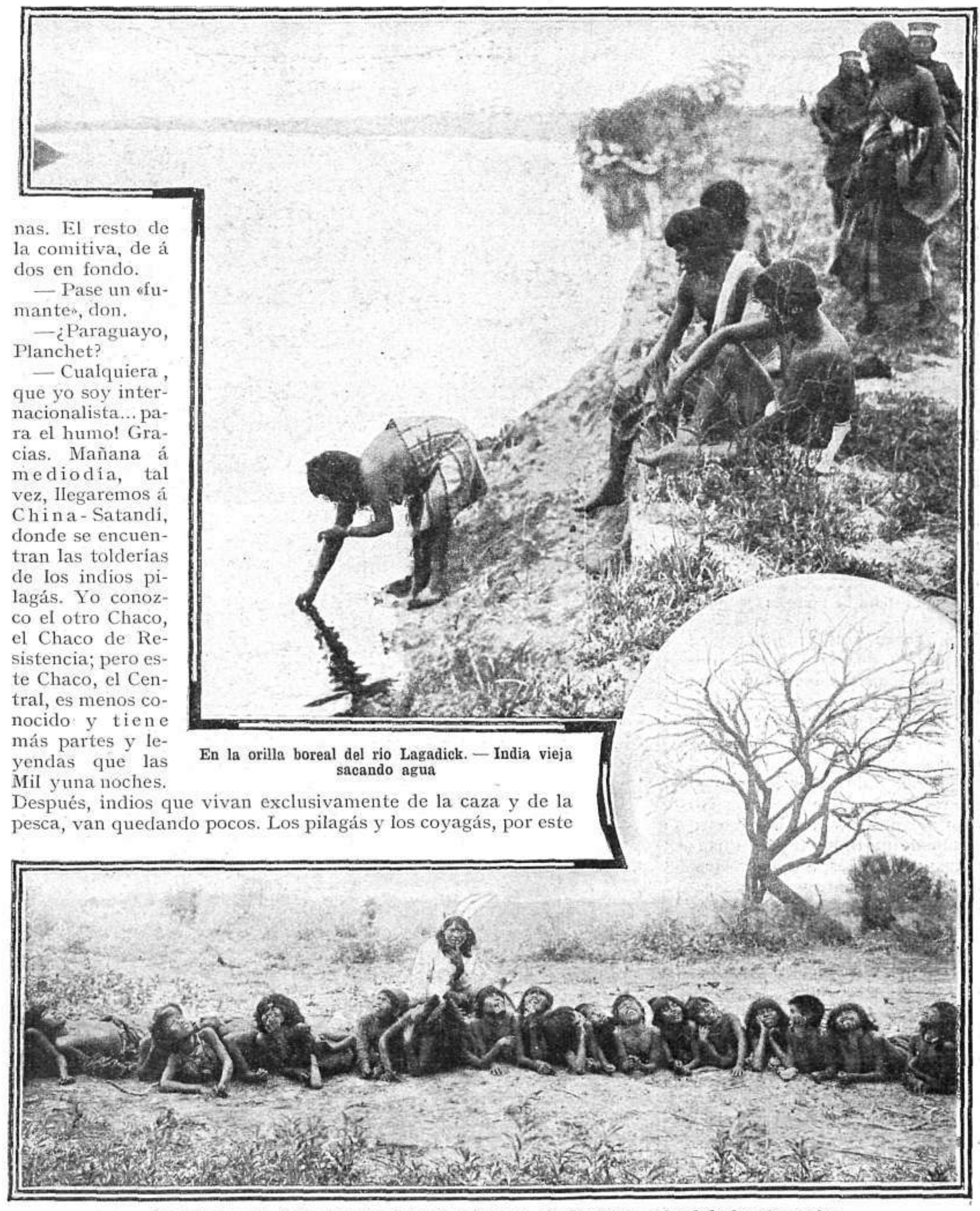
Volvimos á la huella. En punta, «Lobizón», cantando en voz baja tristes de las cuchillas entrerria-

nas. El resto de la comitiva, de á dos en fondo.

— Pase un «fumante», don.

—¿Paraguayo, Planchet?

— Cualquiera, que yo soy internacionalista... para el humo! Gracias. Mañana á mediodía, tal vez, llegaremos á China-Satandí, donde se encuentran las tolderías de los indios pilagás. Yo conozco el otro Chaco, el Chaco de Resistencia; pero este Chaco, el Central, es menos conocido y tiene más partes y leyendas que las Mil y una noches. Después, indios que vivan exclusivamente de la caza y de la pesca, van quedando pocos. Los pilagás y los coyagás, por este lado. Por eso me les acoplé á ustedes, dispuesto á no perder esta bolada que se me presentaba tan de arriba. De los que vamos marchando, los únicos que conocen á los pilagás son el teniente Boy, el cabo Quijano y el «Lobizón».



En la orilla boreal del río Lagadick. — India vieja sacando agua

La gente menuda de las tolderías del cacique Garcete, viendo pasar una bandada de patos reales

— ¿Y de los otros oficiales del 9.º de caballería?

— El subteniente Costa, quien, vez pasada, acompañó al teniente Boy, en su primera visita al cacique general de las pilagás, Garcete. El cabo Quijano y «Lobizón» iban de asistentes. Pero fuera de éstos... creo que el comandante Bouchard y su gente, allá cuando se produjo el asesinato de Ibarreta. ¡Pase fósforos, don!

Atravesamos un palmar.

— ¡Lobizón!

— Diga, Planchet.

— A ver el versito del brindis.

— ¿El de la pueblera de Concordia?

— Sí; el de la bebida «edivente».

— Bueno. Es así: «Voy á brindarle este vaso de licor — de bebida muy edivente — á usté, señorita — que está de mí, enfrente enfrente.»

Una «generala» de risas.

— ¡Bien, «Lobizón»! ¿Y el cuento del conde y de la doncella?

— El cuento del «conce» y «oncella» es largo, muy largo, más largo qu'el palmar qu'estamos pasando. Se lo voy á contar en cuanto dentre la luna y echemos pie á tierra. ¡Mamita con la luna!...

— ¿Qué tiene la luna, «Lobizón»?...

— Que anda trasnochando demasiao, y como sin sueño... ¡Escondete pronto, m'hijita, que te lo pide

En línea de tiradores

José Locazo, aquí concristo, y en mi pueblo, peoncito de la estancia de míster Robinson, en Nueva Escocia.

Continuamos cortando el palmar. El teniente Boy se adelanta, y dice:

— Este palmar limita con el estero Patiño, por el norte. No bien alcancemos al cabo Bogari, sesión de mate amargo y tortas fritas; y, después, á dormir, hasta las 9, hora en que reanudaremos la marcha, para hacer alto y pasar la noche á orillas del río Lagadick. Mañana, á medio día, en las tolderías de Garcete, si el tiempo lo permite.

La luna accede á la súplica de «Lobizón», bostezando. Y los centenares de palmeras («carandai») que flanquean nuestro paso, semejan otras tantas picas con cabeza de cristianos de melenas y barbas alborotadas.

De pronto el eco de una voz lejana.

— De siguro qu'es mi cabo.

— Sí, Bogari, que ha hecho alto — sentenció Planchet.

La distancia que nos separa del final de la recorrida nocturna, se va acortando. Una picada, y al desembocar ésta, un fogón junto al carro fortinero.

— ¡Tenemos agoa dulce por lujos, é un chorrasquito de «goasunchos»!... Se la ración no les arcansa, de seguida pongo asar esto «matacos» que cabo de garar. ¡Concristo Locazo!

— ¡Ordene, mi cabo!

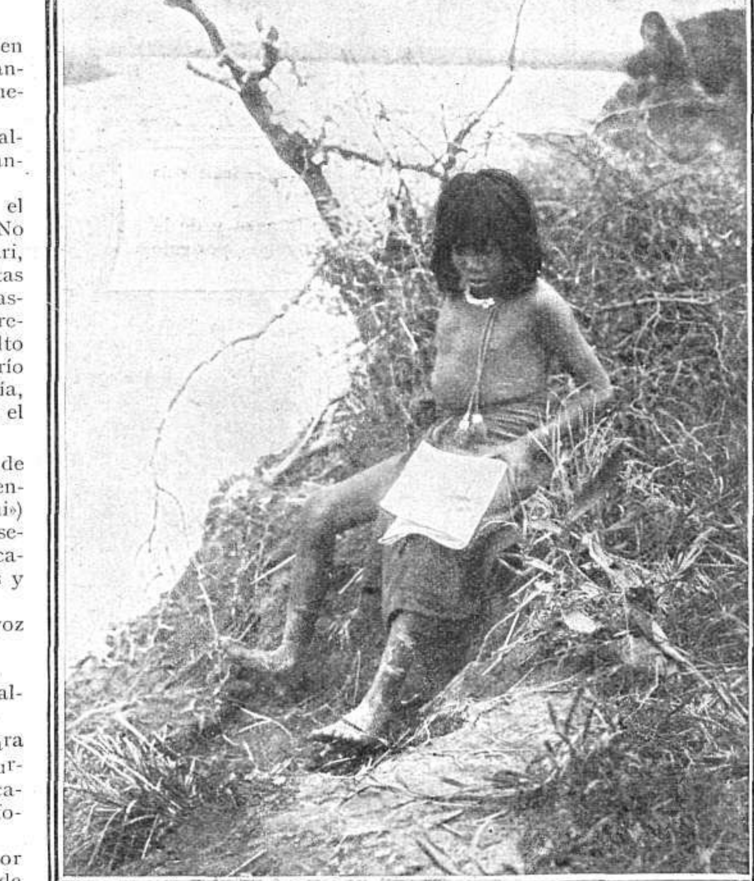
— Regla al soelo los coquinillos é las «patriarcas» para que el teniente é la compañía, descansen. E, para impaser, come peritivo, un amargo, ¿no es verdá?...

— ¡Ese, Bogari! (por varios).

— Pa que semo soldao vieje, entonce...

Liquidación galopante del menú. Café. Un paraguayo.

— ¿Y, «Lobizón»?...



Pasando revista á los dibujos de «Caras y Caretas»



¡A la carga!

—Había una vez un «conce» que le hacía los bajos á una «oncella». El «conce»...

Buenos noches.

Todo un señor chaparrón, de esos que perforan hasta los mandiles patrios tocó diana antes de hora.

Una partida de «cañita», juego tan interesante como el truco



Con la música á otro toldo

—Tenemos agua para veinte minutos, cuando mucho.

—¡Qué hacés, Isidoro Campos!... —mojó Planchet.

—Vea, don Feliciano: llevo siete años de Chaco, y puedo asegurarle que soy algo letrado en cuestiones de la amósfera, ¿sabe?...

—Bueno. No se enoje, cabo Rosa.

—Enojarme... no... pero... ¿quién es ese don Isidoro Campos?...

—Un pajuerano de Buenos Aires que fabrica pronósticos atmosféricos.

—¡Ah!... ¿Y es acertador el mozo?...

—¡A veces ni en carrera...

—De siguro que corre sotretas.

—Cebe mate, usté, «Lobizón», y déjese de profecías.

—Está bien, mi cabo.

A ensillar. 8.30 a. m. Tajeamos las mantas patrias á modo de poncho.

—El teniente Ballesteros, pobre finao, era de la misma opinión que nuestro jefe Boy. Decía que para calarse hasta los huesos de á pie es preferible calárselos en mula. En el otro Chaco, en el de Resistencia, me tocó salir con el finao en una expedición contra los indios mocovíes, y recuerdo que una noche la pescamos de punta á punta, sobre el lomo del montao, con una lluvia que que parecía diluvio.

—Y yo, mi cabo, las que he pasao arreando tropas de Corrientes pa Entre Ríos. Si hablaran estos huesos... ¡Ni caladura de sándia!...

—¡Chá, con estos concristos!... ¿Vea á lo que le llaman sarampión?...

—Como yo no soy clase, claro... y usté es cabo... ¿Y mi sobrecincha, á todo esto?...

—¡Clavadita que te la levântó Bogari! —aseguró Planchet.

—¡Oh!... Entonces había resultao gringo-comadreja. ¡Y nos lleva como dos leguas!... También si yo me le distraigo con su cachimbo... ¡ni rastrillada le dejo pa humiar!... ¡A pura «chica»!

En marcha. «Lobizón» de vanguardia, con un «mataco» asado, dos pavas, tres jarritos y otros adminículos de hojalatería, á los tientos del borrén de retaguardia.

Otro retazo de palmar. La lluvia tamborilea en las pantallas de los «carandai».



Ind[1]ecitos jugando al «elein», especie de «golf»

Dos tipos legítimamente pilagás, bastante averiados por lejana viruela

10.25 a. m. — Al frente el Patiño, inmenso. Lo baña el sol.

— ¿Qué le parece don Planchet,, este esterito?...

— ¡Había sido grande!... A mí me resulta como si al Río de la Plata lo hubieran cubierto de juncos y achiras ¡Y no se le ve fin!...

— Un baquiano indio le dijo al teniente Boy, que el estero Patiño tiene doce leguas de largo por *cuatro leguas de ancho.* ¿Se da *cuenta?*...

— ¡Maní! Como efecto de óptica...

— Dejáte de óptica, Planchet.

— Sí, mi teniente. Lo mismo que en el Río de la Plata. Usted se...

— ¿Ahora te da por la hidrografía, Planchet?...

— Es que... es igual, mi teniente. Colocándose usted, en la costa argentina del Río de la Plata, es imposible que vea la costa uruguaya. Aquí pasa lo mismo, teniente. ¿A qué usted no distingue la costa paraguaya?...

— ¡Planchet: á orear las pilchas!

Feliciano F. extiende sobre el espartillal, capotes y *mantas patrias.* «El Lobi» hace las veces de fuelle, en el prólogo de un fogón.

Del mar de juncos, asoman los penachos de los «caandaís» solitarios, como «nidos de cuervo» de balleneros que naufragaron en poca agua.



Indias fabricando collares

Apagando la sed, á usanza india

— Vea aquel grupito de palmeras, compañero. Parece una avanzada del grueso de la costa, que ha sido destacado para curiosear el riñón del estero. Y aquella otra, á la izquierda, solita. ¡Cómo la cacheteará el viento norte!...

Planchet se acercó, carabina en mano.

— Voy á «mariscar», mi teniente. Unos patitos al asador... ¿qué me dice?...

— Con tal que no hagas blanco en las mulas.

Planchet, que para la caza tiene cierto parentesco de «línea de mira» con el boticario de Tarascón, agujereador de gorras, se internó valerosamente en el estero, á lo carmelita descalzo.

La certera puntería de Feliciano F. provocó la gran desbandada chaqueña. Y los patos reales, las garzas blancas, los chajás y los tuyuyús, alzaron el vuelo, muertos de risa.

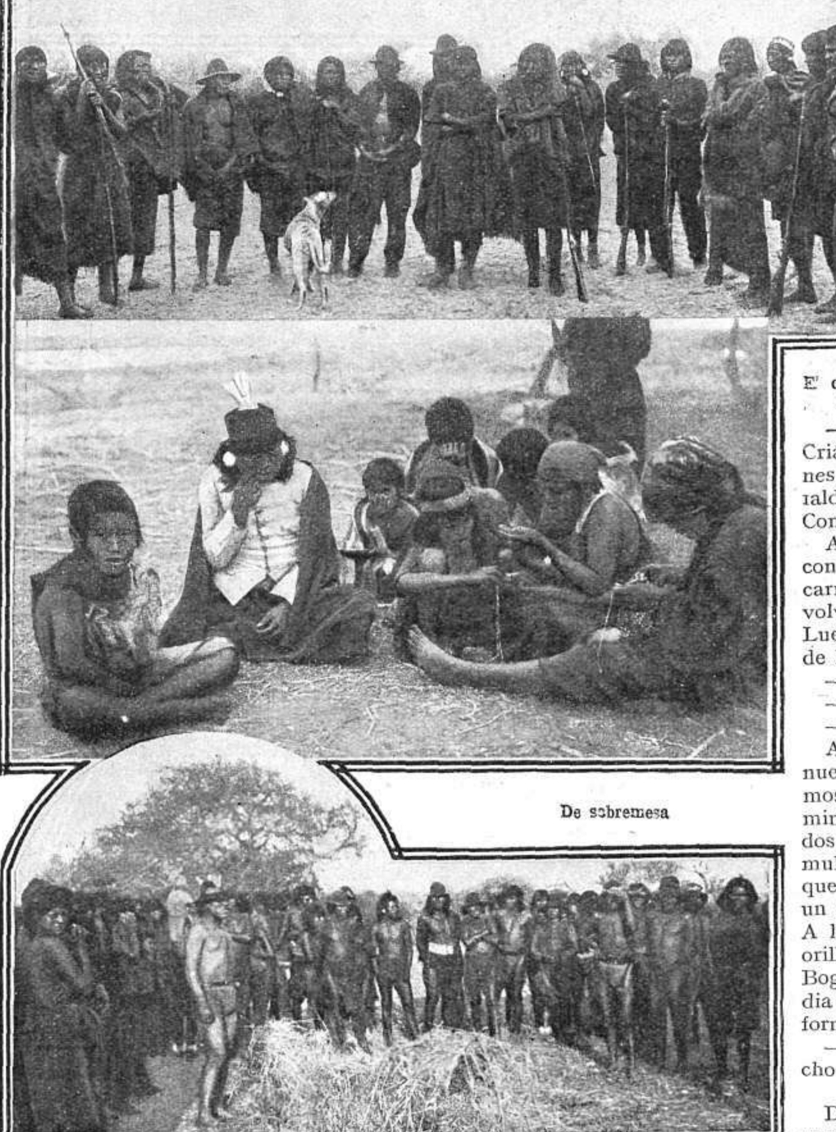
— ¡Algo es algo, mi teniente! — después de prolongado «intermezzo» cinegético.

— A buen seguro que este «tucá» no está baleado. Un «tucá» cardíaco que se ha muerto al oir la detonación. ¡«Lobizón»!

— ¡Ordene, mi teniente!

— ¡La autopsia, y al fuego!

El «tucá» es un pajarraco cómico. A un cuerpo — cuerpo 6 en tipografía — une un pico más grande



E' cacique Chimanagosoick (x) y su gente de pelea

De sobremesa

La gente del cacique Nallary

—Cierto, don Planchet! Criándolos desde pichones resultan *como perros* ıalderos. Un inglés, en Concordia, tenía uno.

Alcanzamos á Bogari, con su «Coancito» y su carro-fortinero, antes de volver á cortar el palmar. Luego, nos distanciamos de la costa del Patiño.

—Lo boeye van cansao.

— ¿Y usted, Bogari?

— ¡Soldao vieje!

A la entrada del sol nuevamente nos recostamos al estero Patiño. Diez minutos de descanso cada dos horas de marcha. Las mulas al paso. Atrás se queda Bogari, para darle un resuello á los bueyes. A las 9, hacemos alto á orillas del río Lagadick. Bogari nos alcanza á media noche. Tortas fritas y formidable aguacero.

— ¡Al carro, muchachos!

Día gris. Media hora para pasar el carro fortinero á la otra orilla del río Lagadick, utilizando una especie de batea con pretensiones de canoa.

—¡Un indio! — *gritó Planchet*, alarmado.

—Ya sé quien es ese letrao. No se asuste, don.

—¿Quién es, «Lobizón»? — le preguntamos.

—El curandero de los toldos. ¡Fieraso el indio! Picao de virgüelas y tuerto del lao de montar. ¡Y de yapa, pechador!

El facultativo pilagá se puso en contacto con nuestras manos, y comenzó á estrecharlas fuertemente, una por una.

—¡«Yacayá!»

«Lobizón» *actuó de intérprete*.

—«Yacayá» quiere decir amigo.

Tantos «yacayás» como apretones de manos.

Alto, robusto, de melena *libertaria* y de perita mefistofélica. Ni pizca de idioma nacional. Por toda vestimenta, el doctor orea modesto taparrabo de lana («made en China — Satandi»), sujeto á la cintura por una combinación de guasquitas. Una cuchilla en el cinto. Sandalias de cuero de «boreví». En los lóbulos de las orejas, horadándolas, formidable *trozo* de madera de jacarandá, en forma de

que el Aconcagua. Nosotros, reebautizamos al «tucá» en homenaje á cierta *insuperable nariz* parlamentaria, y le dijimos con toda solemnidad al que se asaba:

— ¡De hoy en adelante, te llamarás pájaro «Pedro O. Luro»!

Al ex «tucá» lo cortamos en diagonales. Una siesta, y de nuevo en marcha.

— Mañana, entre la *indiada* pilagá, compañero.

Avanzamos por el salitral que costea el estero Patiño.

— ¡ *Qué linda cancha para correr parejeros!*

A la izquierda, monte raquiticón; á la derecha, la sabana del juncal.

—Sigurito que por aquí ha pasao una «curuyú». Vea la rastrillada en el salitral. Y no hace mucho que ha enderesao á tomar agua. ¡Si la ve don Planchet!... ¡Mamita!...

Un «tuyuyú» (cigüeña) vuela con su elegante corte de aeroplano.

— Hay otro «tuyuyú», el «tuyuyú-cuartelero».

— Es el de *cogote colorado*.

Camino de las tolderías. — La picada «El Dorado»

Vista de un palmar

corcho de botella de champaña, con incrustaciones de hojalata.

—¡Tabaco, «caicá»! ¡«Cartós, caicá»! ¡«Sistem, caicá»!

—¡Ya impinciprió la letanía!... Dice que no tiene tabaco ni cartuchos ni fusil. A todas las armas de fuego las conocen por «sistem», así sean Lafoucheux, Winchester ó de cargar por el pico.

El doctor nos acompaña «de infantería», pitando y sonriendo.

—De siguro que en las tolderías ya saben que nosotros avanzamos. Y lo saben desde anteayer. Estos indios tienen sus avanzadas en oserbación, que mandan las novedades y «mangrullan» desde las copas de los árboles, medio escondidos entre las hojas. Lo hacen de disconfiaos. Por eso, de noche, en las tolderías, la mitá de la gente duerme, y la otra, está de guardia. Ya estamos cerquita.

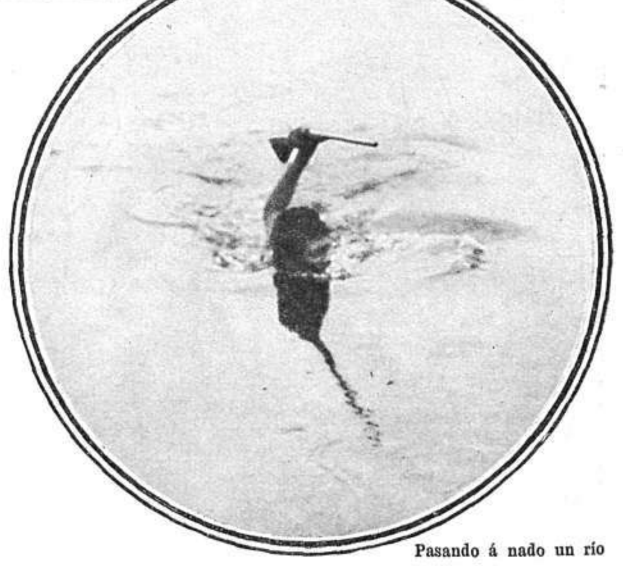
El teniente Boy se adelantó á saludar al cacique general de los indios pilagás, Garcete. Le escoltan los cabos Rosa y Quijano.

—Ahora, cuando el teniente se ponga á parlamentar con don Garcete, rodiao de los indios, va'tener una linda vista pa sacar.

Espoleamos las mulas.

—Allí viene don Garcete, contento, parece. ¡Ah, indio lindo!

Boy echó pie á tierra. Nosotros ídem. Garcete inició su discurso de bienvenida.



Pasando á nado un río

—¡Yacayá, quinienta! ¡Pilagá, yacayá guatagamack! ¡Yacayá, yacayá!

—Le voy á traducir al cristiano, don. «Yacayá, quinienta» quiere decir «amigo, teniente», y «pilagá, yacayá guataganack», que los indios pilagás son amigos de los soldados».

Boy, contestó:

—¡Yacayá, Garcete! ¡Guataganack, yacayá pilagá¡ ¡Yacayá, yacayá!

—¿Entendió?

—Sí, «Lobizón».

Perros por todos lados. Hay más perros («piocks») que indios. «China-Satandí» pudo competir con Constantinopla, antes de la ascención de los jóvenes turcos y de la arreada de canes islamitas.

Garcete «la parla» con fuerte tren de pico.

—Guataganack dando cartós, dando tabaco, dando ropas, dando géneros para lamoguá (mujer), dando harina. Guataganack, yacayá pilagá!

El lenguaraz traduce la partitura del teniente Boy.

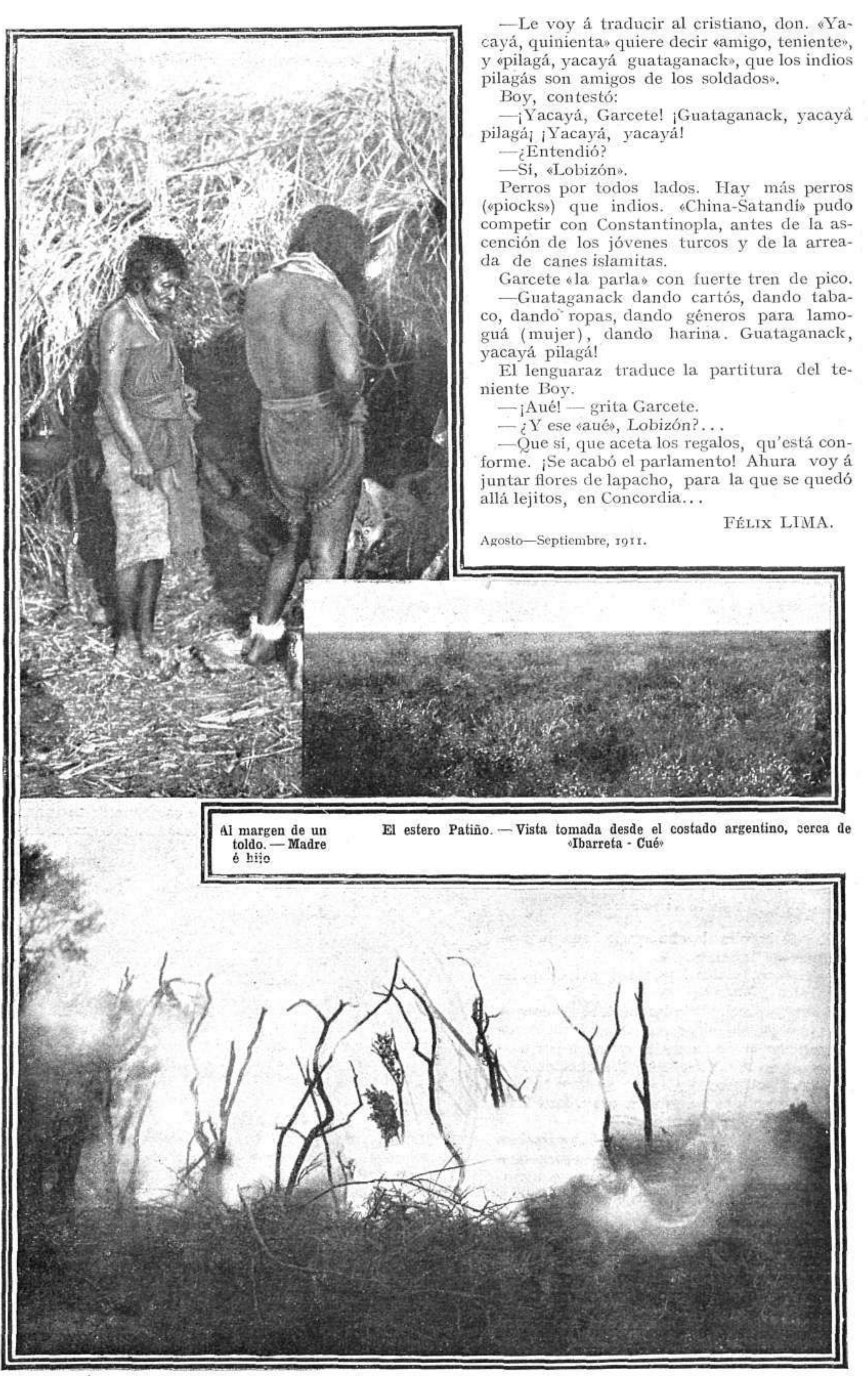
—¡Aué! — grita Garcete.

—¿Y ese «aué», *Lobizón?*...

—Que sí, que aceta los regalos, qu'está conforme. ¡Se acabó el parlamento! Ahura voy á juntar flores de lapacho, para la que se quedó allá lejitos, en Concordia...

FÉLIX LIMA.

Agosto—Septiembre, 1911.



Al margen de un toldo. — Madre é hijo

El estero Patiño. — Vista tomada desde el costado argentino, cerca de «Ibarreta - Cué»

El incendio de una toldería



Luces del Norte

Para "Caras y Caretas".

No saben amar en el Norte.

Las mujeres tienen los ojos azules como el cielo del Sud; pero sus almas son frías. Los hombres consideran la caza y los negocios como las cosas más importantes de la vida. El amor lo relegan al último lugar: un pasatiempo de sobremesa. No lo miran como la mejor profesión de todas, como nosotros en el Sud.

Yo, Pedro de Matal, que ha amado á tantas mujeres, que ha arrancado muchas frutas del árbol de la vida y las ha tirado, tan sólo para volver á arrancar otras más, no he hallado nunca un oficio que me haya agradado tanto como el de amar.

Los años se van, no soy joven; pero mi corazón es tan lozano como el de cualquier mozuelo. Aun tengo buen ojo para apreciar un tobillo fino y un talle cimbrador. Un par de labios rojos, un par de ojos soñadores, me infunden las mismas sensaciones de placer que antaño. Cuando me muera, la mejor inscripción que se podrá poner sobre mi tumba será: «Amó mucho, amó bien».

Sólo una mujer, de todas las que he amado, me hizo arrepentir de haberla conocido. Sólo una mujer me apuñaleó el corazón de tal manera con su ingratitud que, á veces, cuando el cielo está nebuloso y el viento frío ha hecho desaparecer toda la claridad del sol, siento aún abrirse aquella herida. Sólo una mujer...

Era la más bella de todas. Era oriunda del Norte, esa tierra de cielo gris, de hombres y mujeres fríos. Su cutis era aterciopelado como una magnolia... sus ojos eran azules como el cielo... sus cabellos eran dorados como la mies, como la miel; dorados como el sol del Sud... ¡Su boca! ¿cómo podré describir su boca? Era roja, era arqueada, era suave y fresca cuando la besé... porque sí, la besé... era como besar rosas y rocío.

Y esa criatura de carmín, nieve, azul y oro, estaba casada con un estólido inglés, sin apetito más que para la carne de vaca, sin otros deseos más que para matar animales.

Su pasión por la caza nos era útil; porque, mientras tiraba escopetazos á las palomas durante todas las tardes cálidas, nosotros íbamos en busca del amor en los castañales, más allá del pueblo. Costaba algún trabajo encontrar á Cupido, porque mi dama era esquiva. Tenía escrúpulos. Quería ésto, aquello no.

Cortejarla era como ir á caza de una mariposa blanca. Cuando más segura creía tenerla, más me eludía. Pero un día mi mano se cerró apretadamente sobre las alas que revoloteaban. Era mía...

¡Ah! ¡qué lozanos, qué obscuros, qué verdes estaban los bosques! ¡Qué blanca mi dama, qué rosada! ¡Amor!

Una y otra vez nos juramos fidelidad eterna. Sería mía para siempre. Y yo de ella.

El Amor debe haberse reído en los castañales, escuchando nuestros juramentos. Los habría oído tantas veces ya — un par de tontos en un bosque — un par de tontos, un jardín y la luna — un par de tontos, una linterna roja y una palmera — todo igual. Los amantes no cambian nunca, sólo cambia el marco.

De plata y oro eran aquellos días; obscuras, cual cielo sin luna, eran las noches. Cuando ella se separaba de mí, quedaba yo como un buque sin gobierno, una casa sin puerta, una cosa incompleta.

Luego, veloz é irremediablemente, se escapó de mis manos.

Estaba yo sentado á su lado, una noche, después de comer. Su marido acababa de salir de la pieza y quedamos solos los dos.

Por costumbre, se vestía de blanco; pero aquella noche, recuerdo, lo estaba de negro; algo diáfano y transparente, que realzaba la blancura de su cuello y de sus brazos. Sus cabellos relucían como el sol que, juntos, habíamos admirado ese anochecer, hundiéndose en el mar. Entre los reflejos de sus bucles se entrelazaban piedras rojas. Sus ojos estaban llenos de violetas y de ensueños.

Eché toda prudencia á rodar y la estreché entre mis brazos. Nuestros labios se unieron... Cuando alzamos la vista, su marido estaba de pie en el umbral de la puerta, y nos miraba con asombro. La expresión de su cara era tal, que la mujer, dando un grito, se apartó de mi lado.

Pero cuando saltó aquél sobre mí, estaba ya preparado á recibirle. No seré fuerte, ni repleto de carne de vaca, pero soy ágil y flexible como un gato. No era empresa fácil vencer á un bulto tan macizo, y á tanto enojo; pero poco á poco lo dominé... hasta que se encontró tendido en el suelo entre fragmentos de porcelana, esparcidos por todas partes (durante nuestra lucha habíamos volcado una mesa llena de «bibelots») y mis manos se aferraron á su garganta, ahogándole. Pensé matarle del todo, á fin de que estuviéramos libres, su mujer y yo, para amarnos cómo, cuándo y dónde quisiéramos; pero mientras en esto pensaba y le quitaba la vida, ella saltó sobre mí, arañándome las manos y forcejeando para apartarlas.

— ¡Cobarde, cobarde! — gritó ella.

La miré. Todo amor había desaparecido de sus ojos.

Parecía loca al inclinarse sobre mí, luchando por quitar la presa de mis manos. La obedecí. No lo maté. Le perdoné la vida.

Poniéndome de pie, le dije:

— Lo que usted ha hecho es una tontería, Nelly, pero poco importa, no podrá hacer daño durante un buen rato. Tendremos tiempo suficiente para decidir dónde iremos antes de que vuelva en sí.

Me miró asombrada; las joyas, en sus cabellos, centelleaban como gotas de sangre á la luz de la lámpara, su pecho se levantaba bajo los negros encajes que lo cubría.

— ¿Ir? ¿Ir dónde? — preguntó tontamente.

— A cualquier parte — contesté, alzando la mano. — Con tal que estemos juntos. Usted comprenderá que no podemos quedarnos aquí; el mundo es grande, y no falta donde elegir un nido para nuestro amor.

No se movía, y me miraba como si le fuera desconocido.

— ¿Y cree usted que lo dejaría? ¿Cree usted que lo dejaría por usted?

Sus palabras salían frías como gotas de lluvia helada.

— ¿Por mí?

Por un momento creí que, quien estaba allí, tendido en el suelo y sin sentido, era yo; luego, recuerdo, haberla preguntado torpemente:

— ¿Usted no me ama?

Estaba arrodillada en el suelo, con la cabeza de su marido descansando en su regazo, y lo miraba como á mí me había mirado una vez. Dirigió la vista á donde yo estaba, aturdido, y dijo:

—¿Yo amar á un hombre que ha querido matar á mi esposo? ¡Oh! ¡Váyase, váyase!

¿Tenía yo razón en decir que no saben amar en el Norte?

Louise HEILGERS.

Dib. de Utrillo.



Tío Joaquín



golosinas prohibidas, cigarrillos, hasta algún trago de caña brasileña, buscarme diversiones y encubrir mis travesuras, el buen negro viejo, de tez suavemente chocolate, facciones finas y espesa mota blanca, partida al medio y formando como dos copos de merengue.

¿Cuántos años tenía tío Joaquín? El decía que más de cien, cosa que atestiguaban sus canas, un chato y afiligranado zarcillo de oro, que lo acompañaba desde la juventud y era la única ejecutoria de su alta prosapia africana. Lo atestiguaban, sobre todo, sus recuerdos, pues tenía excelente memoria.

—Y ¿cómo sabe, tío Joaquín, que tiene más de cien años?—le preguntábamos.

—Yo calculo—nos respondía—que tengo más de cien, porque cuando caí prisionero, peleando al frente de la nación de que era rey, me acompañaba en la guerra un hijo mío, que tendría unos quince años de edad, de modo que yo por lo menos debía de tener treinta. Y si tenía treinta entónces, aunque hubiera sido de los últimos esclavos traídos de Africa al Brasil, á la cuenta tengo que tener ciento diez, pues la trata se prohibió hace más de ochenta años.

Los datos parecían ser fieles y el cálculo era exacto. Además, tío Joaquín recordaba, á mayor abundamiento, que hacía ya muchos años que estaba en el Brasil y que era marinero de la escuadra del imperio cuando fué á Nápoles con los barcos que habían de traer al Janeiro á la futura esposa de Don Pedro II.

Pues bien; ápesar de los ciento diez años que él se empeñaba en atribuirse, y que inclinaba á darle la nívea blancura de su pelo, tío Joaquín era el negro más despierto, ágil y activo que pueda imaginarse. Meticulosamente limpio, vestido con cierto esmero, el ex rey africano era un cocinero eximio. Guisaba á la criolla; pero usaba el delantal y el gorro blancos del cocinero francés.

¡La quinta! No quiero averiguar de donde procede esta palabra y si es ó no de buena cepa castellana. No quiero averiguarlo porque, á pesar de su evidente prosaico origen numeral, para mí esa voz equivalió en la niñez, y sigue equivaliendo en mis recuerdos, á la encantadora palabra paraíso.

Muchas veces, al pensar en la alegría terneril, en el arrebato jubiloso de perro que sueltan de la cadena, que me dominaba cuando me anunciaban que íbamos á partir para la quinta, he tratado de analizar, retrospectivamente, aquellas sensaciones, y lo único que he puesto en claro es que — á parte de que la quinta significaba la holganza — lo que debía producir en mí aquel estallido de entusiasmo era la felicidad de escapar, en cierta medida, á las mil trabas de la civilización casera, para volver á gozar de la libertad salvaje, en medio á las galas de la naturaleza.

Eso debe ser lo que constituye en el fondo, para ciertas almas vagabundas, el encanto de la aventura...

Para mí, en la quinta, las impresiones de *squater* tenían que reducirse, como es consiguiente, á poca cosa; á andar montado en el petizo gordo y trompeta, que servía para ir á buscar agua al arroyo; á descubrir nidos de pájaros, á matar alguna terrible serpiente de dos cuartas de largo, ó alguna comadreja de las que se acercaban, al caer la noche, á rondar el gallinero.

Lo cierto es que pasada la novedad de los primeros días, la quinta se volvía algo aburrida, sobre todo si el tiempo se ponía lluvioso y no había más compensación á la forzosa encerrona que las tortas fritas ó las de horno con azúcar y canela.

Gracias á Dios, en la quinta estaba tío Joaquín, el negro viejo más bondadoso, zalamero y ladino que he conocido en mi vida. Tío Joaquín era mi providencia, y cuando emprendíamos la anual salida al campo, á la quinta de abuelita, una de las cosas que más me sonreían era pensar que allá me estaba esperando para darme

Amaba su arte. Era de verlo, especialmente cuando preparaba el almuerzo de los domingos, en que se reunía toda la familia, y había, además, algunos convidados. Una mulatilla bastante «fula», pasaba esas mañanas á ser su ayudante, y el viejo centenario, remangándose la camisa hasta el codo, y luciendo los musculosos brazos, en un alarde de lozanía y gentileza, apenas le aceptaba á aquella muchacha los pequeños servicios: que picara el perejil ó que vigilara una salsa, y si veía, por ejemplo, que Damiana iba á salir en busca de agua, le arrebataba el balde de las manos, y luego se reconocía en él al experto marinero en el modo con que recogía la cadena del algibe, puesto un pie contra el brocal y el otro más atrás, como si estuviese izando una vela.

Bozal, eso sí, lo era, sobre todo porque no había podido desprenderse del pegajoso acento y de muchas voces portuguesas y aun africanas. ¿Qué hay para almorzar, tío Joaquín?, le preguntábamos á veces, más para reirnos de su extraña algarabía que por incitación de la gula. Tío Joaquín hacía un pequeño esfuerzo de memoria y empezaba á enumerar, contándose los dedos: «Hay *felambe, calbonada con choclo, pischcao, lubeja, tapichí con quibombó*...»

En fin, tío Joaquín era un dije, un negro que, por una razón ó por otra, todos queríamos, y que en su tierra, sin duda alguna, debía haber sido rey, pues tenía aptitudes y rasgos que lo ponían muy por arriba del nivel general de los hombres de su raza.

Quién hubiera pensado al verle con sus ciento diez años que...

Pero no precipitemos los acontecimientos, como dicen los novelistas adocenados.

* * *

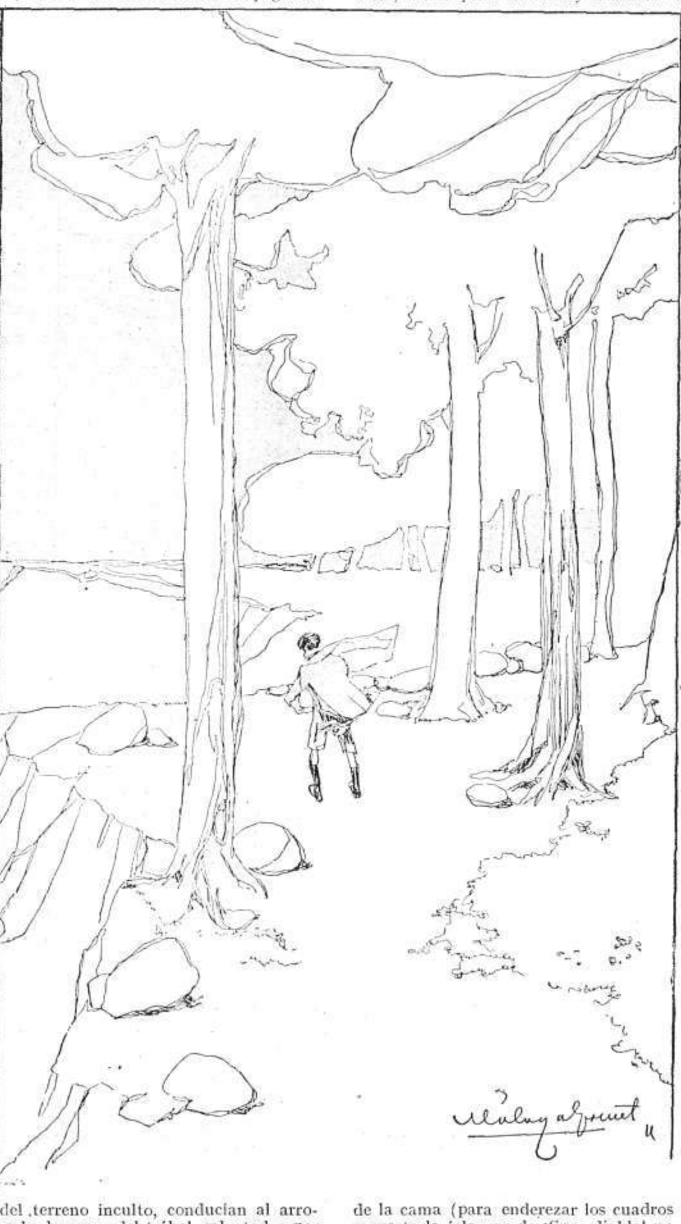
¡La quinta! Llegaba al fin el día ansiado de la partida, precedido por las impaciencias y las dilaciones que casi siempre amargan las felicidades infantiles. Oh! el rodar del coche, atestado de personas y de paquetes, á través de las calles del pequeño Montevideo de entonces, bajo el sol clarísimo de un día de primavera! Para mí tenían encanto hasta los barquinazos en el empedrado antiguo, y me iban poniendo sensaciones novedosas ó gratas en el espíritu, los menores incidentes del camino, los abismos de granito vivo que de repente abría una cantera al costado de la calzada, las variadas perspectivas de la accidentada topografía: por allí un retazo espejeante de mar, luego espumas blancas y blancuras de playa, enjambres de mástiles del puerto; de pronto, en una aparición inesperada, el verde, aterciopelado Cerro con el cubo blanco de la fortaleza en la cumbre; después, la entrada á los caminos rústicos, con cercos de pitas que lucían los enormes candelabros de sus flores amarillas, y espacios libres, llanos, verdegueantes, salpicados á trechos por los manchones de los macachines amarillos y las azules borrajas, viéndose aletear, en el transparente vaho tembloroso de la tierra, centenares de blancas mariposas...

Por fin, después de unas dos horas de traqueteo llegábamos al portón de la quinta, que quedaba por el camino de Suárez, yendo á dar su fondo, para completa felicidad mía, hasta el arroyo Miguelete.

Confieso que el rato que había que dedicar en la casa á los cariños de la abuela, las primas y las tías, eran para mí de intolerable espera. Por último, cuando conseguía que me dijeran: ¡Bueno, vete á correr por ahí! el espacio me resultaba pequeño para el resoplido de satisfacción con que echaba á disparar.

Jardín, huerta, gallinero, caballerizas, cocina, todo lo recorría al galope, casi sin responder á los saludos de la servidumbre ni á los relinchos del petizo, que parecía me sonriese, con un manojo de pasto atravesado en la boca.

Satisfecha la primer hambre de corretear, me dirigía, ya con más calma, por los senderos que, siguiendo las pendientes del terreno inculto, conducían al arroyo. Los efluvios de la yerba buena y del trébol, calentados por el sol y machucados por mis pasos, me dilataban el pecho. A veces me detenía para arrancar alguna flor de viuda, y su aroma dulce y fino me penetraba suavemente, poniéndome una inicial y fugitiva ternura en el espíritu.



Ya próximo al arroyo, me detenía un instante, algo cansado. Allí cerca, un álamo solitario, recto como un cirio, llenaba el aire con el delicioso susurro de sus hojas, agitadas por el viento. Yo quizás esperaba, inconsciente, algo que no tardaba en producirse. De allá arriba, de la rama más alta del álamo, como las notas monótonas de un rústico caramillo, partía el canto simple y triste de un chingolo... *Chiiiiu!, chiiiiu!, chiiiiu!*, cantaba el pardo pajarillo, y aquellas notas largas, finas, iguales, tenían para mí no sé qué encanto indecible, algo así como si el ave, á fuerza de estar enamorada del paisaje, hubiese conseguido encerrar en su melodía pobrísima, la emoción que le causaba la poesía de las cosas. Al fin y al cabo hay divinos *leit motiv* de Wagner que no valen más que el canto de un chingolo.

Después de esto, seguía hasta el arroyó, miraba el viejo banco musgoso, observaba si estaba amarrado el bote, si abundaban los sapos en la orilla, arrancaba alguna espadaña, guarnecida con un anillo de coral por los huevos rosados de los caracoles, y, concluída ya la visita al dominio, me volvía á la casa, algo taloneado por el hambre.

Antes de ir al comedor entraba en la cocina; Tío Joaquín me miraba con su sonrisa silenciosa, que le descubría todos los dientes, parejos y muy blancos, y, tomando con el delantal el pestillo del horno, me mostraba en éste una chirriante asadera. Antes que la vista, el olfato me denunciaba que aquello que se estaba dorando allá adentro y que exhalaba un apetitoso olor de yerbas aromáticas, era mi plato favorito y el caballo de batalla de tío Joaquín: una corvina rellena con ciruelas, queso rallado y aceitunas, manjar que les parecería un horror á los gastrónomos, pero que á mí me resultaba exquisito, digno de chuparse los dedos.

* * *

Damiana era entonces una mulatilla como de unos dieciocho años, criada en la casa y que descendía de una de las esclavas que fueran de mi abuela, quien tenía predilección por esta muchacha, aunque siempre decía de ella que era la misma piel de Judas.

De chica le había servido de camarera, durmiendo en el cuarto vecino al suyo, para acudir á su llamado cuando la precisaba por la noche.

Esto fué causa, precisamente, de que ocurriese un curioso caso, que se repetía en familia, pero no delante de la anciana que, siendo de estirpe goda, tenía un geniecillo bastante regular.

Una noche de invierno, la señora fué despertada por los horrísonos estallidos de una tormenta atroz. Como era muy religiosa, se pasó el rosario al cuello, empezó á decir el trisagio, y, queriendo encender una vela á Santa Bárbara, llamó repetidas veces á Damiana. Inútiles fueron sus voces. En esto le pareció á la anciana oir que algo se movía debajo de su lecho. Miró al suelo, y, con indecible horror vió, á la luz de un cárdeno relámpago, que la cara de Satanás se asomaba por debajo del blanco rodapié. Ver aquello, y echar mano, al tanteo, de un menudo garrote que tenía siempre á la cabecera de la cama (para enderezar los cuadros torcidos, decía ella...) y asestarle á la voz de ¡Cruz diablo! un buen varapalo al demonio, fué obra de un segundo...

La puntería resultó certera y el golpe arrancó un grito de dolor y un lloroso *ay! mi ama!* á la pobre mulatilla que, amedrentada, ella también, por la tormenta, había buscado refugio bajo el lecho...

Damiana, era, pues, cuando pasaron los incidentes de esta historia, una muchacha de unos dieciocho años, no diré bonita, pero sí agraciada. Tenía buena planta, el talle fino, curvas llenas, la boca gruesa, pero dientes regulares y muy blancos; los ojos algo pequeños y opacos, pero con largas pestañas y muy finas cejas. La nariz ancha y chata no tenía compensación. Pero el conjunto era gracioso, ondulante, y la nota más simpática de aquella atozada personita la constituía una voz clarísima, rica en armónicos, desbordante en carcajadas, como que la risa parecía ser su lengua natural.

De mas está casi decir que era aseñoritada, que se peinaba á la moda, usaba sombrero para ir á misa, y se ponía polvos de arroz. Esto último hizo que un día se fastidiara mucho conmigo porque le dije bromeando que, para ser razonable, ella debía empolvarse con cisco de carbón.

Como ya he dicho, los domingos, Damiana le servía de ayudante á tío Joaquín, y esto precisamente fué lo que...

Pero no precipitemos los acontecimientos...

* * *

Tío Joaquín era casado. Su digna consorte, si no había sido reina en Africa lo era, en cambio, del candombe de los negros benguelos. No fué chico mi asombro la primera vez que la vi cubierta de cintajos y oropeles, un domingo de Reyes, cantando en media calle una monótona melopea africana, entre un coro de voces plañideras y sordos tamborileos de quisanche, pues yo hasta entonces no la había conocido más que en su humilde condición de lavandera.

Tía Cata vivía en los Pocitos, en su *lanchito*, como ella decía, que le legara, al morir, uno de sus amos. Allí, á la orilla del mar, entre los médanos y junto á la cachimba de aguas dulces, se pasaba la vida lavando ropa, que luego ponía á asolear en la arena ó que tendía á secar, ya azulada por el añil, en las pitas y las tunas de raqueta.

Cuando la ropa estaba lista, le ponía el recado á Marimba, un caballo tuerto, viejo y flaco, tapizado de peluche color café, trepaba, con ayuda de un banco al lomo huesudo del jamelgo, y á fuerza de talón y de repetidos azotes con una rama de sauce, trasponía las dos leguas de camino para llegar al centro de la ciudad, balanceando su bulto enjuto y negro, entre dos enormes atados de ropa blanca.

Cómo podría hacer, durante el verano, Marimba cabalgado por tía Cata, el milagro de llegar hasta la quinta, apenas resulta explicable, teniendo en cuenta que el viaje se iniciaba al salir el sol y concluía al caer la tarde.

Era realmente algo cómico y enternecedor el ver las explosiones de cariño de que daba muestras aquel año tío Joaquín—que hasta entonces había sido un marido bastante flemático—cada vez que veía aparecer en el patio de la cocina á la macilenta cabalgadura en que llegaba su reina de Saba.

Arrojaba lejos la cazuela, la sartén ó lo que tuviera en las manos, se precipitaba hasta el despeado caballo, que no acertaba á permanecer firme en las patas, temblonas de cansancio; tomaba entre los brazos, por las rodillas, á la vieja arrugada, flaca y medio ciega, le besaba la raigambre de las nudosas manos, reía, medio gimoteaba, y decía: *¡Minha velha rica!* *¡Ora, minha velha rica!*

La negra quizás desconfiara en un principio de tanta zalema, que no quería atribuir al distanciamiento en que por necesidad vivían; pero al fin se dejó seducir por aquel inesperado reverdecimiento de su secular compañero. Al fin y al cabo, esto se explica teniendo en cuenta que ella sólo contaba setenta años escasos.

Los cariños y seducciones de tío Joaquín fueron tales, que consiguieron hasta persuadir á tía Cata de algo en que hasta entonces se había mostrado irreductible: vender el *lanchito* de los Pocitos para comprar otro más próximo á la ciudad. Ya estaba demasiado vieja, le decía. No quería que siguiese matándose trabajando. Además, ahora la gente rica pagaba caro aquellos terrenos cerca de la playa, y, con lo que sacaran, podrían comprarse una linda casita en el Cordón...

En fin, tía Cata cedió, vendió el *lanchito* y le entregó todo el dinero de la venta á tío Joaquín...

* * *

Desde por la mañana noté por ciertas conversaciones en voz baja, por ciertas expresiones reservadas y por ciertas risas y asombros mal disimulados, que en la quinta había ocurrido algo insólito, que, á causa de mi corta edad, me querían ocultar.

Despertada la curiosidad y puesto á observar todo lo que hubiese de anormal, poco tardé en advertir la ausencia de tío Joaquín. Pregunté por él. — Se ha marchado... Es decir, lo he despedido y no volverá, me contestó mi abuela. ¿Por qué?, inquirí. ¡No tengo porque darte cuenta!, me respondió la señora, que era un si es no es autoritaria. Me fuí á mis correteos de costumbre, y, al sentarme á la mesa, ví que no era Damiana la que servía. Un secreto instinto me hizo comprender que no debía indagar el paradero de la mulata.

. . . .

¡Sí, el asombroso drama pasional se había producido! Tío Joaquín, seducido por los encantos de Damiana, y Damiana por los pesos del *lanchito*, habían alzado el vuelo juntos aquella misma mañana!

¡Un Don Juan negro, rey africano... y con ciento diez años á la cola!

* * *

Triste, muy triste, quizás por lo mismo que era algo cómica, fué la llegada de tía Cata aquella tarde serena y algo fría de principios de otoño, en que volaban por el cielo muy azul largos hilos de la Virgen.

La vieja lavandera detuvo á Marimba en el patio y volvió los cansados ojos á una y otra parte, extrañando que esta vez faltara la recepción calurosa del tío Joaquín.

En eso mi abuela se asomó á la puerta del comedor y con un acento menos severo que el que usaba de costumbre para tratar á los inferiores, dijo dirigiéndose á la negra vieja: Apéate, Cata, y ven acá, que tengo que hablarte.

Recuerdo que sólo alcancé á oir, desde una pieza contigua al comedor, que tía Cata preguntó alarmada por tío Joaquín, y que mi abuela la contestó: No te acuerdes más de ese bribón. Ese negro loco te ha robado, llevándose toda tu plata...

En fin, después supe que cuando la pobre negra se enteró de toda la extensión de su desgracia, se deshizo en lágrimas y lamentaciones; pero, como estaba algo chocha, con los sesos medio cocidos de tanto lavar al rayo del sol, lo que más la irritaba y sobre lo que volvía con insistencia, era que Damiana, al irse, se hubiese llevado una lámpara vieja—regalo de mi abuela—que ella le había dejado en custodia. Esa mulata mandinga, decía, ¡llevalme mi lámpala! ¡Hata mi lámpala! ¡Pero me la ha de devolvel! ¡Sí, me la ha de devolvel!...

* * *

Desde entonces, durante muchos años, cada vez que veía yo por la calle un negro viejo y blanco en canas, me parecía que era tío Joaquín; y ahora, á pesar de que su longevidad sería un fenómeno inconcebible, á veces tengo la impresión de que tío Joaquín no ha muerto.

. . . .

¿Qué será de la vieja quinta? Es posible que donde ella estaba sea hoy algún barrio moderno, con luz y con tranvía eléctricos, trivialmente amanzanada...

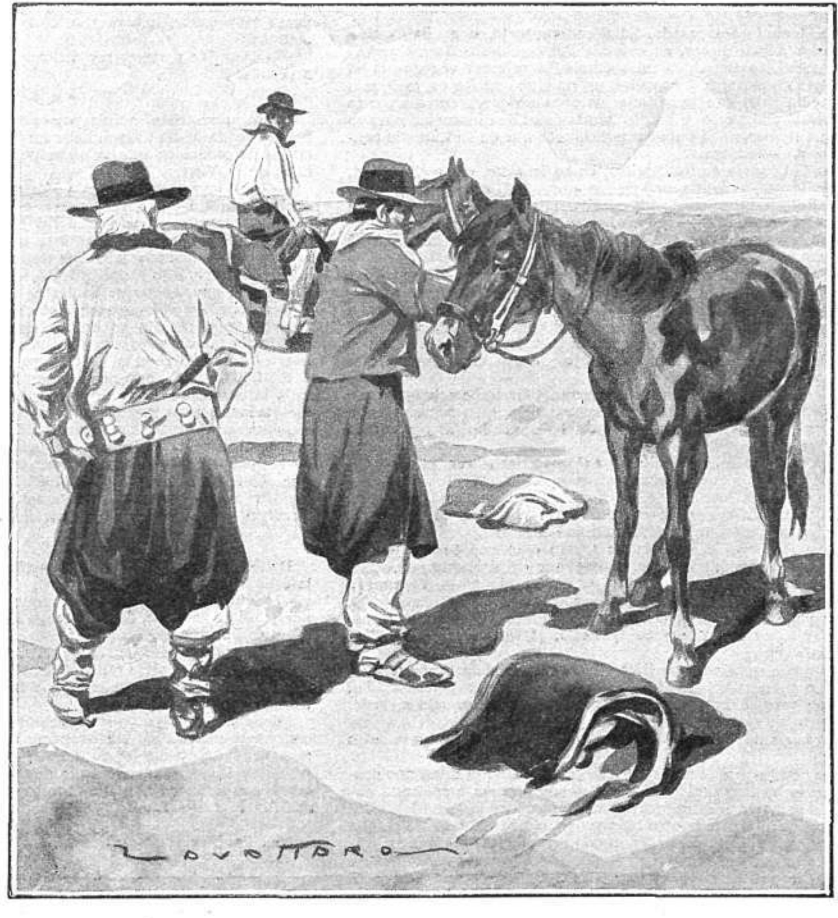
Puede ser; pero yo prefiero pensar que todo está como entonces, y que todavía alguna fresca mañana he de recorrer sus rústicos senderos, y me he de detener cerca del álamo susurrante para que el chingolo—el mismo de entonces, por supuesto—me salude con su dulce, cristalino, prolongado y melancólico *chiiiiu!... chiiiiu!... chiiiiu!...*

JULIO PIQUET.

Dib. de Málaga Grenet.



La sonrisa de la tierra



Vino la seca. Fué una desolación. Cansáronse los ojos de mirar á lo lejos, en la espera inútil de nubarrones que nunca llegaron. Tragedia inmensa la de los campos retostados, trigales muertos en el primer brote, osamentas de cuadrúpedos mostrando sus costillares roídos por los caranchos, restos de un naufragio no menos terrible que el de los mares. En la tapera entró el hambre, y hubo que pensar en emigrar. Pancho, el primogénito, mozo resuelto y fornido, había oído decir que al otro lado de la Cordillera había donde ganar mucho dinero. En las salitreras pagaban unos salarios fabulosos. Se recordaba el caso de un italiano que en dos años, sin más trabajo que el de sus puños, se había levantado una pequeña fortuna, y ahora era un hombre rico, que tenía casas y buques. Y un buen día, después de conversar largamente la cosa, al calor de la ginebra, en la pulpería, tomó el camino de Chile y se internó por el primer boquete. De los tres que partieron, uno se devolvió, arrepentido de la calaverada, antes de ganar muchas leguas; y en cuanto al otro, se quedó sirviendo en la primera población que hallaron al pisar tierra extranjera. Sólo él, Pancho, fijo en su derrotero, no paró hasta dar con la región del salitre.

Había sufrido—¡Dios sabía si había sufrido!—Pero las penalidades del camino, la sed, el hambre, la soledad de la sierra, no fueron nada ante lo que tuvo que padecer en seguida. No estaba habituado á aquel trabajo—¡qué había de estarlo!—Desde el primer momento le chocó aquella vida áspera, brutal; el gesto agresivo de aquellas gentes para quienes toda alegría parecía negada. ¿Por qué eran así? ¿Por qué gruñían siempre, por qué se insultaban, por qué parecían estar siempre de mala gana unos con otros? La primera noche no pudo dejar de llorar, y lloró, largamente, hundido entre los cobertores del lecho miserable, en el cuarto de calamina del campamento. Su acento especial delató su nacionalidad, y al día siguiente ya todos le decían el «cuyano». Cada «che» que salía de sus labios provocaba sonrisas de sus nuevos amigos...

Era fuerte, era resistente. Pero, para empezar, había sido demasiado ruda la lucha que sustuviera con la costra del caliche, á pleno sol, en las horas más ardientes del día. Estaba rendido. Magullábale los músculos la «macurca», á él, que había cabalgado leguas de leguas sin sentir el más leve escozor en la piel. Su amor propio le hizo reponerse, y en la tarde, en la pulpería de la oficina, hasta tuvo ánimo para replicar con desenfado á un rotito diablo que le parodiaba su modo de hablar. Entre todas las horas, amaba la del atardecer. La indecisión de la penumbra crepuscular sobre la vasta pampa salitrera traía á sus ojos una vaga visión de su pampa argentina, verdegueante como un mar. Miraba fijamente hacia adelante, á un punto lejano, recorría con la vista el horizonte goteado de estrellas y retozaba en sus labios el aire popular:

Una palomita
vidalitá
que voló y se fué...

Juntaba los párpados, ladeaba la cabeza como los ciegos que parecen ver con los oídos, y oía, sí; oía, vagamente, indistintamente, el rumor del viento en los pastizales y el estrépito sordo de la hacienda que pasa...

La luz de mis ojos
vidalitá
ya no la veré...

Bien pronto comprendió el pobre Pancho que no se acostumbraría nunca á aquel ambiente. Aquello no era para él. No; y luego, si los salarios parecían buenos, todo quedaba en la pulpería y en la fonda. Todo valía un dineral; y había que gastar, porque gastaban todos... Su índole de gaucho le empujaba á querer ser siempre de los primeros. De natural bondadoso, más de una vez tuvo, sin embar-

go, que cruzar palabras gruesas con algún insolente y hasta hacerle ver que tenía buenos puños y que el cuchillo no le metía miedo, por muy afilado que estuviera. Contra su voluntad, por ser hombre, se enredó en las huelgas. Bajó al puerto, y regresó también, como sus compañeros, con el bolsillo vacío, el corazón amargado y una mueca de asco y de cansancio en la boca. Perdió el trabajo. Y anduvo también errante de oficina en oficina...

Empezó á enfermar. Tenía un consuelo: la guitarra. La punteaba, cuando se veía solo, con sus dedos agarrotados de pampino. Y lloraba de pena, por no llorar de rabia, canturreando las cosas familiares de «la otra banda». Porque de rabia había llorado más de una vez, sin haber bebido, viendo como se burlaban de que tomara mate y de que lo tomara sin azúcar. ¡Ah! Decididamente, era un extraño, y todo le era extraño. Había conocido veinte oficinas y todas le resultaban iguales. En todas partes encontraba el mismo trato duro, la misma brutalidad entre los trabajadores, la misma «perrería» entre los capataces y «correctores» y la misma tiranía entre los patrones. Y sin querer, se le venían á la boca las más groseras interjecciones de su vocabulario. Rezongaba, no sabía por qué; protestaba, no sabía de qué; insultaba, y no sabía á quién. ¡Acaso á la vida, á aquella vida cruel y arrastrada que llevaba!

Y empezó á despertarse en su alma de hombre primitivo una aversión profunda por esa tierra maldita, por esa pampa árida, sin agua, sin pastos, sin ganados, y tan triste que quitaba las ganas de hablar y de reir. Algo reaccionaba en él contra aquel modo de vivir. Se hizo bebedor, se hizo pendenciero, «piqueteó» á alguno, le «piquetearon» á él, huyó hacia el norte, trabajó en otras oficinas, cayó preso, volvió á trabajar... A todo esto, el tiempo pasaba y él no tenía siquiera con que volver á repatriarse. Entonces, sintiéndose mal, comprendiendo que acabaría por morir como un perro, atravesado de una puñalada ó deshecho á planazos por un carabinero, hizo lo que muchos. Se dejó llevar de un buen consejo, tuvo su cuarto de hora de inspiración y empezó á ahorrar. Ya era tiempo, porque estaba enfermo de veras. La querencia le llamaba. La nostalgia le iba consumiendo. Se lo comía la pena.

De noche, mirando las estrellas por entre los intersticios del techo, se dormía delirando con sus viejos, con su rancho, con su china y su pingo... Y, bueno ó borracho, soñaba que iba galopando por un campo inmenso, mientras que de los inmensurables trigales de ambos lados del camino salían voces amigas que le gritaban por su nombre. O se veía en la pulpería, en medio de un grupo de paisanos, borneando el rebenque y diciéndole al gringo del mostrador:

—¡A ver, quién sirve aquí!...

Se despertaba sobresaltado. Sonaba estridente el pito de la oficina que llamaba á la faena, y Pancho se vestía con fastidio. Pero, si aun no era tiempo, volvía á dormirse para volar en sueños junto al fogón donde hervía la pava y en torno al cual la rueda de paisanos oía sollozar la guitarra mientras el mate iba pasando de una mano á otra...

* * *

Estaba tan mal, tan decaído el pobre Pancho, que aceptó sin esfuerzo la indicación de un viejo —su única amistad de las salitreras—para venirse juntos en vapor. El viejo se quedaría en uno de los puertos de más al sur, y Pancho seguiría viaje, dando la vuelta por Punta Arenas. ¡Qué días y qué noches interminables! Creyó morir más de una vez. Alentábale sólo la esperanza de llegar al fin, de llegar alguna vez al rinconcito de la patria que había abandonado. En Magallanes oyó por la primera vez hablar con los modismos peculiares de su país. ¡Qué alegría tan grande!

—Che, ¿usted será argentino?

—Argentino no más.

Fueron los mejores amigos del mundo. En Montevideo volvió á ver, por primera vez, las bombachas tradicionales, y el paisano tuvo que sujetarle, porque quería ir á abrazar al que las llevaba. El río le puso alegre. Tenía los ojos obstinadamente fijos en la corriente, y de cuando en cuando dejaba escapar un suspiro hondo, como si hubiera querido respirar de una vez todo el aire de la tierra natal. Llegaron á Buenos Aires una mañanita clara y algo fría. Pancho no conocía la capital y no volvía de su aturdimiento. Hacía veinticuatro horas que no salían de su cabeza los ruidos de la ciudad y el puerto.

—Yo voy á decirle qué tren ha de tomar—le dijo el amigo.

Y entraron ambos en una fonda del Paseo de Julio. Reponíanse allí de las fatigas y las emociones del viaje. Pancho hablaba poco, pensando en que sólo algunas horas le separaban de su querencia... De pronto volvió la cara hacia la puerta. Un carrero acababa de entrar. Pancho abrió las narices con ansiedad casi sensual, hinchó el pecho y se puso á temblar de pies á cabeza. El viento de la mañana había traído hasta él una ráfaga de campo, un olor de pasto verde, un tufo fresco de vegetación... Y se lanzó fuera, sin poderse contener. Había allí un gran carro colmado de alfalfa. Y Pancho, sin fijarse en nada, sin reparar en que podían tomarle por un loco, se llegó hasta el carro y hundió la cara entre el pasto, como un perro fiel entre los pies del amo, como un hijo arrepentido en el regazo de la madre que perdona.

Restregó allí las narices, desatentado ya, fuera de sí, hundió las manos en el verde con voluptuosidad de enamorado; y entre el hipo de sollozos incontenibles, llorando á mares, se le oyó exclamar:

—¡Madre! ¡Madrecita!...

La madre era la pampa, la tierra querida de su infancia que le enviaba, en la sonrisa de aquel verde, su primer saludo.

VICTOR DOMINGO SILVA.

Dib. de Zavattaro.

Superficialidad aparente

La una de la mañana y un frío crudo. El viento del Nordeste barría á Londres con ráfagas heladas que penetraban la gruesa casaca de astracán del honorable Claudio Anstruther en el momento que, en compañía de un amigo igualmente abrigado, salía por las grandes puertas del National Sporting-Club, bajando por sus escalones hasta llegar al automóvil, brillantemente iluminado, que lo esperaba.

El lacayo recogió bien, bajo las piernas de su patrón, el extremo de la manta, lo separó completamente de la puerta, y cerró ésta, luego, con cuidado.

—¿A casa, señor?—preguntó—llevándose la mano á la gorra.

—¿A casa? ¿A estas horas?—exclamó Anstruther soltando una carcajada.—Seguramente no. ¿A dónde iremos, Algy? Ese duelo de esta noche me ha descompuesto completamente. ¡Por Cristo! ¡Qué espectáculo! ¡Qué horror de espectáculo para pagar cinco guineas por verlo! Dudo mucho que ese pobre diablo llegue á reponerse.

Calló y llamó luego al lacayo:

—¡Hola! ¡John! ¿qué se le ocurre?

El lacayo discutía con una mujer andrajosa, de rostro pálido, que le rogaba comprarle algunos cordones de zapatos que tenía en las manos, obscuras y arrugadas.

—¡Por favor, Claudio, no hagas eso!—le pidió su compañero.—Fíjate en los andrajos que la cubren.

—¡Apúrese, John!—continuó Anstruther sin tomar en cuenta la observación del otro.—Y ahora, madrecita, díganos dónde vive.

Pero la mujer empezó á llorar amargamente. Gemía y se retorcía las manos.

—¡Oh, mi Jim! ¡Oh, mi Jim!—seguía repitiendo. Lo han llevado al hospital, y se morirá, ¡Dios me ayude, se morirá! y entonces, ¿qué será de mis chiquitos y de mí? ¡Oh, mi Jim! ¡Jim mío!

—¿Qué le ha pasado á su Jim, y por qué lo han llevado al hospital?—preguntó Anstruther.

—Lo han asesinado, eso es lo que han hecho, lo han asesinado, lo han asesinado allí, esos pillos!—é indicaba el club del cual acababa de salir Anstruther.

La realidad lo iluminó entonces.

—¿Su Jim de usted es Jim Baxter?—preguntó con rapidez.

—Eso es, pobre muchacho, mi hijo, sí, es él.

Anstruther sacó la cabeza por la ventanilla y llamó:

—¡John!

—¿Señor?

—Suba y averigüe inmediatamente á qué hospital han llevado á Jim Baxter. ¡Rápido!

—Dele un penique, John, un par de peniques—dijo Anstruther. —Y siga luego al Rocket. (*)

Al cerrar la ventanilla tuvo un ligero estremecimiento.

—«¡Por Dios, qué noche para salir!»—dijo á su compañero, sentado junto á él.

Pero los dedos de John estaban entumidos de frío, lo que le llevó algún tiempo para desabotonar su espesa «casaca de pescante», á fin de sacar el dinero. Entretanto, Anstruther miraba á la infeliz mujer á través del vidrio. De pronto tiró de la presilla, bajó el vidrio y llamó:

—No, que entre aquí, John. Pobre infeliz, se va á morir helada. Y pregúntele donde vive.

(*) Nota del A.—El Rocket era la última de las casas nocturnas de Londres. Se hallaba situada en Oxford Street. Se abrió en 1908, y duró quince meses.

J. Pelaez

Lo habían llevado al hospital de Charing-Cross, y Anstruther tranquilizó un poco á la mujer cuando le dijo que el de Charing-Cross era el mejor de todos los hospitales de Londres.

—Y ahora, ¿dónde vive usted?—volvió á preguntar.—Vamos, apúrese.

—¿Vivir? ¿Yo? Dorset Street, en Spitalfields. Allí están mis chicos, llorando de hambre. No han tenido un bocado ni un sorbo desde la mañana temprano. Vine á buscar á mi Jim; él iba á llevarles de comer esta noche. ¡Oh, mi Jim! ¡mi Jim! — y volvieron á correr las lágrimas.

—Seguramente, Claudio, no vas á ir á dar á Spitalfields—exclamó con disgusto su compañero.

—¡John!—volvió á llamar Anstruther.

—¿Señor?

—Calle Dorset, Spitalfields.

—¿Cómo dice, señor?

—He dicho que siga á la calle Dorset, Spitalfields —¿por qué no oye?—y dígale á James que apure á reventar.

Un momento después el automóvil echó á andar y luego tomó al Este.

Claudio Anstruther sólo tenía veintitrés años. Al llegar á su mayoría de edad se encontraba en posesión de una fortuna. Extravagante y salvaje hasta el extremo, su carácter tenía una faz á la que pocos prestaban fe. Por otra parte, cualquier espectáculo de la desgracia ponía su piedad en conmoción.

En esta ocasión oyó de labios de la mujer sentada frente á él, á la brillante luz del interior del carruaje, que, no obstante haberse casado dos veces, hacía años que era viuda. Jim Baster, el boxeador, era el único hijo de su primer marido, y su único amparo. Los hijos de su segundo marido eran sostenidos también por él.

El automóvil se detuvo en Dorset Street, y ayudaron á bajar á la mujer. Al subir á la vereda, dió un grito penetrante y por algunos instantes Anstruther pensó que se había vuelto loca. Siguiendo luego la dirección de su mirada hacia arriba, observó en una ventana alta un fulgor fluctuante y rojo.

—¿Vive usted ahí?—preguntó con rapidez.—Y entónces, como no obtuviese respuesta, exclamó: — John, llame en el acto á una estación de bomberos; pronto, no espere — y mire, tome esto.



Se quitó su gran casaca de pieles, y el frac y arrojó ambas cosas al lacayo. La puerta de calle tenía la *llave* echada, según lo observó al mover el picaporte, y durante algunos momentos dió de puñetazos en los tableros.

—Apártate, Algy — dijo al fin — dirigiéndose al medio de la calle.—¿Recuerdas nuestro ariete humano en Harrow? ¿Eh? Espérate, y lo verás dentro de un instante.

Corrió con toda velocidad hacia la casa, saltó á gran altura cuando distaba de ella como una yarda, y girando á la vez con el cuerpo, de modo que con la parte posterior del hombro derecho golpeó la puerta con terrible fuerza y la abrió en el acto hacia adentro con estrépito.

Sin perder un instante trepó ciegamente por las desvencijadas escaleras de madera, tropezando en la oscuridad, y llevándose objetos por delante. De pronto hirió su olfato el olor de madera quemada. Al empujar la puerta del piso superior, una masa de humo se arremolinó hacia fuera, ahogándolo y cegándolo casi.

Por fuera, en la calle, reuníase con rapidez la muchedumbre. Pasaron algunos minutos. De pronto apareció Anstruther tambaleándose. Desgreñado, tiznado, con los ojos inyectados de sangre, estaba apenas reconocible. Aún ardía una de las mangas de su camisa. Replegado é inconsciente sobre cada uno de sus hombros, se encontraba un niño, á los que sujetaba con firmeza. Aliviado de su carga, estuvo algunos momentos tosiendo, sin poder hablar. Luego dió vuelta. Al hacerlo, Algernon (Algy) y John saltaron hacia él simultáneamente.

—¡No! ¡por Dios! ¡No! — gritaron, conteniéndolo con fuerza.

—¡Es una locura el volver, Claudio! — le dijo Algernon con viveza.—Has hecho tu parte, y algo más. Los bomberos estarán en breve aquí.

Poniendo en juego toda su fuerza, Anstruther se desprendió de ellos. Algernon procuró una vez más el detenerlo, pero echándolo á un lado, el joven se precipitó nuevamente en la casa.

Una lengua de llama amarilla lamió el maderámen de las ventanas superiores; otra, y luego



otra. De pronto los vidrios rotos formaron chimeneas y vomitaron humo. Barrido por el viento se deslizó por la pared.

Un grito se levantó de la muchedumbre al aparecer una forma en la ventana incendiada, destrozando vidrios á derecha é izquierda, con un brazo desnudo y ensangretado. Ya aparece la mitad de la forma. Ya emerge por completo.

Sobre un caño colocado horizontalmente en la casa, Anstruther, con la espalda á la pared, se mantenía en pie junto á la ventana. Llevaba un niño al hombro, cuyas piernas envolvía con su brazo derecho, mientras que, con la mano izquierda, se aseguraba de la mocheta de la ventana.

Una ráfaga de viento, llevó una lengua de llama hacia sus piernas, ocultándolo por un momento á la vista el humo que la acompañaba.

—¡Arroje al niño! ¡Arrójelo! — gritó una veintena de voces. Instintivamente, sin moverse, dirigió hacia abajo una mirada. Por todas partes, caprichosamente revelados por el resplandor fluctuante de las llamas, veíanse rostros pálidos, dirigidos hacia arriba, en una masa estrechamente apretada.

¿Arrojaría al niño? Teniendo libres ambos brazos, él podría salvarse, lo comprendía, asiéndose del caño de hierro con ambas manos, y corriéndose lentamente por él hasta la casa vecina, de cuyas ventanas ya se estiraban diversas personas. Pero, ¿podrían recibir al niño si lo arrojaba? Era posible, aunque no probable y, en el último caso, se mataba inevitablemente.

Su aliento se contuvo en presencia de la muerte. Estos pensamientos brillaron en su mente con extraordinaria rapidez. Una vez más, no atreviéndose á inclinar la cabeza ni á mover el cuerpo, debido al temor de perder el equilibrio, miró hacia abajo. Algo ocurría en la calle. Sacaban la manta del automóvi!. Algunas personas la estiraban teniéndola tensa y disponiéndose así en cuadro.

—¡Arroje el niño! ¡Arroje el niño!

Los gritos eran cada vez más fuertes y más insistentes. Su energía iba decayendo. Su mano izquierda se estaba asando. Sabía que si otra ráfaga de viento cruzaba su cuerpo con llamas y con humo, aflojaría el sostén— y entónces...

De pronto el calor le cauterizó la mejilla izquierda. Ya llegaba la ráfaga que tanto había temido. Soltando la mocheta que por tanto tiempo había tenido asida, estrechó al niño con sus dos brazos, apretó los dientes, y saltó al aire.

***

Una mujer, que vendía cordones de zapatos, gangueaba entre los pacientes externos, esperando, en la gran sala del Hospital de Londres, la llegada de su turno para ser atendida. Al alcance del oído, conversaban dos doctores vestidos con largas blusas blancas.

—Es un caso maravilloso—decía uno de ellos.— La altura de la que debe haber saltado, sosteniendo al niño, era terrible. Le erró á la manta que le sostenían para aminorar el golpe, pero se salvó aunque con grave choque, y ahora se está reponiendo muy bien. Hay una mujer de la que siempre está hablando, madre del niño que salvó — dice que desea verla, y á sus hijos, y está aparentemente ansioso respecto de cierto boxeador — al que llama Jim Baxter. Declara que ese individuo se está muriendo en algún hospital de Londres, y desea tener noticias á su respecto.

La mujer que tenía los cordones de zapatos, se levantó y se dirigió nerviosamente hacia ellos.

—Si usted permite, señor — dijo — yo soy la mujer á cuyos tres hijos les salvó la vida el caballero... ¡Dios lo bendiga! ¡Dios le dé por ello su eterna bendición! Y es mi Jim, el boxeador, á quien usted se refiere. Estaba en el hospital de Charing - Cross; pero ya salió, y se encuentra casi repuesto.

—¿Usted? — preguntó súbitamente el doctor.— ¿Cuál es su nombre, mujer?

—Marta Baxter, por mi primer marido, señor, y ahora Marta Stubbs.

—¿Pero si hace varios días que hemos andado buscándola? — repuso el doctor, con una voz llena de bondad.

—El caballero desea que entreguemos á usted cincuenta libras; esto es si usted puede probar que es Marta Stubbs, y desea ver á usted y á sus hijitos menores en cuanto se encuentre mejor... y también á su hijo Jim.

WILLIAM LE QUEUX.

Dib. de Peláez.



Para "Caras y Caretas"

—Así pues, hétenos de nuevo reunidos, mi viejo, —decía conmovido Juan Pfeiffer, mientras escanciaba el primer vaso de vino á su camarada Pedro Ricklin.

—¡A tu salud, y porque sea más breve el plazo de nuestro próximo encuentro!—respondió Pedro.

Trincaron, dejando sobre la mesa los vasos vacíos.

Ambos eran alsacianos y amigos desde la infancia. Jóvenes, habían abandonado su país, resueltos á conquistar el mundo. La vida los separó. Juan se había establecido en París, donde se encontraba al frente de una gran fábrica de automóviles. Pedro habíase dirigido á América y, á la sazón, enseñaba matemáticas en una de las grandes universidades de los Estados Unidos.

De regreso en Europa para casar á su hermana, había desde el Havre hecho una escapada á París con objeto de hacer una visita á su amigo Pedro: éste le había esperado en la estación de San Lázaro y conducido después á su deliciosa «garçonniere» de la avenida de Antín. Allí, una hora después de la llegada y cambiadas las primeras efusiones, hallábanse *vis á vis* los dos amigos sentados á la mesa confortablemente servida.

—¿Sabes que hace ya trece años desde la última vez?—preguntó Juan.

—¡Trece años!—suspiró Pedro.—¿Cuántas veces viviremos todavía ese período de tiempo?

—Ese período... nunca más—replicó Juan.—Era el de los veinticuatro á los treinta y siete años.

—La primavera... la alegría...—murmuró pensativo, Pedro.—Y, después de una pausa, llevándose el vaso á los labios, agregó:—Ea...eso está concluido... no pensemos más en ello.

—Después de todo, tú no tienes por qué estar quejoso—hizo notar Juan.—La juventud se fué, es cierto, pero tú has sabido aprovecharla perfectamente. Hoy tienes un gran nombre en la ciencia, una posición honorable y una fortuna suficiente.

Pedro sonreía melancólicamente y señalaba con el dedo la parte superior de su cráneo, donde una calvicie bastante apreciable dejábase ver entre los cabellos rubios.

—¡Bah, mi pobre amigo! No hay que pedir á la vida cosas fuera de razón. Una cabellera absaloniana y una cátedra universitaria espléndidamente retribuída, una dentadura completa y la celebridad, la juventud y condecoraciones, la fortuna y éxitos de todas clases... todo eso es imposible tenerlo á la vez, á menos de haber nacido príncipe.

—Lo sé, lo sé; sin embargo ¡qué abismo entre lo que se sueña y lo que se realiza!

—Eres injusto, Pedro. Hace trece años no te habrías figurado llegar tan pronto, y tan lejos.

—Es posible. Pero cuando se ha llegado al objeto, se echa de ver que éste no valía siquiera el esfuerzo hecho para alcanzarlo.

—Vaya, creo adivinar. ¿Cómo ibas á ser feliz? Te falta lo esencial.

—¿Es decir?

—Una mujer.

—¡Oh! Tú eres el menos autorizado para predicar el matrimonio. Eres soltero como yo.

—Con tres años menos que tú.

—Que son, de todas maneras, treinta y nueve.

—Es cierto—dijo Juan—y se calló un instante, pensativo.—¡Qué quieres!—continuó luego— se vive lejos de la familia, lejos del círculo en que se nació y se creció, se engolfa uno en sus negocios, no se interesa por nadie ni nadie por uno, con sus hábitos se arregla una vida en la que pronto no queda siquiera sitio para una mujer, los años pasan y... de pronto, un buen día se cae en la cuenta de que la juventud ha pasado y de que es tarde ya para cambiarlo todo.

—Justamente ese es mi caso, allá en América; y no me figuraba que pudiera ser también el tuyo, aquí, en París, donde en suma tú no eres un extranjero.

—Y después, después, hay algo más todavía. Recuerdos que hacen más bien temer que desear el matrimonio. Sabe uno cómo ha sido amado, y teme no volver á serlo igualmente: compara de antemano una esposa correctamente virtuosa con la encantadora y locuela muchacha, cuya imagen lejana subsiste aún idealizada por la distancia, y nos confesamos, con pena, que estamos viciados en demasía para poder convertirnos en maridos adoradores flemáticos del puchero.

—¡Ah, ya!—exclamó Pedro sorprendido.—¿Es que, por casualidad, pensarías todavía en Elena?

—¿Y cómo no había de pensar yo—replicó Juan—cuando tú mismo, á lo que veo, te acuerdas de ella?

—Y bien, sí, es verdad. Yo no la he olvidado. Era una buena muchacha, linda, encantadora y hechicera. ¡Qué boca de perdición! ¡y qué ojos de vicio! ¡Y aquel palique fino! ¡Y aquella flexibilidad de ardilla! donde quiera que estuviese, todo lo llenaba de vida y de agitación.

Juan clavó en el suelo la vista, soñador. Calló.

—Te quería mucho—continuó Pedro.

Juan siguió silencioso.

—Y tú también, tú la amabas.

—Sí—respondió al cabo Juan acariciándose la

hermosa barba de reflejos dorados.—Amaba mucho á Elena, mucho. Mientras estaba con ella, no me apercibía tanto de ello. Cuando tuvo el niño, la idea de que en adelante tendría yo que cargar con él para siempre, me fastidiaba. Sólo después de nuestra separación me dí cuenta del gran lugar que había ocupado en mi vida. Y cuanto más ese tiempo retrocede en el pasado, tanto más ella se agranda en vez de disminuir. Es el trastrueque de todas las leyes de la perspectiva.

—Muy comprensible, sin embargo. En tu recuerdo, Elena ha venido á hacerse la encarnación de tu juventud. La emoción que experimentas al pensar en ella, proviene del pesar por tus venticuatro años idos, tanto ó más que del pensamiento de Elena.

—No digo que no. Lo cierto es que yo vislumbro á Elena rodeada de una aureola de juventud y felicidad tranquila y, desde luego, me es imposible pensar en ella sin que se humedezcan mis ojos.

—¿Sabes, querido Juan, que acaso hiciste mal abandonándola?

—Hay ocasiones en que así lo creo.

—Cuando se ha encontrado un ser á quien se ama y de quien se es amado, no se le debería dejar á ningún precio. No se sabe nunca si se le reemplazará. Y el amor es, después de todo, la única cosa por la que la vida vale la pena de ser vivida.

—¡Qué quieres mi buen Pedro! Esa es la sabiduría de la edad madura. A los venticuatro años no se ha llegado todavía á esa profunda comprensión. En aquel tiempo yo no veía más que una cosa: yo había recogido á Elena en el jardín del Luxemburgo, es decir, poco menos que en el arroyo, y sabía que no había sido yo su primer amor.

—No el primero, pero el único...—interrumpió Pedro.

—Sí, eso es lo que ella decía. A pesar de ello, yo no tenía la convicción de deberle cosa alguna. Amor por amor. Este, yo se lo ofrecía y ella no tenía el derecho de exigirme más. En último caso, el lazo que nos unía era bien ligero y yo comprendía perfectamente lo que tenía de escabroso. Y, en fin, á cualquier otro que se hubiese encontrado en mi lugar, yo le habría de seguro aconsejado que se desembarazase buenamente de Elena, y... bien, sí, ese fué el consejo que me dí á mí mismo.

—Antes de ahora tu corazón debe haberte dicho ya, que no obraste con acierto. Y ahora, la razón también, se me figura. En fin de cuentas, los raciocinios del corazón no son tan desparejos de los de la razón como se lo imaginan los sabios de *doublé*.

Juan volvió á hundirse en su silencio.

—¿Te acuerdas—continuó Pedro—de la visita que te hice, ahora trece años, al venir de Estrasburgo? Me veía por vez primera en París. La ciudad, la calle, las gentes, las cosas, todo me abrumaba. Y en medio de aquella agitación febril, de aquel torbellino y de aquella tempestad, ese idilio delicioso: tú y Elena. Tu pequeña habitación de hotel en una calle silenciosa me parecía una isla encantada en medio del océano ahullador. ¿Cómo se llamaba la calle?



—Calle Git - le - Cœur.

—¡Eso es! ¿Sabes? me gustaría ir allá en peregrinación para volver á ver tu antiguo hotel.

—Eso es imposible. Fué demolido y ni la calle existe ya; en su lugar se alza hoy el bulevar Saint-Michel.

—¡Ah, nada vuelve nunca á encontrarse! De todo lo que se ha vivido, no queda más que la sombra del recuerdo en nuestra alma. No debería uno volver jamás á los sitios en que antes fué feliz, á menos de estar seguro de no encontrarlos cambiados.

Se iba poniendo sentimental, llevado de su temperamento de bueno y sencillo alsaciano. Continuó:

—¡Cuántas veces he revivido con el pensamiento aquellas horas en que, por haber tú ido á pasar la velada en casa del profesor Saint-Amand, me dejabas sólo con Elena! Yo estaba lo más aturrullado; no atinaba con la actitud conveniente y cuanto más sencilla y natural era la suya tanto más era la mía falsa y forzada. Si yo la decía un cumplimiento, ella reía. Languidecía la conversación, ni osaba afectar seriedad ni me atrevía á insinuar una broma; ella, entonces, se compadecía de mí y se sentaba al piano. Tocaba no del todo mal. De cuando en cuando volvíase y me sonreía.

Estaba endiabladamente seductora y te aseguro que yo sentía extrañas tufaradas de calor subirme al corazón. Los más villanos proyectos me pasaban por la cabeza. Hacía la corte á Elena. Hoy te lo confieso. ¿No me lo reprochas, verdad?

—Puedes estar tranquilo — contestó Juan sonriendo; — Elena misma me lo contaba todo apenas volvíamos á encontrarnos juntos. No sentí nunca celos de tí.

— Gracias— dijo Pedro un tanto mortificado, lo que divirtió á Juan. — Yo la decía cuanta lindeza se me venía á la boca, pero mientras emocionado, con las mejillas encendidas y la voz un poco temblorosa, yo hablaba y hablaba, ella íbase en busca del pichicho que le regalara nuestro amigo Tannemann y se ponía á espulgarlo tranquilamente. Esto me daba tal rabia, que saltaba de mi silla y me iba sin decir siquiera adiós.



—Pero al día siguiente ya estabas reconciliado con ella.

—Naturalmente. Una vez sosegada mi sangre, yo admiraba su perfecta placidez ante mi agitación amorosa. Nos hacíamos los mejores amigos del mundo y ella me decía: «Desde que usted no me dice que me quiere, le voy queriendo yo». ¿Recuerdas aquella nuestra famosa excursión dominguera?

—¡Cómo no! A Saint-Cloud, con Tannemann.

—Era como para morir de risa. Tannemann que, en suma, no hablaba bien más que nuestro *patois* alsaciano, se creía un parisiense completo y estaba lo más orgulloso de su francés. Entonces Elena se ponía adrede á charlar con tal volubilidad, que al desventurado Tannemann érale imposible seguirla. Esto le mortificaba tremendamente y á cada momento veíase obligado á suplicarla que repitiese dos ó tres veces lo que había dicho. ¡Qué comida aquella sobre el césped en medio de las ruinas!

—Tú llevabas las dos botellas de vino en los bolsillos de tu gabán.

—Y tú el jamón y el pollo. Elena iba con la cestita del pan, la manteca y los cubiertos. Tannemann debía encargarse de los postres. Pero, al tocarle el turno de sacar sus provisiones, salía diciendo que él no se había enterado bien, que á él nadie le había dicho nada.

—Sí, era un tacaño, y lo sigue siendo.

—Y un pedante. Cada vez que Elena te besaba, él volvía la cabeza.

—Elena estaba lo más amable aquel día. Y tú, tú ¡cómo te ruborizaste cuando ella dijo que, para que la fiesta estuviese completa, sólo faltaba una cosa: que tú también hubieras traído una amiguita.

—Eramos jóvenes entonces.

Hubo un largo silencio, durante el cual siguió cada uno sus propios pensamientos.

—Dí, Juan. ¿Y tu Elena? ¿qué ha sido de ella?

—Supongo que le irá bien.

—¿*Pero no lo* sabes?

—Voy á decirte lo que sé de ella. Creo recordarás que yo debía por aquel tiempo ir á España á instalar una usina en Barcelona. Tenía que renunciar á ello, no resolviéndome á dejar á Elena sola en la situación en que se encontraba. Nuestro hijo moría á la edad de seis semanas. ¡Figúrate tú, si tuviese yo ahora aquel ángel querido! Pero entonces yo consideré su muerte como la solución de una grave dificultad. Comuniqué á Elena que me era indispensable trasladarme á Cataluña. Quiso acompañarme, pero esto era naturalmente imposible. Tuvimos escenas violentas, hasta trágicas, pero yo me liberté. No tenía otro remedio. Ella me prometió volver á casa de su padre, en Douai. Y cumplió su palabra, ya que, por cierto tiempo, de Douai venían sus cartas.

—Entonces, ¿os habeis escrito?

—Sí, al principio. Luego, transcurridos algunos meses, Elena volvía á aparecer súbitamente en París. Para excusarse, me decía que le era imposible continuar allá, que esa ciudad muerta de Douai y que su anciano padre siempre melancólico, le resultaban intolerables. Después, en mucho tiempo, no supe nada de ella, y, por fin, me escribió una carta notificándome que estaba por casarse con un negociante en vinos, poco escrupuloso tocante al pasado, después del sacrificio hecho por su padre.

—¡Puach!

—Sin embargo, hace un momento me has dicho tú mismo que yo debí unirla á mi vida para siempre.

—Sí, por amor, pero no por un dote. Eso sin contar, por otra parte, que tú tenías menos que per-

donarla que el negociante en vinos.

—¡Qué quieres! No es otra la moral de esa que se llama la gente práctica.

—¿Y después?

—Después, supongo que se efectuaría el matrimonio. No he vuelto á tener más noticias suyas.

—¿Ni has hecho nada por tenerlas?

—A fe mía, no; te lo confieso.

—No creo me asista derecho alguno para turbar de nuevo su existencia. ¿A qué habría conducido un nuevo acercamiento, ya que tan bien se había casado? Algunas veces, en verdad, se me ha ocurrido; pero ¡bah! hay que reprimir tales impulsos, que no tienen razón de ser.

—Pero, ¿y ella no los habrá sentido? ¿No habrá ella intentado volverte á ver?

—Ella sigue probablemente hasta ahora creyéndome todavía en España.

—O quizás ha muerto. Porque cuando dos se han amado tan bien en los días radiosos de la juventud, es imposible que puedan vivir y considerarse extraños el uno para el otro. Al menos, así me parece.

—¡Ah, mi buen Pedro! La vida es un terrible apagador.

—Sin duda. Pero hay llamas que la vida no apaga. Sólo la muerte...

* * *

Muchos meses habían pasado desde el encuentro de los dos antiguos amigos; Pedro Ricklin se encontraba nuevamente en América enseñando matemáticas, cuando un día recibió de Juan Pfeiffer la siguiente carta:

«Mi querido Pedro:

¡Qué de hechos milagrosos puede el azar producir en la gran ciudad! Te escribo bajo la impresión fresca de la historia. ¡Vas á quedar pasmado!

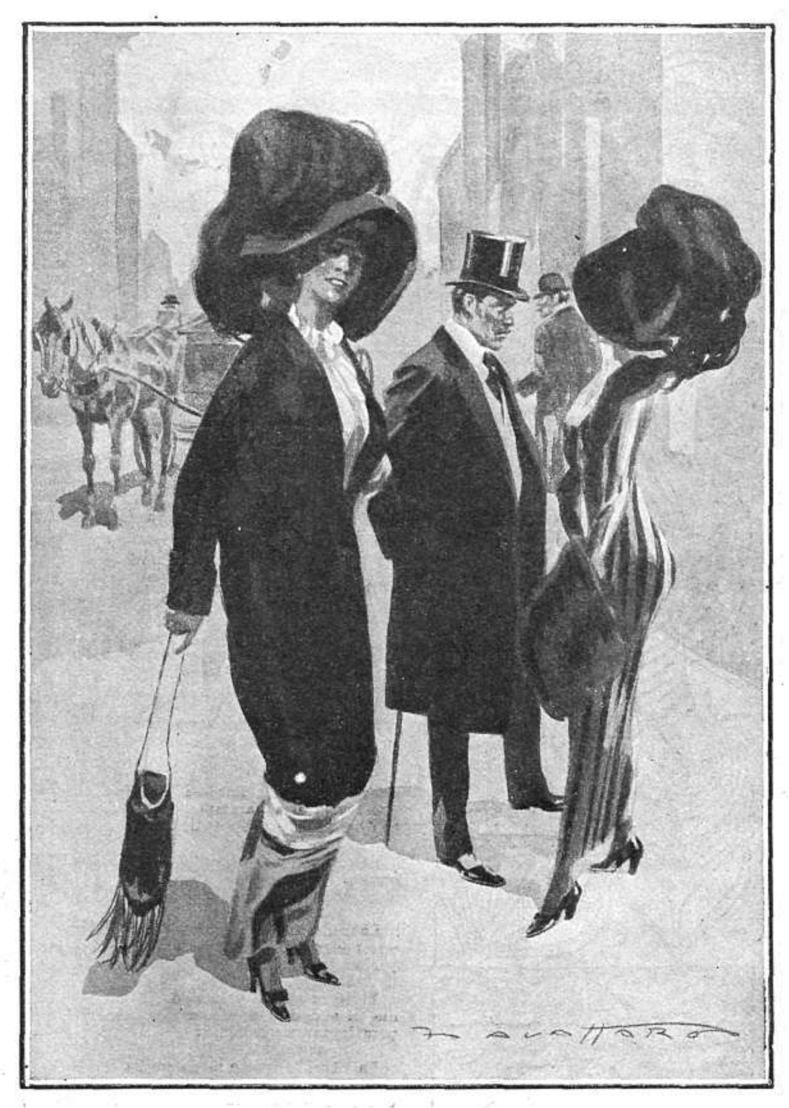
Esta tarde, á cosa de las dos, iba yo por la calle Rochechouart, cuando, de pronto, una dama elegantemente vestida y que venía en sentido opuesto, se detuvo en seco delante de mí. Como yo iba absorto en mis pensamientos, no presté al pronto atención y seguí mi camino. Sólo después de dar algunos pasos me dí clara cuenta del pequeño incidente y, sin conciencia de lo que hacía, me volví. La dama no se había movido, como si hubiese echado raíces, y me seguía con los ojos. Entonces yo volví sobre mis pasos, indeciso, hasta intrigado; ella se lanzó á mi encuentro y, antes mismo que á través de su tupido velo hubiese yo podido distinguir sus facciones, gritó con una voz estrangulada:

—¡No, no me he equivocado! ¡Eres tú! ¡Eres tú mismo! ¡Qué felicidad!—y, tendiéndome sus manos, apoderóse de las mías, oprimiéndolas, sin pensar en soltarlas. Has adivinado: era Elena. ¿Qué quieres que te diga, amigo mío? Me sentí como en un ensueño delicioso... Hela, pues, ahí, delante de mí, como realidad viviente, ella, en quien si mucho pensaba antes, pensaba aun más después de tu visita; ella, más afectuosa que nunca, la encarnación de mis horas más felices, el amor de mi juventud, transfigurada por el recuerdo, la que yo había deseado tanto durante doce años ¡sin esperanza de volver jamás á verla!... Tú sabes que, en realidad, no soy sentimental; pues bien: mis ojos se humedecieron. Yo no acertaba á articular más que una sola palabra: ¡Elena! Y, un momento después, nos encontramos uno en brazos de otro, y nos besamos á través del velo, como unos locos; y todo esto en plena calle y en presencia de los transeuntes que se daban vuelta con curiosidad. Elena se apoderó de mi brazo y me arrastró sin proferir palabra. Pasaba un automóvil. Hízole parar, subió ligera y sólo entonces me preguntó:—¿Se puede ir á tu casa?—Pues claro—dije yo.—Entonces, da tu dirección al chauffeur.



Y hétenos sentados, juntitos, sus manos en mis manos, mis ojos en los de ella... fué un minuto de arrobamiento y de dolor á la vez, tan punzante como creo no haberlo vivido jamás. Después una nueva tempestad y de caricias, esta vez sin el estorbo del velo y del sombrero—los doce años han naturalmente dejado algunas huellas, pero Elena es siempre la arrogante belleza que tú conociste—y enseguida se abrieron las exclusas de las preguntas. Tuve por de pronto que contarle mi historia y cuánto se había mezclado en mi existencia. Se alegró mucho al saber que yo se-

guía soltero, y no dejaba de oprimirme la mano cada vez que yo la aseguraba que nunca había dejado de pensar en ella. Tocóle luego darme noticias suyas. Ella se había casado. ¿Feliz? ¡Pche! Pero, después de todo, no tenía realmente por qué quejarse. Su marido no era yo, seguramente, pero ella no hacía comparaciones. El la trataba bien y ganaba mucha plata. Solamente que se aburría. Además, él era celoso, lo que resultaba ridículo en un hombre que no la amaba con el corazón. Y justamente esos celos habían sido la causa de que Elena dejase de escribir con el tiempo; claro, en aquella época ella era todavía una zonza, una pavota que desconocía los útiles servicios que puede prestar esa invención que se llama la «Poste restante».



Así conversando, llegamos á mi casa. Yo estaba conmovido y cortado como un colegial en su primera cita. Resistíame á profanar aquel téte á téte, queriendo conservarle su puro perfume, y su cálido tono de flor de primavera. Comencé á evocar el pasado...

¡Ay, tres veces ay, mi buen Pedro!

Al principio, Elena sostenía que nuestra vida en común había sido en 1902. Al verme levantar los brazos y al oir mis exclamaciones:—¡Cómo! ¿y has podido olvidar que fué en 1898?—turbóse un tanto y al fin, salió del atolladero diciendo que, después de todo, la cosa no tenía mayor importancia; «lo esencial es que hemos tenido suerte, mucha suerte». La pregunté si se acordaba todavía de nuestro pequeño nido.—¡Si me acuerdo!— gritó ella á la vez que palmoteaba alegramente.—Recordaba también que había sido en la calle Git-le-Coeur; pero cuando traté de que me describiese nuestro cuarto y lo que desde él se veía, supo desentenderse con suma habilidad. Hice recaer la conversación sobre tí—no lo traigo á cuento por chocarte—¡ni el más leve recuerdo! ¡Completamente olvidado! Le hablé de Tannemann... ¡nada! ¡nada! Sólo cuando mencioné el pichicho, pareció revivir en su memoria la sombra de un recuerdo, recuerdo del perro, no de quien se lo regalara. Hablé de nuestra famosa excursión; se animaron sus ojos, recordó todos los detalles, hasta los más insignificantes y me refirió con una verba maravillosa y llena de encanto una partida de campo en... Robinson, con el almuerzo obligado en las ramas del árbol y una cantidad disparatada de champagne—¡una partida de campo, en fin, que nunca habíamos hecho juntos!

¡Qué ducha, amigo mío! Los dientes me castañeteaban. Ella echó de ver mi repentino enfriamiento, me preguntó si por casualidad tenía yo otro amor, pareció mortificada cuando la signifiqué no haber comprendido su pregunta, me dijo sobre tablas que tenía que marcharse ya, y se ofendió realmente al ver que yo no pensé en retenerla. Se marchó, sin hacer alusión á un nuevo encuentro, y yo la dejé ir sin siquiera preguntarla su dirección.

Probablemente no la volveré á ver más. Siento haberla visto. Hoy, *sólo hoy* es cuando realmente he perdido á Elena, y la pérdida me resulta dolorosa. Era una deliciosa ilusión y hubiera querido conservarla hasta el fin de mi vida.

Tenías razón al decir que no debe uno volver á los sitios de sus pasadas alegrías, sin la seguridad de encontrarlos como antes.

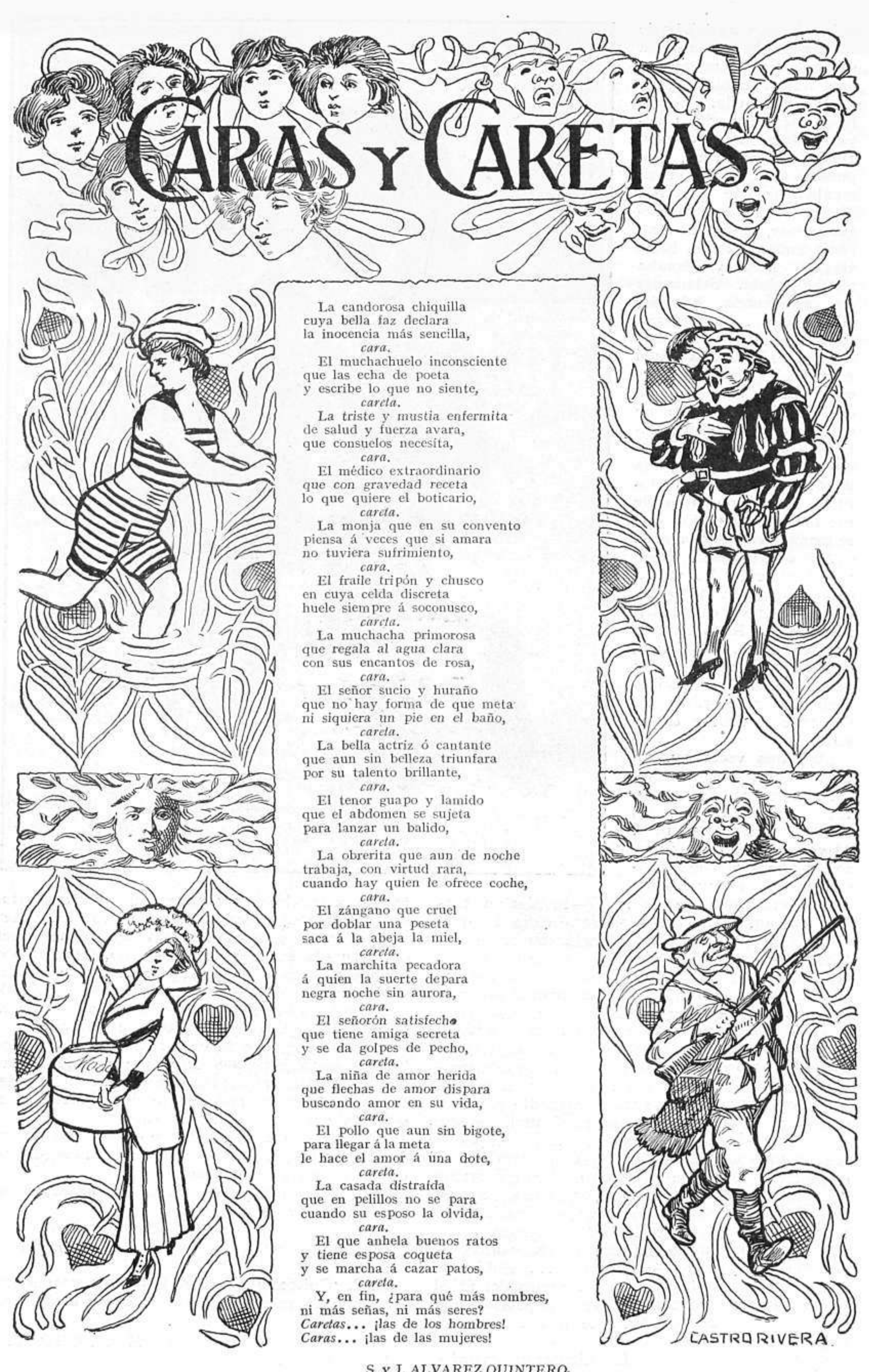
Un cordial apretón de manos de tu amigo que todavía se siente bromista,

Juan.

P. S. ¿Quieres que te diga todo mi pensamiento? Creo que Elena me ha confundido con algún otro.

MAX NORDAU.

Dib. de Zavattaro.



CARAS Y CARETAS

La candorosa chiquilla
cuya bella faz declara
la inocencia más sencilla,
cara.
El muchachuelo inconsciente
que las echa de poeta
y escribe lo que no siente,
careta.
La triste y mustia enfermita
de salud y fuerza avara,
que consuelos necesita,
cara.
El médico extraordinario
que con gravedad receta
lo que quiere el boticario,
careta.
La monja que en su convento
piensa á veces que si amara
no tuviera sufrimiento,
cara.
El fraile tripón y chusco
en cuya celda discreta
huele siempre á soconusco,
careta.
La muchacha primorosa
que regala al agua clara
con sus encantos de rosa,
cara.
El señor sucio y huraño
que no hay forma de que meta
ni siquiera un pie en el baño,
careta.
La bella actriz ó cantante
que aun sin belleza triunfara
por su talento brillante,
cara.
El tenor guapo y lamido
que el abdomen se sujeta
para lanzar un balido,
careta.
La obrerita que aun de noche
trabaja, con virtud rara,
cuando hay quien le ofrece coche,
cara.
El zángano que cruel
por doblar una peseta
saca á la abeja la miel,
careta.
La marchita pecadora
á quien la suerte depara
negra noche sin aurora,
cara.
El señorón satisfecho
que tiene amiga secreta
y se da golpes de pecho,
careta.
La niña de amor herida
que flechas de amor dispara
buscando amor en su vida,
cara.
El pollo que aun sin bigote,
para llegar á la meta
le hace el amor á una dote,
careta.
La casada distraída
que en pelillos no se para
cuando su esposo la olvida,
cara.
El que anhela buenos ratos
y tiene esposa coqueta
y se marcha á cazar patos,
careta.
Y, en fin, ¿para qué más nombres,
ni más señas, ni más seres?
Caretas... ¡las de los hombres!
Caras... ¡las de las mujeres!

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO.

Dib. de Castro Rivera.



El precio de la vida

aumenta; cada día cuesta más.
Gastar el dinero con la
prudencia que ha sido

INDISPENSABLE PARA GANARLO

es el secreto de toda dueña
de casa que sabe administrarse

POR ESTO ES QUE





SE PREFIERE A
TODAS LAS
DEMÁS POR SU
MAYOR RENDI=
MIENTO Y FINURA

El sol, fuerza motriz aprovechada

Vista general de la máquina con sus espejos

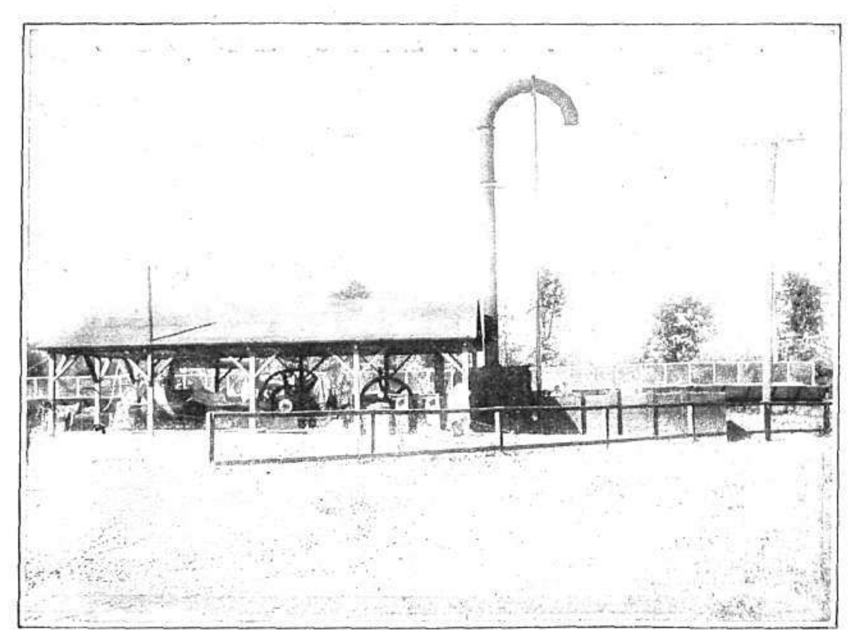
Después de no pocos fracasos, después de largos años de ensayos infructuosos, la máquina solar acaba de ser, por fin, inventada y ya se puede verla funcionando en Filadelfia, Estados Unidos de Norte América.

Esta máquina ha trabajado, sin detenerse, durante varias semanas, y ha bombeado muchos millones de litros de agua, sin otra ayuda que los rayos solares.

Su inventor, Franck Shuman comenzó los experimentos hace ahora unos diez años. Descubrió que, si se disponía un recipiente en forma de poder recibir directamente los rayos del sol, evitándose á la vez, por un sistema perfecto de insolación, toda pérdida de calor, la temperatura interior del recipiente alcanzaría, de seguro, á los 1000º Fahrenheit, sin ser menester emplear otro esfuerzo para concentrar los rayos solares.

Para las aplicaciones comerciales, es imposible obtener una forma de insolación aproximada á la teoría. Del punto de vista práctico, el objeto es conseguir una fuerza motriz de costo mínimo, y á este objeto se ha llegado empleando un procedimiento bien conocido y bien económico para aislar el calor.

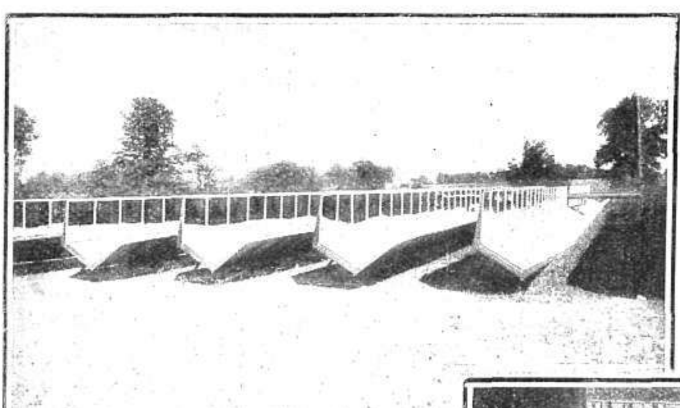
Si en los recipientes que aquí reproducimos no se formase vapor, la temperatura llegaría á 350º Fahrenheit en una latitud de 40º norte, y alcanzaría fácilmente los 450º en las proximidades del Ecuador. Agréguese á esto que la producción del



Bomba que rinde 14.000 litros por minuto, accionada por los rayos solares


Té La Magnolia
UNICOS INTRODUCTORES
KAY & Cía. 299, Chile esq. Balcarce
SFORZIN

El sol, fuerza motriz aprovechada



Disposición de los espejos

de forma triangular, encerrado dentro de una caja de madera muy aplanada con dos cubiertas de vidrio separadas entre sí dos centímetros.

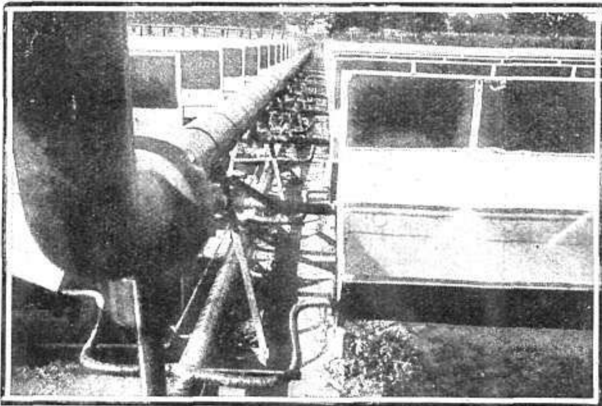
Las cajas van montadas sobre soportes que las sostienen á 70 ú 80 centímetros del suelo y permiten inclinarlas perpendicularmente al meridiano del sol; operación que no es preciso hacer más que una vez cada tres semanas.

Unos espejos dispuestos al lado de las cajas, tienen por misión reflejar la mayor cantidad posible de rayos solares.

vapor á presión atmosférica conserva la temperatura á 212°, y que cualquier exceso producido por los rayos solares se convierte en vapor y puede, en consecuencia, ser utilizado.

Basándose en estos principios fué como se construyó el primer generador Shuman, que no describiremos aquí.

La máquina solar, en su actual desarrollo, consta de un absorbedor de una máquina á vapor á baja presión, y de un condensador con sus auxiliares. El absorbedor compónese, por lo general, de unidades, cada una de las cuales contiene un recipiente de agua



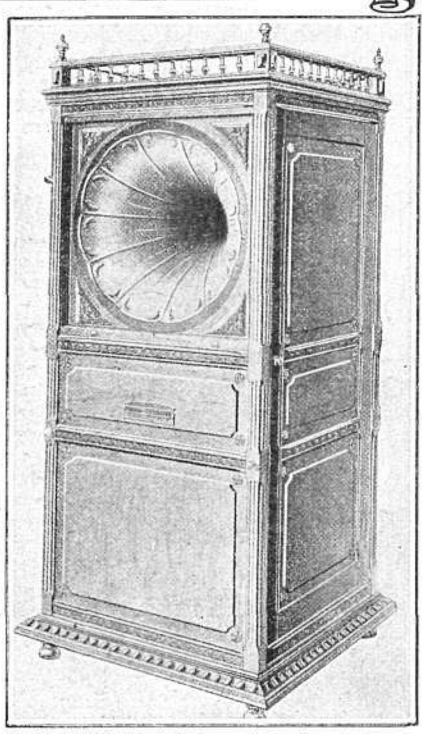
Los tubos de agua


¿SE SIENTA Ud.
Á LA MESA SIN APETITO?
TOME UN POCO DE
Bitter Garnier
Y COMERÁ GUSTOSAMENTE



Premios por valor de $ 10.000

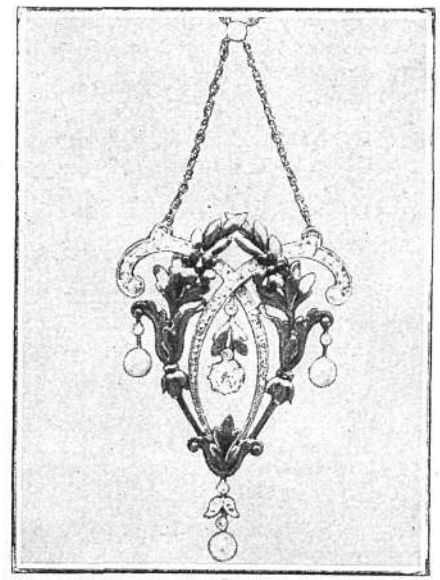
en alhajas adquiridas en la Casa Escasany, Perú esq. Rivadavia y Pathéfonos de la acreditada Fonografía Pathé, Avenida de Mayo, 817.



2.º PREMIO. Un Pathéfono Concert, modelo E, y 10 discos Pathé, sin púa, de dos faces (20 piezas), de 0.50 centímetros de diámetro. Valor: $ 1.200



20.º PREMIO. Un reloj de oro, tres tapas, para señora, cincelado. Valor: $ 45



4.º PREMIO. Un pendantif con brillantes, diamantes y perlas. Valor: $ 650

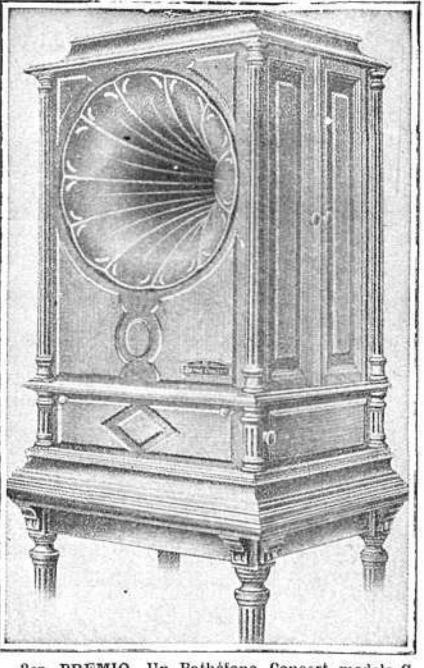
1.º Desde la fecha y hasta las 12 m. del día 28 de febrero de 1912, queda abierto el Concurso vigésimo de CARAS Y CARETAS.

2.º Para tomar parte en este concurso es indispensable llenar el cupón que va al pie de estas páginas, escribiendo claramente el nombre y dirección del remitente y la cantidad, en números y no en letras, de granos de maíz que éste calcule contiene la botella del tónico aperitivo **BITTER GARNIER**, que se ha depositado en la escribanía del señor José Resta, Maipú, 462, debidamente lacrada y sellada, con todas las formalidades de práctica, y cuyo facsímil publicamos en estas páginas.

3.º Se adjudicarán CIENTO CUATRO PREMIOS consistentes en alhajas, adquiridas en la reputada CASA ESCASANY (Sociedad Anónima), Perú esquina Rivadavia, y PATHEFONOS adquiridos en la afamada FONOGRAFIA PATHE, Avenida de Mayo, 817. Las alhajas son de un gusto severo y elegante, y los pathéfonos, sin púa, son sólidos y de una sonoridad admirable.

4.º El detalle de los premios es el siguiente:

1.er premio: 1 magnífico collar de brillantes, diamantes y perlas		$ 3.300
2.º premio: 1 Pathéfono Concert, modelo E..................	$ 950	
10 discos Pathé, sin púa, dos faces, ó sean 20 piezas, de 50 centímetros de diámetro..............................	» 250	» 1.200
3.er premio: 1 Pathéfono Concert, modelo C.................	» 600	
10 discos Pathé, sin púa, dos faces, ó sean 20 piezas, de 50 centímetros de diámetro..............................	» 250	» 850
4.º premio: 1 pendantif con brillantes, diamantes y perlas......		» 650
5.º premio: 1 Pathéfono, sin bocina, modelo 1912.............	» 300	
15 discos Pathé, sin púa, dos faces, ó sean 30 piezas, de 30 centímetros de diámetro, surtido de grandes celebridades	» 180	» 480
6.º premio: 1 Pathéfono Salón, modelo 3....................	» 200	
10 discos Pathé, sin púa, dos faces, ó sean 20 piezas, de 30 centímetros, surtido de celebridades..................	» 120	» 320
7.º premio: 1 Pathéfono, sin bocina, modelo 34...............$	» 180	
6 discos Pathé, sin púa, dos faces, ó sean 12 piezas, de 30 centímetros, de artistas célebres.......................	» 70	» 250

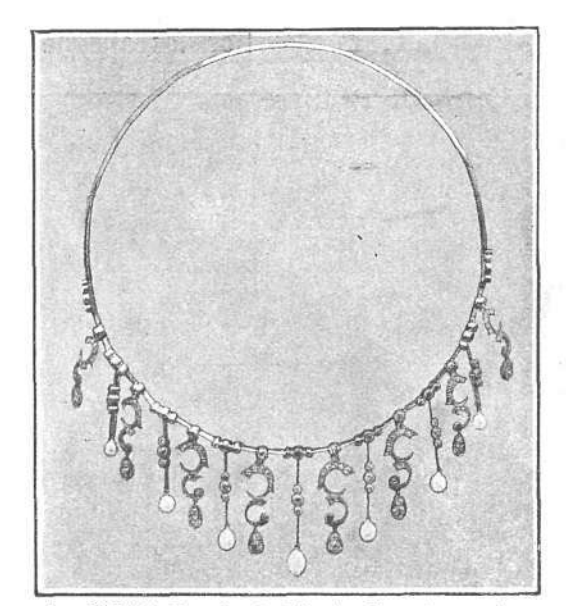


3er. PREMIO. Un Pathéfono Concert, modelo C, con 10 discos Pathé, sin púa, de dos faces (20 piezas), de 0.50 centímetros de diámetro. Valor: $ 850

Las alhajas se hallan en exhibición en la importante CASA ESCASANY (Sociedad Anónima), Perú esquina Rivadavia.



5.° PREMIO. Un Pathéfono sin bocina, modelo 1912, y 15 discos Pathé, sin púa, de dos faces. Valor: $ 480



1er. PREMIO. Un collar de brillantes, diamantes y perlas. Valor: $ 3.300

Del 8.° al 13.° premios, ambos inclusive: 1 reloj de oro 18 kilates, á vidrio (dos tapas), para hombre.............. **$ 110 $ 660**

Del 14.° al 16.° premios, ambos inclusive: 1 Pathéfono, modelo 4, con 5 discos, 30 centímetros, dos faces (10 piezas) **$ 100 $ 300**

Del 17.° al 19.° premios, ambos inclusive: Un Pathéfono modelo 00, con 3 discos, 25 centímetros, dos faces (6 piezas) celebridades .... **$ 60 $ 180**

Del 20.° al 24.° premios, ambos inclusive: 1 reloj de oro 18 kilates, tres tapas, cincelado, para señora........ **$ 45 $ 225**

Del 25.° al 29.° premios, ambos inclusive: Un alfiler de corbata con perla fina .... **$ 35 $ 175**

Del 30.° al 79.° premios, ambos inclusive: 1 diafragma Pathé, á zafiro ingastable, con 3 discos Pathé, sin púa, de 25 centímetros, dos faces (6 piezas), celebridades......... **$ 25 $ 1.250**

Del 80.° al 84.° premios, ambos inclusive: 1 alfiler de corbata con perla fina......... **$ 20 $ 100**

Del 85.° al 94.° premios, ambos inclusive: 1 reloj con esmalte y prendedor, para señora, **$ 8 $ 80**

Del 95.° al 104.° premios, ambos inclusive: Un lápiz de plata................. **$ 1 $ 10**

Nota.—El diafragma Pathé, á zafiro ingastable, se adapta á cualquier gramófono sin distinción de marca ni sistema. Los favorecidos con estos premios, que posean aparatos de púa, podrán remitir á la Fonografía Pathé el brazo del aparato y practicará la adaptación gratuitamente. Si el ganador posee aparato Pathé, podrá elegir mercaderías por valor del premio, es decir, $ 25 en discos.

5.° Los CIENTO CUATRO PREMIOS se adjudicarán en la siguiente forma:

El primer premio, á la persona que acierte el número exacto de granos de maíz que contenga la botella de **BITTER GARNIER.**

El segundo premio, á la persona que más se aproxime al número que obtenga el primer premio. Y los premios tercero hasta el ciento cuatro, ambos inclusive, á quienes remitan cupones con cifras que sigan en orden aproximativo, adjudicándoseles los premios por el orden que se establece.

6.° En el caso de que nadie acertase con el número exacto de granos de maíz que contenga la botella de **BITTER GARNIER**, los premios se adjudicarán á las personas que más se hubieran aproximado, siguiendo el orden establecido en el artículo que precede.

7.° Si dos ó más personas enviaran cupones para este concurso, coincidiendo en el número que obtenga el primero ú otro de los premios, se celebrará un sorteo con dichos cupones ante el escribano señor José Resta, á los efectos de su adjudicación.

8.° En cada cupón se podrá escribir una sola cantidad, pero cada interesado puede enviar cuántos cupones desee.

9.° Los sobres conteniendo cupones para este concurso deben ser dirigidos á:

CONCURSO N.° 20 de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151 al 155, BUENOS AIRES, donde se recibirán, por correo ó personalmente, hasta las doce meridiano del día 28 de febrero de 1912.

10.° Los cupones que no vinieran escritos con claridad y que se prestasen á confusiones, lo mismo que los que llegaran después de la fecha de la clausura, no entrarán en el concurso.

11.° El día 4 de marzo de 1912, á las 9 a. m., ante el escribano público nombrado y las personas que deseen presenciar el acto, en el sitio que oportunamente se designará, tendrá lugar la apertura de la botella de **BITTER GARNIER**, para contar los granos de maíz que contenga y la adjudicación de premios, publicándose después los resultados y la crónica del concurso.

Buenos Aires, diciembre 2 de 1911.



Facsímil de la botella de **BITTER GARNIER, que puede comprarse en todos los almacenes y despensas. Unicos representantes: Freixas, Urquijo y Cía., Buenos Aires**

CONCURSO 20 DE " C A R A S Y C A R E T A S "

La botella de "BITTER GARNIER" contiene

.................................granos de maíz

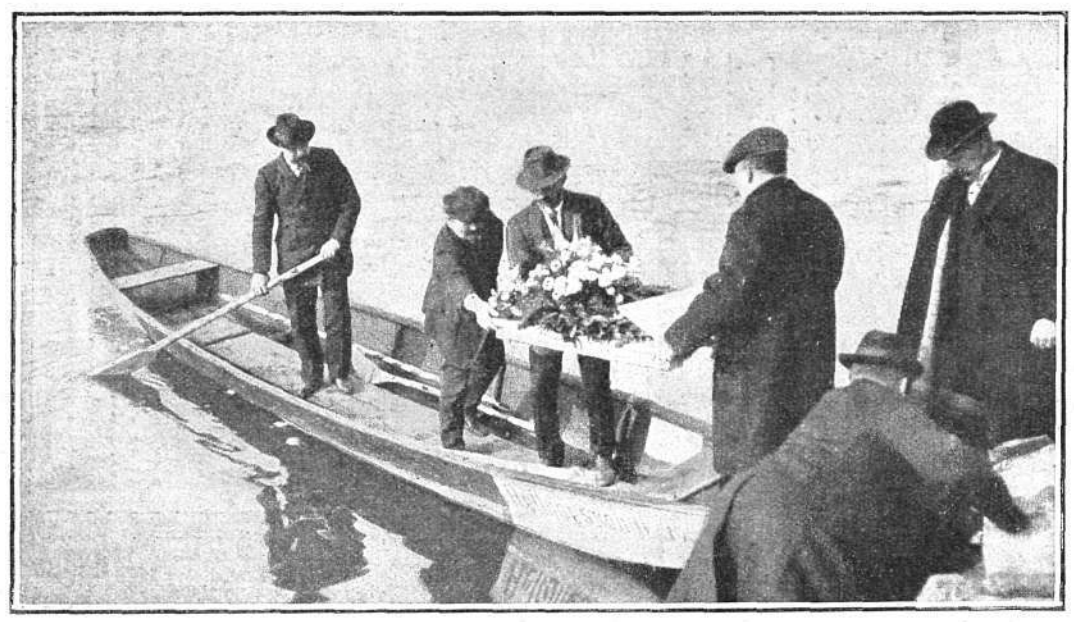
NOMBRE...

DIRECCION.....................................

5

Los Pathéfonos se hallan en exhibición en la acreditada FONOGRAFÍA PATHE, Avenida de Mayo, 817.

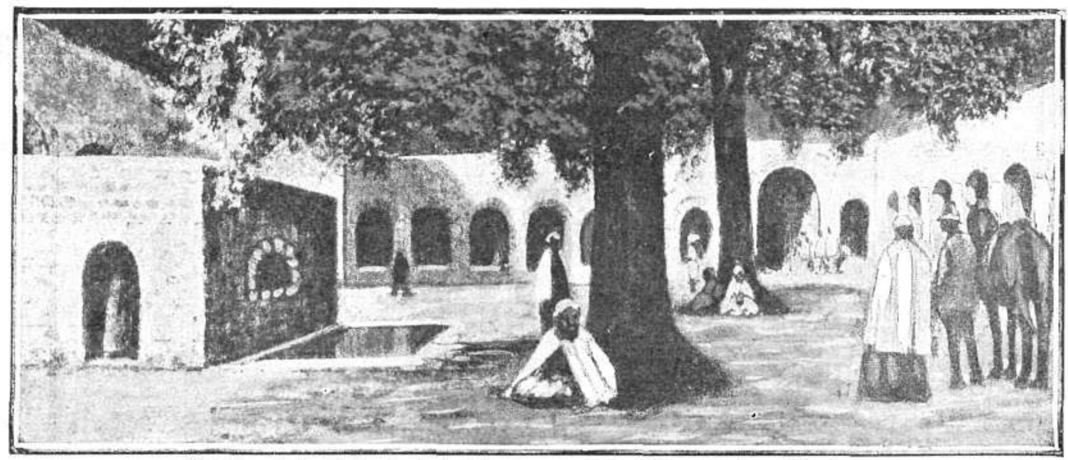
Por los ahogados en el Danubio



En el momento de ser puesto el ramo sobre las aguas del Danubio

Cada año, el día de Todos los Santos, los pescadores del río Danubio, en Austria, colocan un gran ramo de flores encima de sus aguas, en memoria de todas las personas que han perecido ahogadas en el mencionado río.

Una pequeña tabla amarrada al ramo lleva el siguiente letrero: «Se ruega dejar flotar este ramo» y todo el mundo, sin distinción de clases, respeta este mandato y el ramo sigue flotando arrastrado por la corriente.



El patio exterior del templo de Laliche, con uno de los baños para la purificación

Cerca de Mosul, en la Mesopotamia, vive entre las montañas un pueblo singular, de raza semítica, y aborrecido á la vez por cristianos y musulmanes, por suponer unos y otros que su religión consiste en la adoración de los poderes infernales.

Este pueblo es el de los yesidas, descendientes del segundo de los califas omniadas, el cual asesinó á los nietos de Mahoma, Hasán y Husein. Ellos consideran como su primer antecesor al espíritu Yesdén, que según sus tradiciones tomó forma humana y se casó con una hurí del paraíso, y fundándose en tan excelso origen, se creen un pueblo elegido, destinado á dominar en el mundo. Verdad es que los hechos no confirman esta esperanza, pues después de haberse extendido por casi toda la mitad occidental de Asia, hoy se hallan estos ilusos reducidos á Mosul y los montes del Sinyar. El gran profeta de los yesidas, que les dió sus leyes y los libros sagrados que contienen todas sus creencias, fué el Sheij Adí, á quien se consideraba como encarnación de una divinidad llamada Maelk Tause. Los musulmanes, así como los critianos asiáticos, dicen que esta divinidad es el diablo, fundándose para ello en las mismas tradiciones yesidas. Según éstas, Dios creó

Mappin & Webb

VALIJAS DE VIAJE, DEL MEJOR CUERO INGLÉS
CON LOS ÚTILES DE

Plata Inglesa Sellada

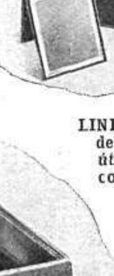
DE LOS MEJORES GUSTOS

LAS VALIJAS DE ESTA RENOMBRADA CASA SE RECONOCEN POR SU PESO LIVIANO Y SU GUSTO DISTINTO.

PRECIO FIJO

LINDA VALIJA de necesaire para señora, de cuero inglés de la mejor calidad, con útiles de plata inglesa sellada, completa con funda impermeable, á.......... $ **140.—**

(Otros modelos, desde $ 100.—)



Hay una gran variedad en valijas de viaje, con útiles de plata inglesa sellada

DESDE $ 100.—
HASTA $ 2.500.—

VALIJA de necesaire para hombre, con útiles de plata inglesa sellada, á... $ **225.—**

(Otros modelos, desde $ 175.—)

LA CASA MEJOR SURTIDA EN LA AMÉRICA DEL SUD

PARÍS:	BUENOS AIRES	ROMA:
1, Rue de la Paix	36 - FLORIDA - 36	385-6, Corso Umberto I

Mar del Plata: RAMBLA BRISTOL (al lado del Gran Balneario Negro Pescador)

LONDRES SHEFFIELD PARÍS LAUSANA RÍO DE JANEIRO BIARRITZ NIZA JOHANNESBURG

Los adoradores del diablo



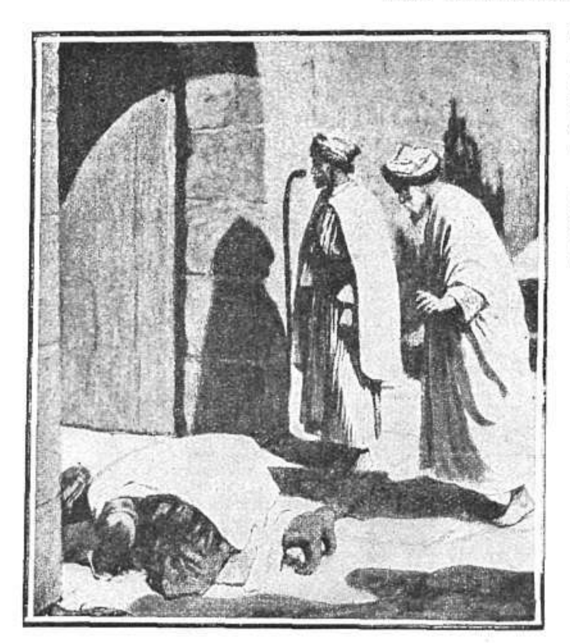
Devotos meditando junto al torrente sagrado

el mundo absolutamente perfecto; sobre él reinaban constantemente la luz y el bien, y habitábanlo huríes y ángeles sin pecado. Maelk Tause se presentó al Creador y le dijo: «*¿Crees que tu obra es completa?* Pues, te equivocas. Donde no hay equilibrio no hay perfección, y donde todo es bueno, falta el equilibrio. Para poder apreciar lo bueno, es preciso que haya tinieblas junto á la luz, pecado junto á la virtud, demonios junto á los ángeles». Entonces, el Creador autorizó á Maelk Tause para que crease lo que faltaba, y el pecado y el mal aparecieron en la tierra.

Viendo su obra *profanada*, Dios maldijo á aquel espíritu, el cual, temiendo la cólera divina, huyó á la tierra y aquí anduvo errante, de todos odiado *y por todos* perseguido, hasta que en la Mesopotamia encontró un pueblo que le concedió el asilo que en todas partes le habían negado. El hecho de venerar á esta divinidad maldita, ha bastado para que se llame á los yesidas adoradores del diablo; pero hay otros detalles en su religión que han contribuído á extender esta



Un sacerdote yesida, con el bastón de autoridad



La entrada del santuario, con la serpiente negra á un lado de la puerta

denominación. Melk Tause significa, traducido, Rey del Pavo Real, y en efecto, un pavo real de cobre es el símbolo de la religión yesida. Ahora bien: para los musulmanes, el pavo real es el ave del diablo, pues una tradición árabe refiere que dicho volátil fué quien facilitó al malo la entrada en el Edén, y en castigo, fué desposeído de su canto y se quedó con su ronco graznido. Además, á la entrada del único templo de los yesidas hay esculpida una serpiente, que se conserva pintada de negro con carbón, y ya se sabe que los ofidios son emblemas de Satán.

Sin embargo, la religión de este pueblo es altamente moral. Los yesidas creen en un Dios supremo y sus doctrinas proclaman la igualdad de los hombres y ordenan el amor al prójimo y á los animales, condenando el crimen, la usura y la blasfemia.



Interior del templo de Laliche.—A la derecha, la capilla donde está la tumba del Sheij Adí

En el 5 o'clock tea

De la vida
de una Señora
Cuadro 12

El "Agua de Colonia 4711" siempre es la preferida del mundo elegante, por su aroma maravillosamente discreto, su pureza absoluta y su frescura persistente. — Nunca sujeta á cambios de moda; el perfume del pasado, del presente y del porvenir. — Refresca maravillosamente y vivifica el cutis — Sin rival como perfume para el pañuelo.

Rechacen Aguas de Colonia baratas é impuras que dañan el cutis.— Exijan expresamente la Marca 4711 (Marca registrada sobre etiqueta azul y oro). Sin rival en calidad. — Muy económica en el uso, por lo tanto, relativamente la más barata. Destilada según receta antiquísima desde 1792. Casa fundada en el año 1792.



La evolución de un aviador



El primer vuelo sin ayuda



Su primer vuelo planeado



Estudio del vuelo de las aves



Da prueba de un total desprecio de la vida, tan necesario en un aviador



Aprende á efectuar vuelos cortos



Y, finalmente, llega á ser un perfecto aviador



El calor le quita á Ud. el apetito?
Le produce malas digestiones?
Un vaso de
FERNET-BRANCA
con soda fresca le dará apetito y le hará hacer una buena digestión.
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
AMERICA del SUD
JULIO
1 L. s. Secundino
2 M. s. Martiniano
3 M. s. Ireneo
4 J. s. Laureano
5 V. s. Miguel de los Santos
6 S. s. Rómulo
7 D. s. Fermín
8 L. s. Teobaldo
9 M. † Fiesta cívica
10 M. s. Cristóbal
11 J. s. Pío
12 V. s. Juan Gualberto
13 S. s. Anacleto
14 D. s. Buenaventura
15 L. s. Enrique
16 M. s. Valentín
17 M. s. Alejo
18 J. s. Federico
19 V. s. Vicente de Paul
20 S. s. Jerónimo
21 D. s. Víctor
22 L. s. Cirilo
23 M. s. Apolinario
24 M. s. Francisco Solano
25 J. s. Santiago Apóstol
26 V. s. Jacinto
27 S. s. Pantaleón
28 D. s. Inocencio
29 L. s. Próspero
30 M. s. Abdón
31 M. s. Ignacio de Loyola

AGOSTO

1 J. s. Justino
2 V. s. Esteban
3 S. s. Dalmacio
4 D. s. Domingo de Guzmán
5 L. s. Osvaldo
6 M. s. Sixto
7 M. s. Cayetano
8 J. s. Ciriaco
9 V. s. Domiciano
10 S. s. Lorenzo
11 D. s. Rufino
12 L. sta. Clara de Asís
13 M. sta. Elena
14 M. s. Calixto
15 J. † **La Asunción de María**
16 V. s. Roque
17 S. s. Anastasio
18 D. s. Joaquín
19 L. s. Luis
20 M. s. Bernardo
21 M. s. Atanasio
22 J. s. Hipólito
23 V. s. Felipe Benicio
24 S. s. Bartolomé
25 D. s. Luis, rey de Francia
26 L. s. Ceferino
27 M. s. José de Calasanz
28 M. s. Agustín
29 J. s. Andrés
30 V. sta. Rosa de Lima
31 S. s. Ramón

Las lindas mujeres de Arlés

¡Son realmente hermosas! Hoy, como en tiempo de los emperadores romanos. Tienen algo que recuerda á los antiguos patricios y su andar es pausado y majestuoso como el de una reina.

Arlés, con sus 30.000 habitantes, rodeada de montañas y abrasada por los rayos de un sol permanente, es una ciudad de mujeres. Los hombres, casi todos pastores ó viñaderos, se ausentan durante toda la semana y regresan, si les es posible, los domingos al pueblo. En las praderas de «Camargue» cuidan de sus numerosos rebaños de ovejas y vacas, semisalvajes, y de sus caballos blancos, pelilargos, que aún conservan en sus venas un resto de sangre sarracena. Se pasan las horas contemplando el azul del cielo y soñando con una vida fantástica, hasta que la Fata Morgana, ese fenómeno tan común en esas regiones, acaba por dar un viso de veracidad á esos ensueños creados por una imaginación ardiente.

No sólo los hombres de Arlés son poetas, como todos los provenzales, y aman á su país como es capaz de amar un poeta, también las arlesianas rinden verdadero culto á la belleza.

Son las más aseadas de todas las provenzales. Su casa no la considera, como sucede tantas veces en el sur, un refugio indispensable contra las inclemencias del tiempo, sino que cuida de ella como de un elegante estuche que ha de contener una hermosa alhaja: ella misma.

Tempranito de mañana se ve á la arlesiana limpiando y blanqueando las tres ó cuatro gradas que dan entrada á su casa. Estas gradas forman parte capital de su vida, pues es su salón de recibo; el forum en el cual comenta las novedades del día con sus vecinas; sentada allí, se dedica á sus labores; de tarde duerme allí su siesta; en fin, en las tres ó cuatro gradas se desarrollan las escenas cuotidianas de la vida de la arlesiana.

El traje nacional, conservado en todas sus encantadores detalles, es sencillo y original: falda negra, lisa, formando campana y bata con un pequeño escote, sobre la cual usan un fichú de tul ó seda, delicadamente plegado; mangas largas y ajustadas. La cabeza va coronada con una gorrita de muselina sujeta por una una ancha cinta de terciopelo negro.



Bella joven de Arlés



En las antiguas ruinas

Ricos y pobres, sin diferencia, usan este traje, y, únicamente, el delantal, de lana negra ó de pesada seda, indica el bienestar respectivo de la arlesiana.

Federico Mistral, el tierno poeta de Mireya, al fundar el «Museon Arleten» (museo arlesiano), estableció que se regalaría un pequeño prendedor de plata á toda joven que siguiera usando fielmente el traje nacional. Esta medida fué adoptada indudablemente, debido á que la tirana moda fué insinuándose traidoramente en el espíritu de algunas arlesianas, que — francesas al fin y al cabo — trocaron por la «jupe entravée» su sencillo y noble traje nacional.

La arlesiana está compenetrada de su belleza é importancia, y esta pequeña leyenda del tiempo de la dominación romana y que todavía se oye contar, no sin cierta satisfacción en Arles, da bien cuenta de ello:

«Muchos siglos ha, las mujeres de Arlés ya eran célebres por su belleza. Pero sobre todo una de ellas, llamada Citronella, llamaba justamente la atención. Citronella se pasaba horas enteras arrodillada á orillas del Ródano, lavando sus



Mujer joven de Arlés



Muchacha joven

pañoletas, y derramaba abundantes lágrimas porque el agua amarillenta del río le dificultaba tanto la tarea. Un día, estando en esa ocupación, fué sorprendida por el emperador romano (la leyenda no dice cuál), que se enamoró perdidamente de tanta belleza. El emperador trató, vanamente, de conquistarla con promesas y regalos valiosísimos, hasta que, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, le ofreció que compartiera su corona con él. Pero Citronella le declaró que le concedería su mano, únicamente, si hacía llegar hasta su ciudad el agua clara y límpida de Vaucluse, para que cesaran las enfermedades y las mujeres no tuvieran tanto trabajo para lavar la ropa. El emperador se lo prometió. Hizo venir á sus mejores arquitectos, y un ejército de obreros trabajaba continuamente en la gran obra que duró siete años. Al fin, una mañana el agua límpida de Vaucluse llegó, serpenteando, á Arlés. El pueblo fué presa de un júbilo indescriptible, y el nombre del emperador era bendecido por todos.



Primer amor

No acepten imitaciones de la SALSA LEA & PERRINS.



Proveedores patentados de S.M. el Rey de Inglaterra.

La salsa de Lea & Perrins es la única salsa "Worcestershire" original y genuina. Se la reconoce facilmente. Toda botella de la verdadera salsa tiene la firma LEA & PERRINS escrita en blanco al traves de la etiqueta roja.

LA SALSA LEA & PERRINS

es riquisima con toda clase de pescado, carne caliente ó fria, sopas, ensaladas y quesos.



Grandes Almacenes DEL LOUVRE DE PARÍS



Sus compras de trousseaux y modas, les saldrán 50 % más barato, importando directamente de París, por medio de los Agentes

ROMERO HERMANOS

Cerrito, 278	Viamonte, 741
MONTEVIDEO	BUENOS AIRES



Cabalgata el día de la boda

Este, sin embargo, se sustrajo á todas las muestras de agradecimiento, que el pueblo, satisfecho, quería tributarle, y acudió á ver á Citronella para obtener la recompensa prometida.

— Siete años he necesitado para conducirte á Arlés el agua cristalina de Vaucluse — le dijo, presentándole en una copa de oro el agua preciosa.—Mira el gran acueducto... es la obra de mi amor.

Pero ella, rechazando suavemente la ofrenda, le contestó:

— Mucho te lo agradezco, ¡oh gran emperador! Sabrás que durante esos siete años uno de tus trabajadores recorría diariamente la gran distancia que media entre Vaucluse y Arlés para traerme un cántaro de esa agua que tú me ofreces. Su amor me parece superior al tuyo... él es mi elegido y yo seré su esposa.

Más que rey ó emperador es para la arlesiana el hombre á quien ama. Las cualidades que más estima están simbolizadas en estos cuatro regalos que las amigas de la novel madre traen al recién nacido: un pedazo de pan para que sea bueno; un fósforo para que sea fuerte como la llama; un huevo para que adquiera riquezas y un puñado de sal para que conserve su pureza moral.

La familia arlesiana es sumamente unida. La actividad del hombre respeta la experiencia del anciano, y la arlesiana envejecida halla en la veneración de los suyos una satisfacción equivalente á la que experimentara otrora, cuando provocaba sensaciones más tiernas.



POR EL OLOR

Ella estaba escondida en un recodo de uno de tantos arroyos como tejen su red líquida en el Tigre.

El, hacía más de una hora que la buscaba, haciendo deslizarse sobre la tranquila linfa, su fino y veloz esquife.

De repente, una ráfaga de aire le trajo una oleada de suavísimo perfume.

Ese olor le era conocido.

Era el que ella exhalaba; que no nacía de tal ó cual flor, sino que era el conjunto de todas ellas.

Era el aroma *sui generis*, delicado y atrayente, que caracteriza el Jabón Reuter.

Ella le había dicho:

— Si verdaderamente me quieres, me adivinarás por el perfume, como podría adivinarse una violeta oculta entre el follaje.

Yo no quiero que se me reconozca por cualquiera de esos perfumes vulgares, bautizados con nombres á cual más ridículo, á fuerza de ser exótico.

Mi perfume es el de la higiene, el de la salud, el de la belleza, el de la juventud, que todo eso resume en sí el incomparable Jabón Reuter, por la bondad, honradez y finura de su elaboración, en la que entran los más ricos y nobles ingredientes.

El día en que, al aire libre, sobre los campos, ó al margen de los ríos, saturados por el gran vaho de la naturaleza, me adivines, percibiendo delicadamente el aroma de mi jabón favorito, del jabón Reuter, en cuya esencia vive envuelto mi cuerpo, pues lo uso á todas horas, desde la mañana al levantarme hasta la noche al hacer mi toilette nocturna, ese día comprenderé que eres un ser delicado, y te amaré más y más, pues nuestro lazo de afecto lo formará el Jabón Reuter.

El 26 de agosto fué jugada la siguiente partida, interesante por la forma en que ambos maestros conducen su juego y sobre todo por los medios puestos en práctica por Schlechter para evitar inminentes peligros que amenazaban las blancas y por el final instructivo.

CONTRA GAMBITO DEL CENTRO

	Blancas A. ALEKHINE	Negras C. SCHLECHTER
1	P 4 R	P 4 D
2	P × P	D × P
3	C 3 A D	D 1 D (1)
4	P 4 D	C 3 A R
5	A 4 A D	P 3 R
6	C 3 A R	A 2 R
7	O — O	O — O
8	D 2 R	C D 2 D
9	T 1 R (2)	C 3 C D
10	A 3 C D	P 3 A D
11	P 3 T D ! (3)	C D 4 D
12	A 2 D	D 2 A D
13	C 5 R	A 2 D
14	T D 1 D	T D 1 D
15	D 3 A R	A 1 A D (4)
16	C 2 R	C 2 D
17	P 4 A D	C × C
18	P D × C	C 3 C D
19	C 3 C R	T 5 D
20	A 3 A D	T × T
21	D × T !	T 1 D
22	D 4 C R	C 2 D
23	C 5 T R	P 3 C R
24	A 2 A D	A 1 A R
25	T 3 R	A 2 C R
26	C 6 A R + ? (5)	C × C
27	P × C	A 1 A R
28	A 5 R ? (6)	A 3 D
29	A × A	T × A
30	D 5 C R	D 1 D
31	P 4 T R	T 7 D
32	P 5 T R (7)	T × A
33	P × P	P T × P ! (8)
34	T 3 T R	D 7 D
35	P 4 A R	D 8 A D +
36	R 2 T	T × P C R + (9)
37	R × T	D × P C +
38	R 3 C	D 6 A D +
39	R 4 T (10)	D 8 R +
40	D 3 C R	D 5 R
41	D 4 C R	A 2 D
42	T 3 A R	R 1 A (11)
43	R 5 C	R 1 R
44	D 3 T R	R 1 D
45	T 3 A D (12	P 4 R
46	D 4 T R	R 2 A
47	T 1 A D	A 3 R
48	P × P	D × P +
49	R 6 T	D 6 R +
50	D 5 C R	D × D +
51	R × D	P 4 A D (13)
52	T 1 R ? (14)	A × P
53	T 7 R +	R 3 A
54	R 4 A	P 4 T D
55	P 4 T D	P 4 C D
56	P × P +	R × P
57	R 3 R	P 5 T D
58	T 7 T D	R 5 C
59	R 2 D	A 4 D
60	R 1 A	P 6 T D
61	T 7 D	R 6 A !
62	R 1 C	R 5 D
63	T 7 A D	A 3 R
64	T 6 A D	R 4 R
65	T × P +	R × P
66	T 5 T D	P 7 T D +

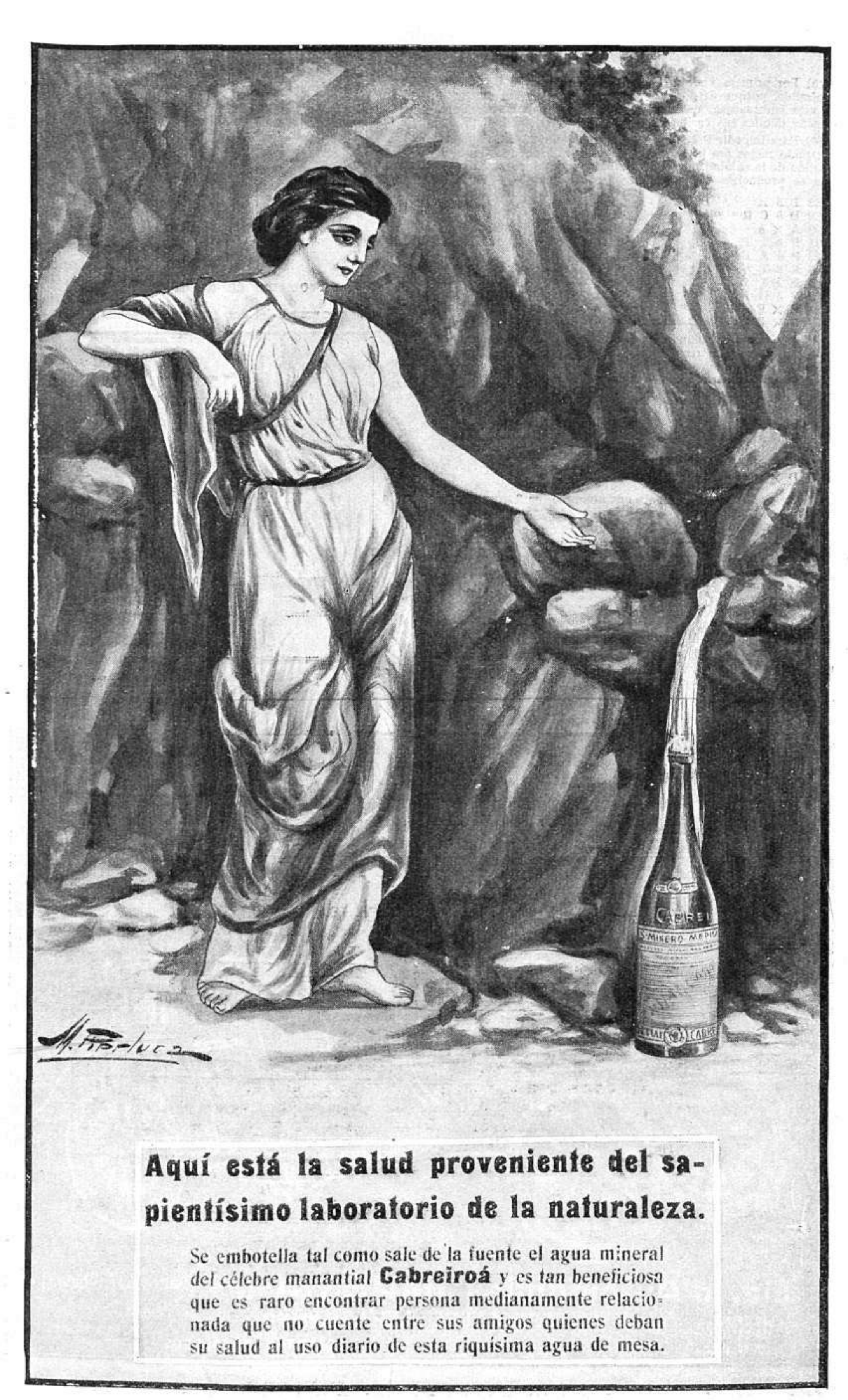
Después de 11 jugadas más, las blancas abandonaron.

(1) 3 — D 4 T D ofrece mayores perspectivas, pero Schlechter, tratándose de variantes muy analizadas, prefiere llevar á su adversario por caminos menos conocidos.

(2) Las blancas plantean su juego muy correctamente y amenazan ya tomar un P.

(3) Buena jugada. La casilla 4 C D es inaccesible, y la utilidad de esta interdicción se muestra más tarde.

(4) Las negras producen el efecto de haberse recostado contra un muro, y desde allí dicen al adversario «ven á atacarme», cosa que éste, por su parte, realiza sin titubear.


M. Pérluca
CABREI
MINERO MEDICI
CABRE
Aquí está la salud proveniente del sapientísimo laboratorio de la naturaleza.
Se embotella tal como sale de la fuente el agua mineral del célebre manantial **Cabreiroá** y es tan beneficiosa que es raro encontrar persona medianamente relacionada que no cuente entre sus amigos quienes deban su salud al uso diario de esta riquísima agua de mesa.

(5) Por primera vez no juegan aquí lo mejor; 26 C × A era preferible, porque después de esta toma, la posición del negro es más embarazosa, debido al P R avanzado; por otra parte, quedan débiles sus casillas 3 D, 3 A R, 2 C R y 3 C D.

(6) Para impedir P 4 R; pero nos parece que 28 T 5 R habría cumplido mejor ese propósito. Las blancas no pueden temer la pérdida de la calidad, pues á esa tentativa, la amenaza de mate que se produciría no podría ser neutralizada:

28 T 5 R	A 3 D
29 D 5 C R	A × T
30 A × A	D 2 D
31 P 4 T R	D 7 D
32 P 4 A R !	D 6 D +
33 R 2 T	D 4 A D
34 P 5 T R	T 2 D
35 P 4 C D	D 1 A R
36 P × P	P A × P
37 A × P C, etc.	

(7) El ataque del blanco ha perdido mucho de su fuerza primitiva y aún deben recurrir á los medios extremos para mantenerlo. Los movimientos de defensa permiten al negro ganar los tiempos necesarios para el contra ataque definitivo.

(8) Si 33	D 8 D +
34 R 2 T	D 3 D +
35 P 3 C R !	P A × P
36 T 3 A R	R 2 A
37 D 6 T R	D 1 A R
38 D × P T +	R 1 R
39 D × P C +, seguido de D × T.	

(9) Forzado á causa del mate que amenaza en 2 jugadas con T 8 T R +.

(10) Las blancas rechazan la nulidad á que podrían apelar las negras por jaque perpetuo, en caso de que su adversario persistiera en su amenaza de mate.

(11) Deben alejar su R, puesto que las blancas proyectan amenazar mate de nuevo por medio de R 3 C y D 4 T R.

(12) Comienzan á defenderse.

(13) Schlechter tiene ahora un final superior y lo conduce á la victoria con su maestría habitual.

(14) Es necesario dejar constancia de que esto es ayudar á un adversario temible.

Notas por P. S. Leonhardt.

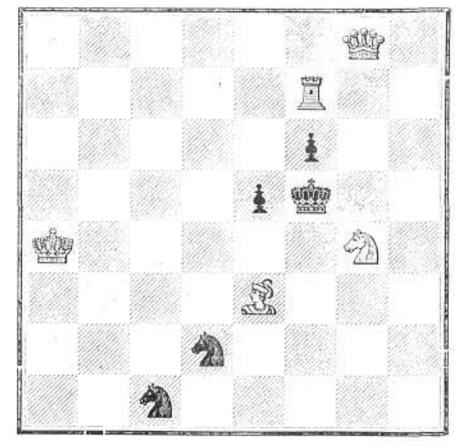
Final de partida

Colóquense, blancas: R en 8 T D, T 5 T D, C 5 C R, P 3 A R, P 2 T D; negras: R 1 D, C 6 R, P 7 R, P 3 T D. Juegan las blancas y hacen tablas:

1 C 7 A R +	R 2 A !
2 T 5 A D +	R 3 C
3 T 1 A D	C 8 D
4 C 5 R	P 8 R: D
5 T 5 A D	R × T
6 C 3 D +	R?
7 C × D partida nula.	

Problema de Miroslav HAVEL

Primer premio del 3er. concurso de «Zlata Praha»



Las blancas dan mate en 3 jugadas


TÉ
TIGRE
TÉ TIGRE
ENERO
ABRIL
JULIO
OCTUBRE
FEBRERO
MAYO
AGOSTO
NOVIEMBRE
MARZO
JUNIO
SETIEMBRE
DICIEMBRE
EXQUISITO
DELICIOSO
ECONÓMICO
EXQUISITO
DELICIOSO
ECONÓMICO
GUILLERMO JOHNSTON & CAMPBELL Ltda
BUENOS AIRES — ROSARIO — BAHIA BLANCA — MONTEVIDEO


Ms BAGLEY y Cia Lda
HESPERIDINA
ESTOMACAL DE
CORTEZA DE
LO MEJOR
PARA DIAS
CALUROSOS

LA CIUDAD DE LOS LOCOS

AVENTURAS DE TARTARIN MOREIRA

POR JUAN JOSÉ SOIZA REILLY

(*Continuación*)

— ¿Qué?

— Esos gritos... Es una mujer que llora.

— Dame un beso, Luisita...

La luna pretendió ver cómo los dos amantes se besaban. Una nube no quiso. De ahí que el lector tampoco pueda ver lo ocurrido.

La mujer que lloraba era Rosaura, la triste loca plañidera, que derretía su existencia llorando... Sentada en una piedra, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sus pies nadaban en un charco de lágrimas. A su lado un niño hacía navegar en el charco salobre un buquecito de papel. En las manos, tenía Rosaura una botella con un líquido extraño.

Tartarín y Luisita pasaron junto á ella. Tan silenciosamente íbanse diciendo al oído: *«¡Amor mío!»*, que ninguno de los dos la miró. Ni siquiera la vieron. Cuando ellos pasaron, Rosaura, repitió cual un eco:

— ¡Amor mío! —y con sus manos pequeñitas y pardas, acarició rabiosamente, como quien acaricia á un amante, ó á un puñal, la botella misteriosa de la vieja Floripón.

Dejó de llorar. Las lágrimas disminuían. El niño se enojó:

— Rosaura, ¿por qué no lloras más? Llora. Así mi buquecito podrá navegar mucho mejor... ¡Llora, Rosaura!

CAPITULO XVIII

EL TEATRO DE LOCOPOLIS

— Adelante, señores. El espectáculo va á comenzar.

— ¿Cuánto cobraré si tomo un asiento? — preguntó Juan Nariz.

—Las personas ancianas recibirán un ramo de violetas y los jóvenes un jazmín ó un clavel.

La población de Locópolis quería asistir al espectáculo. Era la primera vez que funcionaba un teatro en aquella cómoda ciudad de locos. Aunque casi todos tenían la pretensión de mandar, ninguno obedecía. Cada cual cumplía el reglamento de su propia voluntad. El presidente gobernaba tanto como el último barrendero. Todos mandaban. Nadie respondía... Y de esa igualdad de pareceres, resultaba un orden que ya hubieran querido para sí muchos pueblos salvajes....



—Adelante, señores. El espectáculo va á comenzar.

El fundador del teatro de Locópolis, era un hombre de cuarenta años, llamado Cristián. Ningún rasgo exterior lo diferenciaba del resto de las gentes. Era igual á todos. Difícil es para el novelista evocar la imagen de Cristián. No era rengo. No era jiboso. No era tuerto. No era literato. No era ladrón... No era más que un hombre con dos ojos vulgares, dos piernas comunes, una boca igual á todas las bocas... Poseía, por consiguiente, las cualidades más excéntricas para pasar desapercibido. La naturaleza habíase empeñado en que Cristián fuera un insignificante. Y lo declaramos con melancolía: la naturaleza había logrado sin lástima, su empeño.

No obstante, ya que hemos pintado los rostros de la mayor parte de los hombres y mujeres que dieron un rasgo especial á Locópolis, no sería justo olvidar á Cristián. Y creemos no olvidarlo. Con lo que dejamos dicho, bastará, para que si el lector lo encuentra alguna vez, lo reconozca de inmediato. No es el primer caso que ocurre. Los hombres de genio, de talento ó de inteligencia abundan de tal manera en el mundo, que un hombre insignificante, resulta originalísimo. Es extraordinario... El único detalle típico que la Historia Nacional de Locópolis recuerda acerca de la habilidad de Cristián, era su manera de dormir. «Cuando Cristián dormía — dice un locopolitano — no roncaba para no despertarse». Esa habilidad maravillosa le hizo merecedor de muchos epitafios, monumentos y escuelas.

— Adelante, señores. ¡Adelante!

El teatro se llenaba de gente. Hallábase construído cerca del bosque. Sus paredes eran árboles. El techo era magnífico. De noche, presentaba espléndidas decoraciones, con efectos de luna y titilar de estrellas naturales. De día, el sol ocupaba el puesto de la luna.

Cristián no cobraba la entrada á nadie. La pésima costumbre de exigir dinero á los que desean ver un espectáculo es un vicio malsano que practicaron los pueblos trogloditas y terciarios.

En Locópolis, cada espectador recibía cierta suma en dinero de la nación. Es decir, en frutas ó en flores. El día á que nos referimos, Cristián pagó con flores. A los ancianos, un ramo de violetas. A los jóvenes, un jazmín ó un clavel. Ya hemos dicho que en aquel país encantador no existía otra clase de moneda que la vegetal. Era excelente para la digestión...



CAPITULO XIX

UNA COMEDIA

El público dominguero, impaciente, aplaudía y gritaba. Cristián, entonces, hizo una señal. Los locos enmudecieron. La función empezó. Representábase una comedia sencilla y melancólica. Difícil nos sería condensar su argumento en un capítulo. Siguiendo el sistema crítico de Paul de Saint-Victor, transcribiremos una pequeña parte de la obra, tal como se conserva en el propio original. Se titula: *El camarón triste*. He aquí la última escena:

ALCURNIA—El fuego de tus ojos, Madreselva, quema mi alma. Siento que mis ilusiones se calcinan... ¡Amame!

MADRESELVA — No puedo quererte, Alcurnia. Mi padre se opone...

ALCURNIA — ¿No puedes quererme? ¿Acaso no adivinas que sin tu amor fallezco?

MADRESELVA — Ah! (*aparte*) ¡Pobrecito! Debiera compadecerme del desdichado! (*alto*) Bueno. Sí. Te amo. Abrázame. Tuya soy...

CHAPITEL (*padre de Madreselva, llega arrojando chispas que salen de sus ojos y de su cigarrillo*). Ah! ¿Juntos? ¡Infames! (*saca un puñal y un revólver*).

MADRESELVA — (*con el cabello de punta*) — ¡Padre mío! No me mates, porque si me matas, me muero...

ALCURNIA — ¡Horror! Un puñal y un revólver...

CHAPITEL — ¡Vive Dios! Os mataré... (*hunde el puñal en la blusa blanca de su hija Madreselva. Como dentro de la blusa, la chica lleva escondido el corazón, Madreselva cae muerta. Pero, antes, dice con solemnidad:*

MADRESELVA — ¡Adiós! ¡Muero! (*muere*).

CHAPITEL — (*después de ver caer á su hija y de besarla en la frente, se dirige á Alcurnia*). Ahora, te toca á tí... (*le descerraja un tiro*).

ALCURNIA — (*cayendo*) Muero tranquilo porque muero con ella. (*sigue cayendo*). Señor comisario: á nadie se culpe de mi muerte. (*cae muerto del todo*).

EL COMISARIO — (*entrando á la habitación con cuarenta gendarmes á caballo*) ¿Dónde está el asesino?

(*Escena de gran emoción y movimiento. Se ruega á los caballos y á los artistas mucha rapidez y habilidad en los ademanes*).

UN SARGENTO — Aquí hay dos muertos y un agonizante.

EL COMISARIO — El agonizante debe ser el asesino. Ha querido suicidarse.

CHAPITEL — *(con voz débil y derramando sangre)*. Yo maté á esos dos. Pero, no he querido suicidarme...

EL COMISARIO — Y entonces, ¿por qué está herido?

CHAPITEL — Ustedes, al entrar, me pisotearon con los caballos. Muero estropeado pero tranquilo. *(Efectivamente, muere tranquilo)*.

EL COMISARIO *(á los soldados)* — ¡En marcha! Hemos cumplido ya nuestro deber.

(Mientras el telón baja pausadamente, se oye, á lo lejos, la música de un tango para indicarle al público la conveniencia de aplaudir á los actores).

—

EL PÚBLICO — ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Bravo!

LA MÚSICA — ¡Chin, chin, tatachin, chin, chin!

EL PÚBLICO — ¡Qué salga el autor!

LA MÚSICA — ¡Chin, chin, tatachin, chin, chin!

EL PÚBLICO — ¡El autor! ¡El autor!

EL AUTOR — *(Saluda, sin hablar. El público abandona el teatro y cobra á la salida...)*

CAPITULO XX

EL SECRETO DEL CADAVER

— ¿Pero le viste la cara?

— Todo. Ya sé quién es.

Las mujeres, inquietas y febriles de curiosidad, rodeaban á la vieja Floripón. Aun sentían en los nervios, llenos de histerismo, el miedo que les produjera el cadáver abriendo los ojos y mirando alegremente en derredor. Nadie sabía quién era, ni lo que había ocurrido. La única que estaba en posesión del secreto era la anciana bruja.

— ¿Y cómo lo supiste, Floripón?

— ¡Oh! Mis ojos lo ven todo...

— ¿Pero si no tienes ojos? ¿Cómo haces? Yo te veo sólo dos negros agujeros en el sitio donde nosotras tenemos las pupilas...

— Precisamente. De tanto mirar lo desconocido y de tanto escarbar en el futuro, los ojos se me han reconcentrado en el cerebro. Por eso veo lo que nadie ve... Yo veo con los sesos. Veo igual que los hombres de genio.

— Dinos, Floripón... ¿Quién era el muerto?

— ¿Quieren saberlo?

— Sí.

— Las que quieran saberlo tendrán que darme un diente recién arrancado...

Todas, maquinalmente, se arrancaron un diente sin dolor. Eran postizos...

El delantal de Floripón, era pequeño para recoger tanto marfil... Cuando no quedó ninguna sin pagar su tributo, la vieja confesó:

— Ese cadáver anuncia desgracia. Es un fantasma. Es el cadáver de Pedro, el practicante del Manicomio á quien Tartarín Moreira asesinó para quedarse con su novia, con Luisa, la enfermera... Ese cadáver nos traerá desgracia...

— ¿Pero Tartarín no lo mató la noche que fugamos del Manicomio?

— Sí. Lo mató con una piedra.

— ¿Cómo puede, entónces, aparecer el cadáver en Locópolis?

— ¿Cómo? — rugió la vieja.

— Sí.

— Es muy fácil, concluyó Floripón — los cadáveres tienen el poder de hacerse invisibles. Viajan por el mundo. Van detrás de nosotros. El recuerdo de aquellos muertos que nos han querido mucho, nunca nos abandona. ¿Sabéis por qué? Porque los mismos muertos se encargan de seguirnos. Cuando no pensamos en ellos, se aproximan á nosotros. Nos tocan el hombro y nos dicen:

— Acuérdate de mí. Aquí estoy...

— ¡Qué miedo! — sollozó una viuda, que tenía relaciones con el profesor Palmeta. — Ahora recuerdo que cada vez que hablo á solas con el maestro, pienso en mi marido y siento cosquillas en las espaldas, como si mi finado me llamara...

— ¡Oh! ¡pobre finado! — murmuró la vieja.

— Y, dinos, Floripón — interrogó una jovencita — ¿dónde vive el cadáver de Pedro? En Locópolis nunca le hemos visto...

— Es un misterio. A veces los cadáveres se hacen transparentes y viven en el aire. Pero, esta noche lo sabré.

... **febriles de curiosidad, rodeaban á la vieja Floripón.**

CAPITULO XXI

LA AGRADABLE CONVERSACION DE UN MUERTO

— Está noche lo sabré — había repetido la vieja Floripón. — Trataré de encontrar el cadáver de Pedro. Y, después...

Era la media noche. El camino era negro. Negro por los cuatro costados... Arriba, faltaba la luna. Abajo no había faroles. Hasta la tierra del sendero era obscura. La vieja Floripón, que, sin duda, era amiga del Diablo, caminaba lentamente, sin preocuparse de la hora ni de la obscuridad. Conocía el camino porque no tropezaba. A lo lejos, se adivinaba la Ciudad de los Locos por una que otra luz y por los intermitentes alaridos de algún hombre furioso que desahogaba su locura, con libertad de tigre...

— Aquí es — dijo la bruja. — Se detuvo y comenzó á cantar una canción extraña. Con los brazos, dos huesos cubiertos únicamente por la piel, golpeábase las piernas. Las piernas eran como dos palos. Repiqueteando en esa forma produjo una música de crótalo macabro á cuyo son su canto parecía una juerga de muertos ó de carnaval.

— ¿Quién anda ahí? — dijeron en la sombra.

— Soy yo... Soy Floripón, la enamorada de tus encantos.

— ¿Floripón? Bello nombre. ¿Será sin duda símbolo de tu imagen?

— Gracias, señor de mi alma. ¿Sabes á qué vengo?

— Dilo.

— Quiero ver á un hombre.

— ¿Un hombre?... Vete. ¿Crees que yo soy dueño de los hombres? ¿No vives entre ellos? Búscalo allá...

— Allá no está. Murió hace tiempo.

— Hubieras comenzado por decirlo. ¿Quién es, pues, el cadáver que buscas?

— El de Pedro, asesinado por Tartarín Moreira... ¿Podré verlo?

— Hoy estuvo en Locópolis.

— Sí. Pero no hablaba. Por eso quiero verlo.

— Lo verás.

Hubo un largo silencio. La vieja escuchó. De pronto, oyóse un leve murmullo. Eran los pasos de alguien que avanzaba sobre la yerba.

— ¿Quién me busca? — dijo la voz de Pedro.

— Soy Floripón. ¿Recuerdas? Aquella á quien tú en el hospital molestabas con inyecciones y con drogas infames. ¿Recuerdas?

— Recuerdo.

— ¡Qué felicidad!

— ¿A qué vienes?

— A traerte noticias de Luisa, la que fué tu novia y que ahora es la esposa de quien te asesinó.

— No necesito noticias de ella, ni de nadie. Debes saber que los muertos vemos todo lo que los vivos hacen. Nuestro cuerpo se pulveriza en la tumba, pero nuestra alma toma una nueva forma transparente. Andamos por el mundo como si fuéramos carnales. Somos intangibles, invisibles, impalpables... Conservamos los mismos sentimientos, pero más dulcificados por el egoismo... Los muertos somos egoístas porque vivimos complicando la existencia de los que no han muerto todavía... Nosotros los cadáveres no tenemos otro deseo que pesar sobre la conciencia de ustedes. Yo por ejemplo, amaba á Luisita...

— Es cierto — dijo la vieja — contenta de conversar con un fantasma.

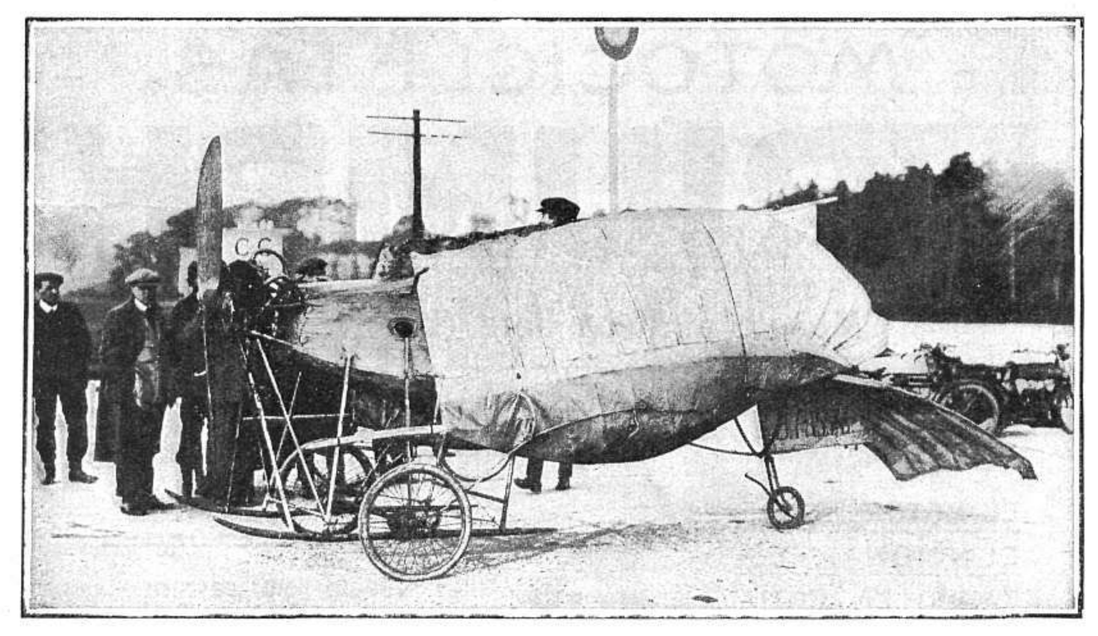
— La amaba hasta lo imposible. Jamás pude obtener el título de médico. En vez de estudiar, pensaba en ella... Los jardines del manicomio presenciaron más de una vez nuestros abrazos. Más de una vez los pájaros envidiaron nuestros besos... Luisa, al observar que yo la amaba como ningún otro hombre podía amarla en la tierra, se aburrió de mi amor. Se enamoró de Tartarín, y Tartarín, para escapar con ella, me mató... Pues bien: yo, muerto, debí perdonarlos y dejarlos tranquilos. No lo hago. Trato de estar siempre presente en sus horas de pasión. Cuando se besan, un cadáver — el mío — se coloca entre los dos. Me besan á mí... Yo, con mi presencia invisible, les agrio la fiesta. A Tartarín lo hace temblar el arrepentimiento y á Luisa el remordimiento... ¡Nada más que por mí! — dijo la voz con un ruido de huesos rotos...

— ¿Y todos los cadáveres tienen iguales rencores y egoísmos?

(Continuará).

Dib. de Hohmann.

El aeromóvil "Gaviota"



Está llamando justamente la atención de las personas peritas un nuevo aeroplano al cual su inventor ha puesto el nombre de «Sea-Gull» (Gaviota). La principal novedad en este nuevo modelo de aeroplano, es que puede correr por los caminos como un automóvil ordinario y en el corto plazo de 5 minutos está listo para comenzar á volar.

Los ensayos han dado excelente resultado, aunque hubo que luchar con no pocas dificultades, que el inventor ha logrado hoy vencer en gran parte. La disposición del motor difiere asimismo bastante de la de los modelos habituales, á lo que ha debido recurrir el inventor por razones de estabilidad.



PÀGINAS INFANTILES

El gigante

Deseoso de visitar paises desconocidos, vino de su tierra un Gigante.

Andando, andando, vió de súbito dos líneas plateadas, relucientes como dos hilos de tela de araña, que paralelamente se extendían á sus pies, atravesando llanuras y contorneando montañas hasta perderse de vista.

El Gigante miraba esto con profunda extrañeza, y pensaba:

«¿No se diría que dos diminutos caracoles han caminado muy juntitos dejando tras ellos una doble estela de plata?... Pero, ¿cómo hubieran podido recorrer tan largo trecho sin acercarse ni apartarse un punto el uno del otro?... ¡Es maravilloso!»



En estas reflexiones estaba engolfado cuando oyó lejos, muy lejos, un silbido prolongado, y vió avanzar á lo largo de la doble línea argentada un gusanillo negro que — dada su excesiva pequeñez — corría vertiginosamente.

El Gigante lo miraba correr, con gran curiosidad, y observó que de su hociquito, que llevaba muy levantado, salía una humareda inextinguible que se extendía detrás de él cual blanca cabellera.

— ¡Vaya un animalillo curioso! — pensó. — Y agachándose, lo tomó muy cuidadosamente en sus manos, y se lo acercó á los ojos. El gusanillo silbó desesperadamente, y lanzó un chorrillo de un líquido caliente y apestoso que se le metió por las narices.

— ¡Es una cucaracha venenosa! — exclamó el Gigante — y la arrojó al suelo, donde se hizo mil pedazos.

Pasóle el pie por encima, sin dejar rastro de ella, y prosiguió su camino.

* * *

Llegado que hubo á la orilla del mar, sentóse en un acantilado, y vió cruzar muy á lo lejos, mar adentro, otro animalillo para él desconocido. Era como un pececillo que se escurría á flor de agua en línea recta, sin sumergirse; su concha — dura, al parecer — era negra, y sobre su lomo se erguían como unas púas de forma rara.

Después de haberlo observado por buen espacio de tiempo con mucha atención, alargó el brazo mar allá y cogió entre sus dedos el animalillo, con el fin de examinarlo detenidamente. Pero no bien se lo había colocado en la palma de la mano, el acorazado —que no era otra cosa aquel bicho acuático — le disparó una andanada con todas las baterías de estribor.

El Gigante, á pesar de la sorpresa que le causaron el estrépito y la humareda que salió de tan diminuto cuerpo, no dejó de notar un hormigueo especial que le produjeron las balas al rebotar en sus labios, dejándole cierto sabor desagradable.

— ¡Qué asco! — exclamó, escupiendo á diestra y siniestra. — ¡También éste es un bicho venenoso! — Y, ¡clac!, después de aplastarlo entre sus dedos, lo tiró al agua, donde se sumergió en un abrir y cerrar de ojos.

* * *

Y levantándose, prosiguió su camino. Pero he aquí que entre las nubes que el viento arremolinaba en torno á su cabeza deshilachándose entre los pelos de su barba, vió venir en dirección á él un mosquito, todo alas, que empezó á dar vueltas junto á sus sienes.

Era un aeroplano, que, muy á su pesar, seguía la dirección que le imponía el viento.

El Gigante lo esquivó de un manotazo, pero el mosquito volvió á cosquillearle la oreja; tiróle un segundo manotazo, pero tan bien dirigido esta vez, que lo cogió de lleno. Luego sopló en su mano para limpiarla de los desechos de alas, antenas y patitas que en ella quedaron pegados.

— ¡Vaya qué bichos más impertinentes hay en esta tierra! — murmuró rascándose la oreja.

Y en cuatro zancadas — ya es sabido que todo gigante que se respeta, viaja con botas que á cada zancada hacen siete leguas de camino — se volvió á la tierra de los Gigantes.

Apeles MESTRES.

DIGALO Vd. BIEN!...

En automovilismo LO BARATO SALE CARO



PANHARD LEVASSOR

SEPTIEMBRE

1 D. s. Constancio	16 L. s. Cornelio
2 L. s. Antolin	17 M. s. Pedro de Arbués
3 M. s. Simeón	18 M sto. Tomás
4 M. s. Marcelo	19 J. s. Jenaro
5 J. s. Lorenzo	20 V. s. Eustaquio
6 V. s. Fausto	21 S. s. Mateo
7 S. s. Pánfilo	22 D. s. Mauricio
8 D. † **La Nativ. de María**	23 L. s. Lino
9 L. s. Pedro Claver	24 M. s. Gerardo
10 M. s. Clemente	25 M. s. Pacífico
11 M. s. Emiliano	26 J. s. Cipriano
12 J. s. Leoncio	27 V. s. Cosme
13 V. s. Eulogio	28 S. s. Wenceslao
14 S. s. Alberto	29 D. s. Miguel Arcángel
15 D. s. Nicomedes	30 L. s. Jerónimo

718, FLORIDA, 720

BUENOS AIRES

CUELLOS y PUÑOS MEY

A LA
ELEGANCIA
ECONÓMICA

CALLE ESMERALDA
N.º 184
BUENOS AIRES

SARMIENTO, 779
ROSARIO

OCTUBRE

1 M. s. Remigio
2 M. s. Eleuterio
3 J. s. Maximiano
4 V. s. Francisco de Asís
5 S. s. Froilán
6 D. s. Bruno
7 L. s. Marcos
8 M. s. Demetrio
9 M. s. Dionisio
10 J. s. Francisco de Borja
11 V. s. Nicasio
12 S. s. Cipriano
13 D. s. Eduardo
14 L. s. Calixto
15 M. sta. Teresa de Jesús
16 M. s. Martiniano
17 J. s. Florentino
18 V. s. Lucas
19 S. s. Pedro de Alcántara
20 D. s. Feliciano
21 L. s. Hilarión
22 M. s. Severo
23 M. s. Pedro Pascual
24 J. s. Rafael Arcángel
25 V. s. Gabino
26 S. s. Evaristo
27 D. s Florencio
28 L. s. Simón
29 M. s. Narciso
30 M. s. Alonso
31 J. s. Antonio

EXIJAN CUELLOS
MEY

Y EN TODA BUENA TIENDA DEL INTERIOR.

CADA CUELLO LLEVA ESTAMPADO EN LA PARTE INTERIOR
EL NOMBRE DE LOS FABRICANTES:

MEY & EDLICH,
LEIPZIG

Y LA MARCA REGISTRADA



CUIDADO CON LAS IMITACIONES

NOVIEMBRE

1 V. † **Todos los Santos**
2 S. s. Ambrosio
3 D. s. Cesáreo
4 L. s. Carlos Borromeo
5 M. s. Félix
6 M. s. Severo
7 J. s. Florencio
8 V. s. Victorino
9 S. s. Benigno
10 D. s. Demetrio
11 L. s Martín de Tours
12 M. s. Aurelio
13 M. s. Estanislao
14 J. s. Clementino
15 V. s. Desiderio
16 S. s. Edmundo
17 D. † **San Martín, ob., Patrono de Buenos Aires**
18 L. s. Máximo
19 M. s. Ponciano
20 M. s. Benigno
21 J. s. Alberto
22 V. s. Filemón
23 S. s. Clemente
24 D. s. Juan de la Cruz
25 L. s. Gonzalo
26 M. s. Conrado
27 M. s. Virgilio
28 J. s. Gregorio
29 V. s. Saturnino
30 S. s. Andrés

Actualidades de provincias

JUNIN



Escuela núm. 6.—El último día de clase



Niños y niñas que tomaron la primera comunión, el día 3 de diciembre

RIO IV



Escuela normal mixta.—Maestros últimamente recibidos

ESQUINA



Paseo campestre de los alumnos de la Escuela Normal

LAS FLORES



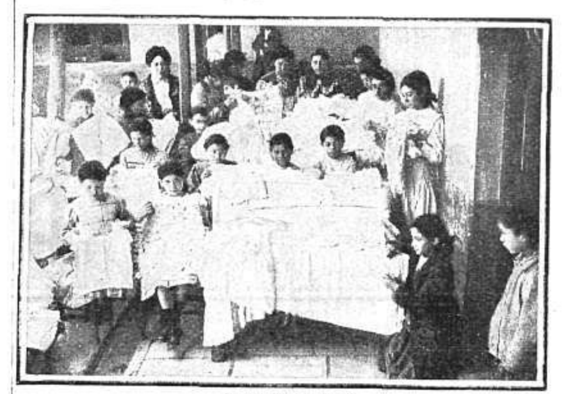
Pic-nic del conservatorio musical «Santa Cecilia»

Actualidades de provincias

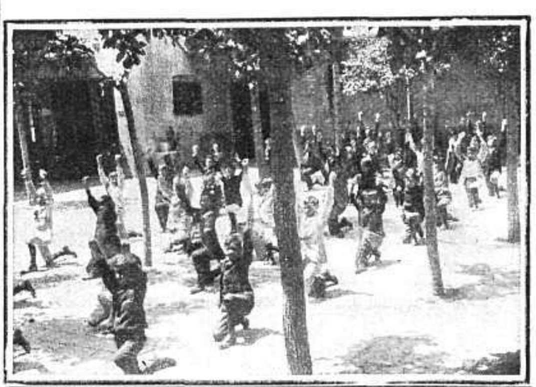
AZUL



Las clases publicas de fin de año en la escuela núm. 17. Trabajos prácticos



Clase de labores

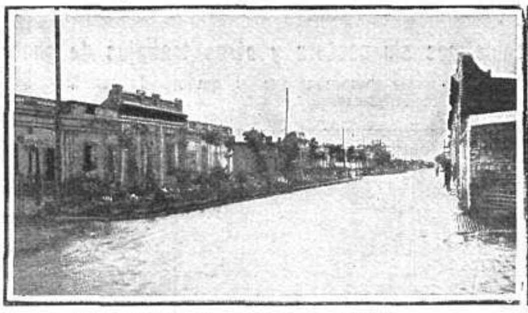




Ejercicios físicos

Actualidades de provincias

MERCEDES (Buenos Aires)



Las inundaciones.—Avenida 9 de Julio

Calle Ubaldo Ferrer, el día después de la lluvia



Molino Cluse

Cadillac 1912

EL MAS PERFECTO
Y PREFERIDO POR
LOS CONOCEDORES

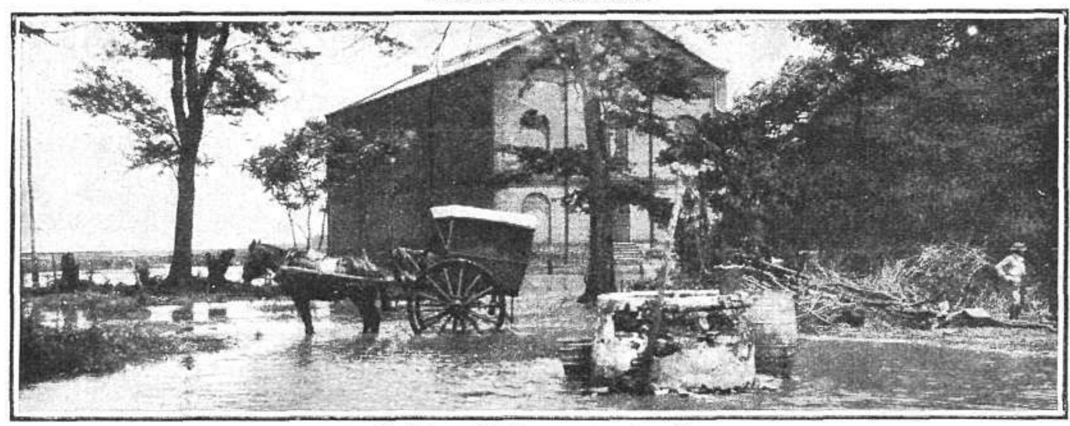
Cadillac

AGENTES:

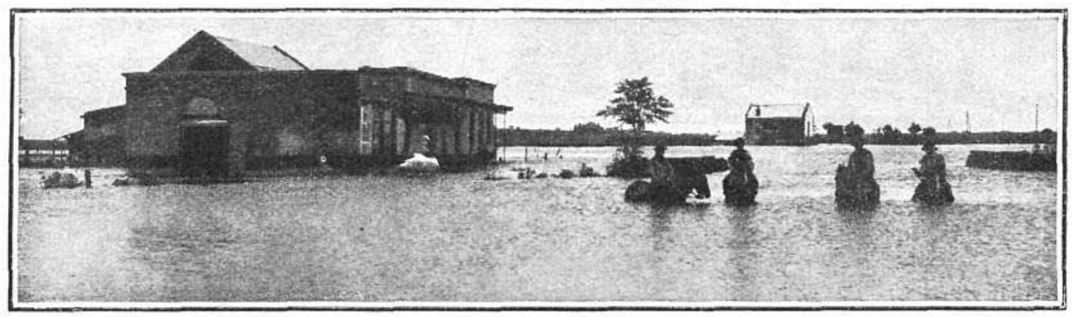
Fehling Hnos

745, Bdo IRIGOYEN
BUENOS AIRES

MERCEDES (Buenos Aires)



Entrada al hipódromo en construcción



Puente del Cañón, completamente cubierto por las aguas



SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

151, CHACABUCO, 155—BUENOS AIRES (Rep. Argentina)

TELEFONOS: Dirección: UNION 598 (Avenida), COOPERATIVA 3 14 (Central).
Administración: UNION 2316 (Avenida), COOPERATIVA 3423 (Central).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

	Edición corriente	Edición de lujo
Trimestre	$ 2.50	$ 5.00
Semestre	» 5.00	» 10.00
Año	» 9.00	» 18.00
Número suelto	20 cts.	40 cts.
Número atrasado	40 »	80 »

EN EL INTERIOR

	Edición corriente	Edición de lujo
Trimestre	$ 3.00	$ 6.00
Semestre	» 6.00	» 12.00
Año	» 11.00	» 22.00
Número suelto	25 cts.	50 cts.
Número atrasado	50 »	$ 1.00

EN EL EXTERIOR

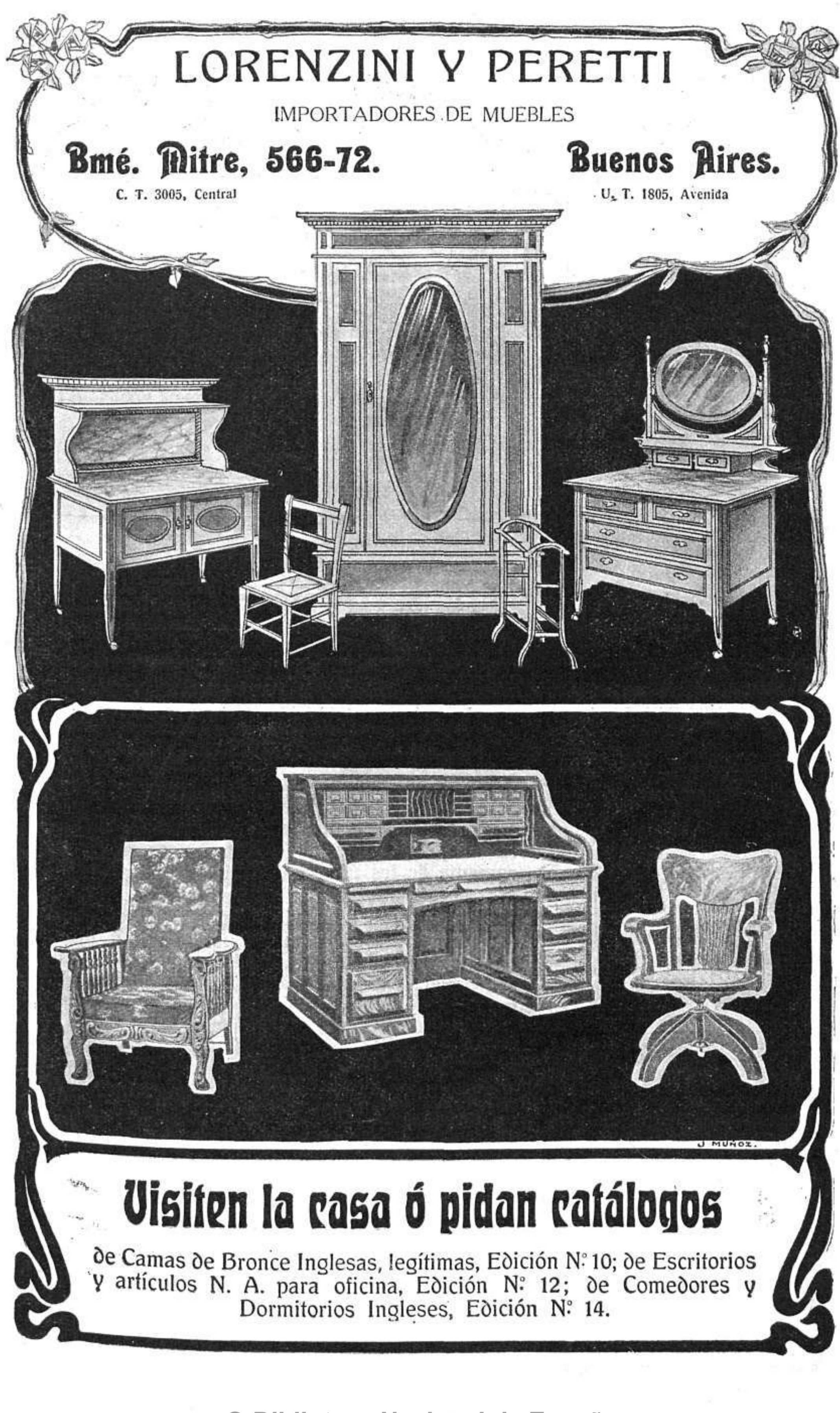
	Edición corriente	Edición de lujo
Trimestre	$ oro 2.00	$ oro 3.50
Semestre	» » 4.00	» » 7.00
Año	» » 8.00	» » 14.00

PRECIOS DE ENCUADERNACION Y TAPAS
Encuadernación y tapas de los tomos 2.º, 3.º y 4.º, cada tomo $ 3.00 m/n.
» » » » » » 1.º, 5.º al 41 incl. » » 2.00 »
Tapas sueltas .... » » 1.00 »

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial y se ruega no atender á quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

AGENCIAS EN EL EXTERIOR..
PARIS — L. Mayence & Cie., Rue de la Granje Bateliere, 18 (venta de ejemplares y avisos).
LONDRES — J. Barriere & Cie., 17, Green Street, Leicester Square W. C. (venta de ejemplares).
MONTEVIDEO — Plaza Independencia, 35 (costado norte).


LORENZINI Y PERETTI
IMPORTADORES DE MUEBLES
Bmé. Mitre, 566-72.
Buenos Aires.
C. T. 3005, Central
U. T. 1805, Avenida
J. MUÑOZ.
Visiten la casa ó pidan catálogos
de Camas de Bronce Inglesas, legítimas, Edición N.º 10; de Escritorios y artículos N. A. para oficina, Edición N.º 12; de Comedores y Dormitorios Ingleses, Edición N.º 14.





Todo el mundo admira el hombre que lleva un traje "ALBION"

Los trajes "ALBION" toman el lugar en la Argentina, de los trajes confeccionados y listos para el uso, que son tan admirados y tan de moda en Norte América y Europa.

Los trajes "ALBION" son cortados por los mejores sastres, en fábricas limpias é higiénicas, de los mejores paños que puedan conseguirse y únicamente de los últimos y mejores estilos.

Los trajes "ALBION" son los que dan mayores facilidades para ahorrar dinero.

Los puede Vd. comprar por la mitad del precio que le cobraría un sastre y encontrará Vd. que son igual, en todo sentido, á los trajes hechos á medida.

Los trajes "ALBION" son hechos sobre formas perfectas y se garante que le sentarán bien; además de que su fabricación, siendo únicamente de los mejores materiales y mano de obra, es que duran una eternidad.

Si Vd. tiene interés en ahorrar dinero, inspeccione estos trajes en el "ALBION HOUSE".

No puede Vd. invertir mejor su dinero.

Sus amigos admirarán los trajes "ALBION" y en el comercio lo respetarán á Vd.

Hay mil estilos y paños de donde elegir.

Pida nuestro catálogo de verano y se lo enviaremos gratis, porte pago.

TRAJES DE CASIMIR	$ **28** á $ **60**
„ „ BRIN.	$ **9** á $ **25**
„ „ FRANELA	$ **15** á $ **35**

Todos los últimos estilos y cortes de Europa y la Argentina listos para que Vd. los use.

The Albion House

Victoria 1000 — Buenos Aires

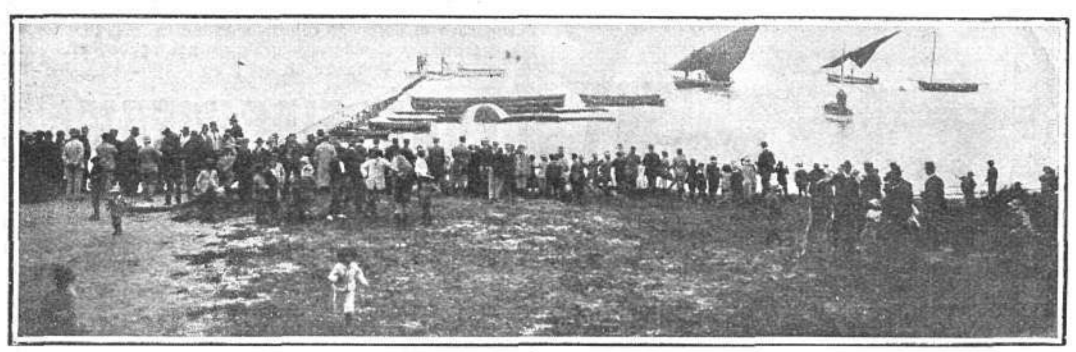
Todas las telas de las mejores fábricas del mundo á su disposición.

CHASCOMUS

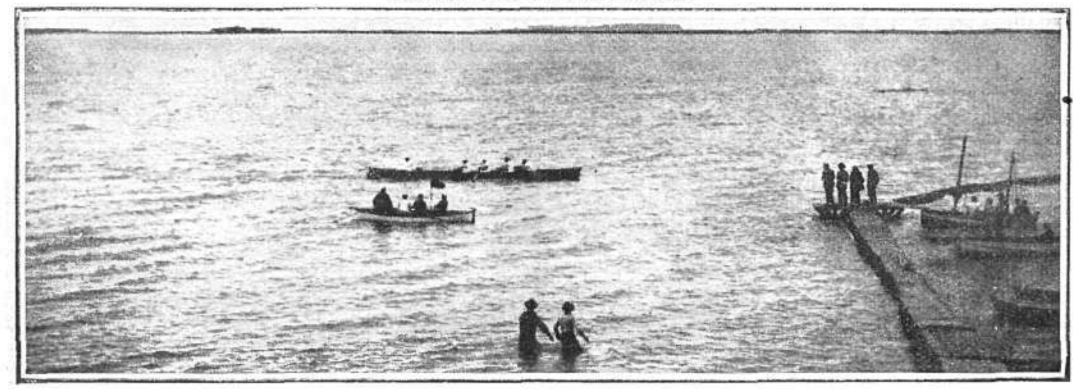


Inauguración de la temporada de regatas del «Club de regatas Chascomus». Edificio y público

CHASCOMUS

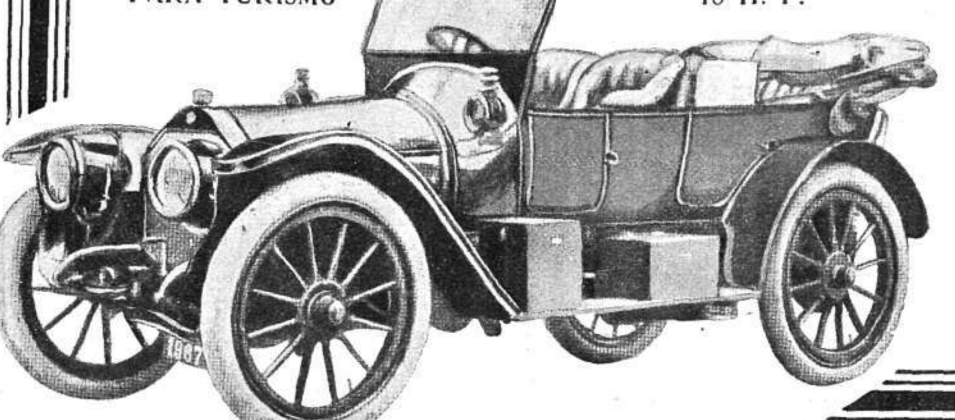


Vista de la laguna y muelle del club



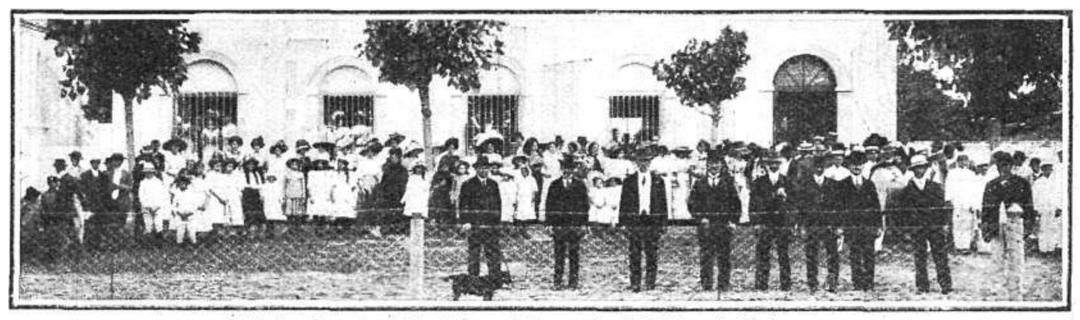
Llegada del bote ganador de la carrera de 500 metros





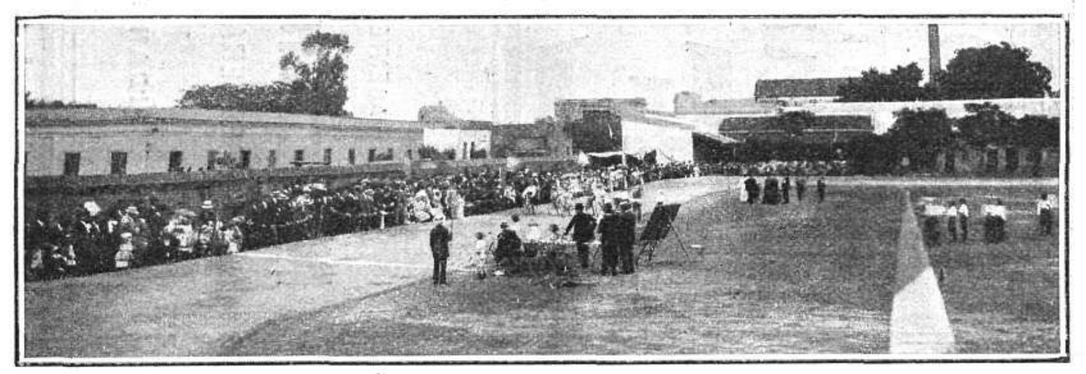
Actualidades de provincias

SANTA LUCIA



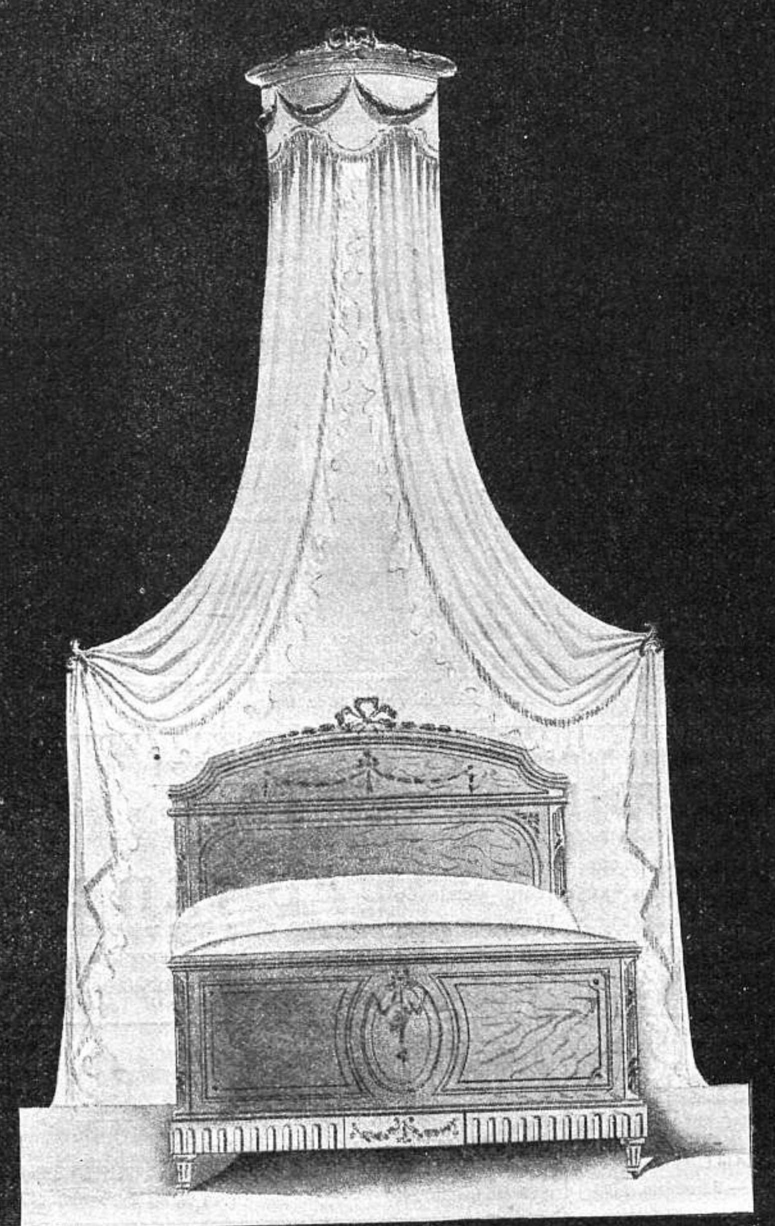
Fiestas patronales.—El público ante la municipalidad, después del almuerzo

ESPERANZA



Inauguración del Ateneo Esperanzino

DECORACIONES Y TAPICERÍA



BATSALLE

440 - CARLOS PELLEGRINI - 440

MUEBLES IMPORTADOS

GRATIS remitimos nuestro Nuevo Catálogo á las provincias

SAN JUAN



Procesión de la Virgen de la Concepcion

Royal Tokos Cigarette Coy.

566, AVENIDA DE MAYO, 566 - Buenos Aires

ESTABLECIDO JULIO 1910



¿Fuma Vd. Cigarrillos Egipcios?

En ese caso, deberia Vd. saber que los cigarrillos mejores y de más precio que se importan, pierden su aroma con el largo viaje y llegan secos á ésta. Esto provoca dolores de garganta, mal aliento, etc. Al fumar «**ROYAL TOKOS**», usted evita todos estos males. Nosotros importamos directamente desde las plantaciones, y no reparamos en gastos para poder conseguir lo mejor.

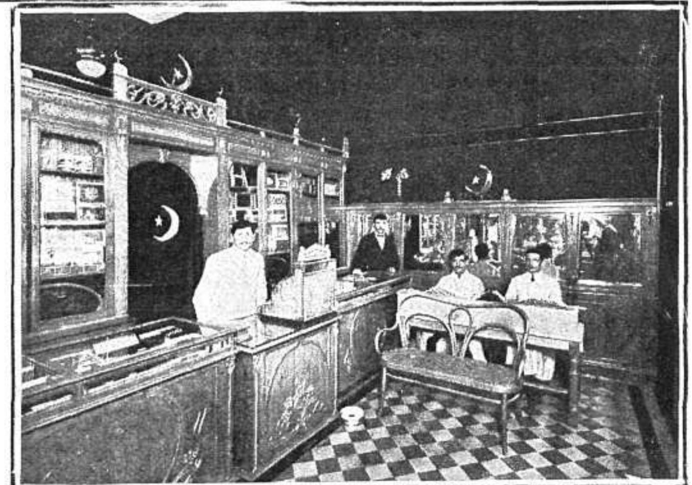
Nuestros cigarrillos son todos fabricados á mano, por expertos, quienes han trabajado durante muchos años en las mejores fábricas del Cairo, y garantimos que los «**ROYAL TOKOS**», por su aroma, elegancia y condiciones higiénicas, pueden compararse favorablemente con los mejores cigarrillos fabricados en Inglaterra ó el Cairo.

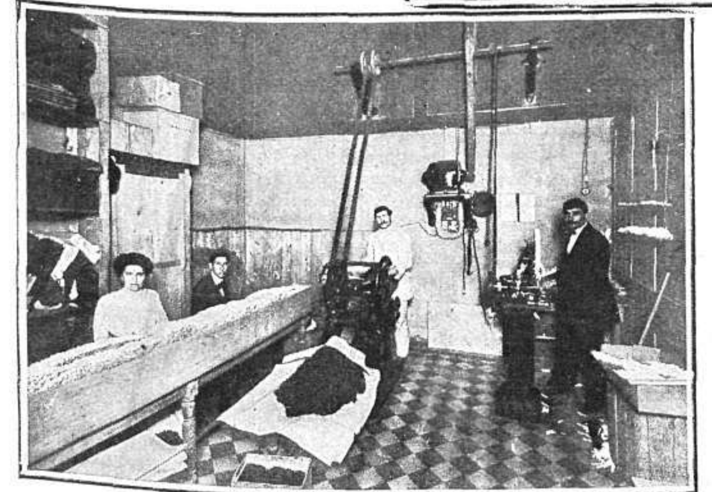
Nuestros precios son muy moderados. Podemos fabricar al gusto del cliente cigarrillos largos, *delgados, suaves, medianos ó fuertes.*

Imprimimos su monograma de dos iniciales gratis, y para pedidos de alguna importancia, podemos entregarle cigarrillos con su nombre, escudo, marca de estancia, nombre de hoteles, etc.

¿Fuma Vd. Cigarrillos Egipcios?

En ese caso, pruebe usted los «**ROYAL TOKOS**».





Desde que hemos abierto nuestra casa en Buenos Aires, nuestras ventas han aumentado un 350 %.

Todos los «conosseur» de cigarrillos egipcios, como también los Restaurants y Hoteles de primer orden, compran

Cigarrillos «ROYAL TOKOS»

Libre de porte á cualquier punto de la República

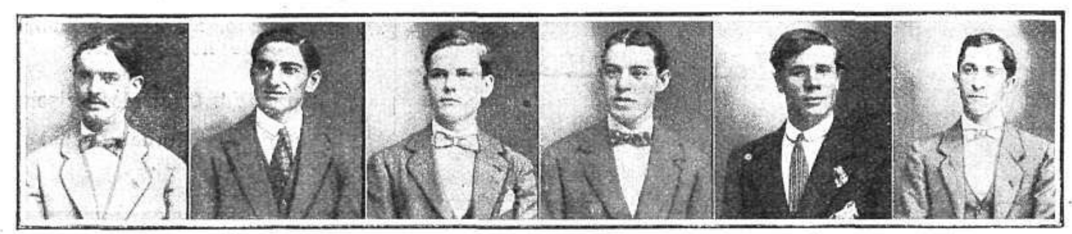
ROYAL TOKOS CIGARETTE Co.

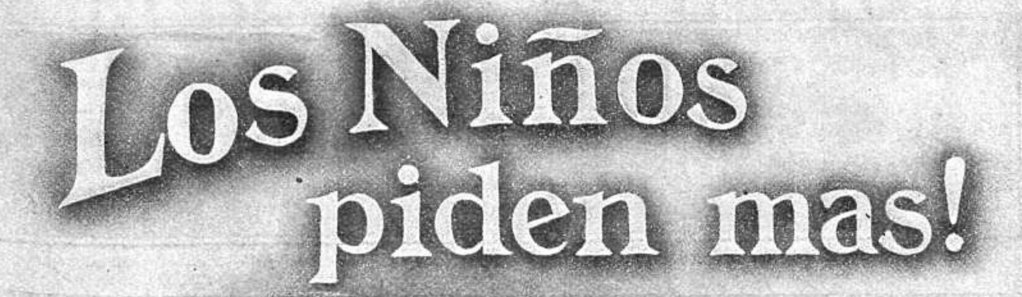
Avenida de Mayo, 566-Buenos Aires


Señores A. Bustos, F. G. Thomsen, E. Blancas, C. Rius, J. A. Aliaga y S. B. Morra, nuevos doctores en medicina


Contadores públicos y tenedores de libros egresados de la Escuela de Comercio

Nuevos peritos agrónomos


L. Bazán — D. E. Bernasconi — E. Konekampf — C. Capdevila — G. Andrew — H. Moyano Aparicio





PURGANTE AGRADABLE

168, Defensa, 192 - FARMACIA Y DROGUERIA DIEGO GIBSON - Suc.: Bmé. Mitre y San Martín

JABON PARKER

El mejor Jabón curativo y de toilet. Cura granos, herpes, eczemas y toda clase de erupciones en la piel.

168, Defensa, 192 - Suc. DIEGO GIBSON - Sucursal: Bmé. Mitre y San Martín

Córdoba. — Los nuevos peritos agrónomos



G. Diaz — G. Ocampo — P. T. Pizarro — B. Velez — M. A. Tejera



F. Blacque — C. G. González — E. Diaz — H. Diaz — D. Oviedo



J. R. Montenegro — D. Olmos — O. A. Revol — J. del Signo Oughterson — J. Eguia

CONCURSO CHINATO GARDA

255 Premios, por valor de $ 9.000 m/n.

DETALLE DE LOS PREMIOS

1er. premio: Un piano Erard (el preferido por el gran pianista Paderewski), pesos 1400.—2.°, 3.°, 4.° y 5.°: 4 pianos Krauss, c/u., $ 840. —6.° al 30.°: 25 relojes para señora, de oro cincelado, con diamantes. —31.° al 55.°: 25 relojes para hombre, oro 18 ktes., reforzado.—56.° al 205.°: 150 relojes de mesa.—206 al 255: 50 cuadros al óleo "Lago Garda".

Este concurso queda abierto desde la fecha hasta el día 25 de Mayo de 1912. Para tomar parte en él debe enviarse una etiqueta de la botella **"Chinato Garda"** y la cabeza de la cápsula de la misma, escribiendo en la primera la medida que el concurrente calcule tiene el hilo que ha colocado formando la palabra "Garda", el escribano público don José Resta, Maipú, 462, con las formalidades de práctica.

Es indispensable que cada solución venga escrita al dorso de la etiqueta, consignando con letra clara el nombre y domicilio del remitente. Una misma persona puede remitir cuantas soluciones desee. Los premios se adjudicarán en la siguiente forma: El primer premio á la persona que acierte la medida exacta del hilo. El segundo premio y los sucesivos á quienes sigan en orden aproximativo á la medida exacta. En el caso de que nadie acertase la medida exacta del hilo, los premios se adjudicarán á las personas que más se hubieran aproximado, siguiendo el orden establecido.

Si dos ó más personas acertasen la medida exacta, celebraráse un sorteo entre ellas, para la adjudicación de los premios. Deben remitirse por cada solución una etiqueta de la botella del **"Chinato Garda"** y la cabeza de la cápsula. La etiqueta se exhibirá próximamente en el sitio que anunciaremos.

Los pianos se exhiben en la casa de los señores G. Bellucci y Cía., Florida, 315, únicos representantes de los pianos. Las cartas deben ser dirigidas: **Concurso "Chinato Garda", Chacabuco, 1340, Buenos Aires,** donde se recibirán hasta las 12 m. del día 25 de Mayo de 1912.

El sorteo de los premios tendrá lugar el día, hora y sitio que oportunamente se designará.

NOTA. — La etiqueta se desprende de la botella, dejando ésta de 3 á 5 horas en el agua.—**Víctor M. Piaggio y Cía.,** únicos agentes del **"Chinato Garda"**, Bs. Aires



Fotografía de la etiqueta con el hilo cosido.
Para medir el hilo colóquese en la forma que marca esta reducción.



Uno de los 25 relojes para señora, de oro cincelado, con diamantes.



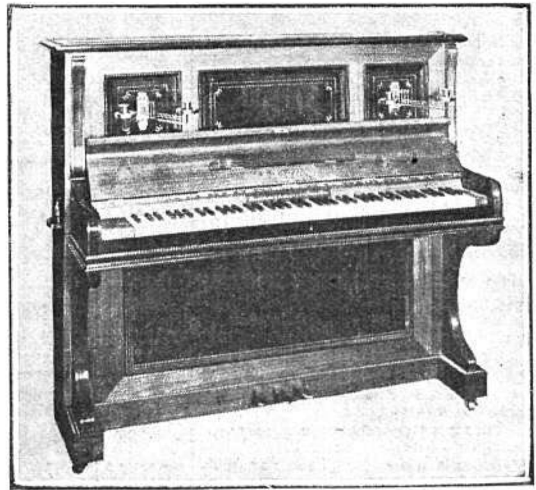
Cabeza de la cápsula



Uno de los 25 relojes de oro 18 kilates, reforzado, para hombre.



1er. premio. — Un piano Erard, adquirido en la conocida casa Bellucci y Cía., Florida, 315. — Valor: $ 1.400



2.°, 3.°, 4.° y 5.° premios. — 4 pianos de la conocida marca Krauss, adquiridos en la misma casa.— Valor: cada uno, $ 840

La clausura de los cursos



Concurrentes á la fiesta celebrada el día 15 en la escuela Carlos Pellegrini, del Pilar, con motivo de la clausura de los cursos



En el lunch

EL CABALLO MONSTRUO DE ACERO "BIG 4"

Motor de tracción á NAFTA de
60 caballos fuerza, 4 cilindros

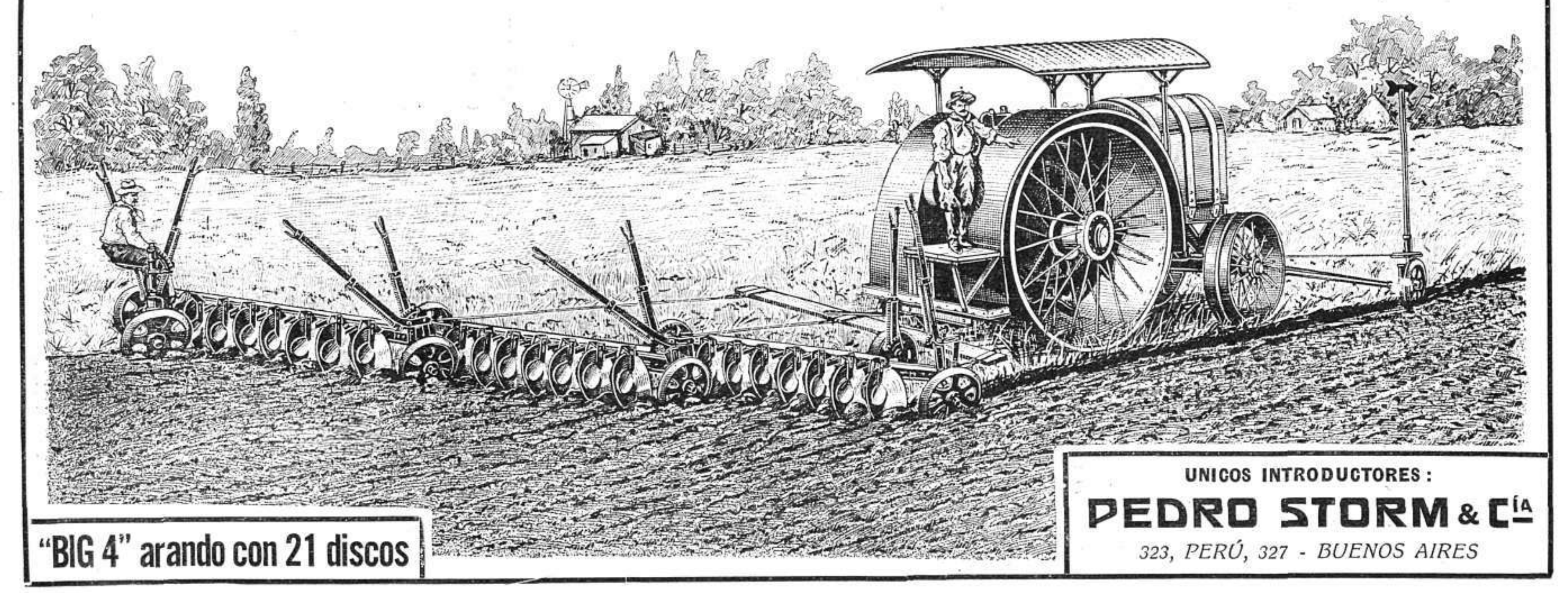
Guia automática.
Ruedas de 8 piés de diámetro por 24 pulgadas de ancho.
Engranajes de acero forjado, trabajando encerrados en cajas con grasa.
Polea para Trilla, atrás,
Consumo económico.
Manejo sencillo.

El "BIG 4" es el MOTOR IDEAL

PARA TODO TRABAJO DE CAMPO, COMO SER:

ARAR, RASTRAR, SEMBRAR,
COSECHAR, TRILLAR, TRANSPORTAR,
BOMBEAR, etc., etc.

GANADOR dos años seguidos
DE
MEDALLA DE ORO
EN LOS GRANDES
CONCURSOS MUNDIALES
EN
WINNIPEG (Canadá)
1910 y 1911



"BIG 4" arando con 21 discos

0 7 2 DIC 30

CAFÉ PAULISTA

O. Alves de Lima
y Cia.
BUENOS AIRES.

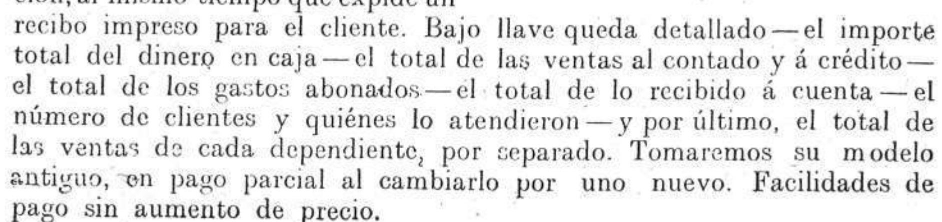
F 25.50

Sucursal
BOCA
Almirante Brown 1374
U. Telf. 870 Barracas

ESTO ES UN RECIBO
impreso por una
CAJA REGISTRADORA "NATIONAL"

Un recibo á cada cliente por su compra, constituye al comerciante una verdadera garantía de recibir cada centavo de su pago. Está vigilado por el cliente mismo, pues le hace saber **cuánto** pagó y á **quién,** y lo protejerá en caso de error.

Ningún comerciante inteligente discutirá el valor de un recibo entregado al cliente en el acto de hacer su compra.



El Modelo 500—según ilustración en la página enfrente—impone la anotación mecánica de cada operación, al mismo tiempo que expide un recibo impreso para el cliente. Bajo llave queda detallado—el importe total del dinero en caja—el total de las ventas al contado y á crédito—el total de los gastos abonados—el total de lo recibido á cuenta—el número de clientes y quiénes lo atendieron—y por último, el total de las ventas de cada dependiente, por separado. Tomaremos su modelo antiguo, en pago parcial al cambiarlo por uno nuevo. Facilidades de pago sin aumento de precio.

LA CAJA REGISTRADORA "NATIONAL"

Ofrece al comercio el único sistema práctico é infalible, de poner un recibo impreso en manos del cliente en el mismo acto de verificarse la operación.

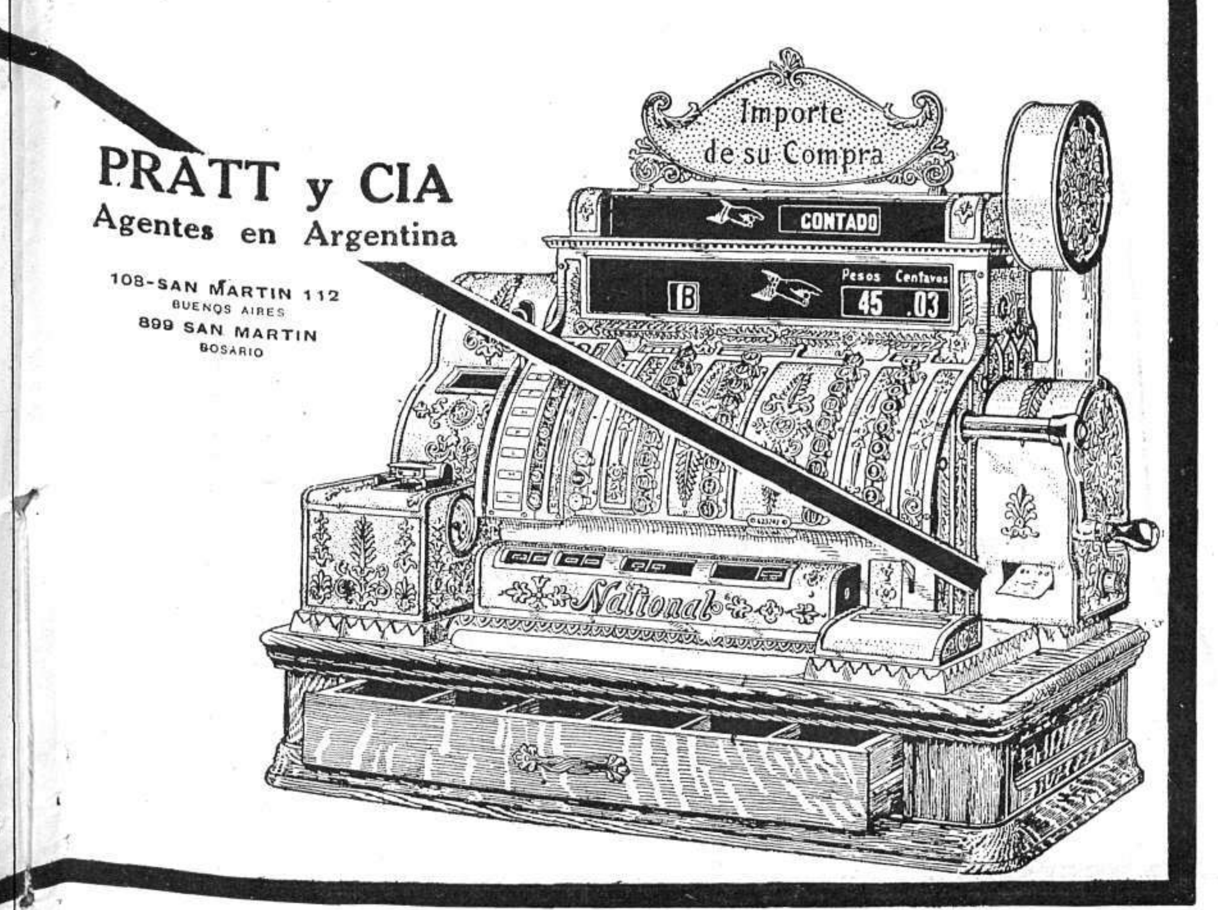
Inauguramos el año 1912 con una **oferta especial.** A todo comerciante que nos escriba antes del 31 de Enero, ofrecemos cualquier modelo de la Caja Registradora "National" en condiciones de pago tan favorables que la pondrá á su alcance, por pequeño que sea su negocio. Nunca hemos hecho tales condiciones antes, ni serán concedidas después de la fecha mencionada. **Escríbanos hoy** por detalles de esta oferta especial, y no será extraño que dentro de pocos meses sea dueño de una Caja National, último modelo, sin apercibirse del gasto de un solo peso. Debe considerar que con sólo las pérdidas causadas por errores y olvidos, Vd. está pagando cada año el precio de una Caja Registradora, sin tenerla.



Un millón vendidas; seis mil de ellas en la Argentina.

PRATT y CIA
Agentes en Argentina

108-SAN MARTIN 112
BUENOS AIRES
899 SAN MARTIN
ROSARIO





Alumnas egresadas de la Escuela Normal de Flores, con el título de maestras.—Señoritas: M. S. Alberti, A. Astorga, J. Andrés, E. M. Abello, O. Avila, S. Bozzini, B. Berdiales, E. M. Bidart, E. Berasain, T. Comas, E. Capezzio, A. Cortés, C. Cajal, E. Colombo, M. T. Cechini, L. Cazabán, I. Dávila Soto, H. Fassora, J. M. Fábregas, T. Ferrario, M. Fontaine, D. Figueroa, J. Gazzaniga, E. Galloni, J. Luna, L. Monti, M. Palmeiro, C. I. Pariente, E. Rodríguez, E. Robredo, L. Rivas, L. Rey, A. Schiave, A. Sanbartolomeo, A. Schreiber, E. Sánchez, E. Tornesse, E. Toriglia, V. Torrassa y M. Vicolongo


Ningún regalo podrá ser mejor apreciado, para las FIESTAS DE NAVIDAD, que un lote de terreno y ninguno será más duradero!
LA ESTAMPILLA ROJA
20
REPARTIDORA DE GANANCIAS
-BUENOS A
Compre únicamente á los negociantes que dan la ESTAMPILLA ROJA, y á los que no se la dén no le compre más.
De esta manera, al fin del año, tendrá usted tierras que representan casi el importe de lo que haya gastado.
Al recibo de su nombre y dirección le remitiremos una libreta con 10 estampillas, gratis, folletos y planos de los terrenos que ofrecemos en VILLA ATENAS.
Escriba hoy mismo.
En todas las sucursales del Café Paulista, dan la ESTAMPILLA ROJA
COMPAÑÍA DE TIERRAS SUBURBANAS. Dept. K
(SOCIEDAD EN COMANDITA)
Florida, 183 - Buenos Aires

Paraguay. — Bajo la revolución



Señor A. Spinzi, acaudalado comerciante, deportado por sospechoso



En la estación del ferrocarril, á la partida de tropas gubernistas para el interior



Un soldado en comisión por las calles de la ciudad



Al paso de una batería de montaña



Los estudiantes L. Escobar y D. Gasperi, presos en la policía, vistos por entre los barrotes de una reja



Taller mecánico trabajando á puertas cerradas, para impedir el reclutamiento del personal



Empleados de la empresa de tranvías, reclutados por la fuerza policial



Cucaracha abandonada por los reclutas



Ejercitando el reclutamiento en la vía pública


Exijan el legítimo
Pineral
EL MEJOR DE TODOS
LOS APERITIVOS
PINERAL
ELABORADO
POR
PINI HNOS Y CIA
DESTILADORES LICORISTAS
Bs. AIRES
Es el gran Aperitivo
¡Hasta á los chicos le gusta!



De todos los pasteles de Pascua fabricados en el extranjero, ninguno se ha aproximado en magnitud al que mandó amasar, hace 180 años, Federico Guillermo I de Prusia, para obsequiar á 30.000 soldados.

El pastel llegó á la mesa de un modo algo dramático. Acababan de hacer una substanciosa comida los 30.000 soldados aludidos cuando vieron llegar un extraño vehículo de inmenso tamaño, arrastrado por ocho caballos. El carro venía muy cargado al parecer y cuando se acercó dejó atónita á la tropa al ver que su carga era un pastel.

De sus proporciones puede juzgarsa sabiendo que tenía 16 metros y medio de alto, 7,32 de ancho y un metro de grueso.

En su confección habían entrado 13 hectólitros de harina, una tonelada de manteca, 5.000 huevos y 900 litros de leche.

Aunque eran muchos los soldados no pudieron acabar con el pastel y sobró para repartir entre la gente del pueblo donde estaba acuartelada la tropa.

Por extraño que parezca hay tres Pascuas en el año.

La primera Pascua, la del 25 de diciembre, es la que celebramos los que pertenecemos á la iglesia romana y la que celebran los protestantes. La fecha se rige por el calendario reformado por el papa Gregorio XIII el año 1582.

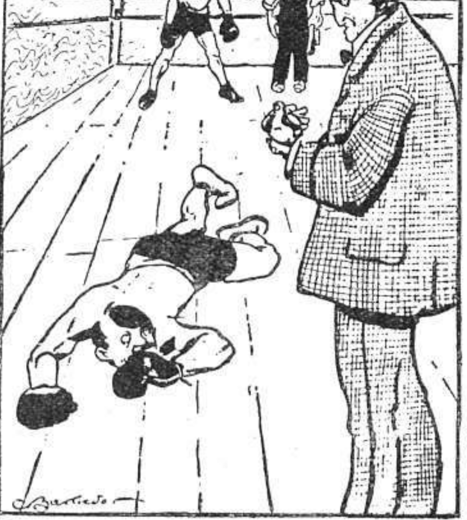
La iglesia griego-ortodoxa ó comunión ruso-griega se atiene al calendario juliano adoptado por Julio César, el año 46 a. de C.), y según su cuenta su 25 de diciembre corresponde á nuestro 6 de enero, que es cuando nosotros celebramos la Epifanía.

La iglesia armenia tiene también diferente calendario eclesiástico y, según él, la Pascua cae el 18 de enero.

Las construcciones de hormigón con armazón de hierro poseen una rigidez notable y todas sus partes forman un todo casi imposible de desunir. Una prueba de ello es lo ocurrido en Francia con un depósito de carbón construído con el citado material. Una locomotora descarrilada chocó contra una de las principales columnas, y á pesar de quedar destrozada, no se hundió el depósito aunque contenía millares de toneladas de carbón.

En Túnez se ha dado un caso aun más notable. Unos almacenes que se habían desviado cerca de 25 grados de la vertical, á consecuencia del desmoronamiento de la arena en que se asentaban los cimientos, se enderezaron levantando y escarbando los cimientos, sin que en toda la estructura se abriese una sola grieta. Inútil es decir que ninguna construcción de otros materiales hubiera resistido el tratamiento que resistió la de hormigón armado para recobrar la vertical.

BOX



El juez.—Siete... ocho... nueve...
El boxeador caído (volviendo en sí).—¡Es vergonzoso, todavía acostado á la hora que es!

(De *Le Sourire*).

En las pieles que este año usan las señoras se han introducido extraordinarias novedades. En Londres se ha visto un abrigo de piel de león, y en una exposición particular de modelos se ha expuesto otro de piel de cabra que hacía juego con un sombrero Napoleón, de piel de oso, y un enorme manguito de piel del mismo animal.

El reciente fallecimiento de lady Colin Campbell ha hecho recordar su famoso divorcio de lord Campbell: el pleito duró quince días y costó 15.000 libras esterlinas.

El doctor Romme, médico muy conocido en París, recomienda como infalible un remedio sencillísimo para curarse los resfriados. Todo se reduce á abstenerse de tomar ningún líquido en un período de veinticuatro á cuarenta y ocho horas, á partir del momento en que el paciente experimenta los primeros síntomas de irritación, propios del constipado de la cabeza.

Durante el tratamiento puede comerse pan, pescados, vegetales y carnes blancas, pero de los líquidos sólo deben tomarse pequeñas cantidades: una cucharada de café, té ó leche por la mañana y todo lo más, un vasito pequeño de agua al acostarse, pero es mejor abstenerse. No es preciso quedarse en casa; al contrario, la cura seca es más rápida y más completa si el paciente respira aire libre.

Mr. Henry Lawrie, de Haggs, en Stirlingshire (Inglaterra) detenta un record que será difícil que otro lo dispute: padre de siete hijos y seis hijas, todos los primeros se han enrolado en el ejército para servir á la patria.

Indudablemente la iglesia del Salvador, de Moscou, que se construyó en conmemoración de la retirada de los franceses, y que ha costado cerca de treinta y un millones de francos, es la más suntuosa del mundo. Es toda de piedra blanca y la rematan varias cúpulas doradas, en las cuales se han empleado unos quinientos kilogramos de oro. El decorado interior se compone de una combinación maravillosa de piedras finas, mármoles, oro y plata, que forman un conjunto de inaudito esplendor.

LA CAJA DE SORPRESAS



Víctor Manuel.—Entrégame esa caja.
Alí.—No quiero.



Víctor Manuel.—¡Voy á quitártela por la fuerza!



Alí.—Haz la prueba.

(De *Der Floh*).

"SULKY Nº 110"

INCOMPARABLE PARA
REVISAR CAMPO

El Agricultor Contento

emplea siempre el famoso

"SULKY Nº 110"

para revisar sus Campos.

La Caja liviana, y las Ruedas altas de 58 pulgadas, hacen que sea un Sulky ideal para transitar caminos arenosos ó pantanosos.

El Asiento es movedizo, y permite así equilibrar el peso. Es ancho de 38 ½ pulgadas y sumamente cómodo.

Compre Vd. un "SULKY Nº 110", y estará también Contento.

Para Datos
Pida Catálogo
Nº 204

(Marca Ombú)
DURABILIDAD



"LA CASA DE LAS MAQUINAS DURABLES"

118, Defensa, 148
BUENOS AIRES

600, E. Ríos, 624
ROSARIO

Augurios y Felicitaciones

DICIEMBRE

1 D. s. Leoncio
2 L. s. Silvano
3 M. s. Francisco Javier
4 M. s. Clemente
5 J. s. Dalmacio
6 V. s. Nicolás de Bar
7 S. s. Ambrosio
8 D. † **Inmac. Concepción**
9 L. s. Restituto
10 M. s. Deodato
11 M. s. Dámaso
12 J. s. Donato
13 V. sta. Lucía
14 S. s. Nicasio
15 D. s. Valeriano
16 L. s. Eusebio
17 M. s. Lázaro
18 M. s. Teótimo
19 J. s. Nemesio
20 V. s. Domingo
21 S. s. Tomás
22 D. s. Demetrio
23 L. El beato Nicolás
24 M. s. Delfín
25 M. † **Nativ. de N. S. J. C.**
26 J. s. Esteban
27 V. s. Máximo
28 S. Los Santos Inocentes
29 D. s. Tomás Cantuariense
30 L. s. Eugenio
31 M. s. Silvestre

NÚMERO SUELTO	En la capital.	20 centavos	EDICIÓN DE LUJO	Número suelto:	En la capital	40 centavos
	En el interior.	25 »			En el interior	50 »

TALLERES DE CARAS Y CARETAS